Julian Assange

Autobiografía no autorizada

«Una historia extraordinaria... Una lectura fascinante.» *The Independent*



La historia de WikiLeaks y la historia personal de su fundador, Julian Assange, contadas por él mismo.

“Julian Assange. Autobiografía no autorizada” es un apasionante relato donde el fundador de Wikileaks hace un exhaustivo repaso a su sorprendente vida, desde su vida en Australia hasta la encerrona sueca.

Más allá de controversias y escándalos, Assange no deja de ser simplemente un héroe moderno que ha reinventado el periodismo, un revolucionario que ha pagado muy cara su testaruda búsqueda de la verdad.

“Una historia extraordinaria... Una lectura fascinante” *The Independent.*

Lectulandia

Julian Assange

Autobiografía no autorizada

ePub r1.0
jtv_30 03.11.13

Título original: *Julian Assange. The Unauthorised Autobiography*
Julian Assange, 2012
Traducción: Enrique Murillo
Diseño de portada: Canongate Books
Fotografia de cubierta: Rich Hardcastle

Editor digital: jtv_30
ePub base r1.0

NOTA DE CANONGATE BOOKS A LA EDICIÓN ORIGINAL

El 20 de diciembre de 2010 Julian Assange firmó un contrato con Canongate Books para la publicación de un libro que debía ser mitad memorias, mitad manifiesto, y que estaba previsto que viera la luz al año siguiente.

En aquel momento Assange dijo: «Espero que este libro se convierta en uno de los documentos emblemáticos de nuestra generación. En esta obra, que será muy personal, explicaré nuestra lucha global por forzar la creación de unas nuevas relaciones entre los pueblos y sus gobiernos».

Finalmente, la obra terminaría resultando excesivamente personal.

A pesar de haber conversado durante más de cincuenta horas ante una grabadora con el escritor que él mismo había elegido para ayudarle en esta tarea, y pese a haber dedicado a hablar con él numerosas y largas noches en Ellingham Hall, Norfolk, Gran Bretaña (donde Assange vivía bajo arresto domiciliario), Julian se mostró cada vez más preocupado por la idea misma de publicar una autobiografía. Tras leer el primer borrador del libro, que le fue entregado a finales de marzo de 2011, Assange declaró: «Las memorias son siempre prostitución».

El 7 de junio de 2011, cuando treinta y ocho editoriales de todo el mundo ya se habían comprometido a publicar este libro, Julian nos dijo que quería cancelar el contrato.

No podemos estar de acuerdo con el juicio vertido por Julian acerca del libro. Creemos que explica cómo es la persona y en qué consiste su obra, y que subraya su compromiso con la verdad. Assange siempre afirmó que el libro estaba bien escrito. Nosotros coincidimos con él, y por eso finalmente tomamos la decisión de publicarlo.

¿Y el contrato? Para cuando Julian manifestó su deseo de cancelar el acuerdo, ya había recibido el anticipo y se lo había entregado a sus abogados, pues con ese dinero pensaba hacer frente a los gastos de su defensa. De manera que el contrato está vigente. Nos hemos limitado a cumplirlo, con el objetivo de ponerlo en manos de los lectores.

El texto que sigue es el primer borrador no autorizado. Es un texto apasionado, provocador, contundente en sus opiniones: igual que su autor. Responde cabalmente a la promesa que quedó formulada en la propuesta de trabajo original, y nos sentimos orgullosos de publicarlo.

Canongate Books

Septiembre de 2011

Si quieres construir un barco, no empieces buscando madera, cortando tablas o distribuyendo el trabajo… antes tienes que evocar en los tuyos el anhelo del mar.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

1

CONFINADO EN SOLITARIO

Me considero afortunado por haber nacido en una familia de personas que sentían curiosidad por todo y llenaban de interrogantes el aire que me rodeaba. Al cabo de muchísimo tiempo, cierto día de mi vida iba a encontrarme frente a frente con mis enemigos, que me odiarían por buscar la verdad. Ese día acabarían llamándome tantas cosas que casi olvidaría cuál era mi nombre. Pero sé muy bien quién soy, y espero ser capaz de contarlo. Me llamo Julian Assange. Y un día, mientras me encontraba en Londres, la policía vino a por mí. La historia podría terminar en este punto, de no ser por toda la complejidad concomitante del momento, de la historia, de la personalidad. Dicen que el pasado es otro país, pero también lo es el futuro, si dejas que ese futuro ocurra. Metido en la parte trasera del furgón de la policía inglesa, que trataba de alejarme de allí a toda velocidad, empecé a ver cómo era el mundo.

Estaban gritando mi nombre. Vociferaban eslóganes. Los fotógrafos de la prensa trepaban por las ventanillas como cangrejos en un balde. Daba la sensación de que estuvieran dándole golpes al furgón policial, como si de un momento a otro pudieran volcarlo, pero sólo se trataba de periodistas que querían hacer fotos. Me agaché y hundí la cabeza entre las rodillas; no deseaba que mi imagen apareciera como la de un delincuente. Hubo un momento en que, al levantar la cabeza, vi que alzaban las cámaras, las apoyaban en los cristales tintados de las ventanillas y las enfocaban para tratar de sacarme una foto. Me cubrí la cabeza con los brazos. De repente, el furgón arrancó y se largó a toda velocidad. Algunos de los otros detenidos, metido cada uno en su jaula, se pusieron a gritar. No tenían ni idea de quién podía ser yo, y se habían asustado al notar que la gente aporreaba el vehículo de aquel modo. Otros se reían a carcajadas ante todo aquel alboroto. Por fin, terminó el espectáculo. En cuestión de cuarenta minutos llegamos a la prisión de Wandsworth. Era el 7 de diciembre de 2010.

En el control situado a la entrada me sentí extrañamente tranquilo. Imagino que, en parte, ese sentimiento se debía a que llevaba mucho tiempo sometido a una estricta vigilancia. Sabía que el mundo estaba mirando, y eso hacía que valiese la pena pasar por aquella prueba: convertirme, de esa forma tan visible, en el blanco del tiroteo iba a rendirle un gran servicio a la causa. En parte, me horrorizaba la idea de que me colgaran la etiqueta de delincuente por el solo hecho de estar llevando a cabo nuestra tarea, pero también sabía que aquella situación serviría para hacer incluso más notable nuestra lucha a favor de la justicia. No se trata de demostrar valentía en situaciones como ésas; basta con la astucia. Me pidieron que firmara la lista de mis pertenencias, que aquel día se reducían a un bolígrafo y unas 250 libras esterlinas en

metálico. Me explicaron que tenía que desnudarme, y así lo hice, e inmediatamente me obligaron a ponerme el uniforme de presidiario: jersey gris y pantalones también grises. Cuando en 1895 Oscar Wilde fue encerrado en esa misma cárcel, armó un auténtico escándalo al darse cuenta de que había desaparecido su chaleco. «Le ruego disculpe la ebullición de mis emociones», le dijo al guardia de la prisión. Trataré de no decir nunca «como Wilde» en este relato, ni referirme a la escasez de chalecos en mi guardarropía, pero no pude evitar que el recuerdo del irlandés me asaltara al entrar en aquel antro victoriano. Pasado un tiempo, mi abogado me dijo que me metieron en la misma celda que ocupó el escritor. No estoy del todo seguro de que fuera así, pero sí estoy convencido de que el espíritu de Wilde, el de su lucha contra los prejuicios, todavía flota en el aire de esas mazmorras. Él fue horriblemente maltratado, encarcelado en condiciones tan inhumanas como estremecedoras, y debo decir que en el tiempo que permanecí en Wandsworth me acordé mucho de él y de otros presos encerrados allí y en otras cárceles, en el pasado y en la actualidad.

Asimismo, pensé mucho en Bradley Manning, el joven soldado norteamericano que estaba sufriendo malos tratos en una prisión de Estados Unidos, y que, en mi opinión, fue condenado de forma precipitada por haber lanzado la voz de alarma en contra de una guerra ilegal. Mientras estuve en la celda, lo recordé a menudo.

Cuando te meten en un sitio así, una de las cosas que ocurren de manera automática es que te pones a caminar por el interior de la celda. Como una pantera enjaulada, necesitas encontrar el modo de dar rienda suelta a las ganas de actuar que tan constreñidas quedan en ese pequeño recinto. Me puse a caminar y a tratar de planificar qué era lo que debía hacer, mientras intentaba adaptarme psicológicamente a aquel espacio tan pequeño. Desde el primer momento supe que, por desagradable y horrible que fuese estar allí dentro, la situación no iba a durar mucho tiempo. Ésta es la clase de cosas que uno se dice a sí mismo en tales circunstancias, mientras tratas de verlo todo con cierta distancia. En la calle, que es como acabas llamando al mundo exterior cuando estás metido ahí, mis abogados estaban sin duda haciendo horas extra tratando de sacarme. Pero mientras yo caminaba sin cesar, en círculos, su mundo parecía encontrarse a años luz del mío. Además, de una forma completamente nueva para mí, estaba comprendiendo con claridad el significado y la esencia de la palabra «soledad».

A fin de reducir el ruido y quizá también el frío, el anterior ocupante de mi celda había tapado con una hoja de papel tamaño A-4 el conducto de la ventilación. Más tarde, cuando los guardias de la prisión apagaron las luces, me di cuenta de que lo peor de todo era, al fin y al cabo, estar incomunicado. He consagrado mi vida a las artes de la comunicación, y de repente comprendí lo duro que iba a resultarme permanecer allí, sin oír nada, incapaz de hacerme escuchar. Y muy especialmente duro dada la naturaleza de las actividades de WikiLeaks: desde esta organización

estábamos librando una guerra de comunicación contra un gran número de enemigos, y en este combate se producían situaciones que exigían la toma de decisiones cada sesenta minutos. Al amanecer, cuando se coló un poquito de luz en la celda, comprendí que lo primero era averiguar de qué modo podía llamar por teléfono. Supuse que tenía derecho a hacer algunas llamadas, y tal vez incluso a poder conectarme a través de internet. He de admitir que me temí que todo eso fuera poco probable. Pero mi actitud por defecto siempre ha sido la de confiar en que lo imposible sólo es imposible hasta que tu mente te demuestra que estás equivocado. De manera que seguí cavilando, mantuve viva la esperanza y al final apreté el timbre de emergencia.

Me autorizaron a ver al director de la prisión. Y él decidió que debían llevarme al ala Onslow del recinto, junto con los presos «en situación de peligro». Es una zona de la cárcel que tiene varios pisos de altura y con muchas celdas en cada piso, y que se encuentra muy bien separada de las demás áreas de la prisión. Además, posee su propia cultura dentro del complejo carcelario. Según la opinión del director de la cárcel, tenían que confinarme en esa zona debido a que yo corría el riesgo de ser objeto de ataques por parte de los demás presos. Una deducción bastante extraña, ya que los presos con los que me había cruzado hasta entonces parecían estar claramente de mi lado. Las celdas de Onslow estaban atestadas de violadores y pedófilos, de capos mafiosos, de algún que otro famosillo. A mí me confinaron en una celda individual y siguieron sin darme autorización para llamar por teléfono. Ni llamadas ni material de escritura ni la más mínima posibilidad de hablar con mis colegas. Mi actitud, una vez encerrado en la celda, era desafiante, pero no tenía a mi alcance forma alguna de hacer absolutamente nada.

La celda donde me encerraron ahora se encontraba en el sótano, medía dos metros por cuatro y tenía un catre, un lavamanos, un retrete, una mesa, un armario y paredes pintadas de blanco. Las paredes estaban en buena parte ocupadas por una estructura de plástico gris en la que se encontraban los sistemas de entrada de agua y de ventilación para el retrete y el lavamanos. Todo estaba diseñado de forma que no hubiese nada que permitiera que los presos se causaran lesiones, y eso significaba además que todo era uniforme, liso y con todo oculto. Por ejemplo, en el lavamanos no había grifo, no había tampoco palanca ni cadena para vaciar la cisterna del retrete, ni la cisterna era visible. Todo estaba automatizado o funcionaba con botones. En la pared situada junto a la cama había un timbre para emergencias médicas, y una cortina que permitía ocultarte de la vista cuando usabas el retrete. En lo alto de una pared había una ventanita con barrotes situados a intervalos de cuatro centímetros. El ventanuco daba directamente al pavimento del patio de la cárcel, un recinto rodeado de vallas metálicas muy altas, coronadas por alambre de espino. Por las mañanas alcanzaba a ver de vez en cuando las piernas de los presos que pasaban junto a esa

ventanita, y también oía gritos, fragmentos de chistes y de conversaciones. Encima de la puerta de la celda, una cámara de infrarrojos controlaba mi celda. La cámara iba equipada con unas lámparas de leds que proyectaban luz roja en la celda durante toda la noche, y que te vigilaban constantemente. Nada indicaba la ubicación de la puerta, excepto una mirilla tapada desde el exterior por una plaquita metálica giratoria.

Los demás presos sentían curiosidad por mí, y cada vez que pasaba uno de ellos por el pasillo exterior, levantaban la plaquita metálica de la mirilla para observarme. Hay una película de Robert Bresson titulada *Un condenado a muerte se ha escapado*, un film muy bello que es además una maravilla técnica de ingeniería sonora. Una simple cuchara golpeando una pared de ladrillos suena como una auténtica orquesta. También en Wandsworth todos los sonidos eran así, resonantes de ecos y de vacío. Si alguien levantaba la tapa de la mirilla, el metal raspaba y yo notaba el ojo que estaba mirando a través de ella. Sí. Querían saber a qué estaba dedicándome dentro de la celda. O cómo era yo. Hoy en día no hay ninguna actividad que se libre del ojo que vigila al famoso. Pronto comencé a escuchar voces que susurraban cosas junto a la puerta de mi celda. Susurros a alto volumen. «Vigila con quién hablas.» «No te preocupes, no te pasará nada.» «No te fíes de nadie.» «No te preocupes por nada.»

Tenía la sensación de ser una especie de Barbarella aberrante. Lo único que yo quería era estar en la calle dedicado a mi trabajo de periodista, en lugar de ejercer de mártir allí dentro. Por otro lado, la vida me había enseñado a hacer cualquier cosa menos a digerir el infierno burocrático de las cárceles o el horror estigmatizador de quien ve reducida su libertad por culpa de la ceguera de la autoridad. Cada hora que pasas en la cárcel es una especie de guerra de guerrillas que libras en contra del papeleo invasor y de los reglamentos paralizantes. Basta que pidas algo tan simple como comprar un sello de correos para que corras el riesgo de sufrir un ataque de hipotermia en medio de la ventisca que suponen los formularios que has de rellenar. Cuando ya me habían cambiado de celda y estuve confinado en solitario, proseguí mi campaña, y no dejé de formular peticiones para que me permitieran realizar llamadas telefónicas. La respuesta era puro estalinismo. Tuve que dedicar casi todo el tiempo que duró mi encierro a conseguir que me dejaran llamar a mi abogado. Para hacer esa llamada era imprescindible telefonear a uno de los números aprobados que figuraban en una lista de abonados, y debías tener crédito para hacer llamadas. Había dos clases de crédito: para llamadas dentro de Gran Bretaña y para llamadas al extranjero. Y formularios distintos según se tratara de un tipo de llamada u otra. Era muy difícil lograr que te facilitaran uno de esos formularios, así como que te escucharan cuando querías pedirlos. Rellené una y otra vez un mismo formulario, de tal modo que la situación recordaba la del proceso Jarndyce y Jarndyce en *Casa desolada* de Dickens. Interminable. Luego tuve que darles el nombre completo, el número de teléfono, la dirección y la fecha de nacimiento de la persona a quien yo quería llamar por

teléfono. Debía rellenar un formulario para obtener un PIN correspondiente a la cuenta de un número de teléfono británico, y otro PIN correspondiente a la cuenta de un número de teléfono extranjero. Lo que comenzó siendo una farsa se transformó en una pesadilla y, más tarde, en una forma de tortura. Los formularios iban y venían, o bien se extraviaban. Cuando por fin uno llegaba al lado del teléfono, sólo te autorizaban a hablar durante diez minutos. A continuación, tenías que esperar otros cinco minutos para que te permitieran telefonear otra vez. Grababan todas las conversaciones telefónicas, excepto cuando llamabas a tu abogado, pero para demostrar que la persona a la que llamabas era tu abogado te obligaban a justificarlo. Por ejemplo, para asegurarse de que la persona a quien llamabas era tu abogado no podías llamarle más que a un número de teléfono fijo de una oficina, y no aceptaban llamadas a móviles, a pesar de que los abogados se pasan la vida hablando por el móvil. Y así sucesivamente: una encerrona kafkiana organizada para obstaculizar y agredir de forma pasiva al detenido.

Conseguí finalmente hablar con mi madre y con mi abogado. También traté de hablar con Daniel Ellsberg, la persona que logró poner ante los ojos del mundo los papeles del Pentágono. No estaba en su casa. Resulta que no estaba en casa porque había ido a encadenarse a las puertas de la Casa Blanca. (Para impedírselo, le quitaron las esposas que él se había colocado.) «Hola, Dan —dije, hablando con su contestador—. Te llamo sólo para que oigas mi voz desde el fondo de un presidio victoriano. El mensaje es para otra gente: “Ojalá estuvierais vosotros aquí”.»

Conforme iban transcurriendo los días, empezaron a deslizar papeles por debajo de la puerta de mi celda. A veces los colaban durante la noche, avisándome de la entrega con susurros. Muchos de ellos eran recortes de prensa o artículos descargados de internet por otros reclusos, que añadían al margen sus comentarios. «¿Se ha producido una ola de violaciones en la igualitaria Suecia?», decía uno de los artículos. Son abundantes los casos de conspiraciones en los confines de las cárceles, pero también es frecuente la empatía legalista. La gente que vive en la cárcel tiene experiencia de los asuntos legales, naturalmente, y muchos presos son tan duros consigo mismos como lo son con el sistema que les rodea, y saben de memoria que el sistema carcelario sirve a menudo para explotar al preso. Muchos de los traficantes de documentos, todos esos presos que colaban papeles por debajo de la puerta de mi celda, eran auténticos expertos en los errores del sistema judicial, y su solidaridad me sirvió de consuelo en las horas de insomnio que solía padecer en las madrugadas. Sería una necedad creer que todos los presos son inocentes, pero algunos lo somos, y los documentos y las cartas que recibí eran muestras de auténtica solidaridad. También hubo manifestaciones de furia, y yo mismo me sentí furioso cuando me pasaba horas tratando de hacer ejercicio en aquel espacio tan diminuto, dibujando ochos en el suelo como una abeja enloquecida.

Una mañana me llegó un sobre en cuyo interior no había nada. Me acerqué a la ventana y comprobé que seguía nevando. Me parece que era el 10 de diciembre. Luego averigüé que dentro de aquel sobre habían metido un ejemplar del semanario *Time*. Era el número en cuya portada se veía mi rostro, con la boca tapada por una bandera de Estados Unidos. En el editorial decían que yo era «un showman de excepcional talento». Tal vez lo sea, pero allí dentro no tenía en absoluto la sensación de serlo. En lugar de leer el *Time*, tenía que dejar que el «tiempo» transcurriera, y mi única manera de romper la monotonía consistía en seguir esperando que me pasaran recortes por la rendija que había bajo la puerta, cosas que iban dirigidas al preso número A9379AY. Las cosas allí dentro funcionan así. Se trata de que estés callado, que permanezcas a oscuras, que te conviertas en un número de serie, mientras esperas la luz que de repente puede colarse por debajo de la puerta, la luz que está al otro lado de los muros.

Uno de los artículos que más me interesaron, por encima de todos los que me fueron pasando por debajo de la puerta, me lo entregó un preso llamado Shawn Sullivan. Era una fotocopia del Tratado de Extradición entre el gobierno del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, y el gobierno de los Estados Unidos de América, firmado en marzo de 2003 por David Blunkett y John Ashcroft. El artículo 7 se refería a la pena capital. En él se dice que si a un Estado se le pide la extradición de un ciudadano, puede negarse a concederla si el Estado que la solicita lo hace en relación con un delito que en ese país podría ser castigado con la pena de muerte. Los políticos de Estados Unidos ya habían pedido mi extradición para que así pudiera enfrentarme a acusaciones en relación con la ley de espionaje. El congresista Peter T. King escribió una carta dirigida a Hillary Clinton en la que afirmaba que yo era el jefe de una «organización terrorista», y que merecía ser tratado como tal. Era el mismo Peter King que años atrás, con una lata en la mano, recorría las calles de Nueva York pidiendo donativos para el IRA, y decía ser «el Ollie North de Irlanda», en referencia al militar condenado tras el caso Irán-Contra. Me dejó pasmado comprobar lo ofensivos que podían llegar a ser estos tipos que se erigen a sí mismos en vigilantes frente a toda suerte de «ofensas». Leí ese documento y comprendí de nuevo que yo era, dijeran lo que dijesen de mí, inventaran lo que inventaran acerca de mí, una simple figura perteneciente a un cuadro de dimensiones extraordinariamente más grandes que yo. Por tanto, lo único que podía hacer era pensar con claridad, tratar de digerir los ataques y las caricaturas que unos y otros realizaban de mi persona y de mis motivos para hacer lo que hacía, y seguir trabajando.

Más adelante me llegaron algunas cartas y yo también pude remitir las mías, pero siempre debatiéndome con toda clase de dificultades, pues la máquina burocrática no dejó de fastidiar. Una cárcel es como una isla en la que incluso los demás reclusos pueden parecer inalcanzables; también es una forma concreta y viva de la idea del

abuso de poder, y por eso las cartas me ayudaron a tener al menos la sensación de que alguien cuidaba de mí durante esos días tan difíciles que pasé en Wandsworth. En las cartas estaba presente un país que no era el de los presos vaciando orinales y retretes, en el que yo vivía, una Inglaterra en que la gente tenía conciencia de que eran todos y cada uno de los ciudadanos quienes debían encarnar personalmente los argumentos que garantizan su propia libertad. Carta remitida desde Hampshire: «Querido Julian: No me conoces, soy tan sólo uno de los millones de ciudadanos de todo el mundo que saben lo que está pasando, que no se dejan cegar por las jugarretas políticas que te han convertido en su víctima». Carta desde Tulse Hill: «No olvides jamás que los logros obtenidos por WikiLeaks son vitales para el progreso del mundo. PD. Te envío un libro de crucigramas para que ejercites la mente». Y desde Basing-stoke: «Te ofrezco mi apoyo y noto que estás siendo hostigado y perseguido por fuerzas muy poderosas». Desde Yorkshire: «¿Alcanzas a oír el ruido que hacen las murallas al empezar a desmoronarse? Sigue haciendo tu magnífico trabajo. Serás bien recibido en North Yorkshire cuando quieras venir. En este rincón del mundo hay una buenísima banda ancha». Desde Essex: «Creo que tu situación ha hecho que mucha gente se pare a pensar más en serio acerca del poder, la política y la corrupción». Desde Merseyside: «Anoche estuvimos acordándonos de ti, confiando en que, aun encontrándote en ese lugar tan desagradable, estuvieras bien. Cuando te devuelvan la libertad, ¿podrías venir al noroeste de Inglaterra para explicarle a la gente la importancia que tienen la libertad de pensamiento, de expresión y de información?».

Parte del correo me llegó en forma de felicitaciones de Navidad, firmadas sencillamente como «Una Anciana Dama», o «Un Amigo». No era quizá tan amistoso, aunque lo recibí también en esa época, el envío de alguien que metió en un sobre un recorte del *Washington Times* titulado «¿Asesinar a Assange?». El autor de esta bromita con aliteración incluida, un tal Jeffrey T. Kuhner, puso un toque de frialdad en medio del calor de todas esas felicitaciones. «Mr. Assange no es un periodista ni un editor —escribía—, sino un combatiente que forma parte del enemigo, y debería ser tratado como tal.» Por si lo que Kuhner quería decir con esas palabras dejaba algún resquicio de duda, él mismo aclaraba su significado expresándolo con todas las letras en la frase que cerraba su artículo: «Deberíamos tratar a Mr. Assange de la misma manera que tratamos a otros terroristas de alto nivel: matándole».

Supongo que, ante la utilización de esta clase de retórica por parte de un colega, un periodista, debería haberme escandalizado, pero hacía ya mucho tiempo que había aprendido que algunos periodistas son poca cosa más que taquígrafos de los poderosos. No debería sorprenderme, por tanto, que Jeffrey Kuhner quisiera verme muerto, teniendo en cuenta que Sarah Palin, la estrella televisiva y caricatura de gobernadora, ya había dicho de mí que soy «un activista antinorteamericano cuyas

manos están manchadas de sangre». Y si el fiscal general Eric Holder creía que soy «un enemigo de Estados Unidos», ¿debería acaso escandalizarme cuando Charles Krauthammer, el neocon de la cadena de televisión Fox News, dijo que nada le gustaría más que estar seguro de que yo andaba volviendo la cabeza y mirando todo el rato atrás cada vez que salía a la calle? Es posible que Jack Goldsmith, ex asesor de Bush, creyera que estaba elogiando a los medios norteamericanos cuando declaró que, gracias a su «patriotismo», para el gobierno era fácil trabajar con ellos. Si alguna vez yo hubiese recibido semejante «cumplido», habría presentado la dimisión.

Cuando hacía el recorrido que me llevaba del patio de ejercicios a la celda, o de la biblioteca a la celda, siempre notaba que mis compañeros de presidio me miraban fijamente. Las autoridades estaban paranoicas ante la posibilidad de que alguien me sacara una foto con el móvil. Se les prohíbe tener móviles, pero muchos presos los tienen en secreto, y parecía probable que una foto como ésa terminara siendo publicada por algún diario. Por esta razón el director de la prisión decidió ponerme bajo la custodia de un guardia que me acompañaba a todas partes.

—Creen que todos van a por mí —le dije al guardia.

—¿Quiénes lo creen?

—Las autoridades.

—Bueno —dijo él—, todo el mundo tiene un precio, y los presos de esta cárcel no tienen nada.

Tuve un encuentro con el capellán católico de la prisión en una sala del penal. No fue capaz de brindarme gran cosa en materia de orientación espiritual, lo cual no era de extrañar dado que no soy el candidato más idóneo para tal fin, pero el sacerdote era ugandés, sentimos cierta simpatía mutua, y nuestra conversación estuvo al menos salpicada de risas. Cuando cruzaba una de las salas de regreso a mi celda, atisbé en una estantería un ejemplar de *Pabellón de cáncer*, la novela de Solzhenitsyn. Me lo llevé a mi celda y me perdí entre sus páginas, y así se cumplió el viejo dicho de que no hay mejor consuelo que un buen libro para quien sufre situaciones inhumanas. En la historia aparece el personaje de una mujer culta de clase media; su esposo está cumpliendo condena en un campo de trabajo y ella no sabe bien qué debería decirle a su hijo:

—Basta la verdad para hundir a un hombre hecho y derecho, ¿no es cierto? —dijo ella, y añadió—: Basta la verdad para partirle las costillas a cualquiera. ¿Crees que sería mejor ocultársela, y que tarde o temprano la vida terminara haciéndole entender? Al fin y al cabo, el chico tiene ojos en la cara. Que vea por sí mismo.

—¡Haz que cargue con la verdad sobre sus espaldas! —declaró Oleg.

Afuera, los medios estaban dando una cobertura tremenda a la noticia. Eso es lo

que me iban contando quienes me apoyaban, y esta circunstancia me permitió pararme a reflexionar: el Cablegate se había convertido en la mayor filtración de material clasificado de toda la historia. Y también me detuve a pensar en los costes y las causas del asunto sueco. ¿Fue el hecho de no haber devuelto las llamadas de aquellas dos mujeres lo que había dejado abierta la puerta del odio? El tiempo despliega las cosas en forma de secuencias, y unas siguen a las otras. Pero la experiencia no funciona siempre de este modo. En la cárcel me puse a pensar en la forma que iba adoptando mi vida, en las diversas oportunidades que se me habían ofrecido, en las crisis, y al final lo que más me sorprendió fue de qué manera el mundo seguía dando vueltas, más allá de todo aquello. Me pregunté si había cometido un error de juicio, o si todo lo que me ocurría era proporcional a la importancia de los objetivos que yo estaba persiguiendo. ¿Había pegado a los yanquis una patada excesivamente fuerte en la espinilla? El caso acabaría quedando atrás, causando a todos los implicados montones de problemas, pensé, pero al final sería historia, y para mí supondría haber aprendido unas cuantas lecciones en este año terrible. Sí. Mientras permanecí confinado en mi celda solitaria tuve la sensación de haber acumulado suficiente ira para un siglo entero, pero mi deber era continuar con la publicación de todos esos materiales clasificados, y observar las reacciones del mundo.

La vista para mi petición de libertad bajo fianza se celebró el 14 de diciembre en el Tribunal de Westminster, en Horseferry Road. La sala estaba atestada de gente, y también lo estaba la calle a la entrada de los juzgados, según pude comprobar cuando el furgón policial se aproximaba al lugar. Alguien dijo que las calles que rodean la estación Victoria son traicioneras, y sonreí pensando: «He conocido en mis carnes la traición, así que dejemos tranquilas estas calles». La fiscalía quería impedir como fuera que me concedieran la libertad bajo fianza, y trataba de retratarme como a un malo de película de James Bond, un tipo muy bien relacionado y poseedor de toda clase de malévolos conocimientos acerca de los trucos informáticos. Por tanto, alguien muy capacitado para ser mucho más astuto que las fuerzas que debían mantenerme vigilado. Venían a decir que yo sería muy capaz de hackear toda clase de sistemas de vigilancia digitalizada. Estoy seguro de que hubiésemos podido hacerlo pero, como de costumbre, la acusación, de la misma manera que la mayor parte de los medios, se dejaban arrastrar por el imaginario de las novelas baratas. Necesitaban a un malvado de pelo plateado, una especie de chiflado que se pasa el día acariciando a un gato mientras rumía métodos infames para seducir y dominar al mundo entero. Resultaba interesante, al tiempo que alarmante, comprobar hasta qué punto el poder judicial permitía que su sentido de la justicia se viese sometido a la influencia de los numerosísimos titulares fantasiosos que rodeaban mi figura. No valía la pena pelear contra todo eso. Habían fabricado un mito para encasillarme, y yo carecía de la

capacidad, y también de las ganas, de salirme por la tangente y burlar esa imagen inadecuada. Pero supe en todo momento que mis abogados iban a tener que vérselas no sólo con una acusación, sino también frente a la prensa, que en ambos casos parecían creer estar viendo una película en lugar de estar traficando con la vida de una persona.

En un momento dado, el juez censuró al público por utilizar el Twitter en la sala. Era, para él, el símbolo exacto del problema. En los tribunales británicos no es extraño que se generen situaciones de desacato, y en el núcleo mismo de mi caso había lo que podríamos llamar un movimiento de rechazo generacional. (Al final, un consejo de ancianos pertenecientes al Tribunal Superior decidió, cuando para nosotros ya era demasiado tarde, que utilizar el Twitter en un tribunal no podía ser prohibido.) También hubo mucho ruido en torno a la suma que debía depositarse en concepto de fianza. Aunque no soy más que un activista, y el principal dirigente de una organización sin ánimo de lucro, los titulares, propios del guión de una película de género, animaban al juez a que fijara una fianza capaz de provocar llanto y crujir de dientes: 240.000 libras esterlinas (275.000 euros). En aquellos días yo seguía pensando: «No voy a ser la víctima de esta situación. No soy un delincuente». Eso mismo era lo que estaba pensando muy seriamente cuando llegué a los juzgados aquella tarde metido en el furgón policial. Las cámaras aporreaban otra vez los cristales, y yo alcé el rostro e hice con los dedos el signo de «paz». Esa foto salió en todos los periódicos, pero aquello sólo fue mi reacción impulsiva, un intento de decir: «Por mucho que os empeñéis, no conseguiréis convertirme en un delincuente acobardado». Habían tratado de aplastarme en la pequeña celda, pero aquel día me presenté ante el tribunal convencido de que la historia que se acabaría contando no era la que ellos pretendían, sino la que contaban los que me apoyaban, y yo con ellos.

Todavía corría peligro, sin embargo. Comencé a darme cuenta de que, probablemente, en esos momentos vivía en una situación de riesgo. Pero mientras permanecí en el banquillo de los acusados logré mantener mi sentido de la honestidad y de la verdad frente a los suyos; desde mi punto de vista, aquello no era tanto un juicio como un espectáculo, y cada vez que ellos se sintieran incapaces de encontrar fallos en nuestra argumentación, lanzarían su artillería contra mí. Yo iba aprendiendo las reglas del juego. Y, sin embargo, en el banquillo, tuve la certeza de que no me conocían. Tal vez no fuese más que una quimera producto de sus atemorizadas imaginaciones; la acusación, al igual que muchos políticos de muchos países, veía en mí una amenaza; por el contrario, muchos ciudadanos corrientes de todo el mundo veían en nuestra organización una verdadera oportunidad. Alcé la vista para mirar a los asistentes, y allí estaban quienes me apoyaban, y les saludé con la mano.

El día 14 me fue concedida la libertad bajo fianza, aunque sólo para que me dijeran enseguida que las autoridades suecas habían apelado contra esa decisión, y

que iban a tener que devolverme a Wandsworth. Resultaba difícil de encajar la idea de dejar nuevamente atrás a mis amigos y a los que me apoyaban, permitir que fueran mis abogados los que hablaran en mi nombre, volver a sentarme en el furgón que me retornaría a la prisión avanzando lentamente entre la nube de periodistas. Sí, iba a resultar difícil entrar de nuevo en mi celda y oír que la puerta se cerraba de golpe a mi espalda. Pero, tal como le dije a mi madre antes de la vista de apelación, por adversas que fueran las circunstancias, mis convicciones no habían flaqueado ni había renunciado a mis ideales.

Después de pasar otras dos noches en la cárcel, el 16 de diciembre me llevaron de nuevo ante los tribunales; esta vez se trataba del Tribunal Superior de Londres. Las sesiones de esos dos días trataron exclusivamente de requisitos técnicos. No tengo nada muy serio que decir acerca del juez, excepto que durante todo el proceso se comportó como si tuviese colgado del hombro al corresponsal de *The Times*. De otro modo habría sido difícil comprender por qué motivo quería que la fianza fuese tan elevadísima, y la pulsera electrónica y demás mecanismos de control tan severos. Visto a través de su imaginación yo era una especie de oscuro cerebro peliculero, alguien capaz de desaparecer de golpe en medio de una leve humareda, rescatado por un helicóptero salido de ninguna parte, o evaporándome a través de un rayo láser. En realidad, mis circunstancias eran mucho más vulgares de lo que ese juez pudiera pensar. No tengo casa ni coche, ni apenas posesiones, como no sean unos cuantos móviles. Pero él no lo entendió nunca así, y aplicó el castigo como si pudiera servir para evitar futuras transgresiones por mi parte. No pesaba contra mí ninguna acusación, y sólo había una petición de un país que pretendía someterme a un interrogatorio por causas de las que yo no tenía motivo alguno para confiar desde un punto de vista político. Y eso era todo.

Finalmente, se depositó el dinero que quienes me apoyan lograron reunir a fin de pagar la fianza, y la apelación sueca fue rechazada. Iban a ponerme en libertad. No había modo de saber cuánto tiempo se prolongaría esa libertad. El juez decidió que yo viviera bajo una especie de arresto domiciliario en casa de un amigo de Norfolk, en espera de que se produjera la vista de apelación, que debía celebrarse en febrero. Pero en el Tribunal Superior de Londres viví unos momentos eufóricos. En mi intimidad, el tiempo que había pasado en la cárcel resultaba traumático, pero también instructivo, y me hacía más valiente. Porque al fin había alcanzado a comprender la escala y la medida de lo que WikiLeaks estaba haciendo. La experiencia me hizo echar la vista atrás y examinar mi pasado, y también sirvió para confirmar mi futuro. Ahora nos enfrentábamos oficialmente contra el poder del viejo orden, contra sus presunciones, contra su capacidad de silenciar a la gente, de instigarle miedo.

Salí a la escalera que daba acceso al alto tribunal justo antes de las seis de la tarde. Iba a ser una imagen que iría de maravilla para alimentar los noticiarios de

aquella noche. Rodeado de mis abogados, oí enseguida los vítores y contemplé a la muchedumbre de fotógrafos y periodistas que esperaban al pie de los peldaños. Ya se había hecho de noche, pero los flashes de las cámaras iluminaban intensamente la escena. Había muchísima gente, apenas se podía ver nada a más de veinte metros de distancia debido a la oscuridad, y porque además estaba cayendo una nevada. Me quedé plantado en lo alto de la escalera, y al final se fue haciendo el silencio mientras yo pensaba qué decir. Había muchas personas a las que dar las gracias y, aunque era un momento digno de una celebración, pensé en todos los hombres y las mujeres que en todo el mundo seguían metidos en la cárcel, en celdas donde vivían confinados en solitario, y que no contaban con nadie que pudiera pagar sus fianzas, ni con ninguna esperanza de que obtuvieran la libertad.

Es cierto que la nieve tiene la capacidad de suavizar las cosas, de tranquilizar las prisas de la vida, de acallar los ruidos. Comprendí que en efecto era así, y entonces pude pensar con claridad. La nieve, al caer, recibía los impactos de los cientos de flashes de las cámaras. Me quedé mirando los copos unos instantes y justo ahí, en lo alto de la escalera de los juzgados, se me ocurrió recordar todo el larguísimo recorrido que yo había tenido que hacer hasta la llegada del día en que pude ver esa nieve.

2

MAGNETIC ISLAND

Para la mayoría de las personas, la infancia es un clima. En mi caso, un clima perfectamente caluroso y húmedo, nada que no sea un cielo azul encima de nuestras cabezas. Recuerdo la sensación en la piel y las noches frías de la sabana tropical. Nací en Townsville, en el estado de North Queensland, Australia, un lugar en que los árboles y los matorrales se apretujan hasta llegar a la misma línea de la costa, y desde el que se podía ver la silueta de Magnetic Island. En verano llegaban las lluvias y siempre estábamos preparados para las inundaciones. De hecho, es un sitio muy bello. Un calor como el que hace allí se te mete hasta el tuétano de los huesos y nunca te abandona.

Los habitantes de Townsville vivían en casitas con jardín. La mayoría había hecho realidad el «sueño australiano» y muchas familias poseían una casa y un coche. A finales de los años sesenta había una base militar no lejos de allí. La ciudad tenía ochenta mil habitantes y la economía se basaba en el azúcar y la lana, así como en los minerales y la madera de la zona. Por motivos que ignoro, residían allí muchos italianos, una buena parte de los cuales trabajaba en las plantaciones de caña de azúcar, y me acuerdo bien del sentimiento comunitario que les caracterizaba. El italiano era el segundo idioma más hablado de la ciudad. Supongo que era un sitio habitado por gente conformista en muchos aspectos, ciudadanos muy laboriosos que se aburrían bajo un sol que no dejaba nunca de brillar. Podría decirse que se trataba de una provincia remota situada en un país que también podía ser considerado como una provincia remota del mundo. Así era como lo veía la gente de la generación de mi madre. Hacia 1970, ella tenía sobre todo ganas de ver mundo, o al menos ganas de ver cómo éste estaba cambiando.

Ese año mi madre se compró una moto. Era una chica brillante y creativa a la que le gustaba pintar, de modo que a una edad bastante temprana, los dieciocho años, harta de la mediocridad del tiempo que pasó en el instituto, Christine se montó en la moto y condujo los tres mil kilómetros que separan Townsville de Sidney. Pero seguía siendo una chica de campo y al cabo de unos años me contó que Sidney le vino muy grande. La vida, sin embargo, pasaba delante mismo de sus narices, como suele ocurrirnos a todos. Un día, cuando se encontraba en la esquina de Oxford Street y Glenmore Road, en el barrio de Paddington, justo enfrente de los cuarteles del ejército de Victoria, vio pasar, como si se tratara de un cuadro vivo de historia moderna, una enorme manifestación contra la guerra de Vietnam. Pese a que ella no sabía muy bien de qué iba todo aquello, sintió deseos de compartir aquella gran marea de sentimientos que era patente entre los manifestantes. Estaba mirándolos

cuando, según sus recuerdos, notó que una voz suave le hablaba al oído. Era la voz de un hombre de veintisiete años, un tipo culto con bigote. El hombre le preguntó si iba con alguien y cuando ella respondió que no, la cogió de la mano.

Unos sesenta mil australianos combatieron en la guerra de Vietnam. Esa guerra acabó siendo el conflicto armado más largo en el que jamás ha participado ese país. Quinientos soldados australianos perdieron la vida en él, y hubo tres mil heridos. En mayo de 1970, más o menos cuando mis padres se conocieron, Australia vivía las más importantes manifestaciones antibelicistas. Unas doscientas mil personas se manifestaron por las calles de las ciudades principales, y algunos participantes fueron detenidos, pues, en aplicación de la ley vigente en aquel entonces, se les podía acusar de estar repartiendo panfletos sin tener autorización para hacerlo. Es corriente que hoy en día se hable de ese decenio como «el decenio de las protestas» en Australia. El día del Orgullo Gay se celebró en Sidney por vez primera en 1973. Mis padres (la chica brillante y creativa, y el manifestante culto que se cruzó en su camino) llevaban la protesta en los genes. En todo aquello había algo teatral, pero se trataba también de una sociedad de espíritu conservador que por fin encontraba su propia voz, y seguro que absorbí todo eso al mamar la leche de mi madre: la idea de que el inconformismo es la única pasión verdadera que vale la pena que gobierne tu vida. Creo que ése es el espíritu en el que fui concebido.

De vuelta en Townsville, el 3 de julio de 1971, llevaron a mi madre al hospital Basel, y nací allí hacia las tres de la tarde. Dice que yo era redondito, moreno, chillón, y que tenía cara de esquimal.

Creo que no falto a la verdad si digo que Christine —mi madre— tiene, y tenía ya en aquel entonces, una tendencia natural a negarse a hacer lo que le dicen los demás, y eso es algo que aprendí de ella desde muy pequeño. Mi abuela recuerda que a menudo yo lucía una expresión de ensimismamiento, como si estuviese viendo en sueños algún prodigio, y no estoy en condiciones de discutírselo. Así que podríamos suponer que lo que me tenía ensimismado a esa temprana edad era que comenzaba a preguntarme qué pasaba en los cuarteles que el ejército tenía en Townsville. Fuera como fuese, mi abuela me acunaba cantando hipnóticas melodías griegas grabadas por Maria Farandouri, y yo acababa tranquilizándome. Cuando yo no tenía más que unos pocos meses, mi madre se mudó conmigo a una casita situada en Magnetic Island, un lugar delante de cuyas ventanas crecían eucaliptos y mangos.

Que me disculpe el lector si me pongo proustiano, pero creo que mi madre me convirtió en una persona sensual y, en algún rincón de mi mente, puedo ver todavía las numerosas cintas estampadas con dibujos que colgó encima del sitio donde me bañaba. La luz atravesaba las telas y proyectaba colores en mis piernas y brazos. Cuando crecí un poco, mi madre me sacaba a balancearme en un columpio

rudimentario o me llevaba metido en una mochila a su espalda, cosa que me encantaba. La primera infancia es importantísima, creo yo. En ese momento uno tiene una enorme capacidad de asombro. Mi madre poseía el don de poder amar y el de convertir la vida en algo intrínsecamente interesante, que es lo que la vida en verdad es. Pero eso no es algo que puedas dar por sentado. Hay gente que fuerza a sus hijos al aburrimiento antes incluso de que aprendan a hablar. Y probablemente habría que añadir algo en favor de Magnetic Island, al menos en el estado que ese territorio se encontraba en aquel entonces. Era un lugar hechizado por la libertad, un bello edén de apenas mil habitantes, el rincón del mundo al que iba a vivir la gente que no lograba encajar en los demás lugares. Podría decirse que era una lujuriante y olvidada república hippy, y tengo que reconocer que debió de ejercer una notable influencia en mí. Al igual que las araucarias y las palmeras de la col, los niños crecen con tendencia a hacerse muy altos en sitios así, de modo que muchas cosas de Magnetic Island han terminado formando parte de mi personalidad.

La primera frase que pronuncié fue «¿Por qué?». También fue enseguida mi frase favorita. Y aunque no me gustaba que me metieran en el parque, encerrado entre barrotes, sí me encantaban los libros que mi madre dejaba a mi alcance allí dentro. Así fue como aprendí a leer, con libros infantiles, más adelante complementados por Tarzán, las historias infantiles del Dr. Seuss[1] y *Rebelión en la granja*. Desde el primer momento nos mudamos de casa muy a menudo, pero Magnetic Island —así bautizada por James Cook, pues creyó que la isla producía interferencias en sus brújulas— era el sitio al que siempre valía la pena regresar. Cuando cumplí dos años mi madre conoció a un hombre que se llamaba Brett Assange, músico y actor de teatro ambulante, que resultó ser un buen padre adoptivo para mí. Gran parte de la energía de mi familia se centraba en la vida al aire libre. Nadábamos diariamente y más adelante me iba a pescar muy a menudo con mi abuelo al río Sandon y a Shark Beach. Recuerdo bajar colinas con mi madre, que me montaba a caballo mientras ella conducía la bici, y mi costumbre de alzar los dos brazos a medida que aumentaba la velocidad del descenso para tratar de coger con las manos los frutos de los árboles del camino. Muchas veces íbamos andando de un pueblo al siguiente, y yo disfrutaba siempre de la aventura que suponía para mí ir descubriendo cosas y lugares, con el permanente «¿por qué?» en los labios. A mis padres no les fastidiaban mis por qués. Solían desplegar ante mí las posibles respuestas, y dejaban luego que yo decidiera por mí mismo.

A los cinco años ya había vivido en muchas casas. North Queensland era para nosotros una fiesta en movimiento, parafraseando a Hemingway. Llevaba conmigo el clima y la curiosidad formaba parte de mi respiración. Mi madre no era una activista permanente, pero conocía muy bien la importancia del cambio. Más o menos por aquel entonces, cuando vivíamos en Adelaida, nos dedicamos a una campaña puerta a

puerta en contra de las minas de uranio. Se prohibió comer atún en nuestra mesa debido al daño que las redes de pesca producían en la población de delfines, y más adelante, cuando el bloqueo forzó a que se cambiaran los sistemas de pesca, nos sentimos muy felices por ello y supimos que nuestros esfuerzos habían tenido algo que ver con el movimiento que desembocó en esos cambios. En otra ocasión, cuando vivíamos en Lismore, a mi madre la metieron cuatro días en la cárcel por haber participado en una manifestación en contra de la deforestación de los bosques tropicales. Así que puedo atreverme a decir que tuve una amable pero firme educación en las artes de la persuasión política. Siempre creímos que el cambio era posible.

Lo cual no significa que yo no diera muestras de ciertos momentos de crueldad. Mi infancia fue, en muchos aspectos, como la de Tom Sawyer: largos días al aire libre en los que aprendía a dominar el medio ambiente y a vencer el peligro. Me encantaba la lupa que me regalaron una vez, y la llevaba conmigo siempre que iba al bosque. La crueldad que mencionaba se producía en mi lucha contra las hormigas del azúcar, que cruzaban el terreno en apretada formación, y a menudo quedaban fritas bajo la potencia de la lente de aumento. Las hormigas trepaban por mis piernas, colándose por debajo de los pantalones, y me pegaban fuertes mordiscos. Las peores eran las hormigas verdes de los árboles, muy frecuentes en las zonas boscosas de Australia y en las hondonadas. No sólo te mordían sino que además metían en la herida un fluido que salía de su abdomen y te producía una terrible quemazón. Son muchísimas las especies diferentes de hormigas que abundan en ese país, y ninguna se libraba del castigo que mi mente infantil creía que merecían, así que todas ellas eran sometidas a los efectos letales de mi potente lupa. Me parecía lo más natural utilizarla para aumentar la fuerza del sol como medio para castigar su hostilidad. La guerra entre los críos de cinco años y las hormigas es legendaria.

Había, además, otras formas de hostilidad. Mis padres viajaban cargando siempre con un pequeño teatro plegable, y hacían funciones callejeras para el público; también usaban marionetas, y supongo que debería decir que eran unos bohemios. Estaban en contra de la guerra y habían participado en manifestaciones. Pasaban algún tiempo en las ciudades y luego se iban a las zonas rurales del país. Eran gente de mundo, y eso era muy poco frecuente en Queensland, sobre todo entre las personas que no compartían las ideas de los hippies. Mi madre había trabajado de modelo, había sido actriz, y con mi padre diseñaban escenarios y leían sin parar. No era, desde el punto de vista conservador, una vida adecuada, y me imagino que fue de esta manera que aprendí lo que eran los prejuicios. En cierta ocasión regresamos a Magnetic Island y alquilamos una casa situada en lo alto de las colinas. La atmósfera allí arriba era muy húmeda y provocaba en la gente una actitud letárgica. En Australia la atmósfera es muy importante y en muchas regiones crea no sólo unas condiciones

físicas notables, sino que afecta también a la mentalidad de la gente, y cuando me acuerdo de esa casa en particular, allí en lo alto de la isla, recuerdo la atmósfera constreñida en que vivía la gente, y creo que era consecuencia de la influencia del clima. Algunos de nuestros vecinos eran así, tal vez fundamentalmente como contraposición a la libertad de pensamiento que caracterizaba a mis padres.

Por cierto, tenían en casa un arma de fuego para protegerse de las serpientes. De vez en cuando aparecía alguna en el baño. Un día, al volver de dar un paseo por el monte, encontramos nuestra casa en llamas. Unas veinte personas del pueblo estaban mirando la casa, contemplando las llamas que lamían el porche. Ninguno de ellos trataba de apagar el fuego, y de repente las cajas de municiones que había dentro estallaron todas a la vez. Uno de nuestros vecinos comentó riendo, lo recuerdo bien, que no soportábamos el calor. Fue algo muy siniestro; los bomberos tardaron cuarenta minutos en llegar. En muchos sentidos, ese incendio es el primero, el más intenso y el más complicado de mis recuerdos. Me acuerdo de luces y colores e incidentes anteriores a ese día, pero la imagen de ese incendio adquirió en mí una fuerza especial. En ese suceso aparecían complicaciones derivadas de las actitudes de algunas personas, en un grado que resultó fascinante para mi mente infantil. Daba la sensación de que a nuestros vecinos les producía cierta clase de placer comprobar que, con el incendio, se llevaban su merecido unas personas que a ellos les parecían pretenciosas y excesivamente osadas. Y en esos momentos percibí, probablemente por vez primera en mi vida, de qué manera la autoridad podía pisotear a la gente con la única intención de recalcar un principio, y de qué modo la burocracia podía petrificar los corazones. La forma en que permitieron que la «naturaleza» siguiera su curso era en cierto sentido demoníaca.

Choqué de frente con el poder municipal. Y comprobarlo me afectó profundamente. Puede parecer poco serio tratar de encontrar la raíz de aspectos del carácter de una persona en las cosas que te han ocurrido en la vida, pero supongo que es algo perdonable si lo hace un periodista, y que forma parte de la esencia misma de la autobiografía. A una edad muy temprana comencé a sentir fascinación por saber cómo funcionaban las cosas. Tan pronto como fui capaz de utilizar herramientas, comencé a desmontar toda clase de motores. A construir balsas. A jugar con las piezas de Lego. A los seis años intenté fabricar un primitivo detector de metales. Eso es lo que pensaba del mundo a esa edad: que era un lugar en el que se podía averiguar cómo funcionaban las cosas, sentir cierto grado de curiosidad científica, construir máquinas nuevas.

De forma bastante temprana averigüé que todo eso tenía un componente social. Organicé mi propia banda de amigos para lograr que las cosas que hacíamos las hiciésemos mejor, y para que hacerlas fuese más divertido. Íbamos todos juntos a una enorme cantera de pizarra. La mina llevaba mucho tiempo abandonada, y al irse lo

habían dejado todo esparcido por allí. Seguían en pie las casetas donde se almacenaban materiales, cintas transportadoras e incluso, en alguna de ellas, los libros de contabilidad y toda la parafernalia de los explosivos y demás. Subíamos a la cantera con frecuencia. Teníamos, imagino, la sensación de que eran nuestros dominios, un lugar donde nuestra existencia podía desarrollarse lejos del control de las autoridades. Por todas partes, en los descampados y dentro de las casetas, circulaban y tomaban el sol montones de lagartijas y lagartos, y también veíamos por allí algunos walabíes. Alrededor de la cantera había bosques de bambúes, y en ocasiones me aventuraba solo hacia la espesura formada por aquellos gruesos troncos huecos. Recuerdo un día muy caluroso en que penetré en ese bosque hasta muy adentro, abriéndome camino con dificultad. Me sentí muy solo pero también muy fuerte porque había conseguido avanzar mucho. Al llegar a cierto punto, saqué la navaja y grabé mi nombre en el grueso tronco de un bambú. Hace unos ocho años regresé a ese lugar y me sorprendió comprobar lo fácil que resulta caminar por ese bosque. Sin embargo, la nueva experiencia no consiguió borrar la fuerza de aquellos recuerdos tan lejanos. En mi memoria, la infancia aparece como algo muy importante, repleto de impresiones vivísimas, y creo que parte de mi deseo de descubrir los secretos más ocultos del mundo nació en aquellas exploraciones tan tempranas.

En total debí de ir a unas treinta escuelas distintas. Nuestra vida era así, y en esa vida lo importante no era dónde aparcabas el coche ni cómo pagabas las deudas, sino qué clase de vida llevabas y cuáles eran tus valores. Esta forma de vida nómada alcanzó grados más enloquecidos al cabo de unos años. Pasado un tiempo, mi madre y yo acabamos comportándonos casi como fugitivos. Pero antes de que llegara esa otra época, la vida era para mí un paraíso. Y me permitía tener la sensación de estar haciendo frente constantemente a nuevos desafíos. Con mamá y Brett, era como si tragásemos las experiencias a grandes bocados y sin sentir jamás ningún miedo. Durante este período inicial, mi infancia fue feliz y esa felicidad tenía bastante que ver con la alegría de estar siempre descubriendo cosas nuevas, y con la certeza de que, si había reglas, estaban ahí para ser violadas.

Las pandillas que organicé y dirigí nos permitían disfrutar de la sabiduría propia de los pequeños, y heredar toda suerte de prejuicios. Hubo un tiempo en que estábamos convencidos de que los italianos eran una especie de adversarios. Tenían la manía de pavimentar los sitios. Se compraban una casa rodeada de buganvillas, con esa brillante explosión de color intenso alrededor, y enseguida cortaban todas las enredaderas, pavimentaban el patio y ponían en el porche unas horribles columnas dóricas. Ahora me da vergüenza de mí mismo, pero me convertí en su enemigo por este motivo. Parece como si yo hubiera sido un crío que buscaba causas contra las que luchar. Recuerdo un día en que mis padres estaban haciendo la cena y de repente

vieron que no les quedaban tomates. Nuestros vecinos italianos tenían montones de tomates en el huerto. Mi madre fue a pedir que le prestaran unos cuantos, y se los negaron, y eso me puso furioso. Al día siguiente, con la ayuda de parte de mi pandilla, comencé a excavar un túnel. Todos trajeron palas y velas, para trabajar de noche y a oscuras. Fue duro, pero finalmente logramos colarnos por debajo de la verja sin que nadie se enterase, y regresamos con dos cestos llenos de tomates. Le di uno de los cestos a mi madre, y me fijé en la sonrisa muy especial que iluminó su rostro. Estuvimos pendientes todos de lo que pudiese ocurrir, y lo que ocurrió es que se presentó una pareja de agentes de policía, y noté que también asomaba cierta sonrisa a sus rostros. Uno de los policías se quedó plantado delante de casa, balanceándose sobre sus talones. Era mi primer choque frontal con los representantes de la ley. Devolvimos una de las cestas de tomates, así que todo el mundo se enteró y hubo un escándalo. Pero, por dentro, me sentí feliz de haber escondido el otro cesto de tomates.

Ignoro si se me puede tachar de excéntrico o algo parecido, pero sé que yo era un chico muy empecinado. En cierta época me mandaron a un colegio cuyo método de enseñanza estaba basado en las teorías de Steiner, y en donde te decían todo el rato que te expresaras libremente. Había un scooter, y una chica empeñada en no dejárselo a nadie. De acuerdo con la filosofía de esa escuela, decidí expresar mis sentimientos sin ninguna clase de inhibición, y le di a la chica un martillazo en la cabeza. El jaleo que se armó fue tremendo, por supuesto, y aunque la chica no sufrió heridas graves, tuve que dejar el colegio.

Y seguimos mudándonos. El sitio que más relaciono con mis tiempos de colegial es Lismore, una ciudad situada a unos doscientos kilómetros de Brisbane. Podríamos decir que Lismore fue el centro de la contracultura en Australia, y después se convirtió en La Meca de los mochileros, el lugar al que se dirigía todo aquel que buscara una forma de vida alternativa. El segundo Festival Acuarius, algo así como el Woodstock australiano, se celebró en Nimbin, a ciento ochenta kilómetros al sur de Brisbane, en 1973, y después hubo mucha gente que se quedó a vivir por allí y creó cooperativas. Mis padres trabajaban con su teatro de marionetas. En esos años se difundió la idea de que las multinacionales eran perniciosas, y que había que combatirlas. La existencia de las granjas pequeñas estaba siendo amenazada por Norco, una enorme empresa australiana, que animaba a que se deforestara el bosque tropical, y que en consecuencia dejó una enorme cicatriz en el país. A mis padres les preocupaban estas cosas y yo, a mi vez, también tomé conciencia del problema. La escuela a la que yo iba estaba en Goolmangar, un pueblo de la zona. Me gustaba la idea de que la gente fuera capaz de actuar por sí misma en defensa de sus intereses, y tuve la fortuna de tener a un excelente maestro, Mr. King, que también me inculcó estas ideas. Tal como yo les veía incluso en esos años tempranos, la mayor parte de

los profesores eran una pandilla de remilgados, pero ese otro profesor que digo era un tipo con una gran fuerza personal, y bajo mi punto de vista ejerció mucha influencia sobre mí. Era, además, muy competente, y me hacía sentir seguro a su lado. Creo que una parte muy notable de nuestra personalidad procede de lo que podríamos llamar nuestro temperamento congénito, pero también me parece que la experiencia desempeña un papel importante, y en esos años me entusiasmó la idea de la competencia viril, algo que ese gran profesor representaba muy bien. Debo reconocer, sin embargo, que por lo general la escuela era para mí puro aburrimiento, una tortura. Yo no era el crío más brillante de la historia, pero sentía intensos deseos de aprender, de conocer los hechos y los datos, y me encontraba metido en un sistema que funcionaba de forma terriblemente lenta. Recuerdo haber rezado pidiendo que todo se moviera más deprisa: «No creo que existas, Dios, pero, si existieras, te regalo dos dedos de mi mano a cambio de que hagas que las cosas se muevan más deprisa en esta escuela».

Al mismo tiempo me gustaba divulgar ideas propias de chicos, hacer circular entre mis amigos las informaciones y opiniones que suelen ser consideradas verdades absolutas por los colegiales. Imagino que era bastante hábil a la hora de generar esta clase de ideas, pues con frecuencia conseguía que ciertos supuestos datos fueran mágicamente aceptados por mis compañeros. Me encantaba transmitirles mis descubrimientos; por ejemplo, una vez conseguí convencerlos a todos de que para evitar que una herida sangrara lo mejor era rodar por una zona empapada de barro. Estaba convencido de que los adultos eran dioses que se habían hecho carne en la tierra, y que mi madre era el Ser Supremo, pero terminé dándome cuenta de que los adultos podían equivocarse. Es entonces cuando empieza la vida real, justo cuando ves que los adultos que ocupan posiciones de gran responsabilidad son sencillamente gente que tiene poder, y que no necesariamente llevan razón. Ésa es la gran lección que uno acaba aprendiendo. Observé la falta de compasión que mostraban algunos de nuestros mayores, y a veces fui testigo de su brutalidad. Australia era entonces, antes del nacimiento de internet, antes de que viajar fuese muy barato, un país bastante provinciano, y en la escuela el castigo que aplicaban por cualquier falta eran los azotes. Debido a los muchísimos cambios de escuela, yo tenía que encajar en el nuevo sistema jerárquico de cada sitio, y al propio tiempo pretendía abolir por completo justamente toda clase de sistema jerárquico. Topaba entonces con la brutalidad, y también con la injusticia y los prejuicios: yo tendía a transgredir las normas, y en la Australia rural de aquellos años esa actitud no era tolerada fácilmente. En una de las escuelas a las que asistí, en cierta ocasión me llevaron al despacho del director, acusado, al parecer por cierta «indiscreción», de algo que yo no sabía exactamente qué era, y fui castigado con azotes que me propinaron con un bastón. Más tarde llegué a saber que se había producido un robo, y que algunos de

mis compañeros me acusaron de algo que yo no había hecho.

Me gustaban mucho los libros. Los libros y los imanes. Mi abuelo me ha contado que solía volver de la escuela en verano cargado con una bolsa llena de libros, uno de los cuales era una gigantesca biografía de Albert Einstein. Supongo que eso era motivo suficiente para que algunos de mis compañeros me odiasen, pero si no tienes la costumbre de pensar así, jamás aprenderás a hacerlo. Yo veía que se daba una maravillosa confluencia entre el mundo físico y el mundo mental, y a esa edad me encantaba sumergirme en ambos. Y podría decirse que esa actitud ha caracterizado desde entonces todas mis actividades. Todas. Mi pasión por los ordenadores, mi pasión por la justicia, mi forma de ver la autoridad. Todo eso ya estaba en mí en ese período de Goolmangar, el momento en que noté por vez primera que mi personalidad estaba emergiendo.

Las aventuras éticas de mi infancia me hicieron más fuerte. Una vez fue con motivo de una manifestación contra la guerra. A mis padres les encargaron que montasen una obra de teatro callejero pensada a propósito para esa ocasión. Mamá fabricó un rifle M16 de espuma de poliestireno, lo pintó de negro y le puso incluso una correa que permitía llevarlo colgado del hombro. Mi padre adoptivo se vistió con un uniforme militar, comprado en una tienda que vendía excedentes de material del ejército, y en la carnicería nos vendieron diez litros de sangre. Recuerdo el aspecto extrañísimo que teníamos. Tras empapar de sangre a mi padre, él participó en una representación de teatro urbano, y ese mismo día fue detenido por llevar aquella imitación de un arma de fuego. Más adelante, mi madre ayudó a un tipo que libraba una guerra de guerrillas científica contra las pruebas nucleares. Aquel hombre supo, y trató de demostrar, que el ejército británico, con el consentimiento de los australianos, había hecho pruebas de armamento nuclear en Maralinga, un lugar situado en el desierto de Australia. Eran pruebas a pequeña y a gran escala, y fueron realizadas entre 1952 y 1963. Incluso las pruebas a pequeña escala eran peligrosas. Los británicos habían incendiado bombas nucleares, o las habían hecho estallar en medio de arsenales de explosivos convencionales, y las habían colocado en aviones que luego, deliberadamente, hicieron que se estrellaran contra el suelo. Las consecuencias de todo ello habían sido mucho más graves de lo que se admitía oficialmente, y la radiación acabó extendiéndose por un área muy grande. Sin embargo, los gobiernos británico y australiano negaron que hubiese entonces, o posteriormente, ningún tipo de peligro ni para los militares ni para los aborígenes que vivían en esa zona. Resultó finalmente que esta afirmación era mentira, pero sólo lo admitieron pasados muchos años. Este amigo de mi madre al que me estoy refiriendo trataba de investigar la verdad de los hechos, y recuerdo una noche en que mi madre y yo volvíamos en coche, acompañados por él, de la zona irradiada. Eran las dos de la madrugada, y él se dio cuenta de que nos seguían, de modo que le dejamos en la carretera; nosotros

seguimos, y al cabo de unos kilómetros mi madre y yo fuimos detenidos por la policía federal. El agente recriminó a mi madre por su comportamiento impropio de una persona responsable, y le afeó que estuviera en la carretera con un niño a esas horas. Asimismo, le dijo que tenía el deber de dejar de meterse en política. Tras este incidente, mi madre acabó obedeciendo. Pero yo no lo hice.

Aunque la verdad es que en la escuela yo tenía problemas. Ni siquiera Mr. King, que me enseñaba toda clase de cosas y era mi modelo de varón, era capaz de aceptar aquella idea mía de que ir a la escuela era una pérdida de tiempo, y ése era un sentimiento del que yo no conseguía librarme. Tal vez mis genes me llevaban a odiar el sistema, y la escuela era el sistema. Pese a que me ordenaban que no lo hiciera, comencé a dejarme el pelo largo. Es muy peculiar, pero siempre me han ridiculizado o juzgado por mi cabello, y esta clase de problemas empezó muy pronto. Mis padres me aconsejaban cortarme aquellas melenas rubias para evitarme líos, pero yo me negué a hacerles caso y de hecho disfruté de lo que yo veía como todo un desafío. Y no pasó mucho tiempo antes de que me diera por negarme a atar los cordones de las botas de la forma habitual. Me inventé un método consistente en dar varias vueltas con los cordones en torno a tobillo, y atar los extremos con un nudo en vez de hacerlo con un lazo, según era costumbre, y pronto capté adeptos a esta moda entre mis amigos. Luego decidí que ya no iba a seguir usando zapatos, cosa que los maestros de la escuela consideraron una auténtica transgresión. Yo solía ser el chico nuevo de la clase. Eso era yo la mayor parte del tiempo: el nuevo. Y utilizaba estos actos de desafío como forma de decir que ahí estaba yo. En casa no teníamos televisor. Ni había apenas dinero. A veces íbamos a los mercados a buscar coles en la basura. A mí todo aquello me gustaba; formaba parte del colorido de la vida, de la idea de hacer las cosas a nuestra manera. Durante mi adolescencia sólo hubo un momento en el que me sentí mal por el hecho de pertenecer a la clase no pudiente, y le pedí a mi madre que no me dejara delante mismo de la escuela para que los demás no vieran lo viejo que era su coche. Pero eso fue una aberración, y no duró demasiado.

Nos gustaban mucho los animales. La gente nos veía como hippies, casi siempre de forma despectiva, pero en realidad lo que éramos era gente amante de la naturaleza, y con un fuerte instinto anticonformista. Durante un tiempo tuvimos gallinas que nos daban huevos, y tres cabras que nos proporcionaban leche. Poss, nuestro querido perro, competía por nuestros cuidados con un poni, un asno, una camada entera de ratones (que mi madre domaba y convertía en artistas de un circo alumbrado por velas), y todos ellos constituían una especie de zoo ambulante. Una vez, cuando estábamos viviendo en una casita de campo que formaba parte de una granja dedicada a la producción de piñas, los pósums tomaron posesión de nuestras vidas. También vino a residir a nuestra vivienda una grulla de color gris muy grande, perteneciente a la subespecie brolga. Era como si estuviéramos siempre tratando de

encontrar un refugio que nos permitiese huir de la vida moderna. Mirándolo con la perspectiva actual, percibo que yo andaba inmerso en la búsqueda de un sistema de pensamiento que explicara la relación entre las personas y las cosas. Años más tarde estudié mecánica cuántica y hay determinados hechos que sólo comencé a entender entonces, pero ya en aquella época de mi adolescencia traté de encontrar una forma de relacionarme con el mundo tal como la vida me lo presentaba, tal como lo vivían mis padres, e hice cosas como dedicarme apasionadamente a cuidar de mi propia colmena de abejas.

Mi madre y mi padre adoptivo se separaron cuando yo tenía nueve años. En aquel momento no pareció que esa situación fuera terrible, pero desde la edad adulta está claro que aquel hecho supuso el final de un período de mi vida relativamente paradisíaco. Como ya he dicho, en mis años jóvenes yo era una especie de Tom Sawyer, siempre entregado a la tarea de ir descubriendo cosas, y, en comparación con aquellos momentos anteriores, los años que siguieron me brindaron aventuras considerablemente más siniestras. Es frecuente que veamos los contornos de la infancia rodeados por un halo de luz, y para mí, a pesar de tantas idas y venidas, de las continuas mudanzas y del odio que me inspiraba la escuela, fueron años que viví inmerso en un estado de iluminación natural. El mundo era algo nuevo, y el océano, transparente; y el aire olía a la savia del árbol del caucho. Pero la naturaleza humana es más complicada, por supuesto, que el hábitat natural en donde vive, y la vida no sería vida si no tendiera a dar paso a toda suerte de complicaciones sombrías. Brett tenía sus propios problemas y luchas personales y, al cabo del tiempo, mi madre no se sintió capaz de aguantarlo más, de manera que nos fuimos a vivir a un piso situado encima de una tienda, en la ciudad de Lismore, que compartíamos con la Compañía de Teatro Nómada. A menudo mi madre obtenía algún dinero pintando retratos en los mercados, y mi hermanastro pequeño y yo dábamos vueltas a su alrededor mientras ella se ganaba así la vida. En esa época tuve una armónica con la que interpretaba blues preadolescentes.

Mi madre y yo habíamos intentado vivir como vecinos respetables de la ciudad, pero muy pronto nos embarcaríamos en una vida nómada a la que en buena parte nos empujó la ansiedad, que nos conducía a dejarnos llevar por las corrientes de todo un Mississippi al que la vida nos había arrojado. En los años siguientes recorrimos gran parte de Australia —y no eran pocas las regiones que ya conocíamos—, pero durante unos cinco años fue como si nos estuvieran persiguiendo, y de la misma manera que la anterior época más tranquila y feliz formó mi carácter, creo que puedo decir lo mismo de esos años tan agitados. Con Brett vivíamos una vida en la que el sol, el arte, la música y la naturaleza proyectaban luz sobre nosotros. Las obras teatrales que montaba Brett, el hecho de que en cuestión de instantes aquellos escenarios plegables pudieran desplegarse y volver a guardarse, fue una buena manera de prepararme para

WikiLeaks. Pero la siguiente etapa de mi vida, una época dominada por un hombre llamado Leif Meynell, nos enseñó en qué consiste vivir perseguido por fuerzas tenebrosas. Ese hombre fue mi primer perseguidor.

3

HUIDA

La familia de mi madre llegó a Australia en 1856 procedente de Escocia. El jefe del clan era James Mitchell, un aparcero de Dumfries que vivió en la misma época que Robert Burns, el poeta escocés conocido por su pensamiento radical, y que también era campesino. Burns se pasó la vida entera protestando contra la injusticia y la tiranía, y escribió una especie de «marsellesa» universal dedicada al espíritu humano y titulada *A Man's a Man for a' That* (Un hombre es un hombre pase lo que pase). El poeta murió pobre en Dumfries justo cuando mi antepasado Mitchell comenzaba a crecer, y a Burns no le hubiese costado nada entender el deseo de emigrar de aquella gente. Al igual que Burns, esos antepasados de mi madre eran protestantes que vivían sometidos a las leyes de la Iglesia de Escocia, y la existencia en los campos embarrados de su país era muy dura.

Hugh Mitchell, junto con Anne Hamilton y sus cinco hijos, se estableció como granjero de vacas en Nueva Gales del Sur, en la localidad de Bryans Gap, cerca de Tenterfield. Se le conocía bien en todo el distrito de Nueva Inglaterra, y murió a los ochenta y cuatro años, dejando una herencia de 121 libras esterlinas, y un hijo, James, que con el tiempo arrendó unas tierras en Barney Downs. James era buen jinete y se alistó como voluntario y combatió en la guerra de los Bóers. El 2 de junio de 1900 escribió una carta desde Bulawayo, en Rhodesia, en la que le contaba a su hijo Albert lo dura que era la vida en el regimiento y qué frustración le producía no estar combatiendo en el frente. Esta queja, muy común entre los soldados, encontró su respuesta cuando el destino organizó las cosas de manera que, ocho semanas después, pasó a formar parte de una guarnición del Transvaal que fue objeto de un severo ataque por parte de los bóers, y James Mitchell, sargento primero, murió allí a causa de sus graves heridas. El soldado que lo enterró escribió una carta a su familia. «Fue un deber muy duro, el más triste de los que he tenido que cumplir en Sudáfrica... Esta guerra es un mal asunto, triste y cruel.» Otros antepasados míos, por el lado de mi padre, los Kelly y los Greer, habían emigrado primero a Irlanda y cuando regresaron a Escocia fueron propietarios del Imperial Hotel de Nundle. Mi bisabuelo paterno, James Greer Kelly, tuvo cuatro hijos que fueron deportistas destacados que adquirieron fama por sus hazañas como jugadores de críquet y rugby. También tuvo una hija, Miriam Kelly, mi abuela, que emigró a Sidney y se casó allí con un hombre apellidado Shipton, de cuya unión nació mi padre.

La ciencia nos dice que la familia nos transmite los genes y la vida, pero cabe preguntarse si también heredamos de ella sus ideas. No puedo afirmar que conozca el ideario de mis antepasados, pero sí sé que ese viaje que, como buenos celtas,

emprendieron a lugares lejanos, en busca de bienes y herramientas, de oro y tierras, también fue motivado por el ansia de conocer mundos nuevos. Algunos de ellos, del lado materno, sufrieron a causa de su idealismo, en la batalla de Gallipoli y otros sitios. Alfred Hawkins, mi bisabuelo, estuvo encerrado en un buque-prisión japonés, el *Montevideo Maru*, y navegaba en él cuando fue hundido por un submarino norteamericano en 1942. Tengo entendido que ésa fue la primera vez que nuestra familia conoció la experiencia de ser víctima del fuego amigo. Y no sólo padeció en esa ocasión nuestra familia, ya que en ese mismo buque perecieron ahogados 1.051 soldados y civiles australianos. El hundimiento se produjo a unas sesenta millas de la isla de Luzón, en Filipinas, y los restos del naufragio del buque no han sido recuperados jamás. Hace unos años, un superviviente (un marinero japonés) recordó los gritos terribles que lanzaban los presos australianos cuando el buque comenzaba a hundirse. Otros presos, según contó este testigo presencial, cantaban *Auld Lang Syne* (Hace mucho tiempo). No hay registros históricos que confirmen que mi pariente iba a bordo de ese buque la noche en que fue hundido, ni sabremos nunca si Alfred Hawkins gritaba o cantaba, en caso de haberse encontrado en uno de sus calabozos, pero vale la pena subrayar que esa canción fue compuesta por Robert Burns, nuestro famoso vecino escocés.

Mi propio padre estuvo desaparecido de mi vida durante muchos años, y sólo entró a formar parte de ella cuando yo ya era adulto. Me referiré a ello más adelante. En todo caso, eso supuso que Brett Assange fuera para mí el buen padre, la figura masculina que tuve como modelo de pequeño. Brett era uno de esos tipos magníficos de los años setenta que tocaban la guitarra y se metieron en el mundo de la música rock. Llevo su apellido, que es muy infrecuente, pues se trata de una adaptación inglesa del apellido chino Mr. Sang, o *ah-sang* en cantonés. Su tatarabuelo fue un pirata taiwanés. Terminó estableciéndose en la Isla del Jueves (una de las que forman el archipiélago del estrecho de Torres), donde se casó con una chica de allí, y con ella emigró más tarde a Queensland. Europeizó su apellido para librarse del entonces desenfrenado racismo australiano contra los chinos.

Volviendo la vista atrás hacia todas estas personas, veo a un grupo de familias que anduvieron dando vueltas por Australia, progresando a partir de la pobreza hasta alcanzar una posición acomodada, en claro contraste con la vida de mi madre y la mía, que fueron bastante diferentes. Mi madre, como decía, se divorció de Brett Assange cuando yo tenía nueve años. Él había sido un excelente padre para mí, y era en general muy buena persona, pero no lo fue tanto consigo mismo, y eso condujo a la separación y a que terminara la relación de mi madre con él, esos años que constituyeron una especie de edad de la inocencia en mi vida.

El lugar hasta entonces ocupado en la familia por mi padre adoptivo fue usurpado por un tipo llamado Leif Meynell. Mi madre lo conoció cuando ella estaba dibujando

tiras cómicas para el Northern Rivers College of Education. Recuerdo que llevaba una melena rubia que le colgaba hasta los hombros, y que era bastante guapo. Me quedaron grabadas su frente alta y despejada, y la marca blanca y estriada de la zona del brazo donde le pusieron la vacuna de la viruela. En aquel entonces deduje que esa marca significaba que había nacido en Australia a comienzos de los años sesenta, aunque lo cierto es que esta clase de vacunas se ponían a los niños de otros muchos países. Por lo oscuro de la raíz de su cabello, era evidente que su rubio era teñido. Una vez estuve curioseando su cartera y encontré muchas tarjetas con nombres diversos. Era músico y tocaba la guitarra. Pero por encima de todo fue para nosotros lo más parecido a un fantasma, y supuso siempre un misterio amenazador.

Desde el primer momento me opuse a él. Puede que sea normal que un chico oponga resistencia a un hombre como él, o, en realidad, a cualquier hombre que parezca estar usurpando el puesto que le había correspondido al padre, ya sea el biológico o el padre. Aunque mi madre al principio bebía los vientos por él, no llegó a vivir con nosotros. En cualquier caso, fuera cual fuese la naturaleza de lo que ella sintió por Leif, no le duró apenas. Así que trató de alejarle de su vida, pero él era un individuo que tenía la habilidad de volver a presentarse y convencerla de que todo cambiaría. Al final, acabamos huyendo de Leif. Viajábamos hasta el otro extremo del país, y al poco tiempo comprendíamos aterrados que había conseguido encontrarnos de nuevo. Entonces se metía otra vez en nuestras vidas, y estas situaciones acabaron siendo muy difíciles de sobrellevar. Era capaz de resultar muy seductor. Una vez me pegó un puñetazo en la nariz tan fuerte que me hizo sangrar. Otra vez saqué un cuchillo para defenderme, le dije que no volviera a acercárseme. Pero no puedo decir que hubiera siempre abusos de tipo físico por su parte. El problema más grave era la extraña capacidad que tenía de ejercer alguna forma de poder psicológico sobre nosotros.

Hacia el año 1980 habíamos vuelto a mudarnos a una casita situada en una zona muy bella de la costa norte de Nueva Gales del Sur, a unos veinte kilómetros de la playa. La casa se encontraba en medio de una plantación abandonada de aguacates y plátanos, y mi madre logró que nos la alquilaran. Recuerdo bien un día en que até una cometa a uno de los postes de la valla, y me quedé mirando la luz intensa y verde que se colaba a través de las hojas de los plátanos. Aquello era, supongo, como una novela gótica que transcurriese en el trópico, y Leif era una especie de Heathcliff en pantalón corto y sandalias, que de repente reaparecía como si fuese la encarnación de cierta fuerza tenebrosa. Mi madre se quedó embarazada de él y, ante el posible impacto de mi oposición, Leif intentó al principio mostrarse razonable, subrayando que ahora se había convertido en el padre de mi hermano y que por esa razón mi madre quería que siguiera con nosotros. «Eso sí —me dijo—. Si algún día no deseas que viva con vosotros, me iré inmediatamente.» En realidad quería quedarse, y así lo

hizo durante algún tiempo, aunque yo pensaba que estaba muy dispuesto a ocuparme de mi madre y del bebé, y protegerles. Mamá padeció una mastitis, y la cuidé mientras le duró la fiebre. Le daba zumo de naranja. Por la noche, en los alrededores de la casa reinaba una oscuridad muy profunda, sin más que la luna para guiar tus pasos si salías, y teníamos una sensación inquietante de quietud y aislamiento.

Mi madre estaba enamorada de Leif. Y yo era demasiado joven para comprender en qué consiste el amor basado en la atracción sexual. Lo único que yo sabía es que Leif no era mi padre, y que la suya era una presencia siniestra. Él argumentaba, una y otra vez, que yo no debía rechazarle, y que mi madre y él tenían una buena relación, y que además estaba su hijo, y todo lo demás. Pero hubo un momento, cuando vivíamos aún en esa casita de la plantación, en que le dije que no podía seguir aceptando la situación. Le dije que sabía que nos había mentido, hasta extremos de los que yo ignoraba que un adulto pudiese ser capaz de mentir. Una vez Leif dijo que habría que matar a todos los feos. A veces pegaba a mi madre, y te daba la sensación de que en esos momentos era capaz de cualquier cosa. Yo quería que se fuera, tal como me había prometido que iba a hacer, pero luego negó que jamás me hubiese dicho nada parecido.

Hay gente a la que la vida nómada le va muy bien; o que encaja en determinadas situaciones. Nosotros nos mudábamos de sitio con mucha frecuencia, como si ésa fuese nuestra forma de vida, sin más. Mi madre conseguía un empleo en una nueva ciudad, y buscábamos allí una vivienda. Así de sencillo. Pero en los años en que nos mudábamos por culpa de Leif, todos esos cambios los hacíamos como impulsados por cierta crispación, y esta circunstancia hizo que en lugar de parecernos una cosa la mar de sencilla acabara resultando consecuencia del miedo. Tardamos mucho en enterarnos de cuál era la esencia del problema de Leif. Al final averiguamos que pertenecía a una secta australiana llamada «La Familia». Cuando ahora pienso en todo aquello, compruebo que el carácter obsesivo de Leif tenía mucho que ver con su pertenencia a esa secta, y que este hecho también podía servir para explicar su egocentrismo y aquella oscura capacidad suya para controlar nuestras vidas.

La secta La Familia fue fundada por Anne Hamilton-Byrne a mediados de los años sesenta. Comenzó en las montañas situadas al norte de Melbourne. Los miembros de esa secta se dedicaban a la meditación, y en sus reuniones y extrañas sesiones místicas consumían LSD. Según la idea básica que compartían sus miembros, Anne era una reencarnación de Jesucristo, aunque en sus creencias también se mezclaban elementos tomados de las filosofías orientales. Los miembros de la secta adoraban a una deidad kármica obsesionada por la limpieza de las almas. Anne profetizó el fin del mundo y afirmaba (cosa bastante cómica, aunque a ella no se lo pareciese) que sólo iba a sobrevivir la gente que estuviera refugiada en las sierras de Dandenong, al este de Melbourne. Anne y su marido se hicieron ricos

gracias a que se quedaban con las limosnas que recogían en los oficios de los jueves. La secta no llegó nunca a tener muchísimos seguidores, pero todos ellos estaban prendados del aura de color azul que parecía rodear a Anne (un truco debido a una iluminación especial, que le proporcionaba ese fulgor azulado). Muchos de sus seguidores eran médicos, gente de clase media que acabó teniendo una fuerte dependencia de Anne. La fuerza principal de la secta era la red de influencias tejida entre sus miembros por Anne y su esposo. Actuaban de forma parecida a los masones, obtenían favores de gente situada en posiciones sociales muy influyentes, y eso nos permitió finalmente comprender cómo se las arreglaba Leif para encontrarnos una y otra vez.

En realidad, Leif se apellidaba Hamilton. Y era una de las personas que fueron «adoptadas» por La Familia. Al cabo de los años, Anne Hamilton-Byrne y su marido fueron condenados por el delito de falsificación de documentos de adopción, pero en su momento culminante tenían la capacidad de lavar el cerebro de las autoridades. Debido al consumo de LSD, muchos miembros de la secta creían tener revelaciones, y les pareció muy bien hacer el papel de «tíos» de los muchos niños adoptados cuando a los Hamilton-Byrne les dio por la manía de las adopciones. En cierto momento, La Familia llegó a tener adoptados a veintiocho niños. En todos los rincones de la casa había altares dedicados a Anne Hamilton-Byrne, y a todos y cada uno de los niños les daban una foto de ella, como si fuese Mao. La secta estaba obsesionada por la sexualidad y la pulcritud. Al parecer, Anne padecía una forma extrema y chiflada de vanidad, y odiaba a los feos y a los gordos, y ella misma se sometió a operaciones de cirugía estética.

Leif Meynell era miembro de esta secta, y todo lo que hizo en relación con nosotros tenía que ver con su pertenencia a La Familia. Una vez, huyendo de él, nos habíamos ido a vivir a Adelaide Hills, y tuvimos que huir de nuevo, en esta ocasión a la ciudad de Perth, en Australia Occidental. Nos instalamos en Freemantle, un suburbio de esa ciudad que ahora está de moda, pero que en nuestra época era sobre todo una zona industrial muy próxima al puerto. Una de nuestras vecinas estaba al corriente de la situación que padecíamos, y un día al volver de una granja nos dijo que habían visto a Leif Meynell rondando por nuestra calle. Tuvimos que huir. Esa vez terminamos yendo a parar a una casa del Patch, a las afueras de Melbourne, en un territorio estrecho y alargado cuya pendiente desemboca en un arroyo que discurre al pie de la colina. Un día encontré en ese arroyo una oveja muerta, hinchada y muy maloliente. Recuerdo que estuve caminando por el arroyo, utilizando el cadáver a manera de puente. En aquel tiempo, las cosas más extraordinarias podían convertirse en normales. Era invierno, los charcos estaban helados y cada una de mis pisadas dejaba en el barro una huella que se cubría de una capa de hielo. Parecían los pasos del hombre que caminó por la Luna, conservados bajo un cristal. Tenía que cortar

leña y hacer fuego cada mañana para calentar el agua que luego pasaba por un serpentín escondido dentro de la chimenea. Mi principal entretenimiento era la colmena que tenía en el patio de la casa. Por las mañanas me ocupaba de las abejas y me dedicaba a ver su vida atareada.

Las abejas combaten a los predadores de una forma muy especial. No paran de moverse, y siempre van a morir lejos de la colmena. Estoy convencido de que ese aislamiento al que antes me refería, esa sensación que tienes en ciertos rincones de Australia de que la civilización está en otro lugar, contribuyeron a que funcionaran tan bien sectas como la de La Familia. En aquella comunidad de campesinos, su actitud en relación con los animales era muy extraña, y había malas vibraciones satánicas en todo lo que hacían. Recuerdo una tienda de rituales satánicos que regentaba un tal Kerry Calkin. Todo era muy pedestre y, sin embargo, bastante aterrador. La atmósfera del lugar recordaba la de *El señor de las moscas*, y en nuestras vidas dominaba una mezcla de paranoia y culpa.

Y nuestra manera de vivir resultaba agotadora. No parábamos de cambiar de sitio. Nos avisaron de que Leif se estaba aproximando; nos dijeron que andaba buscándonos en las colinas que rodean Melbourne. En esa última ocasión, mi hermano y yo decidimos oponer resistencia. No soportábamos la idea de tener que agarrar otra vez todas nuestras cosas y salir zumbando. Para tranquilizarle, mi madre y yo le dijimos a mi hermanito que podía llevarse consigo a su gallo, un ejemplar premiado de la raza de los Red de Rhode Island, que era un animal alto, orgulloso y fortísimo, y que cantaba muy fuerte. Por mi parte, dije que pensaba llevarme mi colmena de dos pisos. No es difícil imaginar la escena: una mujer que a esas alturas ya estaba histérica, acompañada por dos hijos que cargaban con su extraño zoo, todos metidos en una ranchera familiar que huía por un camino de tierra.

Yo había llegado a convertirme en todo un experto de la cría de abejas. Y también sabía cómo transportarlas de un lugar a otro. Es necesario primero taponar la salida de la colmena con hojas de papel de periódico. Al final, las abejas son perfectamente capaces de comerse el papel y acaban por abrirse paso, pero si lo calculas bien puedes conseguir que no encuentren la salida hasta el momento en que ya has llegado a tu destino. Esa vez íbamos desde Melbourne hasta Brisbane. Los chicos dormíamos en el coche mientras las abejas zumbaban dentro de la colmena. El sol comenzó a salir y el gallo decidió alertar al mundo, pero yo lo agarré del cuello; entonces noté en la palma de la mano el temblor, el espíritu de los buenos días que pugnaba por salir, y al mismo tiempo oía a las abejas que empezaban a enfurecerse mientras mordisqueaban el papel.

—¡Deprisa! —le dije a mi madre—, y aquello estaba convirtiéndose en una auténtica pesadilla—. ¡Las abejas están a punto de salir y son muy vengativas!

Al final mi madre buscó un campo en donde dejar que las abejas salieran a tomar

el aire y el gallo pudiera cantar a gusto. Las abejas zumbaban más y más fuerte, el olor a cera y miel flotaba ya en el coche y el gallo empezó a cantar, cuando por fin mi madre estacionó junto a una iglesia enorme. El gallo saltó afuera, y yo corrí a la trasera de la ranchera, abrí la portezuela y avisé a todo el mundo de que se alejara, mientras me disponía a arrancar de golpe el resto de los papeles para dejar que las abejas salieran. Las abejas estaban furiosas. Necesitaban vengarse, y para ello no había nada mejor que aquella cosa tan llena de plumas rojas. Y, en efecto, se lanzaron contra el gallo, lo que hizo que me sintiera íntimamente satisfecho. El pobre bicho se puso a correr por el campo envuelto en un enjambre de abejas que se ensañaban en sus partes bajas. Y esta misma escena se repitió cada día y cada noche hasta que finalmente llegamos a Brisbane. Dios no existe, no existe tampoco ninguna clase de justicia universal, pero la naturaleza posee una notable capacidad de ironía. A los pocos días de habernos instalado en Brisbane, me topé con un grupo de sapos de la caña de azúcar que caminaban en fila. Había seis o siete y eran grandes y gordos, venenosos y repulsivos, cargados de las bolsas de veneno que se hinchaban en el dorso de sus cuerpos; se habían sentado delante de mi colmena y estaban comiéndose a las abejas conforme salían. Se sabe que los aborígenes australianos secan esas bolsas de veneno y luego se las fuman porque así se colocan muchísimo. En cambio yo no fui capaz de obtener placer alguno de aquellos animales. Eso sí, había aprendido una nueva lección acerca de cómo sobrevivir en Australia. Si viajas hacia el norte del país, pon las colmenas sobre alguna clase de pedestal que las separe al menos un metro del suelo.

A lo largo de nuestras huidas acabamos aprendiendo la astucia de quienes viven en la selva. Por ejemplo, a vivir sin apenas dinero y en un mundo en el que casi no existe lo normal. Nuestra normalidad consistía en la inestabilidad permanente, y al final supimos adaptarnos muy bien a ella. Un viajero australiano llamado Nat Buchanan («Old Bluey») viajaba siempre ligero de equipaje y tenía el don de explorar toda Australia y sacar mucho partido de su independencia. Su tataranieta, Bobbie Buchanan, escribió un libro sobre su vida, *In the Tracks of Old Bluey* (Siguiendo las huellas de Old Bluey), que nos muestra a un hombre que conocía muy a fondo todo Queensland, capaz de coexistir con animales y seres humanos, y cuyo temperamento le permitió demostrar que tenía mucho valor cuando tuvo que hacer frente a los obstáculos que hallaba a su paso. Era un nómada de origen irlandés, como nosotros, y, al igual que nosotros, supo transmitir sus costumbres a sus hijos. La diferencia entre él y nosotros radica en que Old Bluey perseguía a la naturaleza en un viaje en búsqueda de sí mismo, mientras que nosotros éramos perseguidos por una fuerza de la naturaleza a la que apenas podíamos presentar batalla, y en lugar de encontrarnos a nosotros mismos terminamos extraviándonos. Nat era un pionero, el primer hombre capaz de, según el relato de Bobbie, «cruzar las mesetas de Barkly de

este a oeste, y el primero en conducir a un gran rebaño de ganado desde Queensland hasta el Extremo Norte del Northern Territory». Nat murió en 1901, más de ochenta años antes de que mi madre, mi hermano y yo cruzáramos en coche como fugitivos todo el desierto de Tanami. «Nat era un tipo pintoresco, aunque enigmático —según el libro de su descendiente—, cuya historia es tan notable que no necesita ser exagerada.»

Mi madre acabó cambiando de nombre. Dedujimos que Leif tenía contactos con la administración de la seguridad social —se supone que ésta era la manera de funcionar de La Familia—, de modo que lo mejor era dejar de tener un nombre que figuraba en el sistema informático del gobierno. Pero Leif era un gran charlatán, capaz de sonsacar información de cualquiera, y siempre se enteraba de dónde estábamos, y nos atrapaba. Fue gracias al trabajo de un investigador privado como conocimos sus estrechas relaciones con Anne Hamilton-Byrne y su secta. Por aquel entonces vivíamos en Fern Tree Gully, y yo ya tenía dieciséis años. Habíamos llegado al final del camino. Además, yo comenzaba a sentirme ya un hombre hecho y derecho y estaba dispuesto a enfrentarme a Leif. La masculinidad, y quienes la rechazan, merecerían tal vez que hiciese aquí un aparte dirigido a ellos, pero me limitaré a decir que yo me sentía capaz de hacerle daño, y se diría que él también terminó enterándose de que así era. Comenzó a rondar por allí, acercándose cada vez más a los límites de nuestra casa, y yo le salí al paso y le dije que se fuera a tomar por culo. Fue la primera y la última vez, y hubo algo en la manera en que se lo dije que nos garantizó que no íbamos a volver a verle nunca más. Durante una primera época tras este incidente presionó para ver a mi hermano, pero su historia le delataba y finalmente se esfumó.

A decir verdad, sin embargo, durante todos esos años en los que Leif nos persiguió de un extremo a otro de Australia, mi cabeza solía estar ocupada en otros asuntos. Siempre me había gustado agarrar máquinas diversas y desmontarlas y luego montarlas otra vez. Tenía, supongo, cierto instinto para la técnica, y no sólo me gustaba usar las máquinas, conectarlas y desconectarlas, sino también comprenderlas. Cuando se fue Brett, terminó como he dicho la primera parte de mi vida, y me sentía preparado para dar algún paso adelante. En una tienda de Lismore me fijé en una máquina fascinante y novedosa para mí, una máquina que enseguida me habló de un mundo totalmente nuevo. Estaba en el escaparate, y era el ordenador Commodore 64.

Ese ordenador, visto con los ojos de hoy en día, tiene un aspecto ridículamente primitivo. Un auténtico montón de chatarra de plástico gris que compone este ordenador familiar que funcionaba con discos cuyo tamaño era el doble del tamaño de un móvil actual, y que tenía una potencia cien mil veces menor que el teléfono que llevo en el bolsillo. Viéndolo hoy en día tiene aspecto de un cacharro que se ha escapado del atrezo de *Star Trek*, una visión infantil de cómo sería el futuro. Pero

para alguien como yo, habitante de una ciudad pequeña de Australia, aquello era el verdadero futuro, y yo quería comprenderlo.

A los dieciséis años, el ordenador ya se había convertido en mi conciencia. Era el comienzo de una nueva vida. Y no es que la vida anterior no tuviera su encanto —que lo tenía y lo tiene, todavía hoy—, sino que en cierto modo podría decirse que yo hablaba con el ordenador, o hablaba a través del ordenador, saltándome de golpe todas las pequeñas preocupaciones provincianas para alcanzar un punto del infinito desde cuya perspectiva el yo se disuelve y entra a formar parte de la historia. Más adelante, el problema del yo, de mi yo, se convertiría en una obsesión para muchos periodistas. Que acabarían preguntándose si yo era un arrogante o un loco, un tipo despreocupado o un manipulador, un quisquilloso, un individuo susceptible, un tirano. El yo del que ellos hablaban era únicamente producto de su imaginación. Sólo habitaba en sus fantasías. Yo trataba de llevar adelante mi tarea sometido a muchísima presión; apenas era consciente de mí mismo, y desde luego la imagen que tenían de mí no respondía a quién era yo. Hoy en día a la gente le encanta especular sobre el yo individual, y creen que la vida es un serial. Pero cuando digo que mi «yo» no está donde ellos lo buscan sino en algún lugar que está más allá de mí, en un ordenador, en un proyecto que durará toda mi vida, lo que quiero decir es que no estoy todo el rato dándole vueltas a una cosa tan nimia como quién soy o quién pueda ser yo. Porque cuando te lanzas a una empresa así desapareces, te fundes en algo muy superior a ti, y te pones a su servicio con todas tus fuerzas, sean las que sean.

Puede que tuviese que ver con el hecho de que yo pertenezco a mi generación. Y hay algunos que no acaban de entenderlo. Tratan de meterte en sus formas antiguas de clasificar a la gente: pretenden que seas Billy el Niño, el Doctor No, Robin Hood o el Doctor Strangelove. En mi opinión, a finales de los ochenta surgió una generación que comenzó a pensar de otra manera. Fuimos amamantados por los ordenadores, y no nos reconocíamos en nuestro «yo», sino en un «nosotros» e incluso, si eso fuera posible, en un «nosotros frente a ellos». En el imaginario de la gente, cuando se piensa en los chiflados de los ordenadores, se suele representar a un loco obsesivo que vive encerrado en su habitación y está muy alejado del mundo. En realidad, los que estaban alejados del mundo eran los críos que sólo se dedicaban a mirar la tele. Ellos sí eran gente pasiva, solitaria. Puede que nosotros también nos pasáramos toda la noche en vela, pero podría decirse que los mejores de entre nosotros estábamos ocupados en hacer lo que después vería todo el mundo.

Si uno quiere saber qué es lo que piensa en realidad, si uno quiere ir más allá de eso para crecer y compartir los pensamientos de otros (una forma dulce del olvido de uno mismo), lo que debe hacer es colocar una parte muy importante de la propia mente en el espacio de su ordenador. No pretendo ponerme solemne, pero me atrevería a decir que esto suponía no sólo una nueva forma de ser y estar en el

mundo, sino también una nueva forma de poseer la propia piel. A la gente siempre le incomodó todo este fenómeno, e incluso hoy en día muchos desean que cumplamos con la dictadura de las formas antiguas del yo. Pero nosotros aprendimos desde muy jóvenes de qué manera funciona el compromiso en la era de los ordenadores: funciona a base de hacer una transfusión de tu propia sangre a un sistema de inteligencia que depende de ti, y del que tú, a su vez, dependes. Eso era antes ciencia ficción, pero ahora forma parte de la realidad de todos los días. Supongo que para mucha gente yo seré siempre un bicho raro porque pertenezco a una generación que se metió a fondo en las profundidades de nuestras máquinas, y les pidió que nos ayudaran a luchar en pro de la justicia mediante métodos nuevos capaces de burlar con astucia a la vieja guardia, incluso aquellas formas de protesta que adoptaron nuestros padres, los cuales, por el hecho de pertenecer a esa vieja guardia, fueron incapaces de romper las estructuras de poder y corrupción que hacían que el mundo fuese un lugar injusto.

Los ordenadores nos proporcionaron un espacio positivo en un campo negativo: nos mostraron que podíamos empezar de cero, trabajar contra el «yo», contra la «sociedad», que podíamos construir, en los pastos nuevos de lo digital, algo que no funcionara tan mal y que no estuviera tan corrompido. Un día supimos que podíamos cambiar el mundo, y ellos lo supieron también. La vieja guardia contraatacó lanzando contra nosotros sus antiguas etiquetas a través de los medios de comunicación convencionales, tan imbuidos de su vieja conciencia de los «intereses nacionales» y del patriotismo, sus acusaciones de traición, pero nosotros siempre supimos que el mundo era mucho más moderno de lo que ellos imaginaban. El Cairo estaba aguardando. Túnez estaba aguardando. Todos esperábamos la llegada de un día en que nuestra tecnología haría posible una universalización cada vez mayor de la libertad. En el futuro, el poder no lo darían las armas sino las comunicaciones, y la gente no se reconocería a sí misma a través de un imprimátur otorgado por una pequeña camarilla de gente poderosa, sino por el modo en que las personas desaparecerían en unas redes sociales dotadas de un enorme potencial político.

Así era yo a los dieciséis años. Me entregaba plenamente a mi ordenador. Ponía a prueba mi conciencia del mundo natural en que había crecido, todas esas extensiones del mundo situadas bajo la luz brillante del sol, todas las zonas protegidas por la sombra del follaje, todas las estrellas y todas las abejas. También estaban en el ordenador todos los siglos de misterios y complicaciones humanas. En cierto sentido, siempre estaría respondiendo a las enseñanzas de mi niñez, desde las protestas contra Vietnam hasta el espionaje de las sectas, y esta forma de expresarlo es lo más cerca que soy capaz de llegar a la verdad. Has de tener un yo para perderlo —o para usarlo — y estoy convencido de que la tarea que he desarrollado en WikiLeaks lleva impresa en algún lugar la huella en cierto modo fantasmal de mis años jóvenes. Digo

fantasmal porque es así como se presenta. Toda esa obra está impregnada por los primeros valores y las experiencias tempranas, y así es como ha ocurrido todo.

Aquí se cuenta la historia de una persona que llegó en el momento justo para realizar una tarea específica. Una tarea que cambió el mundo. Pero esa historia no comenzó con esa tarea: sino que dicha tarea comenzó con esta historia. Por eso me he remontado al mundo inexplorado de la infancia, pues ambos —esa tarea y yo— empezamos en aquellos bosques de ignorancia perfecta. A los dieciséis años me senté ante mi ordenador y empecé a dejar atrás todo lo demás. Y allí quedaron pupitres y calcetines viejos, montañas de discos de ordenador y bocadillos a medio comer. El ordenador y yo nos fundimos en un solo ser; y penetramos en la noche en busca de cosas nuevas. La siguiente fase de mi vida, la que supuso mi iniciación en la tarea de crackear códigos y hackear, resultaría con el tiempo ser el vínculo que hacía posible el futuro en cuya existencia habíamos creído. Pronto comencé a pasearme por dentro del ordenador, por dentro de los círculos más profundos de una red en la que cientos de miles de ordenadores vivían de manera sincronizada los unos con los otros, y en medio de todo aquello estaba yo, tratando de aprender por mi cuenta a pensar en la lengua propia de los ordenadores. Una nueva vida ardía dentro de mí, y también dentro de otros con los que me tropecé conforme avanzaba. Estoy seguro de que, en el cuarto oscuro de nuestra última casa, perdida en medio del bosque, mi cara tenía un fulgor azulado mientras yo me obsesionaba por alcanzar un secreto bien guardado que me mantenía despierto hasta muy entrada la noche. A veces tenía la sensación de que la justicia en persona estaba escondida justo al otro lado del cursor y sus destellos en la pantalla.

4

MI PRIMER ORDENADOR

En aquel entonces los ordenadores venían casi vacíos; ni siquiera llevaban programas instalados. Eso es algo que los críos de la siguiente generación desconocen, pues en su primer ordenador ya tienen de todo. Las máquinas vienen precargadas con toda clase de software, fantásticas tarjetas gráficas y de todo. Cuando yo empecé, por el contrario, la máquina era un montón de metal y poca cosa más. Tecleabas y lo hacías en un vacío inmenso y maravilloso, y esperabas que ese espacio se fuese poblando de otros cerebros. Las máquinas de entonces estaban programadas para aceptar lo que teclearas, y ahí se acababa todo. Éramos adolescentes y penetrábamos en ese espacio exactamente igual que lo haría un explorador en busca de un territorio desconocido. Al igual que en las matemáticas, donde existe el reino de lo atómico, el ordenador poseía su propio espacio y sus reglas de juego, que podías ir descubriendo gradualmente. Se trataba justamente de eso, de ir descubriendo todas las leyes, los sistemas de funcionamiento y los efectos colaterales de aquel universo nuevo. Y a eso nos dedicamos. Era todo tan emocionante que no había casi forma de contenernos. En cuestión de minutos podías aprender a hacer con tu ordenador cosas cuyo potencial era infinito. Podías enseñar a tu ordenador a enviar al infinito las palabras que tecleabas: «Hola. ¿Estáis ahí?». Podías darle una orden que se aplicaría ilimitadamente, y para alguien tan joven, el hecho de descubrir que esa clase de poder estaba en tus manos era, para empezar, emocionante, y podía ser incluso revolucionario.

Eso sí, era imprescindible que fueras capaz de pensar con claridad. El ordenador no podía pensar por ti; había una gran diferencia entre decir «Quiero que el ordenador se ponga a contar» y decir «Así es como cuenta el ordenador». Como verdaderos chiflados y empollones adolescentes, auténticos cibernerds, aprendimos a darle al ordenador instrucciones muy precisas. Eso no podíamos aprenderlo en la escuela. Ni nos lo enseñaron nuestros padres. Lo descubrimos todo por nosotros mismos conforme íbamos averiguando en qué consistía la vida del ordenador. Naturalmente, algunos se conformaban con usarlo para sus fantásticos juegos, lo cual estaba la mar de bien. Pero a unos pocos de nosotros nos interesó proyectar nuestros pensamientos en el ordenador, y conseguir que éste fuese capaz de hacer cosas nuevas. Empezamos picando códigos, y terminamos aprendiendo también a crackearlos.

A donde fuera que nos mudáramos, siempre tuve una mesa para mi ordenador y una caja para los discos. Aquello era el paraíso. Mirabas las estrellas y el cielo de la noche te permitía hacerte una idea de la infinitud. Pero luego mirabas tu ordenador y pensabas: el infinito también está ahí dentro, pero de una forma mucho menos

distante. Gran parte de los primeros conocimientos procedía de la gente que redactaba los manuales de uso. No era sencillo hacerse con manuales buenos de verdad, pero nos pasábamos la información entre nosotros, y comenzó a formarse una especie de sociedad secreta de adolescentes, unos grupos no muy estructurados de chicos que habían logrado adquirir ciertos conocimientos y que estaban dispuestos a compartirlos. Muy pronto supimos que esa subcultura en que nos habíamos metido no era meramente local, no era sólo australiana: había crecido una subcultura mundial formada por gente que cogía los programas de ordenador creados por las empresas de software y los modificaba, gente que lograba penetrar más allá de los sistemas de encriptación que impedían el acceso a las tripas de los programas, de manera que luego éramos capaces de copiarlos y regalárselos a nuestros amigos. El impulso era producto básicamente del desafío que suponía hacer estas cosas. Los tipos que escribían esos códigos y los que los crackeaban estaban metidos en una especie de competición. Con la diferencia de que quienes escribían las codificaciones eran veinteañeros y trabajaban a sueldo de empresas, mientras que nosotros estábamos en un cuarto de nuestras casas, y nos reíamos a carcajadas mirando la pantalla.

Aquellos tipos representaban la autoridad. Y nosotros no llegamos nunca a conocerlos. A veces dejaban mensajes ocultos debajo del software, escondidos bajo capas y más capas de encriptaciones, y nosotros debíamos rodearlas hasta alcanzarlos. Otras veces el programa estaba construido de manera que, a medida que forcejeábamos y avanzábamos en nuestro intento de desencriptar el software, ese mismo programa lanzaba ataques contra partes de nuestro ordenador. Nuestra relación con el ordenador era un elemento clave en el desarrollo de nuestra mente, que iba creciendo más y más. Habíamos aprendido mucho y muy deprisa, y sabíamos que podíamos enseñar a nuestro ordenador a que, siguiendo nuestras instrucciones, ampliara más incluso su propia complejidad. La competencia entre nosotros y aquellos primeros fabricantes de software no hizo otra cosa que acelerar el proceso: puede que fuéramos enemigos, pero juntos conseguimos que el arte de la programación se lanzara a una carrera acelerada, tal como imagino que ocurre en una buena partida de ajedrez.

Comencé a escribir programas. Mucho más tarde, con WikiLeaks, hubo gente que pensó que sólo se trataba de hacer política. Sin embargo, gran parte de nuestra labor en esa web ha quedado vinculada a la lógica de la inteligencia de los ordenadores, y enlazada para siempre en algo que la propia interacción con la inteligencia de un ordenador acaba convirtiendo en inevitable. En muchos aspectos, nada ha cambiado desde los tiempos de aquella caja metálica de nuestro cuarto de adolescentes. Los verdaderos límites de lo que puede hacer un ordenador no los determina simplemente el operario que se dedica a soldar entre sí sus componentes en una fábrica de China, sino que están inscritos en el significado mismo de lo que es un ordenador. Alan

Turing observó que cualquier instrucción que pueda escribirse en un papel y ser entregada a otro ser humano puede ser obedecida, al menos en potencia, por un ordenador. Y nosotros nos hicimos adalides de esa idea. La gente se pone nerviosa al pensar en eso, pero lo que digo es exactamente lo que ocurre cuando permitimos que un invento desarrolle al máximo su potencial si actúa de acuerdo con él la imparable imaginación humana.

Crackeando códigos lográbamos que mejorase la codificación de los programas, y picando códigos lográbamos que fuese más difícil descifrarlos. Una situación llena de ironía que proporcionaba una diversión magnífica a los adolescentes a los que les gustaba avanzar en esa dirección. Todas las noches vivíamos nuevas aventuras.

Empecé a recibir por correo discos que me enviaba gente desde el extranjero. Me llegaban de Estados Unidos, Suecia y Francia, en donde aparecían nuevos amigos que habían sido capaces de crackear códigos y me mandaban sus fórmulas, y yo hacía lo mismo; encima todo este correo circulaba gratis porque habíamos descubierto además la manera de utilizar sellos usados. Era fantástico estar vivo en un instante en que tantas cosas estaban cambiando, en que tantas cosas eran nuevas, y notar la velocidad del progreso vibrando a través de tus dedos en el teclado. Yo tenía dieciséis años y había llegado mi tiempo. Estaba descubriendo mi vocación, mis habilidades, mi grupo de colegas, mi pasión, todo a la vez. Desde cierto punto de vista estoy seguro de que éramos tan arrogantes como insubordinados, pero a esa edad los jóvenes siempre necesitan tomar conciencia del poder que tienen, y nosotros íbamos a toda pastilla.

Creo que sería justo afirmar que Australia era vista en aquella época como un rincón apartado y provinciano. Era, en efecto, un país culturalmente atrasado, un desastre que permanecía a mucha distancia de las principales corrientes de la cultura y la vida europeas y norteamericanas. A nuestra manera, desde nuestra pequeñez, una pequeñez que acabó siendo algo muy grande, nosotros estábamos luchando contra esa situación. En aquel entonces yo vivía en un barrio residencial situado a las afueras de Melbourne, y sin embargo comencé al mismo tiempo a hacerme un sitio entre los grupos de élite de los hackers informáticos. Teníamos la sensación de encontrarnos en el mismísimo centro del mundo, a la altura de los tíos que se dedicaban a la informática de vanguardia en Berlín o San Francisco. Desde un buen principio, Melbourne fue una ciudad importante en el mapa de los informáticos, y en parte nosotros habíamos conseguido que esto fuera así. Teníamos una idea global de cómo podía funcionar la tecnología, y ni por un segundo creímos que fuésemos gente provinciana que vivía en la periferia. Al contrario, pensábamos que podíamos liderar el mundo, y puedo asegurar que este sentimiento, cuando vives en un extremo del planeta, te emociona de verdad. Australia es en muchísimos aspectos una pequeña laguna en el océano de lo anglosajón. La cultura británica permeaba la de nuestro país

y traía consigo el sentimiento colonialista de los valores nacionales de lo inglés. Ésa había sido exactamente nuestra realidad de manera que, si empezábamos a combatir, peleábamos como auténticos reyes antiguos. Ésa era la actitud desvergonzada de los hackers de Melbourne. No creíamos estar alejados de la corriente principal que movía el mundo, sino que formábamos parte de ella. Y dado que la innovación suele basarse en la confianza en uno mismo, no importa cuán infundada o cuán temporal sea ésta, teníamos la sensación de estar en la cima del mundo. Los *Levellers* ingleses del siglo XVII intentaron transformar un pequeño rincón del mundo en la línea del frente principal de una batalla. Por eso los historiadores, al referirse a aquel movimiento, dijeron que aquello era «un mundo puesto patas arriba». Christopher Hill, el historiador del Balliol College de Oxford, afirmó que las revoluciones inglesas del XVII eran un movimiento de «hombres sin amo», una gente que trató de escapar del control de los señores, y que para conseguirlo estuvieron dispuestos a convertirse en renegados y en personas fuera de la ley. A mis amigos de aquella época en el submundo de los hackers les hubiese gustado la frase de William Erbery, uno de los *Levellers*: «Los tontos son los más sabios, y los locos los más sensatos... Si en el corazón de todos los hombres anidara la locura... ésta sería la isla de la Gran Confusión... ¡Venga, volvámonos locos todos juntos!».

Fueron tiempos de ideas nuevas, energía, compromiso. La idea de que en internet debe dominar la soberanía popular, la llegada a ese mundo de la libertad colectiva, se encontraba todavía muy lejos, y habría que luchar, y muy duro, para conseguir que se impusiera. En esa época yo desconocía este hecho, pero hubiésemos podido invocar a Milton, quien escribió una especie de justificación sagrada en pro de la desobediencia civil y habló de «un pueblo que no sea perezoso ni torpe, sino animado por un espíritu ingenioso y penetrante, agudo para las invenciones, sutil y sinuoso en su discurso, y que no se quede a medio camino de la más alta capacidad a la que los hombres son capaces de elevarse».

Nosotros no teníamos ambiciones tan elevadas ni tampoco nuestras capacidades eran muy grandes, pero sí sabíamos que nos habíamos metido en una empresa que no podía compararse con nada que se hubiese intentado antes en la historia de la humanidad. Porque, en realidad, desde las habitaciones de nuestras casas de la periferia urbana nos habíamos lanzado en busca de una red global de ordenadores. «El vendaval viene del Norte», escribió uno de los héroes del movimiento de los *Levellers*. Tal vez fuera así. Pero en el mundo moderno puesto patas arriba podríamos decir que el vendaval venía del sur, y así haríamos justicia a la contribución australiana a estos cambios. Sea como fuere, nuestra energía estaba vinculada, aunque fuese de manera inconsciente, a muchos de los grandes esfuerzos de la humanidad por conquistar la libertad y arrebatarle este derecho a unos grandes poderes invisibles que se negaban a soltarlo. Algunos de nosotros estábamos tan

locos que creíamos que el mundo del futuro acabaría agradeciéndonoslo, cosa que no ocurrió. Para las víctimas de semejante autoengaño, lo que el futuro les reservaba era la cárcel.

El verdadero amanecer de la revelación no vino con el ordenador, sino con el módem. Cuando tuve uno, supe que todo había cambiado. El pasado había terminado. Lo antiguo había terminado. Australia no volvería a ser como había sido, y el mundo tampoco. Fin. Yo tenía unos dieciséis años cuando llegó este nuevo amanecer metido dentro de una cajita que funcionaba muy, pero que muy despacio. Antes de la llegada de internet, la idea de la cultura global del mundo informático se materializaba por medio de los tablones de anuncios. Digamos que había en Alemania, por ejemplo, ciertos sistemas de ordenadores aislados del resto del mundo, y entonces podías marcar un número y entrar allí e intercambiar software y mensajes. De repente ya estábamos todos conectados. El problema seguía siendo el coste que tenían estas llamadas internacionales, por supuesto, pero algunos de nuestros colegas llegaron a convertirse en expertos en la manipulación de las líneas telefónicas. Los llamábamos fríkers. Se cuenta un montón de majaderías sobre los primeros hackers, se dice de ellos que robaban bancos y cosas así. La mayoría de los hackers que yo conocía sólo estaban interesados en conseguir, como fuera, no tener que pagar nada por las llamadas telefónicas de sus módems. Sólo se enriquecieron en esa medida. Pero poder pasar la noche conectado a todos esos expertos del mundo entero con los que ahora nos relacionábamos..., eso sí era hacerse verdaderamente rico. Y la conciencia de estar realizando grandes descubrimientos era un placer galáctico.

A los pocos días de haber recibido mi primer módem, desarrollé un software que permitía comunicar al mundo entero la manera de buscar otros módems. Posibilitaba rastrear los barrios de negocios de las ciudades australianas, y más adelante de otras partes del mundo, y averiguar qué ordenadores tenían módem. Yo sabía que al otro extremo de esas líneas telefónicas habría cosas interesantes. Y sólo quería descubrir adónde podían conducir esos números. Aprender a jugar con los números era algo parecido a las matemáticas. En esa fase, no podíamos decir que aquello fuera nada subversivo, sino que te permitía abrirte al mundo, explorarlo, y hacerlo le daba a uno la sensación de haberse montado en una ola muy alta y nueva, que rompía en la parte más sofisticada tecnológicamente de la civilización industrial. Puede parecer exagerado, pero sentir aquello era grandioso, y no voy a disimularlo. Todo eso era muy sofisticado, pero nosotros no lo éramos. Para muchos de nosotros era lo mismo que cuando éramos unos críos que saltaban una valla y empezaban a explorar una cantera o un edificio abandonado. Queríamos averiguar qué había allí dentro. Necesitábamos vivir las grandes emociones que se sienten cuando logras cruzar al otro lado de la valla y consigues meterte dentro del recinto. La emoción de introducirse en el mundo de los adultos y estar dispuesto a desafiarlo.

Así empezamos los hackers. Lo que pretendes es cruzar más allá de una barrera que alguien ha puesto ahí para impedir que entres en algún sitio. La mayoría de esas barreras han sido construidas para defender intereses mercantiles, para conservar el flujo de los beneficios, mientras que para nosotros dichas barreras eran una batalla en la que luchaban dos talentos; además, con el tiempo llegamos a descubrir que esas barreras eran siniestras. Habían sido erigidas para limitar la libertad de la gente, para controlar la verdad, lo cual, imagino, es otra forma del flujo de los beneficios. Empezamos franqueando los deseos mercantiles de ciertas empresas, y la emoción que nos hacía sentir aquello era indescriptible. Era como la primera vez que juegas al ajedrez con un adulto y le ganas. Me desconcierta conocer a gente que no acaba de comprender la clase de placer que uno siente con todo esto, pues se trata del placer de la creación, nada menos, el placer de lograr conocer muy a fondo una cosa, y conseguir crearla de nuevo. Dedicarse a hackear se convirtió para nosotros en una empresa muy creativa: saltarse los altos muros que protegen al poder, y cambiar las cosas. Para la gente que gestionaba los ordenadores, conseguir que nadie pudiera meter las narices en esos sistemas informáticos era un modo de control, y para nosotros saltarnos esas barreras formaba parte simplemente de nuestro intento juvenil de explorar el mundo.

En esa época, por supuesto, los gobiernos disponían de sistemas informáticos cuya sofisticación estaba en proporción directa con la riqueza y el poder militar de cada país. Para nosotros, el sistema informático más interesante era el X.25, el sistema mediante el cual la mayoría de los países vehiculaban a su vez los sistemas informáticos que guardaban su material militar clasificado. Había unos ocho hackers en todo el mundo que habían descubierto y luego compartido los códigos de acceso a esos sistemas. Comprobar de qué manera gobiernos y grandes empresas trabajaban juntos mediante estas redes te dejaba sin respiración. Y la *crème de la crème* del mundo de los hackers estaba observándolos. Al final de mi adolescencia, cuando el Muro de Berlín iba a ser derribado, todo estaba a punto de cambiar. En los noticiarios de cada noche se palpaba la llegada de un cambio de época que transformaría el significado de las ideologías. Pero incluso antes de que eso ocurriera nosotros ya estábamos cambiando el mundo. Cuando en las casas se apagaban los televisores, cuando los padres se iban a la cama, un batallón de jovencísimos hackers informáticos se colaba en esas redes y trataba de provocar también una transformación en la relación entre los individuos y el Estado, entre la información y el gobierno, y se establecían estrechos vínculos entre todos los jóvenes que se dedicaban a saltarse esas barreras con la idea de contribuir juntos a destruir el viejo orden.

Cada hacker tiene un alias, y el mío era Mendax, un término que tomé del *splendide mendax* de Horacio, que se podría traducir como «noblemente insincero» o

tal vez «delicioso engaño». Me gustó la idea de que al esconderme tras un nombre falso, al mentir acerca de quién era yo o dónde me encontraba, aquel chico de Melbourne podía quizá hablar con más verdad acerca de su auténtica identidad. A esas alturas, la mayor parte del tiempo lo dedicaba a trabajar con el ordenador. Empezaba a padecer la enfermedad del hacker: no dormía, sentía una curiosidad ilimitada, no pensaba en otra cosa y estaba obsesionado por conseguir la máxima precisión. Más tarde, cuando llegué a ser muy conocido, a muchos les gustaba subrayar que yo sufría el síndrome de Asperger o que rondaba muy de cerca el autismo. No pretendo impedir que nadie se divierta, de manera que me limitaré a decir que soy, como lo son también todos los hackers, y como me atrevería a decir que lo son también todos los seres humanos, un poco autista. Pero hacia el final de la adolescencia, hasta al menos cumplir los veinte, yo no era capaz de centrar de verdad mis esfuerzos en nada que no me pareciera grandioso y nuevo. Hacer los deberes resultaba doloroso; una conversación ordinaria, una auténtica pesadez. Puede decirse que en cierto sentido me desconecté del alboroto local, de la climatología local, y que mi frecuencia sólo me sintonizaba con un mundo internacional. Teníamos ante nosotros mil tareas que realizar y nos obsesionamos con la idea de explorar esas tempranas redes, el internet anterior al nacimiento de internet. Por ejemplo, un sistema norteamericano llamado Arpanet con el que los australianos, al menos al principio, no podían conectarse a no ser que formaran parte del mundo universitario. Y así fue como nos montamos en la chepa del sistema y nos colamos en él. Resultaba ciertamente adictivo eso de proyectar tu mente por todo el mundo de esta manera, sabiendo que cada paso que dabas no estaba autorizado. Para empezar, hackeabas el sistema informático de la universidad, y luego hackeabas el camino que te permitía salir de allí. Pero mientras estabas metido allí dentro hackeabas otros sistemas informáticos situados en algún otro rincón del mundo. Lo típico, en mi caso, era meterme en los ordenadores del 8.º Grupo de Mando del Pentágono. Te zambullías en ese sistema informático, lo tomabas, y proyectabas tu mente desde el desaseado rincón de tu cuarto hasta lanzarla por los pasillos y las estancias de todo aquel sistema, sin olvidar por un instante que acabarías aprendiendo a comprender aquel sistema mejor incluso que sus usuarios en Washington. Era como si uno fuese capaz de teletransportarse hasta el interior del Pentágono para una vez allí pasear a sus anchas por todas partes, controlarlo todo, como en una película en la que te dedicases a dar órdenes a una pandilla de extras en mangas de camisa que trabajan sentados ante largas hileras de pantallas de ordenador. Pero enseguida saltábamos hacia un lado, abandonábamos aquellas fantasías, y comprendíamos que estábamos metidos a fondo en un nuevo y brillante escenario de lo que iba a ser el mundo en el futuro. La realidad virtual, que había sido uno de los campos temáticos de la ciencia ficción y ahora se incorporaba a la vida real para desempeñar también un papel importante,

nació para muchos de nosotros en aquellas autopistas por las que circulábamos en solitario en mitad de la noche.

Era algo espacial. Intelectual. Hacía falta sentir el deseo de conectarse con la mente de las personas que habían construido aquellos caminos. Era necesario entender la estructura de su pensamiento y el significado de su trabajo. Resultaba una preparación magnífica para cuando, más adelante, hubiera que pelear con el poder, porque lo que entonces ocurrió es que conseguimos aprender cómo funciona y qué es lo que puede hacer el poder cuando trata de proteger sus propios intereses. Lo peculiar del asunto es que en ningún momento teníamos la sensación de estar robándole nada a nadie, ni tampoco la de cometer ningún delito ni estar llevando a cabo ninguna insurrección. Tenías sólo la sensación de estar desafiándote a ti mismo. La gente no suele entender esto: muchos piensan que éramos tipos dotados de una enorme rapacidad, que buscábamos enriquecernos, o que soñábamos una siniestra pesadilla en la que nos convertíamos en amos del mundo. No era eso en absoluto. Sólo tratábamos de comprender hasta dónde era capaz de llegar nuestro cerebro, cuál era su capacidad, y pretendíamos ver cómo funcionaba el mundo a fin de cumplir con un compromiso, un compromiso compartido con la mayoría de la gente, que consistía en vivir plenamente la vida y contribuir a que el mundo fuese mejor.

Cuando te metías en el sistema chocabas con tus adversarios. Era como encontrarse con un desconocido en la soledad de una noche oscura. Creo que en aquella época había en todo el mundo una cincuentena de personas, entre adversarios y fieles, que formaban parte del grupo de élite de los exploradores informáticos que trabajaban en el nivel más elevado. Una cualquiera de esas noches de vigilia había, por ejemplo, un hacker australiano hablando con un hacker italiano dentro del sistema informático de un complejo nuclear francés. Si lo comparamos con lo que suelen ser las experiencias habituales propias de los jóvenes, aquello era auténticamente explosivo. De día caminabas hacia el súper del barrio, te cruzabas con conocidos, personas que creían que no eras más que un adolescente vulgar y corriente, pero tú, entretanto, sabías que la noche anterior te la habías pasado metido hasta el cuello en los asuntos de la NASA. En cierto sentido, a veces uno tenía la impresión de estar en contacto con los generales, con los tipos que manejaban las palancas del poder, y con el tiempo algunos de nosotros llegamos a sentir que habíamos logrado establecer contacto con la esencia misma del poder en nuestros respectivos países. No nos parecía que esto fuera en absoluto siniestro, sino lo más natural del mundo. No teníamos la sensación de ser unos delincuentes, sino de trabajar en pro de la libertad. En último extremo, tampoco creíamos haber hecho méritos especiales, como no fueran los relativos a nuestro talento para llegar hasta allí. Estábamos al mando. Podíamos mirar al Pentágono o el Citibank y decir sin faltar a la verdad: «Lo hemos hackeado. Hemos conseguido entender el funcionamiento de su sistema. Ahora, parte

de ese sistema informático es nuestro. Nos lo hemos llevado, hemos logrado que sea de dominio público».

A lo largo de nuestras incursiones nocturnas, jamás le hicimos daño a nadie ni causamos ningún desperfecto, pero no éramos tan ingenuos como para pensar que las autoridades iban a verlo igual que nosotros. Hacia el año 1988, las autoridades australianas trataban de encontrar unos cuantos ejemplos clave que les permitieran justificar la aprobación de una nueva ley de delitos informáticos. Era evidente que debíamos ser cautelosos. Me acostumbré a guardar mis discos dentro de la colmena. Estaba seguro de que ninguno de los miembros del servicio de inteligencia criminal se atrevería a que le clavaran sus aguijones las abejas si insistían en meter la mano para rebuscar por allí dentro.

Algunos hackers poseedores de una enorme inspiración eran amigos míos: Phoenix, Trax y Prime Suspect. Estos dos últimos y yo nos unimos para formar un grupo al que llamamos la Internacional Subversiva. Lanzábamos expediciones nocturnas hacia el interior de la empresa canadiense de comunicaciones, Nortel, y también al núcleo informático de la NASA y del Pentágono. En cierta ocasión conseguí las contraseñas necesarias para tener acceso a la Comisión Australiana de Telecomunicaciones de Ultramar. No hice más que marcar el teléfono de una de sus oficinas en Perth y fingí que era un colega del empleado que descolgó. Mientras hablaba, puse en marcha una cinta magnetofónica en la que había grabado ruidos oficinescos (zumbidos de fotocopiadoras, teclados, el ruido confuso de una conversación distante) a fin de crear el ambiente adecuado para que mi farsa fuese plausible. En apenas unos segundos me facilitaron la contraseña. Puede parecer como si estuviéramos jugando, y en cierto sentido así era. Pero cuando fue aprobada la nueva legislación dejamos de pensar que éramos como alpinistas que se colaban en una reserva natural para explorarla, y empezamos a comprender que nos habían convertido en delincuentes que se enfrentaban a penas de diez años de prisión. Algunos de mis amigos ya habían sido objeto de redadas, y supe que sólo era cuestión de tiempo que también me localizaran a mí.

El día que eso ocurrió, mi hermano les franqueó la puerta de casa. Era un crío de apenas once años. Tuve la inmensa suerte de no estar en casa. La policía, por otro lado, carecía por completo de pruebas, y entraron en la vivienda como quien va de pesca. Corría por entonces la voz, completamente falsa, de que los hackers se forraban robando al Citibank. Todo era mentira. Tratábamos de robar electricidad para hacer funcionar los ordenadores, y también hacer llamadas de teléfono sin pagar, y no pagábamos los sellos. Pero ninguno de nosotros robaba dinero. En lugar de buscar beneficios para nuestro bolsillo, avanzábamos procurando no estropear nada a nuestro paso. Si hackeábamos un sistema, al retroceder para salir de él íbamos reparándolo todo, aunque, eso sí, dejábamos una puerta trasera por la que volver a

entrar en el futuro.

La policía comenzó a controlar nuestros teléfonos las veinticuatro horas del día. Era todo muy estrafalario, y ese carácter estrafalario de la situación se fue colando en el carácter de algunos de los adolescentes. Hay que admitir que algunos de nosotros éramos bastante raros también; proveníamos de familias de las que hoy en día se llaman disfuncionales, y en ellas las adicciones formaban parte de la vida cotidiana, y los disfraces no eran una novedad sino todo lo contrario. Desde luego que todo eso era cierto en mi caso, y probablemente yo fuera por esta razón uno de los colegas menos obsesivos. Mi amigo Trax, por ejemplo, había sido siempre un excéntrico y parecía padecer alguna clase de desorden psicológico que le hacía sufrir ataques de ansiedad muy a menudo. Odiaba viajar, casi nunca iba a la ciudad, y una vez mencionó que había sido visitado por un psiquiatra. Pero con frecuencia he comprobado que las personas verdaderamente interesantes son al mismo tiempo un poco raras, y Trax era las dos cosas.

Hackear era para nosotros una forma de establecer contacto con otros chicos que no se habían dejado abducir por la normalidad. Queríamos seguir nuestro propio camino y nuestro instinto nos impelía a cuestionar la autoridad. Ese instinto estaba en mí desde el día de mi nacimiento. Nacimos en una sociedad tolerante pero nuestra generación parecía tener ganas de cuestionar incluso la permisividad, preguntarse por su significado. No éramos como los jóvenes de los sesenta, que hablaban de libertad hasta por los codos (al igual que lo habían sido mis padres, que siempre recelaron de la actitud apolítica de los hippies), y se limitaban a protestar en contra de los abusos del poder. Nosotros queríamos desestabilizar ese poder. Si se nos podía calificar de subversivos, era sólo en la medida en que buscábamos una clase de subversión que venía de dentro. Nuestra actitud mental era la misma que la de los chicos que creaban los sistemas informáticos. Nosotros conocíamos su lenguaje y crackeábamos sus códigos. La cuestión que se nos planteaba era, cada vez más, la de que teníamos que avanzar por un camino inevitable, teníamos que seguir la lógica de lo que habíamos descubierto; en suma, averiguar cómo funcionaba el modo en que todo aquello tenía a la sociedad agarrada por el cuello. En torno a la época en que se celebró el bicentenario de Australia (1988), había surgido una nueva confianza entre nosotros, el número de ordenadores que había en las casas creció notablemente, la cultura popular era más viva, y entre mis colegas dominaba la idea de que el complejo industrial-militar y su costumbre de bombardear a las poblaciones y hacer que todo el mundo se dedicara sobre todo a comprar cosas, debía ser subvertido. Crecimos deprisa y nos preparamos para armar un buen jaleo. La policía empezaba a apuntar en nuestra dirección.

Probablemente no sea incorrecto afirmar que yo estaba mucho más politizado que mis amigos. Siempre he creído, y sigo creyendo hoy en día, que una gran parte del

poder que ostentan las fuerzas opresivas del mundo radica en su capacidad para ejercer ese poder en secreto. No pasó mucho tiempo antes de que comprendiera, a partir de mi experiencia de explorador de sus sistemas, que tal vez el lugar en donde había que enfrentarse a esas fuerzas era precisamente aquella zona «clandestina» que yo iba conociendo. Hackear fue un comienzo. Al ver el grado de histeria que estaban provocando nuestras inocentes diversiones, comprendimos que habíamos tocado un punto esencial respecto al modo en que se ocultan los secretos. Los gobiernos mismos estaban espantados. Mucho más espantados por eso, según pudimos comprobar, que por las manifestaciones que la gente organizara en las calles o por los cócteles molotov que los manifestantes lanzaran desde las barricadas. Internet acabaría brindando un modelo de insurrección científica que terminaría dejando perplejas a las autoridades corruptas. Porque les decía: «Ya no controláis lo que pienso acerca de vosotros».

En 1990 un titular de la prensa australiana decía así: «Compartir un disquete puede llegar a ser tan peligroso como compartir la jeringuilla». Unas palabras que logran que el hecho de compartir información parezca tan peligroso como contagiar el sida, y esta clase de ataques representa muy bien el tono con que han hablado de nosotros nuestros enemigos desde entonces. Éramos Ned Kelly; éramos Robin Hood; éramos hordas de mongoles. Pero, en realidad, sólo éramos adolescentes que ni siquiera habíamos cumplido los veinte años, pero que estábamos descubriendo qué era lo que hacía avanzar el reloj de la vida, y que acto seguido nos preguntábamos por qué esos relojes estaban manipulados. Metimos el dedo en el lugar exacto donde latía el pulso de las nuevas tecnologías y, cuando surgía la oportunidad, tratamos de utilizar nuestros conocimientos en favor de la justicia y la honradez. Y eso era algo que mucha gente no deseaba que ocurriese. Las autoridades, en general, nos detestaban. Ése ha sido el principal tema de mi vida: encerradle, tapadle la boca.

Sólo ahora, veinte años más tarde, puedo ver que lo que me hacía funcionar era una energía de tipo nervioso. Yo pensaba en aquel entonces que aquella forma de vivir sometido siempre a la máxima presión era lo normal en los jóvenes. Al fin y al cabo, desde los diez años yo no había conocido ningún período prolongado de tranquilidad. La magnitud misma de nuestras intrusiones hizo que me estremeciera cada vez más. No éramos sino unos críos, pero estábamos tocando de cerca unas fuerzas tan siniestras y tan poderosas que todos y cada uno de nosotros empezamos a comprender que no sólo tratarían de ir a por nosotros, sino que quedaríamos marcados de por vida. El mundo estaba lleno de Goliats, y nosotros éramos vulnerables. El tiempo te permite aprender lecciones, o al menos a mí me las enseñó; así pues, acabé sabiendo cuáles son los métodos que el poder utiliza para vengarse y calumniarte cuando quienes lo ostentan se sienten arrinconados. Aprender a mantener tu posición, a corregir errores si puedes hacerlo, a tener erguida la cabeza y no olvidar

nunca que las personas que se enfrentan a los grandes mentirosos públicos siempre serán vilipendiadas. En mi caso, las tretas de quienes me calumnian han alcanzado cotas de pura comedia. Pero en aquel entonces, cuando era aún un adolescente y no estaba del todo preparado para ir esposado, me resultaba difícil contenerme. Después de que la policía metiera las narices en casa de mi madre, comencé a notar que ciertos poderes sombríos me acechaban cada vez desde más cerca. Borré todos mis discos, quemé los papeles donde había impreso de todo y me largué de la periferia para irme a vivir al centro de la ciudad, como okupa, con mi novia. La huida volvía a ser parte intrínseca de mi vida, y ya nunca dejaría de vivir así.

5

CIBERPUNK

Los miembros de la Internacional Subversiva no eran como los demás hackers. Los había ruidosos, gente que dejaba huellas por todas partes. Nosotros, en cambio, éramos silenciosos y contemplativos. Actuábamos como fantasmas, lanzábamos nuestro hechizo por los reductos del poder, nos colábamos como si fuésemos ectoplasma por los ojos de las cerraduras y por las ranuras de debajo de las puertas. Hackear era para mí como mirar un cuadro. Contemplas la tela, los logros del pintor, el movimiento de la pintura, el dibujo de los temas. Pero en realidad lo que andas buscando, cuando eres un hacker como nosotros, es el fallo. Y en cuanto encuentras el fallo del cuadro, te pones a trabajar ahí hasta lograr que se haga bien visible, y entonces logras dominar el cuadro entero. En cierto momento llegamos a sentir el deseo de conquistar el mundo de las telecomunicaciones. Y eso es lo que aquel puñado de adolescentes australianos pretendía conseguir, ni más ni menos; no era una pandilla de personajes de ciencia ficción, ni la suya fue la historia visionaria de un libro de cómics, sino lo que nosotros veíamos como una posibilidad real. Suena ridículo, pero encontramos la forma de localizar los ojos de las cerraduras que nos permitían colarnos y ver directamente el funcionamiento secreto de enormes corporaciones y entidades, e instalamos otros ojos de cerradura por nuestra propia cuenta. Así, al final nos dimos cuenta de que íbamos a ser capaces de controlar por completo todos aquellos sistemas. ¿Queríamos desconectar veinte mil líneas telefónicas en Buenos Aires? Hecho. ¿Queríamos que los neoyorquinos pudieran llamar gratis durante una tarde, sin ningún motivo especial? Adelante.

Pero las apuestas eran muy elevadas. Antes de que me ocurriera a mí, fueron muchos los hackers que tuvieron que enfrentarse a un tribunal. La legislación era nueva e iba tomando cuerpo, y nosotros contemplábamos todo aquello conteniendo el aliento y con una autoestima cada vez más firme, aguardando nuestro turno. Nos veíamos a nosotros mismos como unos jóvenes guerrilleros de la defensa de las libertades, atacados por fuerzas que no se enteraban siquiera de qué era lo que estaba en juego. Ésa era nuestra opinión acerca de esos primeros juicios, aunque vistos desde otra óptica, la de los australianos que vivían sometidos a la influencia de las grandes corporaciones norteamericanas, o la de los servicios secretos a los que les enloquecía la idea de que hubiera alguien más listo que ellos, nosotros éramos unos peligrosos precursores de un nuevo tipo de delincuentes de cuello blanco. Todo eso no nos producía más que risa, sin duda debido a la vanidad y el exceso de confianza propio de los jovencitos; creíamos que los collares estaban hechos para los perros, o para los que pensaban que era una buena idea colgarse de una cuerda. Pero las cosas

se estaban poniendo feas. Phoenix, miembro del grupo The Realm, no era amigo mío, pero yo estaba al tanto de sus andanzas, pues era otro hacker de Melbourne al que habían forzado a salir de la luz atenuada de su cuartito para verse sometido a los focos deslumbrantes de los tribunales.

Phoenix era un chico arrogante. Una vez telefoneó a un reportero de *The New York Times* y le dijo que su nombre era Dave, y empezó a alardear de los ataques que estaban lanzando los hackers australianos contra los sistemas informáticos de Estados Unidos. El periodista escribió una crónica acerca de esa llamada, y gracias a eso tanto el supuesto «Dave» como los demás hackers salieron en la primera página de ese diario. Otros hackers no asomaban nunca la cabeza, pero Phoenix disfrutaba llamando la atención. Y terminó mal, haciendo frente a cuarenta acusaciones por delitos diversos, en un caso judicial sobre el que pesaron todo el tiempo las sombras de las presiones norteamericanas. Estuve en el juzgado y permanecí sentado de forma anónima entre el público, y viendo la cara del juez Smith tuve conciencia de que aquello era una seria amenaza pública, y que el honor privado estaba siendo puesto en juego. Pensé que aquel juicio podía convertirse en algo que iba a provocar importantes cambios para nuestra forma de lanzarnos a explorar, y quise estar presente y ver su desarrollo. Al final resultó que la sentencia no supuso ninguna pena de cárcel para Phoenix. Y respiré libremente, en la medida en que tal cosa es posible en un juzgado australiano. Cuando Phoenix abandonó el banquillo de los acusados, me acerqué a él para felicitarle.

—Gracias —me dijo—. ¿Nos conocemos?

—En cierto modo —dije—. Soy Mendax. Voy a hacer lo mismo que tú hiciste, pero iré hasta el final.

Cuando eres un hacker tienes que vivir por encima, o por detrás, o por en medio o más allá de donde viven tus amigos de la vida cotidiana. No lo digo de manera jactanciosa ni estoy haciendo tampoco ningún juicio de valor: constato un hecho. Vives al margen de las normas no sólo usando un *nom de guerre* o un *nom de plume*, sino oculto tras unas máscaras que a su vez te ocultan bajo otras máscaras, hasta que al final, si eres un poco bueno en esa actividad, dicha actividad se convierte en tu identidad y tus conocimientos se convierten en tu cara. Después de haber pasado mucho tiempo con los ordenadores, se produce en cada uno de nosotros una forma de distanciamiento que hace de ti una persona sin hogar incluso estando en tu propia casa, y acabas viendo que sólo eres tú mismo cuando estás con otros que son como tú, gente con nombre supuesto a los que no has visto jamás.

Aunque la mayoría de mis colegas hackers vivían en Melbourne o su periferia, al igual que yo, sólo coincidía con ellos online, en los sistemas de tablón de anuncios informáticos —como si fuese en chats— como Electric Dreams y Megaworks. El primer tablón de anuncios virtual que creé por mi cuenta se llamaba Una Paranoia

Simpática —de nuevo, una señal de lo equilibrado que soy— e invité a Prime Suspect y a Trax a frecuentarlo tan a menudo como les fuera posible. En 1990 yo tenía diecinueve años, y nunca había hablado cara a cara con ellos. Sólo de módem a módem. De modo que uno se veía forzado a construir una imagen de la realidad de una persona sin haberse encontrado jamás con ella. Todo esto puede generar mucha paranoia, puede llevar el secretismo a la exageración, y desde luego produce mucha alienación. Sería por tanto justo afirmar que Trax y Prime Suspect eran raros. Yo mismo tenía también una buena cantidad de rarezas, tal como la gente solía decirme al poco rato de tratar conmigo. Pero siempre confié en los instintos de aquellos hackers. Mis interminables viajes a lo largo y ancho del paisaje australiano y de su sistema educativo, me habían convertido en un tipo socialmente marginado. Y, sin embargo, Trax fue para mí un alma gemela. Al igual que yo, procedía de una familia pobre pero intelectual. Tanto el padre como la madre hacía poco que habían emigrado a Australia, y aún hablaban con aquel fuerte acento alemán que a Trax le daba mucha vergüenza, sobre todo de pequeño. Por su parte, Prime Suspect procedía de una familia de clase media alta y, visto superficialmente, era un buen estudiante cuyo destino más inmediato era la universidad. Pero Prime Suspect era un chico herido. Lo único que salvó a sus padres de la terrible batalla campal que era el divorcio hacia el que se encaminaban fue la muerte de su padre, que falleció de cáncer cuando Prime Suspect tenía sólo ocho años. Viuda y con dos hijos pequeños, su madre se refugió en la amargura y la ira. Mientras que Prime Suspect, a su vez, encontró refugio en su cuarto y en su ordenador.

Éramos todos unos inadaptados, cada uno a su manera, pero esas diferencias se limaban cuando entrábamos en el extraño mundo impersonal del hacker. Tutelados por nosotros mismos y por nuestros colegas, pasamos de ser chiflados que jugaban con el ordenador a convertirnos en criptógrafos. Y gracias al contexto que nos ofreció toda aquella cultura internacional de los hackers, llegamos a saber que la criptografía podía contribuir de forma muy seria a provocar cambios políticos. Éramos ciberpunks. Este movimiento tuvo su origen en 1992 y apenas si lo cohesionaban una lista de correos y un punto de encuentro virtual en el que nos lanzábamos a discutir de política, filosofía y matemáticas. Nunca hubo más de mil suscriptores, pero bastó ese número para poner los cimientos sobre los que se basó el camino seguido luego por la criptografía. Todas las batallas posteriores sobre la privacidad siguieron el sendero trazado entonces por aquel grupo.

Nos concentramos en la creación de un sistema pensado para la nueva era de la información, la era de internet, un sistema que posibilitara a los individuos, antes incluso que a las corporaciones, proteger su intimidad. Sabíamos escribir códigos y utilizábamos esta capacidad para permitir que las personas tuvieran jurisdicción sobre sus derechos. El movimiento producía resonancias en parte de mi mente e incluso en

mi alma. A través del movimiento ciberpunk comprendí que en el futuro la justicia podía depender de que trabajásemos por conseguir un equilibrio, a través de internet, entre lo que las grandes corporaciones consideran secretos y lo que los individuos consideran privado. Antes de que nosotros agarrásemos aquellas herramientas, la intimidad era algo usado para su provecho por las corporaciones, los bancos y los gobiernos; pero nosotros vimos que llegaba un nuevo frente en que la información permitiría que la gente tuviera más poder.

Internet, tal como vemos hoy en día si observamos la China actual, siempre ha sido un territorio en el que puede aplicarse una forma selectiva de censura. Lo mismo ocurre con todos los campos de la cultura informática. No se ha reconocido suficientemente el mérito de los ciberpunks, y sin embargo fueron ellos los que abrieron las compuertas de todo aquello, y lograron que esas herramientas se convirtieran en armas para uso exclusivo de los oportunistas mercantiles y los opresores políticos. Los medios estaban tan ocupados lanzando sus ataques contra los hackers que no se enteraron de que, justo delante de sus narices, los mejores hackers se habían convertido en criptógrafos que luchaban muy activamente en defensa de la libertad de información que, según esos mismos medios, eran la base de su actividad. Se trató de una lección acerca de la enfermedad moral de los medios: hablando en general, tomaban cuanto poder se ponía a su alcance, y en cambio, en aquel amanecer de la era de internet, no combatieron en defensa de la libertad de acceso ni de la supresión de toda censura. Hoy en día siguen tomando la tecnología como algo que está ahí, y no ven de qué manera se materializó. Fueron los ciberpunks, los «rebeldes de los códigos», como nos llamó Steven Levy, quienes impidieron que la nueva tecnología se convirtiera meramente en una nueva arma al servicio de los grandes negocios y las agencias gubernamentales, que la habrían utilizado para espiar o vender a los pueblos. Los ordenadores hubiesen podido ser vendidos con publicidad precargada. Los teléfonos inteligentes hubiesen podido venderse provistos de sistemas de espionaje. Internet hubiese podido ser en muchos de sus aspectos un arma represiva. Los correos electrónicos habrían podido ser interceptables en general, y carentes de intimidad. Pero, de forma invisible para la mayor parte de los observadores, empezó a librarse entonces una guerra que permitió garantizar ciertas libertades. Hoy en día todos aceptamos algo que para los ciberpunks era un lugar común: que la tecnología informática puede ser un arma muy importante en la lucha a favor del cambio social.

Hubo un momento en que los gobiernos trataron de ilegalizar la criptografía, que sólo iba a poder ser usada por ellos mismos en apoyo de sus actividades. No fueron más que una serie de preparativos para la forma de ver WikiLeaks que tienen muchos gobiernos. Tratan de controlar la tecnología para que sólo sirva a sus propios intereses. Pero eso supone olvidar las libertades inscritas en esa tecnología. Nosotros

luchamos por defenderlas, para que los grandes organismos no puedan disponer de los datos para sus propios fines. Luchábamos por eso, y los combates actuales tienen que ver también con ello. Para algunos miembros de los movimientos libertarios se trataba sólo de un combate en defensa de la intimidad entendida como una mera libertad capitalista, el derecho a librarse de unos gobiernos demasiado grandes. Pero como este libro es mi libro, voy a contar qué es lo que esa lucha significa para mí.

El espíritu ciberpunk me permitió pensar cuál era la mejor manera de oponerme a los esfuerzos de los cuerpos opresivos (gobiernos, corporaciones, agencias de espionaje y control) que pretendían robar datos de los individuos más vulnerables. Es frecuente que los regímenes políticos busquen el modo de controlar los datos, y que mediante ese control traten de hacer daño a la gente o provocar su silencio mediante el miedo. Tal como yo lo entendía, el espíritu ciberpunk permitía actuar para que la gente encontrara una forma de verse protegida frente a tales ataques. Podía conseguir que los conocimientos particulares se convirtieran en algo inalcanzable por parte de los grandes poderes, y podía hacerlo utilizando el clásico método de Tom Paine, a saber, garantizando la libertad para que fuera esta misma libertad lo que construyera una muralla en contra de las agresiones y los ataques de los poderosos. Lo que pretendíamos era convertir los instrumentos de la opresión en herramientas de la libertad, un objetivo alcanzable. Unos años después, en 1997, creé una herramienta nueva que bauticé con el nombre de Rubberhose, gracias a la cual resultaba factible ocultar datos encriptados detrás de muchas capas de datos falsos, de forma que una sola contraseña no bastara jamás para abrir el camino que conduce hacia la información más delicada acerca de una persona. Los datos acaban siendo de esta manera esencialmente inalcanzables, a no ser que la persona acerca de la cual esos datos contienen información desee hacer el esfuerzo necesario para revelarlos. Lo que esa herramienta conseguía no era sólo encriptar datos sino, además, esconderlos. Se trataba básicamente de aplicar la teoría de los juegos con esta finalidad. Pensando en el bien común de todas las personas, traté de quebrar el poder de los interrogadores haciendo que éstos no estuvieran nunca absolutamente seguros de si habían roto o no el último sello que guardaba los datos confidenciales. Debo añadir que fundamos WikiLeaks partiendo de la idea de que la presencia misma de las fuentes resultaría imposible de verificar hasta el infinito. Así, imaginé que algún día esta tecnología permitiría que la gente hablase libremente, incluso cuando las fuerzas más poderosas amenazaran con castigar a quienes lo hicieran. Los ciberpunks lo hicieron posible porque desde el primer día se pusieron a discutir todos los tratados y las leyes que se oponían al derecho a encriptar datos.

Pero me he adelantado a los acontecimientos. En aquella época nuestros problemas incluían ciertos asuntos relativos a los derechos constitucionales. En cierto momento, a comienzos de los noventa, el gobierno norteamericano trató de

argumentar que un disquete cargado con información codificada debía ser considerado como munición. Hasta entonces, jamás se nos había ocurrido imaginar que acabaríamos metidos en aquellas actividades que parecían estar cambiando muchas cosas en una escala mundial, aunque sólo en aspectos relativamente menores; que muy pronto íbamos a vernos metidos de lleno en cuestiones relativas a la libertad de expresión. No se nos había ocurrido siquiera pensarlo, pero ya estábamos en ello. Cosas como enviar breves codificaciones o viajar en un avión con un tatuaje en el brazo de algún tipo de código, te convertía en un traficante de armas. Los gobiernos y sus absurdas ideas han puesto siempre toda clase de trabas a quienes querían sencillamente que las libertades estuvieran claras.

Me enteré de todas estas cosas desde mi cuartito de Melbourne en compañía de mis amigos Prime Suspect y Trax. Fueron ellos quienes me hablaron de todo esto y me advirtieron del contexto en el que yo realizaba mis inmersiones, porque también ellos se lanzaban a esa misma actividad. Prime Suspect me contó que cuando tuvo su primer Apple II, a los trece años, comprendió enseguida que el ordenador era para él un amigo más interesante que ninguno de sus parientes. Por extraño que pueda parecer, enseguida comprobamos que nuestro dormitorio estaba más vinculado a todo el mundo que el aula de nuestra escuela. Y todo gracias a una herramienta crucial y asombrosa: el módem. Ninguno de nosotros hacía exámenes perfectos ni era de los primeros de la clase. Ninguno de nosotros brilló en los cuadros de honor del ámbito académico. Nuestro carácter no apuntaba hacia allí. Algo que estaba en el núcleo de nuestro ser se rebelaba contra el aprendizaje de memoria y contra las trampas en los exámenes. Por decirlo brevemente, creíamos tener cosas más importantes que hacer, y poseíamos nosotros mismos los medios adecuados para hacerlas. Esto muestra otro de los aspectos negativos del mundo de los hackers informáticos: éramos arrogantes. Comparados con los policías, abogados, mandos militares y políticos, naturalmente, los hackers informáticos somos una pandilla de individuos que albergan multitud de dudas respecto a sí mismos. Pero éramos jóvenes y creíamos saber un montón de cosas. No cabe duda al respecto. Estábamos ufanos e íbamos bastante sobrados. Y en la juventud la arrogancia es la flor de la autodefensa.

La Internacional Subversiva quería, desde un momento muy temprano de su historia, atacar los sistemas militares. Yo mismo inventé el programa Sycophant, capaz de recorrer el interior de un sistema informático recogiendo contraseñas. En el verano de 1991, todas las noches circulamos por el interior del Cuartel General del Grupo 8.º de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, en el Pentágono. Avanzábamos a trompicones por Motorola en Illinois, caminábamos con pasos silenciosos por Panasonic en Nueva Jersey, andábamos de puntillas por Xerox en Palo Alto y nos zambullíamos en las profundidades de los lagos oscuros de la Compañía de Ingenieros de Guerra Submarina de la Armada norteamericana. Años más tarde, la

gente utilizaría su cuenta de Twitter para poner en marcha revoluciones, y eso parecería completamente natural y democrático, pero en aquel entonces resultaba nuevo y totalmente subversivo colarse tras el brillo tembloroso de un cursor para tocar con tus dedos el pulso de la historia. El viaje que media entre esos dos momentos es la historia de nuestro tiempo.

En su libro *Underground: Tales of Hacking, Madness and Obsession from the Electronic Frontier*[2] mi amiga Suelette Dreyfus cuenta de manera perfecta la magnitud de la ambición de aquella nueva generación de obsesos poseedores de grandes conocimientos tecnológicos. Y nuestro grupo, la Internacional Subversiva, iba más allá que ninguno de los demás equipos australianos, más allá que Phoenix y los demás miembros de The Realm. Cuando yo apenas había cumplido los veinte años, tratábamos de penetrar en el interior del Xanadú de los sistemas informáticos, el ordenador del NIC, el Network Information Center (Centro de Redes de Información) del Departamento de Defensa de Estados Unidos. Oculto bajo mi seudónimo de Mendax, trabajé codo con codo con Prime Suspect. Así lo cuenta Suelette en su libro:

Mientras ambos hackers charlaban amistosamente cierta noche a través de un ordenador de la Universidad de Melbourne, Prime Suspect avanzaba con pasos silenciosos en otra pantalla, desde la que trataba de colarse en ns.nic.ddn.mil, un sistema del Departamento de Defensa norteamericano que estaba estrechamente vinculado al NIC. El hacker creía que el otro sistema y el NIC «confiaban» el uno en el otro, y él pensaba que iba a poder explotar esa confianza mutua para penetrar en el NIC. Y el NIC lo hacía todo.

NIC asignaba nombres de dominio —los .com o .net al final de las direcciones de correo electrónico— para todo internet. NIC controlaba además la red interna de defensa de datos del ejército de Estados Unidos, el sistema conocido como MILNET.

Además, NIC publicaba los protocolos estandarizados de comunicación que regían en internet. Los RFC (Request for Comments, Solicitud de Comentarios) eran unas especificaciones técnicas que permitían que un ordenador hablara con otro dentro de internet... Y NIC tenía otra función todavía más importante, pues controlaba el servicio de la traducción de direcciones de todo internet. Cada vez que alguien se conecta a través de internet con otra página, lo hace tecleando el nombre de esa página: por ejemplo, teclea los signos: ariel.unimelb.edu.au, en la dirección de la Universidad de Melbourne. Luego, el ordenador traduce ese nombre alfabético y lo convierte en una dirección numérica, la dirección IP. Todos los ordenadores conectados a internet necesitan esta dirección IP para transmitir los paquetes de datos al ordenador que es su destinatario final. NIC decidía de qué forma los ordenadores conectados a internet traducían un nombre alfabético a la dirección IP, y viceversa.

Si conseguías controlar NIC, adquirías en ese mismo momento un poder enorme

sobre internet. Por ejemplo, podías hacer que Australia desapareciese. O convertir Australia en Brasil.

Logramos entrar en NIC, y la sensación que experimentamos fue abrumadora. Algunas personas se confunden y cometen el error de decir que es como jugar a ser Dios. No lo es, porque Dios, si es Dios, ya tiene todas las respuestas. Nosotros sólo teníamos veinte años. Nuestra alegría era la del explorador que, aunque lo tuviera todo en contra, había sido capaz de alcanzar una nueva frontera. A fin de hacer posibles futuras incursiones, construí una puerta trasera en el sistema. Aquel sistema tenía un potencial tremendo, y la conectividad que ofrecía me dejó boquiabierto. Para mí, y esto es importante para la futura creación de WikiLeaks, vi que allí se producía una unión perfecta entre la verdad matemática y cierta necesidad moral. Incluso en aquellos días tan tempranos, comprendí que colarse más allá de las puertas que encerraban el poder no era sólo una diversión. Los gobiernos necesitan guardar bien sus secretos, y las redes que ellos controlan no hacen más que aumentar las ventajas del poder. Pero comenzó a parecer posible algo que siempre han querido lograr los manifestantes callejeros, los grupos alternativos, los gurús de los derechos humanos y los proyectos de reforma electoral. Y ese logro parecía estar al alcance de todos gracias a la ciencia. Podíamos luchar contra la corrupción en su mismísimo núcleo. La justicia, en último extremo, siempre tendrá que ver con los seres humanos, pero en aquel momento estaba surgiendo una nueva vanguardia de expertos que, por mucho que se nos tachara de delincuentes peligrosos, se habían lanzado a atacar el cáncer del poder contemporáneo, unos expertos que sabían cómo ese cáncer se había extendido en modos que seguían estando ocultos a la vista de la opinión pública.

Nuestras habilidades técnicas nos hacían muy valiosos, y algunos de nosotros fuimos incapaces de resistirnos a ciertos pactos fáusticos que se nos iban ofreciendo por el camino. A los demás nos dejaba pasmados comprobar que algunos hackers trabajaban para los gobiernos, pues entendíamos que hackear era una tarea intrínsecamente anarquista. Pero los había que estaban a sueldo del poder, y pude verlo con mis propios ojos estando dentro de la red del Departamento de Defensa norteamericano. Hackeaban las máquinas del propio departamento para hacer prácticas, y sin duda hackeaban ordenadores de todo el mundo, y actuaban así porque entendían que de este modo defendían los intereses de Estados Unidos. Nosotros éramos cazadores de tesoros a los que sólo animaba un espíritu ético, y nos vimos en el interior mismo de un laberinto de poder, corrupción y mentiras, a sabiendas siempre de que si nos pillaban seríamos nosotros los que seríamos acusados de corrupción. Formábamos un equipo de tres. Prime Suspect, Trax, que era el mejor fríker de Australia, y yo. Fue él quien escribió el libro sobre cómo controlar y manipular las centralitas telefónicas.

Supongo que éramos anarcos no tanto por convicciones políticas como por temperamento. Comenzamos actuando así por mera diversión, y terminamos queriendo cambiar el mundo. Poco a poco fuimos comprendiendo que la criptografía era una idea liberadora que iba a permitir que los individuos se enfrentasen con los gobernantes, con gobiernos enteros, y que ahora ya era posible que los ciudadanos opusieran resistencia a los más grandes poderes. Nuestros temperamentos sentían una atracción irresistible por la idea de libertad heredada de la Ilustración, y sentíamos que formábamos parte de la vanguardia tecnológica. Hubo muchos matemáticos que trabajaron junto a los ciberpunks. Timothy May redactó el «manifiesto criptoanarquista» y John Gilmore fue otro de los padres fundadores del grupo. Esos tipos fueron pioneros de la industria de la Tecnología de la Información (IT). Gilmore fue el quinto empleado de Sun Microsystems, y él y May ganaron dinero y se largaron del mundo empresarial a fin de centrar sus esfuerzos en la puesta en práctica de sus ideales de liberación con la ayuda de las matemáticas y la criptografía. Por ejemplo, se les ocurrió buscar el modo de crear una nueva moneda digital, un dinero digital, para reemplazar al patrón oro. La idea era hacer que las transacciones financieras fuesen más transparentes y que ningún gobierno pudiera seguir su pista. Se trataba de que tú y sólo tú tuvieras tu rating de crédito y tu historial de los préstamos que habías solicitado. En esto consistía el sueño de la criptografía: permitir que los individuos se comunicaran con seguridad y con libertad. (Si observamos a los ex alumnos de los ciberpunks, comprobaremos que algunos de ellos acabaron inventando versiones diluidas de todo eso, como PayPal.) Si se lograba que nadie impidiera su desarrollo, ya en aquel entonces supuse que los pequeños grupos de activistas que estaban corriendo el peligro de ser sometidos a una vigilancia asfixiante serían capaces finalmente de hacer frente a la coerción de los gobiernos. Como mínimo, teníamos esa esperanza. Ése era el plan y el sueño. Pero muchas de las mentes brillantes de mi generación de ciberpunks volaron hacia otros universos cuando comenzó a hincharse la burbuja de las puntocom. Les interesaron más sus obsesiones con las stock options y los Palm Pilots, y se desvaneció su deseo de provocar un cambio real.

Entrando muy a fondo en nuestra mentalidad de ciberpunks, veíamos que una de nuestras grandes batallas —nuestra guerra civil española, por así decirlo— se libraría en el campo de nuestro esfuerzo por defender al mundo contra la vigilancia de los sistemas informáticos privados. En ese terreno se debatían las libertades y la lucha contra la opresión, de la misma manera que en otros tiempos ese lugar fueron las tierras de España, y lo que nosotros pretendíamos era prepararnos para luchar por el bien común, enfrentándonos con nuestros conocimientos a los estados policiales. Éramos idealistas, naturalmente, y jóvenes; dos cosas comunes entre las personas que quieren provocar cambios. Sabíamos que cometeríamos errores y que nos castigarían

por ellos. Y que era probable que nunca más llegáramos a tener aquella sensación de que todos nuestros anhelos eran posibles. La vida tiene estos riesgos, y casi podríamos decir que sabíamos que acabaríamos incurriendo en muchos de ellos, pero a pesar de todo decidimos partir hacia el campo de batalla.

Siempre me ha obsesionado la cuestión del derecho a la intimidad. Y sigue obsesionándome hoy en día. En WikiLeaks yo terminaba siendo siempre el archidefensor de la transparencia, y siempre fui tachado de ser la persona que cree que toda intimidad es mala. Pues bien, jamás pensé que la intimidad fuese mala; todo lo contrario. Como ciberpunks, luchamos para preservar la privacidad de los individuos. Sin embargo, tanto entonces como ahora me oponía y sigo oponiéndome a que las instituciones utilicen el secretismo para protegerse frente a la verdad del mal que han cometido. La diferencia no podría estar más clara. Incluso en este libro, en el que intento contar lo mejor posible la historia de mi vida, habrá momentos de intimidad que protegeré seriamente, pues por un mero sentimiento de justicia debo preservar la intimidad de mis hijos, y no someterlos a los focos de lo público. Hay quienes, apasionados por las teorías erróneas, querrían poner en tela de juicio mi actitud al respecto, como si el fundador de WikiLeaks tuviese la obligación, de acuerdo con una visión equivocada de la idea de coherencia, de poner al descubierto todos y cada uno de los elementos de su intimidad.

No pienso hacer caso de quienes sostienen esa clase de fantasías. No voy a jugar a ese juego. Y, en cambio, trataré de ser lo más abierto posible en todos los asuntos que tengan verdadera importancia. Lo digo porque, a esas alturas de mi vida a las que me estoy refiriendo en este capítulo, tuve un hijo con la mujer con quien vivía. Ese hijo se llama Daniel. Es una buena persona, y yo he tratado de ser un buen padre para él. Lo tuvimos siendo muy jóvenes, y más tarde su madre y yo estuvimos peleados durante mucho tiempo porque no estábamos de acuerdo en cuál era el modo de cuidarle mejor. Pero eso es todo lo que diré. Fueron tiempos difíciles, hubo una batalla por la custodia del chico, y nadie podría extraer grandes principios de la historia de esa lucha. Este libro trata de mi vida como periodista y como combatiente a favor de las libertades: mis hijos no forman parte de esa historia, y no voy a decir casi nada acerca de ellos. Está Daniel y hay además otros hijos que nacieron de personas a las que yo quería. A lo largo de mi carrera, y hasta el día de hoy, a menudo me he referido a la verdad, pero siempre lo he hecho en relación con cosas que han causado la muerte de miles de personas; o he hablado de los fraudes y las torturas y la corrupción que han destruido vidas. Pese a los deseos que manifiestan ciertos defensores de la teoría de los errores, no pienso insultar a todas esas víctimas de los abusos del poder poniendo en un mismo nivel su verdad y mis propias preocupaciones personales, todas ellas de menor relevancia. Quiero revelar en estas páginas cómo creció mi pensamiento, cómo fueron desarrollándose mis actitudes, mi

sensibilidad, mi plan. Contaré la historia de las graves acusaciones que se han lanzado contra mí. Pero no diré nada de asuntos que sólo conciernen a mi familia y que no contribuirían a que el lector comprendiese mejor el viaje personal que me condujo a fundar WikiLeaks. Lo mío son las revelaciones, no los chismorreos.

Vuelvo a donde lo dejé. La lista de correos de los ciberpunks, y con ella ese movimiento, fue lanzada en 1992 y centraría mi atención durante los años siguientes de la primera mitad de ese decenio. Pero ahora quiero regresar al año 1990. Justo antes de que naciera Daniel, mi novia y yo habíamos vivido en un lugar ilocalizable de Fitzroy, un barrio bohemio de Melbourne. Los habitantes de dicho barrio eran de origen italiano y griego, y también había muchísimos estudiantes, que aprovechaban la proximidad de la universidad. Éramos squatters (okupas). Muchas de nuestras principales ideas políticas del momento —las preocupaciones que más adelante nos conducirían a cuestiones más importantes acerca de la propiedad de la información y otras de esa naturaleza— se centraban en la cuestión de los derechos de los squatters. Creamos un sindicato de squatters. Recorría las calles pegando en las farolas carteles en los que animaba a la gente que se pusiera en contacto con nuestras oficinas si querían información sobre edificios deshabitados. Les preparaba planos, y luego acompañaba a los voluntarios y les ayudaba a pensar el modo de penetrar en esos inmuebles vacíos. Hacíamos fichas de todos ellos, tomábamos nota de si contaban con suministros de gas y electricidad, de cuánto tiempo era probable que siguieran desocupados, y cosas así. Mi novia y yo nos mudamos a una casa de estilo eduardiano y defendimos la libertad de utilizar esos edificios y los derechos de sus ocupantes. Me di cuenta de que estaba genéticamente destinado a una vida dedicada a luchar, que no era precisamente la forma más fácil de vivir. Estar siempre sometido a toda clase de amenazas le iba bien a mi carácter, me hacía trabajar incluso más duro. Fuera como fuese, acabaron echándonos de esa casa, pero el sindicato funcionaba bien y estaba sirviendo para proporcionar un techo a mucha gente que se había quedado sin él. Era interesante el modo en que nos llegamos a organizar: funcionábamos igual que un agente de propiedad inmobiliaria, pero sin cobrar nada, ya que sólo actuábamos por el bien de la comunidad. Era una lección acerca del modo de utilizar los medios propios del libre mercado para ridiculizar la finalidad del libre mercado.

La incertidumbre que rodeaba nuestra vida cotidiana —nuestra casa, las conexiones de gas y electricidad, etcétera— tenía un reflejo equivalente en nuestras actividades nocturnas. Cada uno de los miembros de la Internacional Subversiva sabía que la policía tenía la intención de pillarnos y convertirnos en un ejemplo para escarmiento de los demás. Las Redes de Investigación y Universidades estaban colaborando con la policía federal australiana en un intento de atraparnos, pero nosotros habíamos logrado introducirnos en sus sistemas para averiguar si estaban o

no muy cerca de nuestra pista. Nuestro principal perseguidor del cuerpo de policía tenía incluso un nombre que conocíamos, era el sargento Ken Day, y nuestras actividades se habían convertido para él en su principal obsesión. En aquellos momentos él no era para nosotros más que un nombre, aunque más adelante, cuando nos detuvieron como consecuencia de su trabajo, acabamos conociéndole personalmente. (Una de las ironías de mi vida fue que Ken Day acabaría siendo uno de los defensores de WikiLeaks en la prensa australiana.) Visitábamos los sistemas informáticos, aprendíamos de ellos, pero, como hackers, también competíamos mucho entre nosotros, ya que cada uno quería ser el primero. Trabajé duramente para crear troyanos, métodos que permitían hacerle trampas a los sistemas para convencerlos de que te dejaran entrar creyendo que eras un usuario legítimo, con lo cual lograbas que te confiaran sus secretos. No era más que una magnífica diversión, muy limpia, sólo que era la clase de diversión que enloquecía a las autoridades. Básicamente, nos convertíamos en personas que adquirían el poder equivalente al de los administradores de los sistemas en algunas de las redes más potentes.

La red se cerró sobre nosotros en torno a nuestra entrada en Nortel, el sistema ya mencionado de la empresa canadiense de telecomunicaciones, cuya red se extendía por el mundo entero. Había sido uno de los principales territorios que conseguimos explorar. En la red de Nortel había más de once mil ordenadores, y tras mucho pelear logramos tener acceso a muchos de ellos. Desde Melbourne logré introducirme y dominar, o secuestrar, cuarenta ordenadores situados en Canadá, con la intención de bombardear Nortel para averiguar cuáles eran sus contraseñas. Gracias a un programa que diseñé, podía lanzar 40.000 intentos de adivinar contraseñas por segundo. Finalmente conseguimos entrar y fue como pasear por la Capilla Sixtina a medianoche. Allí podías contemplar toda la tecnología, todas las pruebas de la civilización, tomar nota de sus métodos, de sus costumbres, de los rincones en los que se celebraban sus liturgias, sus misterios. Logramos obtener un control radical del sistema y hubiéramos podido perfectamente hacer transferencias de dinero o vender sus secretos mercantiles. Pero no hicimos nada de eso. Prime Suspect, Trax y yo hubiésemos considerado que esa clase de actividades eran una auténtica bajeza. Nosotros estábamos por encima de esa porquería, sólo queríamos dominar el sistema y seguir adelante.

Una noche me di cuenta de que me vigilaban. Eran las dos y media de la madrugada y un administrador del sistema Nortel andaba tras nuestros pasos. Durante una hora intenté dar rodeos para evitar que inspeccionara mi avance, para bloquearle el paso, sin dejar todo el tiempo de borrar el directorio que me incriminaba, caminando marcha atrás y borrando mis huellas una a una. El administrador había entrado en el sistema desde su casa, pero después de una interrupción volvió a aparecer, esta vez desde la consola principal de Nortel. Se había puesto a trabajar en

serio. Yo me había metido en un buen lío. Llega un momento en el que sales de tu ofuscación, y al poco rato fui incapaz de cerrarle el paso a ese tipo. Me había pillado. Bueno, no me había pillado del todo todavía, aún jugábamos al gato y el ratón, pero Prime Suspect le conduciría directamente hasta nosotros, de forma del todo involuntaria, a la mañana siguiente. Hice aparecer un mensaje en la pantalla del administrador:

> Por fin soy una máquina inteligente.

Al cabo de un rato, puse en su pantalla:

He tomado el control.
Durante muchos años he estado luchando en esta atmósfera gris.
Pero por fin he visto la luz.

El administrador no perdió la calma. Se puso a comprobar todas las líneas de módem. La situación era muy ventajosa para él. Tecleé otra frase:

> Ha sido divertido jugar con su sistema.

Pausa. Nada. Pausa. Como una versión cibernética de una obra de Pinter. Tecleé de nuevo:

> No hemos causado ningún destrozo e incluso hemos mejorado algunas cosillas. Por favor, no llame a la policía federal australiana.

Durante años habíamos actuado como Houdini y habíamos inventado formas de mejorar nuestras vías de escapatoria. Cuando nuestros módems recibían llamadas que pretendían localizarnos, quedaban interrumpidas muy pronto. Teníamos muy por la mano el control de las líneas telefónicas australianas, y nadie podía atraparnos. Después de aquel día los federales consiguieron seguir la pista de la línea telefónica a partir de Nortel e intervinieron el teléfono de Prime Suspect. Él les condujo hasta Trax, y a través de Trax llegaron a mí. Los federales estaban escuchándonos, oían nuestras conversaciones, observaban nuestros movimientos. Lo llamaron Operación Clima. Nos dimos cuenta por fin de que nuestro tiempo de aventuras secretas se había terminado. Trax se puso nerviosísimo y habló con la policía. Los agentes fueron a casa de Prime Suspect el 29 de octubre, y se lo llevaron detenido en mitad de una fiesta. La partida se había terminado. O, mejor dicho, ahí empezó para mí la partida

de verdad.

Cuando llegaron me encontraba solo y triste. Mi mujer y mi hijo acababan de irse, y yo había llegado al extremo de la cuerda. Los disquetes se encontraban esparcidos encima de la mesa del ordenador. La casa ocupada donde vivíamos estaba hecha un asco, y yo me había tumbado en el sofá, leyendo las cartas que George Jackson escribió desde la cárcel durante la temporada en que las autoridades norteamericanas se divirtieron metiéndole en los trullos más duros. Yo estaba destrozado. Me llegaba desde los altavoces estéreos el sonido de una llamada telefónica fallida, pero no le presté mucha atención. Esa noche, a las once y media, sonó un golpe en la puerta y vi sombras que se movían en el exterior. Los agentes de policía anunciaron que eran ellos y me puse a pensar en todas las veces en que había soñado que entraban en mi casa. Abrí la puerta y encontré a una docena de agentes federales con equipo de asalto. El agente que se encontraba al frente del grupo me miró a los ojos. Tenía una expresión que decía que siempre había estado seguro de que un día me iba a encontrar. En ese instante recordé que los disquetes con el material del Pentágono no estaban escondidos en el panal, sino encima de la mesa, a la vista de los polis.

—Soy Ken Day —dijo el jefe de los federales—. Me parece que estaba usted esperándome.

6

EL ACUSADO

Creo que antes del juicio yo no me había enterado de que la literatura puede proporcionarte una visión del mundo que lo convierte en un lugar más comprensible. Durante aquel período leí *El primer círculo*, de Solzhenitsyn, que resultó un libro que me aclaró muchas cosas y me reveló otras. Me permitió comprender el significado del término empatía, y me proporcionó mucha fuerza interior. Desde pequeño yo había sido un lector ávido, de manera que a esas alturas sabía de memoria qué clase de placeres te reservan los libros. Pero el texto de Solzhenitsyn me permitió ver a fondo el tipo de apuro en el que me había metido. Si hay libros que te ayudan a no sentirte tan solo, éste fue el libro que tuvo para mí esa función, y lo leí justo en el momento adecuado. Toda mi vida he permitido que la acción dominara sobre los sentimientos —cosa que se deriva de aquella infancia pragmática y en la que estábamos siempre en campaña—, pero durante los años en los que estuve esperando que se iniciara la vista del juicio contra mí estuve muy a menudo a punto de dar mi situación por perdida. Pero cuando te sientes hundido encuentras a veces las semillas de lo que renovará tus fuerzas. En la novela aparece el profesor Chelnov, un viejo matemático que cuando arranca el relato lleva diecisiete años en prisión. Cuando tiene que rellenar un formulario, le preguntan por su nacionalidad, y en lugar de escribir «ruso», pone «presidiario». Su mente no cesa de inventar cosas, y él se siente como un apátrida. Cuando el Estado se lanza contra ti, pensar de esta manera te da fuerza.

La lucha siempre consiste en esforzarse por ser uno mismo.

Los federales se llevaron sesenta y tres cajas con parte de las pertenencias que yo tenía en aquella casa de la periferia de Melbourne. Me quedé plantado en medio de la calzada, viendo cómo se alejaban. Era una noche oscura y templada de octubre, las cigarras cantaban, y tuve la sensación de estar cayendo por una grieta sin fin.

Al final necesitaron mucho tiempo para ser capaces de presentar acusaciones contra mí, cosa que no ocurrió hasta 1994. Vale la pena recordar aquí, y esto no es una simple digresión, que la repentina proliferación de ordenadores en la sociedad había creado un vacío legal. Los fiscales trataban de aplicar al mundo de los nuevos delitos informáticos las leyes tradicionales de protección de la propiedad privada, y también los artículos de la legislación que consideraban delito el engaño y la suplantación, y a menudo lo hacían con éxito. Pero en un montón de litigios de alto nivel en que los acusados eran hackers importantes, la acusación montó una simple farsa. El único delito real era que algún chiflado de la informática había conseguido dejar en ridículo a gente muy poderosa. Conforme los gobiernos aumentaron su

utilización de las bases de datos informatizadas, la legislación se lanzó a gran velocidad a convertir en delictivos, y de la forma más absurda, muchos de los usos normales de los ordenadores. La ciencia informática logró permitir de manera muy rápida la aparición de una sociedad de usuarios que compartían información, y esta sociedad, y esta tendencia a compartir datos, existe en un universo democrático y un régimen de libertades que es mucho más amplio que el mundo habitado únicamente por la edición y la difusión tradicionales. Tanto la libertad de información como el derecho a ejercerla se plantearon de forma casi inmediata, pero los legisladores siempre se dedicaron a preguntarse qué campos debían ser tenidos en cuenta por las leyes. Dado que el término «propiedad» en el ámbito de lo digital no equivale en absoluto a lo que se consideraba propiedad en el antiguo sentido físico de la misma, por ejemplo, cuando se dice que alguien es propietario de un reloj, el mundo jurídico no ha sido capaz de ver lo que tenía delante de las narices. La información no se roba. Simplemente, creas una plataforma para esa información y desde ella encuentras los caminos que conducen a que sea de dominio público. Si miro tu reloj, no estoy tratando de robarte. Sólo quiero saber la hora. A mediados de los noventa, e incluso hoy en día, el *establishment* sigue sin enterarse de cuál es la manera adecuada de considerar las implicaciones legales de nuestra vida con ordenadores. Por eso hizo falta tantísimo tiempo para que nuestro caso llegara a los tribunales australianos.

En 1996, finalmente, se inició el juicio. Y entretanto, la lucha consistía en ser uno mismo, continuar, hacer lo que sabías que podías hacer y seguir desempeñando tu papel. Antes y ahora, quienes se oponen a nuestra actividad parten de la misma posición débil. Primero quieren utilizarte a ti; luego quieren ser tú; y luego pretenden hacerte desaparecer de escena. A lo largo de mi vida me he enfrentado a este esquema constantemente, desde la llegada de los federales australianos hasta los hacks de *The Guardian*. Es la vieja actitud humana que consiste en que cuando alguien necesita algo de otra persona, se lo arrebata, niega que se lo haya quitado a otro, y luego se queja de que esa otra persona estuviera en una situación que le permitía darle lo que necesitaba, lo cual, por cierto, muestra una actitud de odio contra uno mismo por parte del que necesita algo, por el simple hecho de sentir esa necesidad. Generalmente, ese proceso siempre termina igual: quienes querían algo se ponen a enumerar los fallos humanos del otro, haciendo así un esfuerzo escandaloso, desagradecido y muy poco humano, que a mi modo de ver es despreciable. Más adelante los lectores conocerán a más gente de ésa. Llevo toda mi vida topándome con ellos.

Desde el primer momento pensé que debía saber utilizar la larga espera hasta que se presentaran las acusaciones y comenzara el juicio, y enseguida me lancé a tratar de descubrir aplicaciones nuevas y más útiles para mis conocimientos. Trax y yo creamos una empresa de seguridad informática, y compramos a la Universidad de La

Trobe un ordenador gigantesco. Resultaba gracioso encontrarse cara a cara con aquel viejo amigo. Este ordenador, del tamaño de una nevera de las grandes, era el mismo que yo había hackeado años atrás. El trabajo de seguridad consistía principalmente en cobrar por hackear los sistemas de empresas importantes, a petición de sus directivos, a fin de comprobar si eran o no del todo seguros. Nunca lo eran, y el trabajo resultaba aburrido. Pero me permitió seguir adelante con mis investigaciones y volver a mantenerme y recobrar la seguridad en mí mismo. Sabía que a largo plazo este empleo no me serviría de nada, porque el dinero no me interesa demasiado, y la legitimidad aún menos.

Lo que de verdad me preocupa es qué puedo hacer en pro de la causa de la justicia. Entre otras cosas, eso supuso, allá por 1993, ayudar a la policía a localizar a un grupo de pedófilos que actuaban juntos en internet. Ayudé a los agentes a comprender qué era lo que esa gente hacía circular por internet, y cómo se las apañaban para hacerlo. Comprendí que esos tipos se movían por internet de maneras que la policía no entendía, sencillamente porque los agentes no sabían mucho de informática. Los ayudé a ir entendiendo los procedimientos y averiguar quiénes eran esos individuos. No fui obligado en modo alguno a realizar este trabajo, y no lo hice con la idea de colaborar con la policía, sino porque quería contribuir a proteger a los niños.

Pero durante una temporada, aquella visita de los agentes federales a mi casa me afectó mucho. Volví a ser un nómada, y desde entonces nunca he dejado de serlo. Hasta cierto punto, no era feliz. O peor que eso, sentía una tensión mayor de la que he tenido que padecer en toda mi vida. El clima de rebeldía que siempre me había rodeado se refugió en mi interior, y estuve viviendo al aire libre y sintiéndome siempre angustiado. Si quisiera tratar este aspecto de mi vida con sentido del humor, y animar a los que me critican, diría que aquéllos fueron los tiempos en los que viví al pairo. El único aspecto de la vida de Jesús que merece cierta atención es cuando se dedica a filtrar hacia dentro su rebeldía, me refiero a los cuarenta días que se pasa comiendo bayas, enfrentándose a las tentaciones del diablo y preparándose para hacer lo que tiene que hacer. Al igual que Milton, soy de los que piensan que al diablo le toca siempre decir las mejores frases, de manera que por este motivo, y por otros más evidentes también, no voy a alinearme con el Dios-Niño. Digamos que en esa fase de mi vida me sentí muy fastidiado y abandonado. Me pasaba los días caminando por el parque nacional de las Colinas de Dandenong. Seguro que además me sentía exhausto, pero al propio tiempo tenía la conciencia de que, si era capaz de salir del pozo y llegar hasta ese momento futuro, todavía tenía por delante los días más cruciales de mi vida. En el bosque de Sherbrooke las temperaturas llegan a ser extremas: de noche, me congelaba; de día era presa de los mosquitos. Bebí agua de los arroyos y sólo iba a la ciudad a por provisiones. Quería estar solo, analizar mi

situación. No vi un solo ordenador en todo ese tiempo. No me comuniqué con nadie.

Comprendí que podía ser un buen padre para mi hijo, pero no una buena madre. Yo servía para enseñar, estructurar, proteger, e incluso para contar cuentos cuando acostaba a mi niño, pero era un inútil en todo lo demás, en los aspectos más terrenales y menos heroicos del cuidado de los hijos. Al final me ocupé de mi hijo. Eso me centró otra vez, y cuando pude reanudar la comunicación con mis viejos amigos, también me ayudó a recuperarme. En esa época, sólo se podía tener correo electrónico a través de los sistemas universitarios y, de vuelta en Melbourne, me metí en la creación de una red sin ánimo de lucro cuyo objetivo era formar un grupo de presión que pretendía lograr la desregulación de internet. Lo que queríamos era organizar una red de acceso público para la periferia, que sería uno de los primeros proveedores de servicios de internet en toda Australia. Éramos el «ISP[3] de la libertad de expresión», y pretendíamos albergar en nuestro servidor materiales que otros se negaban a tener. No es que haya mucha gente que te dé las gracias por hacerlo, pero luchamos por conseguir que en todo nuestro país hubiera la máxima conectividad, y al final lo conseguimos. Seguía escribiendo codificaciones, que en su mayor parte distribuía de forma gratuita, y que culminó en lo que bauticé como Rubberhose.

Muchos de los primeros criptógrafos, todos aquellos supercerebros de las universidades de Stanford o el MIT, una gente que trataba de vivir en un mundo de matemática pura, de pensamiento creativo y no condicionado por nada ni nadie, advirtieron el problema de la protección de la intimidad de las personas. Todo aquel que hoy en día utiliza un ordenador sabe que el problema existe, pero la técnica de autentificación y la protección mediante claves es algo que fue obra de un grupo de tíos que trabajó muy duramente para conseguir los medios que condujeron a crear esa técnica, y que lo hicieron sin que nadie se lo agradeciera. Sabían que si no se lograba proteger el correo electrónico y las firmas digitales, la intimidad de las personas iba a correr un grave riesgo, e internet se convertiría en un enemigo de la libertad de expresión. Sin seguridad, sería demasiado fácil controlar las vidas de los usuarios de los ordenadores, y las vidas de todos corrían peligro de ser objeto de toda clase de abusos. Ése era un asunto fundamental, y, en esa fase, resolverlo era cuestión de utilizar las matemáticas, que es la base de la criptografía.

Tal como se desarrollaron las cosas al nacer internet, avancé en esa misma dirección de forma instintiva, y desde entonces tengo la firme convicción de que es necesario luchar para organizar y mantener la libertad de pensamiento. En marzo de 1966 escribí un post que comentaba un anuncio publicitario online que vendía algo llamado *E-Mailers Profit Centre*, que en realidad era un proyecto de marketing multinivel que pretendía vender a empresas mercantiles millones de direcciones de correo electrónico. «¿Quién es el primero que se apunta a cargarse esta web?»,

pregunté a todos los colegas del mundo de los ciberpunks. En esa época nos enfrentábamos a desafíos de esta naturaleza: se trataba de encontrar formas que impidieran que la red se convirtiera en una herramienta de proporciones gigantescas que las grandes corporaciones y los gobiernos podían utilizar para explotar a la gente. O para que el Estado policía vigilase a todo el mundo. Detesto a los tipos que se obsesionan por lo que llaman la seguridad; individuos que creen que «todo lo que no está explícitamente permitido está prohibido». ¿Quiénes se creen que son o, mejor aún, quiénes se creen que somos los demás? Son fascistas de la seguridad que están dispuestos a movilizar la tecnología a fin de garantizar que pueden imponer su visión brutal de la vida. Unos tipos cuya visión del nirvana consiste en mantener para el ciberespacio un statu quo en el cual se reescriben las leyes de la física de manera que nadie pueda cambiar su silla de sitio sin que obtengas antes una autorización por escrito. Ya no se trataba sólo de que el Gran Hermano nos estuviera vigilando, sino de que el Gran Hermano podía ahora controlar tus dedos, tus pensamientos, impidiendo así que averiguaras lo que pasa en el mundo y que obtuvieras información a tu manera. Gran Hermano había entrado en casa. Se había instalado en el producto que acababas de comprar en Apple Store.

Ésa era la amenaza, y nos pusimos a combatirla mientras, francamente, el resto del mundo todavía no sabía escribir bien la palabra e-mail. Los correos electrónicos se han convertido hoy en día en lo más normal y cotidiano de nuestras vidas. La gente los envía a centenares y no se preocupa en absoluto por su contenido. Y hay millones de críos cuyas vidas transcurren en Facebook. Pero todo eso había que inventarlo, y los gobiernos de aquella época se oponían a que los usuarios normales de internet pudieran encriptar libremente. Los gobiernos, y sobre todo el de Estados Unidos, querían una puerta trasera que les permitiera acceder secretamente al sistema. Trabajaban con una visión militar de los sistemas de vigilancia, y el primer internet, las primeras formas de correo electrónico, presentaban aspectos que el poder quería controlar. Pero los criptógrafos se enfrentaron a ellos, y en la actualidad tenemos un internet relativamente libre de la interferencia gubernamental, a no ser que vivas en China.

Estaba avanzando por este camino, lo cual suponía ir disolviendo mi instinto de hacker para adoptar una actitud más matemática, con una finalidad más clara, cuando en 1996 fueron finalmente presentadas las acusaciones contra mí ante los tribunales, y comenzó el juicio. Primer Suspect y Trax, mis dos colegas y amigos de la Internacional Subversiva, habían experimentado situaciones diferentes desde el día que nos pillaron. Prime Suspect vivió la breve euforia del éxtasis y luego la prolongada desdicha del hundimiento, y su vida terminó deslizándose hacia la paranoia y la depresión. Luego, muy lentamente y con ayuda de un terapeuta, consiguió ir aclarando sus relaciones con su madre y entender sus sentimientos tras la

muerte de su padre. Lo que le tocó vivir a Trax fueron ataques de pánico. Su espiral descendente había comenzado mucho antes de que la policía entrara en nuestras casas, y sin duda fue responsable en parte de que eso ocurriera. Sufrió un accidente de circulación y a partir de entonces vivió siempre sometido a toda clase de temores. En *Underground*, el libro de Suelette que he mencionado antes, y cuyo contenido se basa en investigaciones para las que contó con mi ayuda, la escritora dice que en esa época Trax padecía de una agorafobia muy profunda y sin paliativos. Hasta ese punto llegó su estado mental. La entrada de la policía en nuestras casas nos deprimió profundamente. Los tres desaparecimos del mundo durante un tiempo para meternos en un infierno personal cuando apenas teníamos veintipocos años, y quedamos profundamente marcados por motivos que no merecían ese castigo. Las acusaciones contra nosotros fueron ampliamente difundidas. La prensa de la época estaba inmersa en un desconocimiento brutal de todo lo que concernía a nuestras actividades. No entendían el significado de las acusaciones, y se dedicaron a elaborar una imagen ridícula de la amenaza que según los periodistas significaban las actividades de aquellos adolescentes. En realidad, nosotros no habíamos hecho más que ceder a una obsesión y una curiosidad enormes, y habíamos sido bastante descuidados en nuestro comportamiento. Pero los medios, y los fiscales fanáticos que les daban la información, lo convirtieron todo en una epopeya de proporciones gigantescas, una gravísima amenaza contra el Estado.

En enero de 1966 escribí un mensaje remitido a la lista de direcciones de los ciberpunks, en donde queda reflejado lo mal que me sentía al respecto en ese momento. Mis comentarios tenían que ver con la captura de Kevin Mitnick, un hacker norteamericano, llevada a cabo por Tsutomu Shimura, que en un libro decía de él que era «el forajido más buscado de Estados Unidos». Lo que escribí fue lo siguiente: «Me pone enfermo leer estas cosas. Te pido, Tsutomu, que cuando oigas croar a Mitnick, ¿te importaría ir a su tumba y sacar el cadáver, y alquilar sus manos para que sirvan de cenicero? El hombre que asesinó a uno de los últimos pistoleros famosos de Estados Unidos decidió al poco tiempo montar un espectáculo en el que se reservó un papel protagonista y en el que decidió contar cómo llevó a cabo esa proeza. Años más tarde, él también cayó asesinado por un miembro del público que se sintió asqueado por la naturaleza del espectáculo».

La gente celebraba nuestra derrota y se reía de nuestra ingenuidad, pero la verdad es que, cuando empezó el juicio, el mundo de los hackers había desaparecido del mapa. Internet había facilitado en exceso esas actividades, y los que entonces las practicaban tenían una actitud muy cínica al respecto. Los hackers habían entrado ya a formar parte de la cultura pop y cinematográfica, y algunos de los veteranos en esas lides comenzábamos a pensar en formas nuevas de acceder y revelar toda clase de secretos.

Mis dos colegas querían declararse culpables, pero yo me negaba a colaborar, por así decirlo, con ningún intento de criminalizarme. El día que comenzó el juicio había contra mí 31 acusaciones; contra Prime Suspect pesaban 26, y seis contra Trax. Parte de esos delitos consistían en haber escrito artículos que publicábamos en nuestra propia revista, la de la Internacional Subversiva, que tenía una difusión de tres ejemplares: nosotros tres. Naturalmente, la tensión crea más tensión. Y el día de la apertura del juicio en el Tribunal de Melbourne la cabeza me reventó, entre otras cosas porque me llegó la noticia de que Prime Suspect se había convertido en testigo de la acusación contra mí. Tal como he podido comprobar repetidas veces, y siempre a mi costa, en este mundo nuestro, confiar en la lealtad de la gente no suele llevar muy lejos. La gente mantiene la lealtad hasta que comprende que resulta más útil ser desleal. Lamento que esto pueda parecer una mentalidad muy escéptica, pero poco a poco la experiencia te va enseñando nuevas lecciones. Prime Suspect firmó los documentos, si bien lo hizo de forma menos amenazadora posible. Cuando le vi al otro lado de la sala, lo miré a los ojos. Tenía una actitud aparentemente impasible. Estaba asustado, era muy joven, pero esa actitud fue la misma con la que volví a tropezarme en el futuro en otras personas. Era el rostro de la traición, por mucho que dicho rostro pareciese expresar un profundo interés en el descubrimiento de la verdad. Sin embargo, afecta muy directamente a tu vida cuando el juez alza la voz para decir: «Que el detenido se ponga en pie». Y resulta que el único que se pone en pie eres tú. Una vez dije que en ese instante empieza la verdadera fe. Para los que trabajamos en el ámbito al que yo me dedico, la verdadera fe comienza ahí, y sigue cuando a la puerta del juzgado te aguarda la bota fascista.

Tras haberse declarado culpable, Prime Suspect fue juzgado antes de que me tocara a mí. No hubo sentencia de prisión contra él, sino que, a condición de que no delinquiera en un período de cinco años, el castigo se limitaría a una multa de 5.000 dólares australianos, más otros 2.100 en concepto de reparación por los daños causados a la universidad australiana. El juez subrayó que no había actuado con magnanimidad hacia él por el hecho de haber cooperado con la justicia. Aquél fue un momento triste: los dos sabíamos que había cruzado una línea divisoria a cambio de nada, que había destrozado nuestra amistad y comprometido nuestra dignidad sin haber obtenido a cambio beneficio alguno. El tiempo que uno pasa ante el tribunal suele hacerse muy largo, pero nunca es tan largo como lo que duran los recuerdos. Jamás he vuelto a hablar con él. Desde cierto punto de vista puede parecer que mis principios éticos son simplistas, pero yo no soy un político. Jamás he sido capaz de abusar de una amistad personal o profesional a cambio de obtener algún beneficio. Jamás. Y sólo puedo decir que siento compasión por alguien que pertenecía a un grupo llamado Subversivo y que, en cuanto las cosas se pusieron feas, se alió con la beatería legal. Respecto a Trax, salió también bien librado del juicio, sin necesidad

alguna de pactar con nadie. En su caso, el juez determinó que no debía haber ninguna clase de condena contra él.

Mi caso fue presentado en primer lugar ante el Supremo, casi como si fuese una cuestión de orden, o un caso digno de estudio, para definir los términos en que iba a celebrarse el juicio, y esto nos permitió luchar por aclarar lo mejor posible qué significado tenían las acusaciones. ¿Qué quería decir exactamente que alguien fuese acusado de haber obtenido acceso a un ordenador? Si en esa máquina había datos comerciales que el intruso no leyó, ¿se le puede acusar de robo a pesar de que se haya producido ese significativo detalle? Si un ladrón entra en una casa y se lleva el periódico del día, ¿puede ser acusado de robar el Matisse que cuelga de la pared sobre la repisa de la chimenea del salón? Pero al Supremo le interesaba mucho hacer ver a las salas de lo penal de todo el país que sólo debían remitir a esa alta instancia los casos que les fueran presentados si se daban circunstancias muy extremas. Lo cual fue una pena, porque en casos futuros de delitos informáticos esta actitud del Supremo resultó perjudicial. Aquel día, el sistema legal no estuvo a la altura de las circunstancias porque demostró una notable falta de curiosidad intelectual, y en consecuencia todo el mundo salió perjudicado, no sólo en Australia. Porque incluso en la actualidad esa doctrina sigue siendo incapaz de ver la diferencia que media entre una persona que abusa sexualmente de los niños y otra a la que le interesa utilizar los ordenadores para garantizar la libertad de los ciudadanos.

Al final, me juzgó un juez que apenas sabía nada del caso. Manifestó claramente que habría preferido dictar sentencia de prisión pero, de acuerdo con criterios de paridad, mi sentencia fue parecida a la que se había dictado contra Prime Suspect. La multa fue diez veces superior, y me concedió menos tiempo para pagar los 2.100 dólares de la reparación de daños a la universidad. Fui tachado de delincuente, lo cual, por supuesto, me molestó mucho; pero al menos resultó un alivio comprobar que, en esa ocasión, no iba a tener que pasar una temporada en la cárcel. Nadie tenía motivos para descorchar una botella de champán, y yo me enfrentaba a la necesidad de reconstruir mi vida laboral, pero aprendí una lección: que los hackers iban a ser, desde ese momento en adelante, personas vulnerables. Cuando entré en la sala yo era una persona muy diferente del chico que había hackeado el sistema de Nortel, y estaba cabreado de verdad, no tenía ganas de seguir la lógica del tribunal que me juzgaba, que en mi opinión era muy primitiva, sino que sólo me interesaban la lógica de las matemáticas y la de la exploración, así como la lucha por la justicia. Lo que yo quería era averiguar de qué manera la ciencia informática podía contribuir a mejorar la ética del mundo moderno. Tales eran mis planes, y para llevarlos a cabo hice un esfuerzo de reconstrucción de mi personalidad. Entretanto, Nortel y otras víctimas de los supuestos delitos que yo había cometido como hacker comenzaron a utilizar el software criptográfico que yo mismo había inventado durante mis paseos por su

sistema a altas horas de la noche.

Ninguna victoria se libra de la sombra de la derrota. Y por raro que resulte, a veces hay decenios enteros de tu vida que parece como si fuesen una derrota. Hay quien afirma que ser joven es una victoria en sí mismo, pero no coincido con esa opinión. Como veinteañero me sentía cansado y nervioso, mientras que en el presente no me siento nunca así. Sí puedo observar que tratar de hacer que las cosas avancen implica muchas tensiones. Tengo delante de mis ojos la invitación a una fiesta que organizamos en la Pascua de 1966 en North Melbourne. La organizó un grupo de gente al que yo pertenecía: los que tratábamos de establecer aquel temprano ISP: suburnia.net. Me basta mirar la invitación para intuir quién era yo en aquel momento. Un joven que se emocionaba fácilmente, muy comprometido, pero sobre el que pesaba una experiencia dolorosa. Tras establecer en la invitación la logística de aquella fiesta, aparecía luego un breve cuestionario:

P. ¿quién está invitado?
R. tú. Un grupo de individuos, con empleos y edades que cruzan por encima de todas las fronteras sociales. Será una noche ecléctica.
P. no, no, en realidad quiero saber qué gente irá a la fiesta.
R. no es momento de andarse con simplificaciones de personalidad potencialmente dicotomizadoras, aunque qué diablos...

• Usuarios autorizados de barrios periféricos:

Desde magistrados y políticos hasta hackers condenados por la justicia. Entre nuestros usuarios contamos con investigadores privados, escritores, programadores, abogados de prestigio, productores de discos, músicos, directores de cine, periodistas, policías, agentes de inteligencia, campeones de ajedrez, miembros de oscuras sectas religiosas, árbitros de netball, muchos, muchísimos tipos de científicos e ingenieros, expertos en seguridad, médicos, contables, camareros, directores de coro...

Espero que el lector sienta simpatía por los árbitros de netball. No estoy demasiado seguro de cuál iba a ser su papel en la inminente revolución. Sea como fuere, esta «invitación» continuaba diciendo que nuestros socios más allegados formaban parte de grupos sociales como los fans del grup de rock Saint Etienne, y de las novelas de Philip K. Dick y Nabokov. La entrada era gratuita, aunque se permitía que la gente que acudiera trajese donativos si eran en forma de hardware y cableado. Se recomendaba vestir de forma adecuada: «Se acepta ir de incógnito al estilo de los años treinta».

No recuerdo si la fiesta se desarrolló de forma acorde con mi manera de convocarla. Pero mi vida entera de aquel momento estaba en la invitación, y tal vez

también lo estuvo en la propia fiesta. A lo largo de todos esos duros años en el desierto, aprendí además a odiar la religión. Digo odiar, pero como soy hijo de Aquarius, de hecho no deseo odiar ninguna cosa. Digamos que en el período anterior a mi ingreso en la universidad (que fue mi siguiente paso: estudiar matemáticas y física en Melbourne), averigüé hasta qué punto la religión organizada era una forma del mal. Y con el tiempo supe que la antipatía que sentía por la religión formaba parte de la confianza que sentía en mí mismo. El lector puede tomárselo como le plazca. En cierta ocasión fui a parar a una concentración de mochileros en donde abundaban los cristianos integrados en el movimiento de Convergencia Cristiana de la universidad australiana. La mayoría resultaron ser mujeres, y tuve la desdicha de convertirme en algo así como el Hardy de las novelas de Chesterton, el ateo del pueblo, y ellas trataron de convertirme con el subir y bajar de sus pechos. Una de las devotas era una chica adorable, hija de un clérigo de Newcastle. Mientras yo la cortejaba en cierto modo sin pretenderlo, ella me dedicó una caída de ojos, y me dijo: «¡Ay, es que sabes tantísimas cosas! Y yo, en cambio, ¡no sé casi nada!».

«Por eso crees en Dios», le repliqué yo. Esta frase brutal, dicha en mitad de la conversación, pareció dejarla sin aliento. Era como si yo fuese exactamente lo que ella anhelaba encontrar: un hombre dispuesto a discutir de forma declarada todo lo que su padre decía. En otras palabras, un hombre dispuesto a ser lo bastante hombre, lo bastante fuerte, como dirían los autores de novelitas de amor (y tuve la impresión de que ella leía cosas de ésas), para no arrastrarse y suplicar ante el Dios de su padre.

Diría que éste es el lado gracioso de la religión. El lado menos divertido es el que se manifestaba ya entonces entre los adeptos a la cienciología, ese eructo cerebral emitido por L. Ron Hubbard, y que es una organización que se forra de millones cada año y es el no va más del pensamiento ocultista. Como pasa a menudo con esta clase de sectas, también en ésta se evita que los nuevos creyentes conozcan a fondo el núcleo duro de sus creencias y prácticas más estrafalarias. Esperan a contárselo cuando llegue el momento en que los neófitos sean también muy estrafalarios, cosa que a veces cuesta varios años que los desdichados se ven forzados a dedicar a dejarse la sangre a medida que van ascendiendo de forma dolorosa por los diversos «niveles». El sistema de la cienciología respira de pies a cabeza el espíritu de la sumisión y del secretismo, dos cosas de las que de pequeño aprendí a huir. Seguro que he tenido a lo largo de mi vida muchos momentos en los que he pensado de forma muy incorrecta, pero jamás he sido capaz de competir con la cantidad de estupideces que, en forma de chorro ininterrumpido, emite la Iglesia de la Cienciología. Tal vez esté equivocado, naturalmente, y en realidad podría ser que la Tierra fuera lo que queda de la prisión montada en el planeta por una colonia de alienígenas procedentes del espacio exterior, pero esta teoría no termina de convencerme. Hace ya muchos años que, en nuestra defensa de internet, quedó muy

claro que la cienciología era uno de los principales enemigos de la libertad que la red podría llegar a hacer posible. Internet, por su propia naturaleza, es una zona libre de censura. No es nada útil para quienes pululan por el interior del armario de Hubbard, para quienes creen que la cesura, la ocultación y la revelación (de pago) son la razón de ser de su existencia misma.

Esa Iglesia ha fomentado siempre una gigantesca red de manipulación de la gente. Ha utilizado procesos legales y formas ilegales de hostigamiento para perseguir periódicos, ex miembros y demás, pese a que, como organización, ella misma es objeto de investigación por parte del FBI. Resulta especialmente siniestro que esa Iglesia considere que sus enseñanzas religiosas son secretos registrados bajo copyright. Años después de la época que estoy comentando, WikiLeaks la delató publicando una colección de esas estúpidas enseñanzas, incluyendo el sello «Copyright 1966, by L. Ron Hubbard, todos los derechos reservados» en todas y cada una de sus páginas. «El estado de *Clear* es extraordinario. Hemos estado esperando que llegara este estado durante muchísimo tiempo. Cuando un individuo entra en estado *Clear*, experimenta una gran conmoción.» Si se me permite el juego de conceptos, enfrentarme a esos fanáticos me condujo a ver las cosas con claridad. Pero el combate en contra de esa Iglesia es mucho más amplio que internet enfrentándose a una pandilla de frikis con demasiada pasta en sus cuentas. Se trata de los intentos de las empresas por suprimir internet y la libertad de expresión. Se trata de la propiedad intelectual, del significado de la expresión personal y del principio de acceso universal sin cortapisas. En el año de mi juicio en Australia escribí sobre todas estas cosas, y hablé de que los precedentes establecidos por la Iglesia de la Cienciología en aquel momento acabarían siendo armas poderosas para la tiranía que las corporaciones tratarían de establecer el día de mañana. Siempre he sido un activista hasta el tuétano, pero en aquella época, cuando no estaba con mi hijo, me dedicaba constantemente a construir lo que podríamos llamar plataformas globales de protesta local. Hicimos manifestaciones delante de la Iglesia de la Cienciología en Flinders Street, por ejemplo, y entregamos panfletos a la gente y, en paralelo, nos opusimos a todo intento de suprimir la libertad de expresión a través de las listas de correo y de los tablones de anuncios.

Era un viaje que iba de lo local a lo global, y de nuevo a lo local. El tipo de viaje que más me gusta.

7

EL CAMINO MATEMÁTICO QUE CONDUCE AL FUTURO

A finales de 1998 escribí un e-mail dirigido a lo que había terminado convirtiéndose en un grupo internacional de gente divertida. Despegaba de Melbourne —«la ciudad más habitable del planeta»— para lanzarme al ancho mundo justo cuando el comunismo estaba a punto de implosionar, con efectos muy notables. No sé de qué manera otras personas acaban conociendo a sus colegas. En mi caso, el método ha sido siempre existencial, si se me permite la expresión. Te vinculas con alguien porque te gusta su cara o porque a los dos os gusta el mismo libro. Las coincidencias hacen que acabes formando grupos, o bien conoces a alguien porque coincidís luchando juntos contra cierto viejo y fétido organismo, o todo empieza porque a última hora de la noche te encuentras con alguien y notas que hay simpatía mutua. Yo no era entonces jefe de ninguna organización, pero mis métodos eran los mismos que apliqué cuando terminé siéndolo. Sigue adelante, confía en la gente. «Si a alguien le apetece que nos reunamos para tomar unas cervezas, o vodka, o filete de oso siberiano, o para escuchar a alguien contar una buena historia, avisadme, por favor», escribí en el e-mail que hice circular por todo el mundo.

28 oct. 98 San Francisco
5 nov. 98 Londres
6 nov. 98 Frankfurt/Berlín
9 nov. 98 Polonia/Eslovenia/Europa Oriental
15 nov. 98 Helsinki
16 nov. 98 San Petersburgo
20 nov. 98 Moscú
26 nov. 98 Irkutsk
29 nov. 98 Ulán Bator
3 dic. 98 Beijing

Era un itinerario ambicioso, pero funcionó. A medida que iba conociendo a gente, viviendo con ellos, bebiendo y comiendo con unos y otros, jóvenes de parecida mentalidad en Europa y en Asia, en cada sitio y ocasión noté que estaba conociendo un mundo nuevo. Una gente nueva que caminaba de acuerdo con sus propias ideas, sin saber con seguridad qué iba a pasar, cómo expresaríamos nuestras creencias o cómo compartiríamos la tecnología, pero esos contactos me sirvieron sin duda para ayudarme a abrir los ojos.

Hay gente que tiene talento para la amistad. Puede que sea una de las características de quienes suelen liderar proyectos. En los viejos tiempos yo tuve ese talento, pero hoy en día tengo mis dudas de que haya sabido conservarlo. Después de regresar una temporada a Melbourne, hice planes para ingresar en la universidad, donde, como decía, tenía intención de matricularme en ciencias exactas y física. Conocí a un tipo magnífico que se llamaba Daniel Mathews, un ser brillante, con un tremendo instinto para pensar de forma novedosa, y con un gran criterio político. Conocí a gente con la que compartía el mismo instinto político, y aunque todos mis compañeros y amigos comprendían el alcance de internet, sólo Dan compartía plenamente mis dos grandes pasiones. Entendía de verdad la naturaleza de las oportunidades que las nuevas tecnologías estaban ofreciendo a los activistas. Una vez escribió un largo poema titulado «Si vieras...». Lo subí a mi blog porque me gustó muchísimo la belleza y el tono idealista de sus versos:

La gente corriente, sin ismos ni historias,
se mantuvieron donde estaban y se encogieron de hombros:
¡sólo soy un ser humano!
Y se lanzaron más allá de las fronteras, saludaron a sus vecinos,
jugaron con sus hijos, miraron al futuro,
y no pensaron en grandes cosas, solo en continuar.

Nadie debería permanecer inmune a la esperanza que destilan estos versos. Yo vivía entonces en el este de Melbourne, con mi hijo, que estudiaba en el instituto de Box Hill, y me sumergía horas y horas en la resolución de problemas de matemáticas. Según mi forma de ver las cosas, ya se había producido una convergencia entre activismo y tecnología, y en 1999 había fundado una organización incipiente llamada leaks.org. Era tan incipiente que no tenía de qué alimentarse y no llegó a ninguna parte, pero fue creciendo en mi cabeza y se me ocurrió ese nombre. Pensé que el futuro estaba aproximándose y que traería consigo nuevos amigos y nuevas clases de problemas. La verdad que me revelaron las matemáticas ponía a mi alcance una belleza inusitada: algo que era perfecto y justo. Así fue como avancé y crecí estudiando no sólo los problemas en sí, sino también los consecuencias éticas de la mecánica cuántica.

En 2003 pude por fin entrar en la universidad. Me daba la sensación de hacerlo con muchísimo retraso, pues aquello era algo que hubiese tenido que hacer antes y para lo que había estado trabajando desde muy atrás. La Universidad de Melbourne es la segunda de Australia en antigüedad, una institución oficialmente secular controlada por el Estado. El campus se encuentra en Parkville, una zona boscosa de la ciudad que está poblada de casitas pareadas de estilo victoriano, y siempre me hizo

mucha ilusión la idea de ir a estudiar allí. Toda mi juventud fui bueno para las matemáticas, me gustaba la historia de las ciencias exactas y también sus aspectos más prácticos, y desde la adolescencia había sido capaz de fabricar mis propias máquinas. Cuando inicié tardíamente los estudios en la universidad seguramente ya estaba algo harto de la criptografía y de las cosas que los criptógrafos más destacados hacían a fin de ganarse la vida aprovechando el boom de internet. Mi experiencia como hacker no había hecho que me pareciese que el universo era más fácil de entender, sino exactamente lo contrario, de manera que lo que en realidad andaba buscando entonces era retirarme al mundo del pensamiento puro.

Al principio la universidad me dio la impresión de ser un refugio para pacientes externos de alguna clínica mental. Todo era soso, las jornadas estaban tan superorganizadas, y todos vivían tan absorbidos por la actividad académica, que me pareció como si en aquel recinto cerrado el mundo real estuviese ausente por completo. No era culpa de nadie, claro está, pero me costaba conectar en serio con los demás alumnos, en parte porque yo tenía quince años más que ellos, y por todo lo que yo había vivido cuando era un veinteañero. Tras los tumbos que había dado en el pasado, no sólo el jaleo de la vida clandestina sino también la atención que me habían prestado los medios en la época del juicio, de repente me daba una sensación rara eso de convertirme en un estudiante pasivo. Sin embargo, estaba decidido a dominar la mecánica cuántica y la matemática pura. Quería aprender de estas dos disciplinas todo lo que estuviera a mi alcance, pues sospechaba que de este modo daría un gran salto adelante. Enseguida me sumergí en el estudio de la historia y la tradición de la física, me metí a fondo con Nils Bohr, Heisenberg y Feynman, y sentí deseos de convertirme en una figura del ámbito de las matemáticas y tal vez incluso de la misma universidad.

Recuerdo un período que pasé yendo a la Universidad de Nueva Gales del Sur porque allí podía asistir a unos cursos avanzados de matemáticas. Fue una buena época: en aquel entonces conseguí restablecer el contacto con mi verdadero padre —una cuestión de la que hablaré muy pronto— y podía ir en bici todos los días a la universidad. Un día, cuando pedaleaba hacia las aulas, al doblar una esquina me encontré con un enorme camión que me tiró a la cuneta. Me rompí el brazo por seis sitios diferentes. Me recogieron y llevaron al hospital, y me enyesaron el brazo. También me suministraron Tramadol, que me produjo unos efectos extraños e interesantes. Es un opiáceo sintético que, si bien no interfirió con la claridad de mis pensamientos, borró todas las emociones de carácter negativo, entre ellas lo que llamaríamos dolor psicológico. Así, por ejemplo, podía experimentar durante una conversación sus aspectos positivos, pero no sentía ninguno de los negativos. Fui a clase y noté que tenía el pulso muy acelerado. Pero se habían desconectado todos los sistemas de calibrado: no percibía la manera en que adelantaba un pie para dar un

paso; se había desconectado también mi sentido de lo social, la idea de cuánta atención le estaba prestando a una persona que no se expresaba con precisión, etcétera.

Así me funcionaba la cabeza. Por el hecho de estar estudiando mecánica cuántica, me cuestionaba las formas de medir el dolor y el placer en mi propia vida, meditaba sobre cómo podían equilibrarse, o qué ocurriría si en mi caso había más de lo uno que de lo otro. El brazo roto adquirió para mí mucha importancia, pues era una analogía, una parábola casi, acerca de cómo provocar y conseguir cambios importantes. Es posible que suene extraño. Quiero decir que me hizo pensar en el hecho de que ciertos acontecimientos poco importantes podían tener consecuencias de largo alcance. Cuando me rompí el brazo fue necesario curarlo, reconstruirlo en cierto sentido. Comencé a pensar cómo podía curar también las injusticias que veía a mi alrededor, cómo se podía reconstruir el mundo mediante actos políticos. Fue así como fui acercándome a cierta filosofía del cambio, y creo que esa filosofía terminó ejerciendo una influencia notable en todo lo que hice con posterioridad. Supe en ese mismo momento que no podía poner a prueba estas hipótesis en el cerrado mundo irreal de la universidad, pero, para mí, el proceso empezó a partir de esa época de análisis que hizo más profunda mi experiencia de las relaciones causa-efecto.

De todos modos, mi capacidad para ver que había cosas intolerables se mantuvo tan viva como de costumbre. Tal vez demasiado viva. ¿Qué se le puede hacer? El departamento tenía en marcha un proyecto de investigación sobre la arena, ya que los norteamericanos estaban enfrentándose a los problemas que provoca la arena en el curso de sus aventuras por Oriente Próximo. Vino una mujer a darnos una conferencia acerca de lo bonito que había sido para ella participar en las pruebas a las que hubo que someter el material militar, y ayudar en el envío de los aviones de transporte que luego habían bombardeado las tropas iraquíes en retirada durante la primera guerra del Golfo, provocando unas tremendas carnicerías. Pensé para mis adentros que cómo era posible que yo estuviera sentado en el aula oyendo hablar a aquella persona que había participado en un asesinato masivo. Así comencé a darme cuenta de que las universidades estaban siendo utilizadas por gente a la que le interesaban los negocios militares. Era algo que se hacía evidente cuando acudías a esta clase de conferencias, financiadas por la Organización Australiana de Ciencia y Tecnología de la Defensa. En este período todo se iba poniendo en su sitio para mí. La claridad mental que me forzaba a tener la mecánica cuántica; mis nuevas ideas sobre la relación causa-efecto, el horror que me inspiraban las tropelías militares, y mi comprensión cada vez mayor de la política exterior de Occidente. Cada vez me parecía más obvio, durante los años que pasé estudiando en la universidad, que hacían falta mecanismos completamente nuevos para utilizar los frutos de la ciencia y emplearlos al servicio del bien común. No se trataba de que siguieran estando

controlados por organismos particulares, sino en defensa de la verdad misma. Me encantaba estudiar física, pero el odio que siempre había sentido por las instituciones no hizo más que incrementarse. Vi que muchos científicos eran unos timoratos, gente que estaba muy dispuesta a aceptar el logo de cualquier esponsor, por vil, asesino o antiintelectual que fuera, y debo reconocer que todo esto también formó parte de mi educación universitaria.

Una vez representé a mi universidad en el Concurso Nacional de Física. En la ceremonia de entrega de premios, el rector de las facultades de física de la Universidad Nacional Australiana nos miró y nos dijo: «Sois lo mejor de la física australiana». Miré a mi alrededor y pensé; «Joder, confío en que este tipo se esté equivocando». Sin embargo, yo estaba convencido, aunque sin manifestarlo, de que mi interés por la mecánica cuántica podía servir para cosas mejores que para que el rector se sonrojara de orgullo. En muchos otros lugares del mundo había otros científicos informáticos para los cuales la mecánica cuántica ofrecía una metodología que permitía entender mejor la justicia.

Trataré de explicarme. La mecánica cuántica no es sólo un método que permite describir el funcionamiento de las partículas más pequeñas del mundo —y debo añadir que su forma de interactuar es lo que da lugar a la existencia de una parte muy grande de nuestra experiencia: todo el universo observable—, sino que constituye también una forma sistematizada de pensar acerca de los fenómenos físicos. Estudiándola adecuadamente, esta ciencia ayuda asimismo a pensar con mayor claridad. Recordará el lector que, refiriéndome a mis primeros experimentos con los ordenadores, comprendí que no era lo mismo decir «Quiero hacer que el ordenador cuente» que decir «Así es como contamos». Pues bien, estudiar mecánica cuántica fue en cierto modo algo parecido. Me enseñó a formular preguntas sobre el mundo de forma que quedaran abiertas todas las opciones posibles, sin prejuzgar las respuestas. Todo el mundo ha visto a los periodistas que, al entrevistar a políticos en televisión, plantean cuestiones muy poco críticas cuando esos periodistas, o el dueño de su canal de televisión, simpatizan con el político de turno. Todo se reduce a preguntarle si siempre ha sentido el mismo deseo de estar al servicio de su país, o de qué manera los recortes presupuestarios que está aplicando contribuirán a mejorar la situación económica. En la mecánica cuántica no se realizan esta clase de preguntas. Aprendes a formular preguntas que pueden conducir a obtener respuestas útiles, y a base de dedicarle tiempo a su estudio logras la capacidad de organizar tu forma de pensar acerca del mundo natural. Te muestra de qué manera puedes demostrar cosas por medio de experimentos, y te enseña que no puedes dar nunca nada por sentado, ninguna de tus hipótesis, hasta exponerla a todas las pruebas posibles de causa y efecto. Al final de las guerras de la criptografía, y cuando terminó mi juicio, supe que tenía pendientes algunas cosas en aquella área de actividad. Me quedaba por someter

a prueba la realidad misma hasta tratar de atravesar su superficie y, en lo relativo a la acción social, me quedaba pendiente arañar la superficie de nuestros puntos de partida hasta ver qué había debajo. Las matemáticas avanzadas y la mecánica cuántica permitían explorar más allá de la superficie.

Para llegar a la verdad tienes que observar tu propio comportamiento, ver de qué manera planteas los experimentos, averiguar hasta qué punto el resultado ha sido manipulado por lo que has hecho tú, y descubrir qué y cómo lo has hecho. Es preciso que encuentres la medida real de las cosas. Debes estudiar cómo están construidas, y cómo has construido tu propia manera de mirarlas, porque sin eso no vas a entender nada a fondo. Pues bien, cuanto más avanzaba en esta visión que me proporcionaba la mecánica cuántica, más iba viendo qué podía ser aquello que yo llevaba tanto tiempo buscando: una teoría del cambio, una teoría acerca de los cambios generados en el mundo por la acción de los seres humanos. Ése es el comienzo de la mecánica cuántica. Por fin tenía la manija que me abría paso hacia el elemento subjetivo, que forma parte esencial de las ideas que estoy tratando de exponer en este libro. Al desplegar mi propia vida ante los lectores, puedo mostrar de qué manera hicimos lo que hicimos.

Empecé a pensar en la información como si se tratase de materia, y me puse a investigar cómo fluye a través de las personas y de la sociedad, cómo el hecho de que esté disponible provoca cambios. Imaginemos una tubería que permite que funcione un flujo de material dirigido hacia aquello que provoca los cambios que conducen a una mejoría de la justicia. Puedes ver quién fue el que puso en marcha ese flujo y cuantificar lo que produjo ese avance de la justicia. No hablo, por supuesto, de una tubería física, sino de los diferentes modos en que se comunican las personas. Pero imaginemos por un momento que hablamos de una tubería real. Para examinar de qué modo fluye la información y cómo se desplaza por todo el mundo, deberíamos estudiar la tubería en su totalidad. Quién la fabrica, quién la paga, quién hace el mantenimiento, si está obstruida en alguna parte, o dónde hay cosas que obstaculizan el flujo. A continuación podríamos trazar los mapas de cómo esa tubería entra en los medios de comunicación, el Cuarto Poder, y de qué manera los medios convencionales contribuyen a que circule el flujo informativo, o más bien impiden su paso. Nos interesa averiguar qué es lo que contribuye a crear la justicia. ¿Qué es lo que vemos? ¿Cómo podemos introducir reformas éticas en el sistema, de modo que ayuden a la consecución de la justicia? Necesitamos desatascar los puntos donde se obstruye el flujo de la información, y también nos interesa aumentar el número de observadores que contribuyen a mejorar la circulación del flujo. Si en algún punto se suprime parte de ese material informativo, entendemos que ahí se está produciendo una obstrucción, y debemos conseguir que el mayor número posible de observadores se fije en que hay alguien que obstruye el flujo, y luego trataremos de solucionar el

problema. Así favorecemos la conquista de la justicia.

Así llegué a la conclusión de que internet es como un sistema reconfigurable de tuberías capaces de conectar estas observaciones y las personas que posibilitan que se actúe, lo cual puede conducir a aumentar la probabilidad de que reine la justicia. Me pareció que en el futuro debería haber una nueva forma de conseguir que hubiese un flujo óptimo que conectara entre sí a los observadores y los actores. Y me pareció que eso serviría para que las sociedades pudieran avanzar de una nueva manera: se trataba de hacer que los medios convencionales tuviesen que responder ante sus lectores, su audiencia; de que las diversas agencias gubernamentales y sus actividades fueran visibles; y de que se rompiera el control ejercido por los gobiernos y por el Cuarto Poder, ya que éste colaboraba con ellos. Tenía que aparecer también una nueva forma de conseguir información, un nuevo método capaz de permitir que la nueva información se combinara con la que ya tenemos acerca del mundo. Eso significaría la contextualización de toda la información ante los diversos observadores y actores. Íbamos a tener que encontrar el modo de que los actores fuesen honestos, y por eso WikiLeaks —que nació a partir de esta combinación de las ideas de la mecánica cuántica con los principios de la ética periodística— exigiría la implicación de los periódicos más relevantes en un esfuerzo por publicar materiales capaces de promover una forma más elevada de justicia. Así, el flujo de informaciones no sería algo que estaría controlado sólo por los periodistas, o por alguno de los grupos mediáticos exclusivamente, sino en manos de sociedades enteras que podrían trabajar así de forma conjunta.

Aunque en aquellos momentos yo estaba aún en la universidad, todo conducía hacia esta finalidad, si bien aún quedaba mucho camino por recorrer. Es importante dejar constancia por escrito de todo esto porque, más adelante, la histeria, las acusaciones, las equivocaciones —e incluyo en la lista las equivocaciones que yo cometí— acabarían ofuscando la filosofía básica de cambio que era mi único objetivo. Más tarde me sentiría verdaderamente perplejo, cuando mi figura ya estaba expuesta a la mirada pública, cuando comprobé hasta qué punto había gente que no deseaba que se generasen ideas nuevas. Preferían no tener ni remota idea de cuáles eran los asuntos que estaban siendo sometidos a un escrutinio crítico, ni cuáles los nuevos métodos que se estaban poniendo en marcha para analizarlos. Sólo querían hablar de mi cabello o de mis novias. Como sabe el lector, esto es lo que me ha ocurrido a mí, recientemente a escala internacional, y me temo que no he contribuido en absoluto a mejorar la situación. Pero no soy yo el que inventó la mediocridad de los medios convencionales: me vi envuelto por esa mediocridad y traté de desviarla hacia objetivos importantes. Pero lograr que los medios presten atención, por ejemplo, a la justicia, o a los verdaderos elementos de causa y efecto que intervienen en el desarrollo de la historia contemporánea, es más difícil de lo que parece. Incluso

los llamados «periódicos de calidad» se interesan sólo por tener unos cuantos titulares y enseguida empiezan a comentar lo raro que es uno. Es una forma de actuar moralmente ofensiva hasta extremos increíbles: fingen que la vida les interesa de verdad, fingen que están comprometidos con la verdad, pero lo cierto es que no les interesa la complejidad en lo más mínimo. Y lo que es peor, mantienen una actitud de auténtico cinismo en relación con el interés que sus lectores tengan por esa complejidad, por esa verdad. Me guardaré mis lamentaciones para más adelante. Pero diré aquí que mi experiencia universitaria me mostró lo muy complejas que son las relaciones entre la búsqueda de la verdad y la posibilidad de que la justicia reine en el mundo. Y fue esto lo que me condujo, a mí, un ex hacker, hacia el universo del que nació WikiLeaks.

Hay en mi vida una serie de temas recurrentes que, naturalmente, también van reapareciendo en este relato. Ya he mencionado la obra de Solzhenitsyn *Pabellón de cáncer*, que leí durante mi estancia en Wandsworth. En cierto momento de la historia, el personaje Kostoglotov discute con otro paciente del mismo pabellón la importancia de la universidad: «Recuerda que la educación no hace de ti un tipo más listo... aunque debes estudiar, por supuesto. ¡Estudia! Pero no olvides que eso no es lo mismo que la inteligencia».

Por mucho que el estudio de la mecánica cuántica me sirviera para aprender, también aprendí muchísimo gracias a mis demás actividades, por frívolas que puedan parecer. Siempre me ha gustado hacer ejercicios mentales de las formas menos corrientes, y este instinto fue el que me llevó en este período a crear lo que llamé Sociedad Universitaria de Estadística y Matemáticas a la Caza de Puzles. El año 2004, con motivo de la convocatoria del primer premio organizado por esa sociedad, pedimos a los concursantes que aceptaran el desafío que suponía encontrar la solución a una disparatada situación relacionada con las elecciones australianas y la muerte del entonces primer ministro del país. «¿Quién se cargó a Howard?», decían nuestros materiales de promoción. «Se diría que John Howard se esfumó mientras pronunciaba en secreto un discurso en la Universidad de Melbourne. ¿Quién estuvo detrás de esa acción digna de un bastardo, y por qué la llevaron a cabo? ¿Y qué tiene que ver, en caso de que estén relacionadas ambas cosas, con los robos de tumbas ocurridos en circunscripciones donde la victoria se da por diferencias muy pequeñas, así como con los cambios de temperatura y con las extrañas idas y venidas nocturnas que se producen en el campus de la Universidad Privada de Melbourne?» Todo este absurdo venía a cuento de una cosa muy seria. Como declaré en aquel momento a un periódico universitario, «para resolver un problema lo primero que hay que hacer es ser capaz de pensar con claridad y profundidad». Al final, un equipo formado por estadísticos, programadores informáticos y un músico logró encontrar el premio de 200 dólares australianos enterrado debajo de un enanito del jardín del campus de

Parkville. Ya sé que todo esto no me pone al lado de los grandes hedonistas, los consumidores de estupefacientes, los locos del sexo y los rockeros de la época; sin embargo, mis ganas de practicar juegos intelectuales, digan lo que digan los periódicos, siempre han sido una parte importante de mi vida.

Muchas de esas aventuras intelectuales pude compartirlas con mi hijo. Quise protegerle al menos en parte de la dureza del mundo adulto, y enseguida vi que el chico tenía mucho sentido del humor. A muchos padres les asusta que sus hijos aprendan ciertas cosas; yo quería que Daniel avanzara y creciera al ritmo de sus propias necesidades. En la época de mis estudios universitarios, el chico pasaba la mitad del tiempo con su madre, y tenía mucho talento para las palabras, muchísimo más que yo. Con los hijos uno tiende siempre a cierta frivolidad. Pero esa frivolidad te la roba la presión a la que te somete la vida de adulto, de la misma manera que una tormenta puede dejarte de repente sin viento en las velas. Pero yo estaba encantado de ver que mi hijo era un ser absolutamente optimista. Solíamos explorar juntos edificios abandonados y, una vez, por Navidad, recogimos todas las muñecas Barbie y todos los dragones que fuimos capaces de recolectar, y los hicimos volar por los aires combinando explosivos de fabricación casera con nitrógeno líquido.

Los chicos inteligentes, gracias a que captan las cosas muy deprisa, pasan muy pronto a convertirse en ellos mismos. Y entonces se desvían del sendero que siguen los chicos de inteligencia media. Notas su actitud inquisitiva, que es uno de los elementos que empieza a convertirles en individuos, y ves cómo van buscando por todos lados las cosas inusuales, multitud de detalles que otros críos de su edad son incapaces de advertir siquiera. Muchas de las cosas que cuento aquí tienen que ver con mi hijo pero también conmigo mismo: incluso en la actualidad, trato de encontrar el rasgo inesperado cuando entro en una habitación o conozco a una persona. Jean Renoir dijo una vez que, en todas las situaciones que uno pueda imaginar, siempre hay una toma perfecta: a través de un cristal o desde detrás de la cabeza de alguien. El problema es encontrar esa toma. Mi instinto me dice exactamente lo mismo, y me encanta vislumbrar este mismo instinto en otras personas.

Tenía la sensación de estar preparándome para algo que llegaría un poco más adelante. No se trataba de que yo participara en eso, lo que fuera, de forma muy destacada; la intención, desde luego, no era ésa, sino la de utilizar toda la experiencia que había ido reuniendo en mi vida, unirla a los conocimientos que había adquirido, y crear con la suma de todo eso una organización capaz de garantizar por sí misma la consecución de la justicia en el mundo de lo político y de lo público. Y que lo consiguiera a pesar de toda la autocomplacencia que a menudo rodea esas áreas de la vida. Así que podríamos decir, sin tomarlo demasiado literalmente, que las estrellas estaban alineándose para permitir que esa organización viera la luz. Comencé a notar el latir del proyecto, la posibilidad de crearlo, la favorecedora conjunción de las

estrellas, durante un viaje que realicé al desierto australiano a finales de 2002. Se trataba de ir a ver el eclipse total de sol. Éramos físicos, y la tradición de mirar las estrellas que se encuentra en la base de esta ciencia sigue siendo uno de sus aspectos más emocionantes. Calculamos que el lugar desde el que mejor se vería ese eclipse se encontraba a lo largo de una extensión de siete kilómetros y medio, y durante treinta y ocho segundos, y queríamos encontrarnos en el centro de esa zona durante ese breve lapso de tiempo.

El equipo que formamos se desplazó con unos doce coches, y se puso en marcha para realizar un recorrido que nos iba a llevar tres días y medio, hasta localizar ese pequeño fragmento del enorme desierto. Nuestras predicciones eran tan precisas que al final íbamos a tener que concentrarnos todos en un terreno de apenas medio kilómetro de largo, y para realizar este cálculo tan preciso me dejé la piel y el dinero y terminé al borde de la extenuación. Pero el impacto filosófico que tuvo esta experiencia para mí fue enorme; comprendí de forma definitiva que si crees que algo es cierto, y mides y sopesas bien las posibilidades, y sigues adelante con buena fe por ese camino, tus predicciones pueden llegar a ser ciertas. Me entregué en cuerpo y alma al proyecto; confié en nuestras fuerzas y en las tradiciones intelectuales que habíamos estudiado. Y supe que hacerlo así era lo correcto.

Le pido al lector que siga mis pasos. Tras la creación de WikiLeaks no sólo se encontraban mis experiencias vitales sino también las de otras personas, y sobre todo la experiencia que supuso avanzar en mi manera de pensar y abrirme camino hacia una visión clara de los derechos humanos. Si no hablo de todas esas ideas no podré ofrecerle al lector un libro bueno y honesto. He tratado de mostrar hasta aquí en qué medida todo ese proyecto futuro partió de mi historia personal, pero en buena parte también salió del esfuerzo por pensar sin descanso en qué era lo que había que hacer. Los observadores del mundo de la industria del libro me dicen que pensar no es precisamente un afrodisíaco de los que provocan mayor atención en las memorias de los famosos. Entonces, de acuerdo: como libro de memorias de un famoso, este libro no va a funcionar. Aceptemos que será así. La obra de esa organización llamada WikiLeaks, esa web que con el tiempo sería tan famosa, nació, y sigue naciendo, de una pasión por las ideas nuevas acerca de la manera en que la sociedad global puede actuar si desea proteger la libertad. También surge a partir de la aplicación de una actitud mental científica a la cuestión de los derechos de las personas.

¿Qué son los derechos, al fin y al cabo? Son libertades de acción que se pueden hacer cumplir. Todo derecho implica una responsabilidad. No lo digo en el sentido que suelen darle a estas palabras los periodistas de derechas cuando afirman que un ladronzuelo que realiza un pequeño hurto pierde sus derechos porque ha eludido sus responsabilidades. Lo que quiero decir con eso es que, si admitimos que alguien posee un derecho, debemos también admitir que tenemos la responsabilidad de

protegerlo. Mientras escribo estas palabras hay niños muriendo de hambre. Puedo proclamar que los niños de todo el mundo tienen que estar libres de pasar hambre, pero si mientras digo estas palabras no hago al mismo tiempo algo para ayudarles a evitar el hambre, mis palabras entonces no valen nada. No obstante, la realidad es que hay muchos derechos que se proclaman pero que la gente no puede llevar a la práctica. Los Estados opresivos aplastan a los disidentes, tratan de empequeñecerlos, los encierran, los aíslan, y de este modo intentan reducir su derecho a hablar para que únicamente puedan ejercerlo cuando están solos, hablando consigo mismos en una habitación vacía. Y, por regresar al ideal de justicia del que hablaba antes, permítaseme enunciar una cosa que es tan trivial como fundamental: no es posible hacer que los derechos de las personas sean efectivos y reales, y que apoyen el imperio de la justicia, si vivimos en un mundo donde dominan la ocultación, el secretismo, la mentira. Es a través del derecho a conocer que podemos defender en serio el derecho a hablar. Juntos, estos dos derechos constituyen el derecho a comunicar el saber.

Sería deseable no perder de vista que la decisión acerca de cuáles son los derechos que en realidad pueden ejercer los ciudadanos, y cuáles serán más bien ignorados, es algo que se define en la esfera de la política. Por decirlo de manera burda: tengo un único objetivo, que no es muy original pero que es claramente el objetivo principal en mi vida, el de contribuir a crear una sociedad más justa que aquélla en la que vivimos hoy en día. No hablo de la transparencia llevada a su máximo extremo ni de la democracia llevada a su máximo extremo; hablo de justicia, y nuestra contribución a ella consiste en argumentar a favor de que se implementen las consecuencias inevitables que debería tener la combinación de justicia y tecnología. Creo que los seres humanos poseemos un ansia innata de justicia. Y que tenemos una aversión innata a la censura. Y la red tiene respuestas para ambas cosas.

Tenemos la responsabilidad de adquirir y difundir el saber. Tenemos el deber de permitir que fluya la información. Por eso amamos las bibliotecas. Pero en la era digital también deberíamos entender que, finalmente, tenemos la responsabilidad de utilizar la tecnología para hacer frente a los que pretenden impedir que el saber o la información sean de dominio público. No podemos confiar esta tarea sólo a los periódicos convencionales, pues una y otra vez hemos visto que la prensa es partidista y aplica la censura. No podemos confiar únicamente en las radios y las televisiones, puesto que en la mayor parte de los casos han demostrado que para ellos es más importante el valor de la publicidad que el de la noticia. En la era de los ordenadores, por tanto, publicar el saber y la información consiste en llevar a cabo la tarea que los sistemas informáticos facilitan, y enfrentarse a las malas costumbres y a la tendencia a la autoprotección características de los medios informativos tradicionales. Tal como hemos demostrado mediante nuestro trabajo, y tal como se ve

en el testimonio de nuestras actuales colaboraciones con medios tradicionales, nosotros no estamos en contra de ellos. Nos hemos limitado a forjar una posición que nos ha permitido informar, en el mundo moderno, de una manera mejor que la suya. Si hemos trabajado con los medios convencionales es porque no pretendemos competir con ellos. Lo que queremos es unir y sumar recursos. Ellos, sin embargo, y eso es algo que veremos en los siguientes capítulos, tienen que enfrentarse a la idea de su propia legitimidad en la era de la informática y también a las maquinaciones de su propia egolatría. De acuerdo. Pero, si se me permite sugerirlo, la civilización sigue adelante incluso sin ellos. Y ellos están agonizando.

Avancé hacia la creación de WikiLeaks porque traté de formarme una idea renovada de la ciencia de la honestidad periodística. ¿Cómo podíamos ser honestos?, me pregunté. Como hacker y como activista establecí un método que permitía negar hasta el infinito dónde estaba la fuente de las informaciones. Y en esta nueva fase comencé a preguntarme si esta técnica podía servir también para que la gente pudiese filtrar y difundir informaciones poniéndolas al alcance de todo el mundo. ¿Existía la posibilidad de crear un nuevo método de publicación de información que tuviera como consecuencia el sostenimiento de una nueva forma de situar el poder, de ponerlo en nuevas manos? Cuando todo esto arrancara, sería inevitable que las instituciones mediáticas tradicionales se negaran a mirar de frente todas esas cuestiones. Lo que harían más bien sería correr a ocultarse en sus escondrijos de siempre, y se prepararían para denunciarme. Pero nada de eso importa. Lo principal tiene que ver con la manera en que las instituciones se adaptan a las nuevas expectativas que la gente tiene respecto a su actitud. Cuando los jóvenes más inteligentes confíen más en la información que les proporcionan sus nuevos medios que en la que les llega a través de los canales antiguos, ¿cómo se las arreglarán esas instituciones antiguas para demostrar su honestidad? Para nuestros padres, la honestidad de los medios tradicionales era algo que se daba por descontado. Pero eso se debía a la poca profundidad de nuestro conocimiento acerca de cómo funcionan realmente las instituciones humanas en el mundo moderno.

Pero eso no seguirá así por mucho tiempo. Hoy en día la gente se relaciona mucho entre sí, los países también están muy interrelacionados, las ideas se interpenetran mucho más desde que la tecnología permite que el mundo global esté siempre en contacto consigo mismo. Así son ahora las cosas. Todos los antiguos escondrijos pueden ser ahora delatados, y por mucho que vociferen las instituciones, por mucho que lloriqueen los militares, por mucho que *The New York Times* siga cabalgando a lomos del caballo de su presunto progresismo, nada cambiará el hecho de que la gente exija que le den respuestas sobre preguntas que antes ni siquiera se formulaban. Y, además, la gente ya sabe dónde tiene que buscar esas respuestas. Los ciudadanos del mundo saben hablar los unos con los otros y contarse mutuamente que

hay ciertos organismos públicos que mantienen escondidos muchos secretos. A medida que comenzó a parecer posible el nacimiento de WikiLeaks, también yo mismo comencé a creer que el antiguo sistema de seguridad dejaría de resultar factible. No se trata de una posición dictada por los sentimientos; resulta, simplemente, que la vida moderna es así. La partida ha empezado.

¿Y si yo estuviera confundido? ¿Y si la justicia no fuese el objetivo más importante, y hubiese sobreestimado las probabilidades de alcanzarla algún día en toda su plenitud? En ese caso disfrutaremos como mínimo del placer, por pequeño que sea, de saber que semana tras semana hemos contribuido a lograr algunos objetivos modestos en el camino que conduce a la justicia. Ni somos una ideología ni nos ata ninguna clase de imperativo histórico: somos editores que hemos tratado de responder honestamente a lo que estaba pasando. Parte de la idea que animaba nuestro esfuerzo por crear esta organización tenía que ver con la idea de inspirar a la gente: a los periodistas, a los informadores de radio y televisión, a los activistas, a los lectores, a los televidentes... en suma, a los ciudadanos en general. Provocar en ellos la idea de que las instituciones, y también cada uno de ellos en particular, debían comportarse de una forma que estuviese más a la altura de lo que podía esperarse. Y este sueño está en la base misma de todo lo que intentamos construir.

En periodismo no hay garantías. Si te especializas en la tarea de señalar con el dedo la podredumbre generalizada del mundo, no pasará mucho tiempo antes de que te acusen de ser víctima de alguna clase de vicio. Cuando levanté la voz para decir «Yo acuso», como Dreyfus y todos sus partidarios, no tardaría mucho tiempo en ser definido como un monstruo capaz de asustar a los niños, un ser no demasiado limpio con un historial de malos tratos a los colegas y a las amantes. Pero todo eso estaba todavía lejos. Cuando en 2006 dejé la universidad, tenía la sensación de que el cielo estrellado de las noches más transparentes y la historia de mi pasado personal bastarían para guiarme en el futuro.

Tenía dos convicciones. Sólo dos. Y tenían que ver con el modo en que se había desarrollado hasta entonces nuestra historia, cómo se habían gestado las historias que nos contábamos, cómo se había generado la justicia en el mundo. George Orwell es quien mejor lo ha expresado cuando, en su novela *1984*, escribió que aquel que controla el presente, controla también el pasado, y el que controla el pasado, controla el futuro. Orwell hablaba del poder de los gobiernos, de su capacidad para manipular a la gente por medio de la propaganda. Pero, de forma cada vez más intensa, intuí que por medio de nuestra tecnología íbamos a entender mejor por qué ciertas informaciones, ciertos datos, solían ocultarse lejos del dominio público. Y, utilizando nuestra capacidad para hacer públicas esas informaciones, esos datos, podíamos darle la vuelta a lo que decía Orwell, y convertir sus palabras en un mensaje de esperanza. Porque, ¿quién iba a poder controlar el futuro? Todos los ciudadanos del mundo. La

era digital podía proporcionar la respuesta al problema que Orwell había planteado. El mensaje era el medio, y esta afirmación iba a convertirse en realidad. Y los mensajeros éramos nosotros. La red iba a permitirlo, iba a trabajar a favor de nuestra causa porque sería la plataforma de la revelación de todo lo que hubiese que revelar. Nuestra tarea consistía en ponernos a trabajar como editores, como creadores de contexto, y también como protectores de las fuentes. También es cierto que me preguntaba si eso iba a funcionar realmente. Si había o no un modo de construir todo eso de forma segura, de qué manera íbamos a poder financiarlo, cómo nos enfrentaríamos a las críticas. Porque si había algo seguro era que los primeros objetivos del fuego enemigo iban a ser los mensajeros.

Fue un presidente norteamericano, Theodore Roosevelt, quien señaló un aspecto crucial del buen gobierno cuando dijo que «detrás del gobierno ostensible está el gobierno invisible, y éste no debe lealtad al pueblo ni reconoce responsabilidad alguna ante los ciudadanos». Y añadió: «Destruir ese gobierno invisible, destruir la sucia alianza entre los negociantes y los gobernantes corruptos, es la tarea principal del estadista». Gracias a todas las experiencias que acumulé en mi juventud acabé sintiéndome seguro acerca de cómo se podía conseguir este objetivo. Al menos en mi imaginación, tuve pronto esa certeza. Y ahora ya estaba preparado para empezar a caminar y convertir esa idea, poco a poco, en una realidad.

Los poderes autoritarios saben reforzarse mediante la conspiración, pero comencé a intuir que terminaría siendo natural, y hasta lógico, prever que surgirían movimientos de resistencia que irían creciendo conforme aumentara el número de personas capaces de entender aquellas conspiraciones. No hablo de conspiración en el sentido de operaciones secretas de encubrimiento aplicadas a casos específicos, tipos que se esconden bajo pelucas o disfraces. Me refiero a algo mucho más organizado y de dimensiones mucho más grandes; hablo de la conspiración sistémica, que es el modus operandi habitual de los gobiernos que acostumbran a hacerlo todo en secreto. Frente a ellos, la información nos haría libres. Y la ciencia informática, como forma de las matemáticas, acudiría en nuestra ayuda porque serviría para poner al desnudo las relaciones políticas entre unos y otros. Los conspiradores confían en otros conspiradores y dependen de ellos; es lo que he llamado las «redes de patrocinio». Si dejamos de mantener una actitud histérica frente a los grupos conspiradores de nuestras sociedades, y analizamos esos comportamientos de manera racional, podemos comenzar a oponernos a esa clase de actividades que esos individuos nunca llevan a cabo en solitario, sino apoyándose mutuamente los unos a los otros.

Cada actividad conspiratoria computa la siguiente actividad de ese mismo género. Cuando estuve preparado para lanzarme a fundar WikiLeaks, la gran pregunta que me formulaba a mí mismo era: «¿Cómo reducir el poder de las conspiraciones?». La respuesta era algo que parecía estar a nuestro alcance: poniendo sus secretos al

descubierto. Yo no fui el primero que inventó la lucha contra esa clase de fuerzas. Simplemente vi que generaban su propia oposición, y luego empleé contra ellas la nueva tecnología. Nuestra tarea consiste en ponerle freno al poder que utiliza la conspiración de forma sistémica e impedir que piense y actúe de forma eficiente. Y, a escala global, el modo de impedirlo consiste en poner al alcance de los ciudadanos la información que delata esa forma de proceder. Podríamos aquí recordar el mensaje que le dio Artemidoro a Julio César («La seguridad abre las puertas de la conspiración») y añadir una coda de cosecha propia: «Y la conspiración abre las puertas a que los ciudadanos se enteren de su poder hasta destruirlo».

Debería añadir unos comentarios acerca del papel que en todo esto tiene la tecnología. Internet no te da libertad por sí mismo. Internet sólo es una manera de hacer que la tarea de difundir la información sea barata y de alcance global, al menos dentro de los límites que impone la censura aplicada localmente. Pero internet no nos proporciona más libertad. Si quieres libertad en la era de internet, tienes que luchar por conseguirla. Hay quienes califican la transformación ocurrida en Egipto en primavera de 2011 con el nombre de «la revolución Twitter», como si Mubarak hubiera sido derrocado por una manifestación montada en Silicon Valley. Que esta interpretación de los hechos haya tenido tanta fortuna es consecuencia de que a los norteamericanos les encanta, ya que sirve para reforzar su idea de sí mismos como un elemento beneficioso para el progreso del mundo. También permite a los norteamericanos alimentar su tendencia constante a ver cualquier deseo de libertad y democracia como algo coincidente con el espíritu norteamericano. Por esta razón, la retórica de Hillary Clinton pasó en cuestión de segundos de afirmar que Mubarak era un tipo estupendo que debía permanecer en el poder, a afirmar que «lo que el pueblo egipcio está haciendo es maravilloso, y también resulta maravilloso lo mucho que Estados Unidos ha hecho para ayudar a ese pueblo». Jamás comprenderé cómo no se le cayó la cara de vergüenza cuando proclamó, el 15 de febrero de 2011, que la libertad de internet estaba en la base misma de la política exterior norteamericana, justo el mismo día que su gobierno acudió a los tribunales para forzar a que Twitter facilitara información de las cuentas que tenían en esa red social tres miembros del equipo de WikiLeaks.

La lucha contra los regímenes opresores comenzó, y concluirá, siempre, con la lucha en favor de la información y la comunicación. Egipto no vivió la llamada revolución Twitter ni tampoco la Revolución francesa fue la revolución de la imprenta y del panfleto político; ambas revoluciones representan otra cosa: el hecho de que la gente suele compartir ideas e informaciones a través de la tecnología que tiene a su alcance en cada momento histórico, y que esa misma gente decide expresar sus ideas en el espacio público. Mi amigo John Pilger acertó del todo cuando dijo que el gobierno norteamericano no tiene miedo de WikiLeaks, ni tampoco tiene miedo de

Julian Assange. ¿Qué importa lo que yo sepa o deje de saber? ¿Qué importa lo que sepa WikiLeaks? No importa en absoluto ni lo uno ni lo otro. Lo que importa es lo que sepa el ciudadano normal y corriente. Lo que sepas tú. Toda la cuestión eres tú.

Volviendo a Melbourne y al año 2006, me alegra decir que parte del espíritu de hacker que había proliferado en esa ciudad años atrás resultó estar bien vivo. De hecho, unos cuantos viejos hackers nos fuimos a vivir juntos en una casa del 177 de Grattan Street, al lado mismo de una calle muy animada, lo cual hizo que el caos generalizado que reinaba en la casa se agravase de forma rápida debido, sin la menor duda, a nuestras aventuras matemáticas y a nuestra acusada nocturnidad. Llevado por la agitación que producía en mí el deseo de aclarar enseguida muchas cosas, me dediqué a escribir anotaciones de álgebra y toda clase de gráficos en algunas tablas y, muy pronto, incluso en las paredes y las ventanas, en las mesas y en todo lo que me ofreciera una superficie plana. A veces, el ruido de los coches que pasaban por la calle vecina me impedía concentrarme de manera adecuada. Teníamos un semáforo justo delante. Un día, volviendo a nuestro estilo de antes, hackeamos el sistema informático que regulaba el tráfico. Y, debido a los cambios introducidos, el semáforo quedó permanentemente en luz verde. Durante un tiempo dejamos de oír el atronador ruido de los motores aumentando de revoluciones, pero aquello acabó también demasiado pronto.

En esa época empecé a pensar en mi padre biológico. De pequeño no le vi nunca. Podía recordar la imagen de mi padre adoptivo, que fue un buen padre, y siempre le fui leal en este sentido. Es la persona a la que llamé papá. De mi padre real no se hablaba casi nunca, ni de forma peyorativa ni de ninguna otra. Me parece que esto era debido al gran tacto demostrado por mi madre, dado que Brett estaba completamente comprometido con nosotros dos. No hubo ningún régimen de visitas a mi padre, cosa que era lo normal en Australia en esa época; la idea establecida era que el padre ausente no debía contaminar la dinámica de la nueva familia con incursiones de la familia anterior, que podían traer consigo alguna clase de viejos resentimientos. Mi infancia transcurrió, como he contado, de manera plácida, y apenas pensé nunca en él.

Pero la pubertad tiene ciertos efectos sobre los adolescentes. Te llega un pico de conciencia de tu propia individualidad, repentinamente, y si tienes suerte también brota con fuerza tu inteligencia. Abrazas de golpe y porrazo el mundo en donde vives, rechazas aquellos aspectos que no te gustan... Y después de no demasiados años yo fui padre a mi vez, y traté de aprender a ser buen padre con nuevas lecturas. Los libros se habían convertido para mí en algo importante, leí mucho Dostoievski, Koestler, Kafka y otros escritores, y en esa época llegué a la conclusión de que todo ese interés por la lectura tenía que venirme de algún lado. Sólo años más tarde comprendí que me venía de mi padre. La idea de tratar de localizarle me parecía una

complicación emocional innecesaria para mi vida, y, sin embargo, tenía la sensación de notar su presencia en mí. Cuando ya estaba terminando los estudios universitarios, supe que una parte significativa de lo que yo era, de quienquiera que yo fuese, procedía de aquella persona invisible, alguien que tal vez estuviera ayudándome.

Tras una breve correspondencia, comenzamos a hablar por teléfono. Y un día me fui a Sidney con la idea de verle. Fue bastante raro. Vinieron al aeropuerto a recogerme mi padre con su pareja y un hijo. Yo había viajado con mi bicicleta y, mientras los demás íbamos en coche hasta su casa de New Town, mi padre decidió hacer ese desplazamiento en mi bici. Su pareja era una persona curiosa: era productora de cine, estaba completamente loca por él, y también era un ser muy poco convencional. Mi padre, más o menos hacia los treinta y cinco años, decidió estudiar de nuevo para actor. Ignoro si esa experiencia significó abrir compuertas o cerrarlas, pero fuera como fuese estar allí con él, en su casa, fue una experiencia muy emotiva para mí. Y estando allí me ocurrió una cosa muy rara. Una noche empecé a recorrer la casa mirando las estanterías de libros. Me entró una especie de furia al darme cuenta de que, anaquel tras anaquel, allí estaban exactamente los mismos libros que yo había leído. De repente comprendí que había hecho el mismo recorrido que él, desde el primer estante hasta el último, teniendo de paso que soportar muchas pruebas y muchas tribulaciones, sólo para conseguir algo que, de haberle conocido bien desde siempre, hubiese podido evitarme sencillamente eligiendo mis lecturas en esas estanterías.

Tal vez esa sensación que tuve fuese excesivamente fuerte por culpa del tipo de obra en que me había embarcado, de todas mis investigaciones sobre la relación causa-efecto, de mis intentos por encontrar una base científica que permitiera comprender las relaciones entre los individuos y la autoridad. Fuera como fuese, se trató de una sensación intensísima, que me conmocionó. Supe de repente que estábamos vinculados por esa relación genética que nos daba sobre todo un mismo temple intelectual, y que por el hecho de no tenerle cerca como referente, como alguien de quien ir aprendiendo, me había perdido muchas cosas. Durante esa visita a mi padre biológico supe también que había avanzado demasiado trabajando por mi cuenta. De haberle conocido, probablemente habría progresado con mayor rapidez. No era el amor lo que estaba echando de menos, sino la relación personal. Él poseía cierta suerte de gracia personal y cultivada que te hacía sentir una gran proximidad, que hacía que resultara muy fácil hablar con él, pese a que en algunos momentos su actitud fuera distante. Hoy en día seguimos teniendo esa capacidad de conversar con fluidez debido a que disfrutamos de la posibilidad de adecuarnos a la actitud mental el uno del otro. Jamás he tenido ningún mentor. Y, pensándolo bien, creo que eso ha representado siempre un problema para mí. Me vi forzado a construirme a mí mismo a medida que pasaban los años, y me conformé actuando como mentor de otros. Es

una cosa muy extraña. Te obliga a representar siempre el papel del fuerte.

Siempre pensé que yo era diferente, pero cuando conocí a mi padre vi que no lo era tanto. Probablemente sea justo afirmar que no valgo para hacer que otras personas se sientan relajadas en mi compañía. Nací discutiendo. Y siempre me he encontrado con que había muchas cosas que hacer y poco tiempo para hacerlas. Mi padre también era profesor de yoga. Una vez fui con él a una clase de yoga que daba a primera hora de la mañana, y al terminar todo el grupo se fue a una cafetería a desayunar. Todos estaban muy contentos, tomaban su zumo de naranja o lo que fuera, y uno de los presentes inició una discusión sobre los cuidados maternales. Fue una discusión apasionada. Yo tenía de antemano mi idea ya formada acerca de este problema intelectual, y me mantuve en mis trece. Poco a poco la gente comenzó a abandonar la mesa donde discutíamos. No conocía bien a ninguno de los alumnos de la clase de yoga, y al poco rato comprendí que con mi actitud me había quedado solo. Por lo general, cuando la gente se sienta en grupo en torno a una mesa, todos buscan las coincidencias, pero en mi caso no es así. Yo busco las diferencias. Aquellas personas habían pagado sus 25 dólares para relajarse y pasar un rato tranquilo, y se vieron metidos en una situación en la que aquel tipo que estaba tomando zumo de naranja con ellos pretendía que la discusión fuese excesivamente acalorada. Mi vida es así, sencillamente. Estar relajado no me ha servido nunca para relajarme. Conozco mis defectos.

Y comprobé que mi padre era igual que yo. Así que tal vez tuve suerte de no vivir rodeado de sus libros ni bajo su influencia. Tuve que valerme por mí mismo y buscar mi propio territorio, y siempre fui incapaz de aprovecharme de las redes de poder que mi padre había establecido y de todo lo que él defendía. Tal como él y mi madre hubieran coincidido en afirmar, en los momentos culminantes de los años sesenta: lo personal es político. Y es posible que el hecho de que yo le evitara durante tantísimos años fuese parte de mi actitud política. Lo que quise siempre fue encontrar una nueva manera de estar en el mundo, y, a la altura del año 2006, cuando me encontré con él, lo que yo quería era que el mundo se librara de la sombra del clientelismo, de esa conspiración construida sobre la garantía mutua de obtención de beneficios que hacen que el mundo siga y, eventualmente, que lo harán estallar.

8

EL NACIMIENTO DE WIKILEAKS

Y por fin pusimos a prueba las teorías. He visto por dentro muchas organizaciones, ya sea cara a cara o hackeando sus sistemas y colándome de noche en sus portales. Pero en 2006 terminaron estas exploraciones y me dispuse a enfrentarme a esas organizaciones y a los gobiernos, e ir a buscarlos precisamente en los oscuros rincones donde viven sus vidas secretas. No soy un filósofo político original y jamás he dicho que lo fuese. Pero conozco la tecnología y entiendo bien las estructuras de los gobiernos. Estaba dispuesto a cargármelas, en la medida de lo posible, arrojándolas a un baño de ácido y llevándolas al punto de ebullición hasta reducirlas a los meros huesos. Se me ocurrió que podemos seguir viviendo nuestras vidas tranquilamente, preocupándonos sólo por la hipoteca, o por si somos lo bastante famosos, o lo bastante ricos, o lo bastante amados..., o mirar el núcleo mismo de nuestro mundo y ponerlo a prueba hasta averiguar cuánta verdad hay en él.

Cuando te metes hasta el fondo de la mayor parte de organizaciones, enseguida ves que todas ellas flotan en un mar de poder y clientelismo, y que se defienden a base de marketing. Creo firmemente que ésta es la verdad auténtica de la vida y del mundo, pero también he podido comprobar que la mayoría de las organizaciones son capaces de negarlo incluso cuando están hundidas por completo. Da lo mismo que se trate del gobierno de Kenia como del banco Julius Baer, el grupo bancario privado más importante de Suiza. Todas las organizaciones trabajan a favor de sí mismas, y crean una red de gente muy lista que se beneficia de la supervivencia de la organización, y la hacen ir creciendo cada vez más, mientras que las personas corrientes se ven abocadas a padecer una situación de desventaja. De hecho, desde mi adolescencia me he visto enfrentado a los sistemas del clientelismo, y he podido comprender los incentivos que proporcionan a sus fieles. En cambio, cualquier persona u organización capaz de hacerles frente será asesinada: en los tribunales, por medio de agentes de inteligencia, o a través de la prensa. Así que estaba preparado para ser víctima de sus ataques. Hasta ese momento me había dedicado a ir afinando al máximo la tecnología y el método que, por medio de la criptografía, permitía proteger las fuentes hasta tal punto que ni siquiera yo mismo sería capaz de identificarlas. Teníamos la experiencia del activismo y la voluntad de atacar el poder. Carecíamos de oficinas, pero teníamos los portátiles y los pasaportes. Disponíamos de servidores en diferentes países. Sabíamos que íbamos a crear la plataforma más segura de la que jamás hubiesen podido servirse las personas dispuestas, en el mundo entero, a denunciar a las organizaciones en las que trabajaban. Poseíamos la valentía necesaria para poner todo aquello en marcha. Poseíamos la filosofía adecuada para

emprender nuestras acciones. La partida iba a empezar. El 4 de octubre de 2006 registré el dominioWikiLeaks.org. Y me parece que me di cuenta de que mi vida normal, suponiendo que alguna vez hubiese vivido algo merecedor de ese nombre, jamás volvería a ser la misma.

Tuve unos cuantos precedentes que me ayudaron. Por ejemplo, el de John Young, un arquitecto de Nueva York que en 1966 fundó cryptome.org. En esa web no todo son documentos filtrados, pero Young entiende su misión como la de publicar materiales que los gobiernos y las corporaciones preferirían mantener ocultos. Esa web fue atacada por Microsoft y, al igual que WikiLeaks, tuvo enfrentamientos con PayPal. Cryptome está en el lado correcto de la batalla a favor de la información, pero carece de mecanismos de protección para la gente que les proporciona materiales, y yo sabía que esto último era un requisito imprescindible. Young también se aventuraba en el dominio adecuado, pero no buscaba, como yo, actuar como un editor de último recurso informativo, para lo cual yo pretendía emplear el complejo sistema de denegación de fuentes que a esas alturas ya había afinado a fin de utilizarlo en WikiLeaks. Todo pasaba muy deprisa y quería estar seguro de que íbamos a contar con un comisariado y un sistema de archivo excelentes. La mayor parte del trabajo que permitió montar todo esto lo hice yo mismo desde diversos lugares de varios países del mundo, con la ayuda de algunos ciberpunks veteranos. Mi amigo Daniel Mathews, compañero de la facultad de ciencias exactas —y que era un izquierdista más tradicional que yo, un seguidor de las ideas de Chomsky, por así decir—, también me prestó ayuda en ese momento. De hecho, fue Dan quien más me ayudó a preparar todos los documentos relativos a la fundación de WikiLeaks y, más adelante, fue él quien escribió un análisis del primer documento que filtramos a través de esa web.

En esa fase mi tarea consistía en crear alianzas. Trataba de construir un grupo consultivo y abrirnos paso hacia futuras fuentes de datos. El grupo de asesores nos ayudaba sobre todo a darnos credibilidad y a establecer contactos que podían resultarnos útiles más adelante. En realidad, ese grupo consultivo no tenía ninguna sede ni daba ninguna clase de consejos. Pero por este medio pude establecer contacto con gente tan importante y tan capaz de brindarme inspiración como Daniel Ellsberg, que aceptó mi propuesta de implicarse con nosotros, y que ha permanecido fiel desde el primer momento hasta ahora. Ben Laurie, un matemático inglés, también se sumó al equipo. Su padre, Peter Laurie, escribió *Beneath the City Streets*, un libro que tuvo mucha influencia en los años sesenta, y que trataba de los refugios y almacenes antinucleares del gobierno británico, y es posible que Ben viera en nosotros algo que tenía bastante relación con la obra de su padre. También intenté establecer contactos con activistas chinos. Como nosotros éramos en la inmensa mayoría gente que vivía en países occidentales, y estábamos sometidos a las diversas jurisdicciones de los

países de Occidente, traté de que WikiLeaks no naciera en forma de organización antioccidental, cosa que no resultaba nada difícil ya que no es antioccidental, sino proinformación, pero al mismo tiempo era consciente de que tarde o temprano volveríamos los ojos hacia Estados Unidos. Al principio, la corrupción de los países africanos parecía el punto de partida más obvio para comenzar. Desde el primer momento, nuestra filosofía consistía en atacar a los hijos de puta y, por decirlo sin florituras, en ser tan honestos como fuera posible.

Antes de empezar, yo mismo financié el registro de los nombres de dominio y todo lo demás. El resto de la gente trabajaba gratuitamente. Sabíamos desde el primer día que tendríamos que enfrentarnos a toda suerte de ataques en el frente legal, y por eso hice un gran esfuerzo por registrar los dominios en San Francisco siempre que fuera posible, a sabiendas de que el movimiento en defensa de las libertades civiles en esa ciudad nos proporcionaría un notable apoyo en cuanto nos viéramos acosados. A partir de ahí sólo fue necesario mandar e-mails a todo el mundo y esperar respuestas.

El primer documento que filtramos, y que fue publicado el 28 de diciembre de 2006, parecía proceder de la Unión de Tribunales Islámicos de Somalia, aunque, tal como explicamos entonces, su procedencia era misteriosa ya que nos había llegado a través de una fuente china, y no estábamos seguros de que fuese auténtico. Después de muchos años de violencia en Somalia, cuya consecuencia había sido la secesión de más de dos terceras partes del país, la Unión trató de establecer cierto orden en medio de aquel caos. La gente empezó a sentirse más segura en Mogadiscio, y los ciudadanos normales y corrientes confiaban en que allí vivirían menos expuestos a la violencia cotidiana y a los saqueos llevados a cabo por los señores de la guerra. El documento que filtramos parecía ser una carta firmada por un comandante militar, y constituía una proclama incendiaria en la que se mencionaba la «República Islámica de Somalia», una fórmula raramente utilizada en el país. Ese comandante escribía lo siguiente: «Como es sabido, el llamado gobierno de transición que se ha formado en Somalia se dedica a perseguir a los líderes religiosos somalíes y a los musulmanes en general. Y gracias a la influencia de ese gobierno de transición se ha convencido a la comunidad internacional de que los líderes religiosos somalíes pertenecen a Al Qaeda». Los correos electrónicos interceptados y que nos pasaron junto con este documento sugerían que algunos ministros somalíes, en especial el ministro del Petróleo, estaban dispuestos a reunirse con funcionarios chinos. De manera que el documento parecía revelar algo que el pueblo somalí debía saber acerca de la actitud del gobierno hacia China, y de China hacia África en general.

En aquel momento, la situación que estaba viviendo Somalia no merecía ninguna atención por parte de Occidente, y ahí, en un par de documentos no muy extensos, se podía intuir la complejidad de la situación. La Unión trataba verdaderamente de

cambiar las cosas. Por vez primera en once años se había establecido un sistema de recogida de basuras en Mogadiscio. Sin embargo, hiciera lo que hiciese aquel gobierno tambaleante, Estados Unidos se oponía a él a través de Etiopía, el más fuerte aliado norteamericano en la zona, pues veían cualquier clase de politización islamista en África Oriental como algo relacionado con el ataque terrorista que sufrió en 1998 la embajada norteamericana en Nairobi. Justo después de que preparásemos las filtraciones, Etiopía, ayudada por Estados Unidos, invadió Somalia. Continuamos vigilando la situación, y siempre que podíamos estuvimos ofreciendo análisis políticos, comentarios y más filtraciones de información. Aunque el documento fuera falso, y pese a que podía tratarse de un invento de los chinos, seguía planteando cuestiones importantes y mostraba que la puesta en circulación de documentos secretos servía para mejorar nuestra comprensión de situaciones políticas complejas. Parecía un buen primer paso para una web joven como WikiLeaks.

Estamos tan acostumbrados a las actitudes timoratas de los medios convencionales occidentales, y a la censura rampante que campa por sus respetos en la mayor parte de Oriente, que solemos olvidar cuán numerosos son los países cuyos ciudadanos están ávidos de una prensa libre y la denuncia de los abusos que soportan. Tuvimos una respuesta muy rápida procedente de muchos países del mundo, no siempre dignas de confianza, no siempre útiles, pero comprobamos que la gente sintonizaba con nuestro trabajo. Desde el principio, naturalmente, como éramos una web de delatores, como suelen decir de nosotros, había personas que deseaban delatar nuestra actividad, y eso es algo que no ha cambiado con el paso de los años. Mi respuesta a estas críticas fue: «De acuerdo, si hace falta nos tragaremos nuestra propia medicina, y así sabremos a qué sabe». Éramos un grupo de personas comprometidas e idealistas que tratábamos de sacar adelante un proyecto. Podíamos aceptar las críticas que nos lanzasen, pero partíamos de una fuerte posición ética, y yo particularmente no creía que pudieran lanzarnos mucha porquería encima. Es decir, que no estaba preparado para las calumnias personales ni para las calumnias generalizadas lanzadas contra nuestra organización por tipos que habían decidido odiarnos. Hubo incluso chiflados que pensaron que trabajábamos para la CIA.

Pero seguimos adelante. Traté de incorporar a nuevos amigos, pero la experiencia me demuestra que la amistad no sirve más que para proporcionarte unas nueve horas diarias de trabajo gratuito. Y había una cantidad ingente de trabajo por hacer. Yo había elaborado mis ideas a lo largo de muchos años, pero la programación y la logística debían ser desarrolladas de forma muy rápida y efectiva. Viajé de Kenia a Tanzania y a El Cairo, sin dejar de ir construyendo la web por el camino, y fue entonces cuando comencé a vivir sin más equipaje que una pequeña mochila. Debo reconocer que tampoco antes de ese momento fui nunca alguien que poseyera muchas pertenencias. No tenía mucha ropa. Comía siempre lo que encontraba. Gasté y regalé

el dinero que tenía de forma casi instantánea. Resultaba mortificante ver cuántos locos de la informática de mi generación se estaban haciendo millonarios, pero no tanto porque yo deseara tener todo ese dinero, sino porque me hubiese ido muy bien contar con su ayuda. Pero durante los años de itinerancia que fueron el comienzo de WikiLeaks, comprendí de manera gradual que mis necesidades personales eran mínimas. Tenía una bolsa con calcetines y ropa interior, y otra bolsa más grande con portátiles y cables, y eso era todo.

Pasé por París y Londres en busca de más ayuda. A menudo conseguí la de algunos voluntarios, que trabajaban sólo durante brevísimos períodos, pero la mayor parte de ellos se quemaban enseguida, o pedían a cambio del trabajo algo de dinero o de fama. En cierto momento viví solo en una habitación de París mientras Nicolas Sarkozy trataba de lograr que le eligiesen presidente. Era la primavera de 2007. Me sentía muy agobiado: sabía que WikiLeaks podía convertirse en una cosa muy importante, pero no lograba avanzar hacia esa meta por la sencilla razón de que vivía sepultado bajo la enorme cantidad de trabajo que siempre estaba pendiente de hacer. Yo era el único que trabajaba en el proyecto, y en aquellas noches de París, mientras oía las risas de la gente que pasaba por la calle, era difícil de recordar que si perseveraba aquella web terminaría siendo muy útil. De vez en cuando venía a verme una novia que tenía entonces. Me traía comida y tecleaba en el ordenador. Hablaba ruso, y a veces me ayudaba con eso, pero en general me sentía muy solo. Muy obsesionado. Era incapaz de encontrar la manera de dejar de trabajar el día entero en el ordenador.

A veces tenía la sensación de haber oído un graznido al otro lado de la ventana, y pensaba que era una de las aves tropicales de Magnetic Island. O por un segundo notaba que las hormigas del azúcar corrían por encima del escritorio o por el suelo. Pasaron los días y las semanas y empezó a hacer un calor inesperado, mientras dedicaba el tiempo a hacer todo lo posible para que el sistema de entrega de documentos a WikiLeaks fuese completamente seguro. Aunque en la memoria de los ordenadores ya tenía una buena cantidad de materiales acumulados, estábamos atrayendo muchos materiales nuevos desde el comienzo, y en gran parte nos llegaban porque yo prometía publicarlo todo. Así que empecé a dar prioridad a estos materiales nuevos mientras que, al mismo tiempo, seguía dándole los toques finales al sistema, buscando la manera de que la gente pudiera enviarse e-mails, y estableciendo fórmulas que permitieran que la gente de Kenia, por poner un ejemplo, pudiera tener alguna clase de interacción entre sí. Era como si estuviese creando la sede local de la CIA en una nueva ciudad. Como cualquier actividad, era inevitable que WikiLeaks tuviera un crecimiento orgánico, sobre todo porque en nuestro caso no se trataba de una empresa normal, dotada de un modelo de financiación y de negocio con cierta capacidad de obtener dinero por medio de publicidad contratada o nuevas

inyecciones de capital riesgo. No era así, en absoluto. Tuve que dedicarme de manera constante a buscar gente que trabajara gratuitamente y montando encuentros online y luego celebrándolos. En un par de ocasiones (y desde la distancia es cómico, aunque en ese momento no lo fue) fui el único participante en esos encuentros online. Y, como puede suponerse, todo aquello estaba al borde mismo de la esquizofrenia: tenía que teclear, ser el presidente y el secretario, anunciar el siguiente asunto a tratar según la agenda, y solicitando los votos de los participantes. La locura. Pero sabía que tenía el deber de mantenerlo todo en marcha como si en realidad fuese posible, porque de esa manera las cosas acabarían ocurriendo. De acuerdo con este mismo espíritu de esfuerzo personal, en alguna ocasión decidí que era necesario vestir de forma adecuada —por ejemplo, si tenía que preparar una nota de prensa— según la gravedad de la situación. Imagine el lector mi aspecto: sentado en un cuchitril de París, sin afeitar, tecleando como un chiflado, pero con la chaqueta apropiada para la solemnidad. Sí, de majaras.

Daniel Mathews permaneció a bordo todo el tiempo que pudo, pero debido a la falta de toda clase de compensaciones estaba cada día más quemado. Por aquel entonces se había ido a Stanford para terminar su doctorado y allí, al mismo tiempo, daba clases para ganarse la vida. En esos momentos ni siquiera teníamos la suficiente cantidad de respuestas por parte del mundo en general. Por muy duro que estuviésemos trabajando, no teníamos aún la sensación de estar al menos ganándonos una auténtica visibilidad popular. Los trabajadores voluntarios debían de estar preguntándose, y ahora mismo seguro que todavía lo hacen, qué sacaban ellos en claro de todo esto, y en aquel primer momento, si alguien me lo preguntaba, yo no tenía respuesta que darle. Estaba personalmente empeñado en llevarlo todo adelante, y esperaba que el resto de los colaboradores encontrase una motivación suficiente en la realización del trabajo mismo. En diversos momentos todo aquel montaje acabó creando graves dificultades. La cantidad de trabajo que teníamos que hacer en 2007 era inhumana, y también lo eran la presión que soportábamos, la intensidad del esfuerzo. Hice por entonces un viaje a África, y regresé a París habiendo establecido allí buenos contactos, pero no me sentía bien. Al cabo de un tiempo comencé a tener fiebre alta, y un día se produjo un pico muy elevado en la temperatura. Como el lector ha podido deducir a estas alturas, soy uno de esos tíos que saben un poco de todo —un defecto que a menudo puede convertirse en virtud— y por supuesto había leído algunos manuales de medicina, y soy muy escéptico con los médicos. La fiebre era un mal asunto, pero yo estaba seguro de que bajaría sola en cuestión de días. Al cabo de una semana y media de sudar y padecer, sin embargo, no experimenté ninguna mejoría.

Tenía la malaria. Pasar un tiempo en un hospital francés es suficiente para comprender por qué en ese país hubo, y siempre habrá, la necesidad de hacer una

revolución. Basta una breve visita para comprender qué motivos tenía Flaubert para odiar a la burguesía y por qué los radicales de los años sesenta quisieron quemar la Sorbona. Yo mismo no salí demasiado contento del trato recibido. La enfermera que me atendía me trató como lo habría hecho un matón. Pretendió inyectarme paracetamol en el brazo. Le dije que no sentía dolor y que por lo tanto no necesitaba. Me dijo que se lo daba a todos los pacientes, estuvieran como estuviesen. Me negué a dejarme pinchar. Trató de inyectármelo durante la noche, me negué y ella volvió a intentarlo, así que le arranqué la jeringuilla de un tirón y le dije que como tratara de hacerlo de nuevo pensaba largarme de ese hospital. Tienen razón los lectores que piensen que nadie debería enemistarse con una enfermera. Pero puedo asegurar que esta clase de enfermeras son fascistas, y por otro lado yo estaba enfermo, tenía mucha fiebre, y no estaba muy centrado que digamos. Además, el anciano con el que compartía habitación me animaba a gritos y decía que las enfermeras tenían la costumbre de imponer su voluntad a todo el mundo. Así que disfrutó mucho con mis intentos de ofrecer resistencia al personal médico. Como me negué a que me pusieran el paracetamol, decidieron que a partir de entonces iban a ignorarme por completo. Cuando a los pocos días padecí un fuerte dolor de estómago, no llamaron al médico porque me había negado a aceptar la medicina que ellas habían decidido imponerme. El sistema mismo está organizado para permitirles castigar a la gente que tenga ideas propias acerca de cómo han de ser tratadas.

Carezco del gen que te ayuda a ayudarte a ti mismo. Y esa carencia me ha causado conflictos constantemente. Pero no puedo pedir disculpas al respecto. Siempre me han preocupado más las guerras que hay en el mundo que los problemas que me afectan a mí personalmente. Tratar de hacerme la vida más fácil no es mi prioridad. Pronto vi con claridad que WikiLeaks iba a tener un papel preponderante a la hora de arrojar luz sobre todas esas guerras que se libraban en el mundo contemporáneo, sobre todo cuando en invierno de 2007 recibimos unos cuantos documentos que habían sido ocultados por las fuerzas armadas de Estados Unidos. En noviembre publicamos una base de datos increíble que ponía al descubierto los listados de todo el material militar registrado para su uso en Irak por Estados Unidos: unos 150.000 documentos que daban cuenta de todo. Supervisé esos documentos y me di cuenta de que la suma de todos ellos equivalía a poner al descubierto lo que suele llamarse «el orden de batalla», toda la pirámide que constituye el sistema de planificación bélico, ya que se detallaban todas las unidades, su nombre, y todos sus pertrechos; excepto materiales fungibles como las balas, en esos registros aparecía todo, incluso ordenadores y alfombras persas. Cogí todos los listados y creé un programa informático que me permitió analizarlos: entrando en la web de los abastecimientos militares y comprobando los precios, pudimos elaborar una imagen específica de lo gigantescos que eran los costes y de cuáles eran las unidades mejor

equipadas. Cerca de la mitad de las compras de equipamiento militar se centraban en cosas que servían para hacer frente a los explosivos caseros que empleaban los insurgentes, las bombas que ponían en las carreteras y lo que se conocía, por sus siglas en inglés, como IED (Dispositivos Explosivos Improvisados). La mayor parte del dinero se invirtió en adquirir equipo del llamado *warlock*, es decir, mecanismos muy sofisticados que permiten bloquear las señales de radio. La suma total de dinero empleado en detectores, dispositivos para interferir señales, robots para la desactivación de explosivos, blindajes especiales, etcétera, se aproximaba a los 13.000 millones de dólares. Incluso ajustando esa cifra para tener en cuenta la inflación, es una suma superior al total de lo que Estados Unidos gastó en el Proyecto Manhattan, y creo que el mundo tiene derecho a conocer estos datos.

Era como armar los andamios para una cantidad ingente de información capaz de descubrir aspectos más y más secretos de la realidad de lo que ocurría en Irak y en Afganistán. Los periodistas convencionales estaban, por lo general, aceptando como buenos demasiados datos oficiales; y no había nadie que preguntase a qué se dedicaba el dinero ni cómo funcionaba la estructura de mando.

A partir de ahí comenzó a llegarnos una enorme invasión de documentos, y todo eso me permitió intuir qué cambios iba a generar la difusión de esos documentos. Íbamos a abrir de golpe el mundo y conseguiríamos que en él floreciese algo completamente nuevo. Pero también vimos desde muy pronto qué clase de batallas tendríamos que librar, y una de las principales, si no la más persistente, tenía que ver con la apatía de los periodistas de los medios establecidos. Por mucho que abrieses estas nuevas líneas de investigación, estos nuevos caminos que conducían a la justicia, la profesión se encogía de hombros y decía que nadie tenía tiempo para trabajar sobre esos materiales que les estábamos proporcionando. Resultaba frustrante. Ahora comprendo que eso es un factor esencial en la opinión que nos merecen hoy en día los medios convencionales y su forma de darnos a conocer el mundo en que vivimos. Los periodistas no se limitan a informar: sus prejuicios y su apatía tienen mucho que ver con la imagen que nos transmiten. Y nosotros nos vimos a nosotros mismos como periodistas, desde el primer momento. Sólo que mejores que los otros.

En la era de internet, cuando el uso de los motores de búsqueda acerca a tantísimas personas hacia el conocimiento, supe que tarde o temprano los datos acabarían filtrándose. Incluso hubo militares que empezaron a visitar nuestra web para ver, por ejemplo, qué clase de recambios necesitaban para sus vehículos. Ironía de las ironías: hubo más de un suministrador de la OTAN que apareció en uno de nuestros chats preguntando si podíamos ayudarle a encontrar una rueda de repuesto para su vehículo blindado. Pero los medios convencionales se limitaron a arrellanarse en sus asientos. Imagino que no nos consideraban como una fuente autorizada,

todavía, y además nosotros no podíamos ofrecer una exclusiva a nadie, y las exclusivas controlan el universo mismo de la motivación para los medios. Lo peor de todo era que los materiales que difundíamos eran bastante complejos. Sin embargo, habíamos logrado construir un sistema que iba a alterar las reglas básicas de funcionamiento del periodismo. Frente a organizaciones tan poderosas como, por ejemplo, el ejército británico, el Cuarto Poder suele limitarse a buscar al personal uniformado y esperar a que le proporcionen resúmenes de prensa. El periodista tiende a situarse en una posición en la que muestra la deferencia debida a un organismo de poder que no está sometido a ciertos controles. Y también olvida con frecuencia que debajo de los uniformes hay gente de carne y hueso. Eso era exactamente lo que nosotros pretendíamos revelar, la verdad desnuda que se esconde debajo de los uniformes del poder.

Nuestra misión, recién comenzada, trataba de dar testimonio de todo y a grandísima escala. La tecnología informática podía vigilar muchas cosas y, contemplada con nuestros ojos, iba emparejada con una vivísima psicología de la honestidad. En esa época escribí un post en mi blog en donde traté de explicar cuáles eran nuestras motivaciones y nuestra tarea:

> Cada vez que somos testigos de una injusticia y no actuamos en respuesta, nos preparamos para mostrarnos pasivos ante la injusticia en general y de esta manera perdemos nuestra capacidad de defendernos, tanto a nosotros como a la gente que amamos. En la economía moderna no podemos encerrarnos en nuestro caparazón y mantenernos a salvo de las injusticias... Si sólo se puede vivir una vez, hagamos de nuestra vida una aventura temeraria capaz de sacar partido de todas nuestras capacidades. Por mucho que lo intentemos, no podremos nunca cerrar los ojos ante el sufrimiento. Puede que cuando yo sea un anciano me conforme trasteando en un laboratorio y charlando con mis alumnos en la tarde de los veranos, y aceptando despreocupadamente el dolor de la humanidad. Pero ahora no puedo ni quiero hacerlo. Si tienen convicciones, los hombres en la plenitud de la vida tienen el deber de actuar y enfrentarse a las injusticias.

La realidad es un aspecto de la propiedad. Hay que confiscarla. Y el periodismo de investigación es el noble arte que consiste en confiscar la realidad, arrebatándosela a los poderosos. Cuando WikiLeaks comenzó a funcionar a pleno rendimiento y apareció en muchísimos titulares, gran parte de todo esto había quedado en el olvido, o eran ideas que no parecían habérseles ocurrido a los miembros de la nueva generación de periodistas o de lectores. Nosotros asumimos el deber de darle nueva vida al arte de la observación. Con la debida modestia, puedo afirmar que nos

convertimos en la primera agencia de inteligencia al servicio del pueblo. En aquellos primeros y excitantes días, hace apenas cuatro años pero que para nosotros forman parte de una era anterior, estábamos imbuidos de la idea de que íbamos a saltar por encima de fronteras y prejuicios, incluidos los nuestros, y que así mejoraríamos mes a mes. Teníamos aún muchísimo que aprender. Pero los principios del buen periodismo aplicado a un mejor gobierno se han mantenido vivos y enteros desde entonces hasta hoy.

En este período se fue filtrando mi experiencia africana, pero en el siguiente capítulo quiero entrar a fondo en los detalles de lo que sucedió. El día antes de filtrar las listas exhaustivas de equipo bélico empleado por Estados Unidos en Irak, nos apuntamos un gol publicando el manual del centro de detención de Guantánamo. Se trata de un documento increíblemente moderno, un texto que podemos imaginar que dentro de cien años será leído por todos los que deseen entender cabalmente la lucha ideológica que se vivió en nuestro tiempo. Es más, no sólo la lucha en el terreno ideológico, sino también en el terreno mental. No estaba clasificado como altísimo secreto, por lo que es de suponer que las autoridades creyeron que este manual no sería leído nunca por nadie que no estuviera en esa prisión. Y ése es en parte el problema de los documentos secretos. Los escriben con frecuencia personas de mentalidad muy tendenciosa, gente animada por un odio casi fetichista, gente dominada por un deseo muy profundo de inculcar esa actitud tendenciosa entre sus colegas. Los manuales de Guantánamo abarcan todos los aspectos principales de la forma en que se conduce a los detenidos hasta esas instalaciones, cómo deben ser custodiados y qué debe ocurrirles una vez recluidos allí. Es como si lo hubiese dictado Atila, el rey de los Hunos, o Vlad, el Empalador. Implacablemente cruel, deshumanizador, paranoide, trágico y excesivo, haría que incluso el contribuyente más pasivo se preguntara al leerlo qué clase de fragilidad esencial, qué clase de necesidad fatal, trataban de solventar este manual y este centro de detención, todo ello pagado con dólares que salían de sus impuestos.

El manual explica que todos los registros deben ser falsificados a fin de impedir que la Cruz Roja tenga acceso a los detenidos. Declara que todos los presos deben ser colocados bajo el régimen de máxima seguridad en cuanto haya transcurrido el primer mes de su confinamiento en el centro de detención, para de esta forma ablandarlos a todos con vistas a los interrogatorios. «El período de dos semanas que sigue a la Fase 1 debe avanzar en el proceso de aislamiento del detenido a fin de fomentar su dependencia hacia la persona de su interrogador.» También esboza la mentalidad agresiva que deben tener los miembros de la Fuerza de Respuesta Rápida, la unidad encargada de la vigilancia, en caso de que «se produzca algún tipo de disturbio en el centro de detención». ¿Puede saberse de qué manera unos presos mantenidos en esas condiciones podían llegar a provocar disturbios mínimamente

peligrosos? Resulta un auténtico misterio, pero, a pesar de todo, los soldados de las Fuerzas de Respuesta Rápida «irán equipados con equipo de control de disturbios consistente en: pantallas faciales conectadas a los protectores mandibulares y chalecos antibalas, escudos y porras».

El manual muestra hasta qué punto un grado desproporcionado de miedo puede generar actitudes brutales: a los prisioneros de Guantánamo no se les trata como a opositores normales ni como a personas corrientes, sino que el manual indica que deben ser tratados como auténticos supermalvados de película norteamericana de serie B, tipos que por el solo hecho de vivir y respirar suponían el más extraordinario riesgo de seguridad que jamás hubiese contemplado la humanidad. Había que mantenerlos encerrados como si fuesen demonios, y patrullar las instalaciones con perros. A un detenido le obligaron a ponerse ropa interior de mujer en la cabeza. La tortura psicológica debía campar a sus anchas por el recinto. Y el manual explicaba con claridad que las técnicas que provocan la desorientación y la humillación formaban parte de la vida cotidiana de la prisión. La sensación de inseguridad que se desprende de todo esto resulta abrumadora: te explica bien las actitudes que hubo durante la administración Bush, las propias de un país que parecía dispuesto a aniquilar el fantasma del peligro aunque fuese a costa de suspender todas las garantías constitucionales. Estas técnicas, según informó más adelante *The Washington Post*, también dieron pie a lo que ocurrió en la prisión de Abu Ghraib. La crueldad y el odio habitan en los invididuos, pero cuando hablo de «injusticia» me refiero a lo que sucede en los sistemas sociales y políticos. Las técnicas de tortura empleadas en Abu Ghraib no las inventaron un puñado de policías militares norteamericanos de origen proletario, a los que posteriormente se convirtió en chivos expiatorios. Formaban parte de un sistema, y la responsabilidad moral por estos hechos empieza en quienes ocupaban la cúspide del poder.

Difundimos este manual sin fanfarrias y sin apenas llevar a cabo una presentación minuciosa del documento. Apenas lo necesitaba: bastaba echarle una ojeada para ver hasta qué punto era explosivo. Durante una semana no sucedió nada, y de repente nos llegó una carta del Comando Sur, que es el responsable de Guantánamo, pidiéndonos que lo retirásemos de la circulación. Eso era una buena noticia: demostraba la autenticidad del documento publicado. No hicimos caso de esa solicitud. Luego la revista *Wired* contó la historia y después lo hicieron también *The New York Times* y *The Washington Post*. Ocurrió tal como yo siempre había imaginado que ocurrirían estas cosas, todo empezaría con la agitación provocada por nuestras filtraciones en blogs y prensa minoritaria, para luego llegar a los grandes medios convencionales. Al principio, cuando la polémica comenzó a encenderse, no me señaló a mí directamente. Se referían a mí como editor de investigación, y aún no se había extendido la costumbre, que más tarde se convirtió en rutina, de vincular a mi

persona todo lo que dijera o hiciera WikiLeaks. Yo pensaba entonces que mi pasado como hacker condenado por un juez australiano no iba a ayudar a la causa en la que trabajábamos todos nosotros, y traté de mantener mi participación en la sombra. Pero las reglas del mundo del espectáculo y, hay que recordarlo, también la actitud de los traidores, hicieron muy predecible que acabaran convirtiéndome a mí en un malvado de película de James Bond, así como en el blanco de todas las iras. Conforme aumentó la cobertura periodística, el teniente coronel Edward M. Bush III, portavoz de relaciones públicas de la prisión de Guantánamo, respondió a la filtración declarando que las cosas ya no se llevaban de esa manera. El manual contaba, según este militar, cómo se organizó el funcionamiento del centro de detención durante el mandato de Geoffrey Miller. De forma que filtramos el manual de 2004 para que la gente pudiese comparar el antiguo y el nuevo. Y resultó que, en todo caso, las cosas habían ido a peor. Revelaba que en la prisión se celebraban unos rituales en los que se llevaban a cabo juicios de mentirijillas, y cada vez que visitaba el centro algún dignatario, los presos recibían instrucciones para que volviesen la cabeza hacia otro lado. Cosas así. Por cierto: ¿adónde fue destinado Miller cuando abandonó Guantánamo? Le destinaron a la prisión de Abu Ghraib.

Queríamos que la gente tuviese la oportunidad de comprender qué estaba ocurriendo delante mismo de nuestras narices, queríamos que la opinión supiese que todo eso era repugnante. Pudimos difundir descripciones del modo como se hacían las entregas reales de los nuevos detenidos y publicamos los planos de las cabinas en las que los detenidos eran transportados hasta la isla. Vaya usted a saber por qué, pero durante el vuelo los detenidos iban provistos de mordaza y casco con visera, y estaban encadenados al piso de la cabina. ¿Por qué imaginaban las autoridades norteamericanas que esos hombres tenían superpoderes, como un personaje de cómic? ¿En qué profundo pozo de fantasías se alimentaban estas ideas?

WikiLeaks comenzó a ganar impulso. La filtración sobre las condiciones en Guantánamo, y toda la cobertura mediática que vino a renglón seguido, hizo que nos llegaran nuevos materiales de carácter sensible. El informe del ejército norteamericano sobre la batalla de Faluya estaba marcado como material clasificado por un período de veinticinco años. Pero nosotros lo difundimos en cuanto nos llegó, en diciembre de 2007. El 31 de marzo de 2004, cuatro ciudadanos norteamericanos que trabajaban para la empresa de seguridad Blackwater fueron secuestrados por insurgentes iraquíes que los apalearon, los quemaron y colgaron sus cadáveres de lo alto de un puente. Se produjo entonces un ataque puramente reactivo. Lo lanzaron como represalia las tropas norteamericanas, y en el informe se explicaba de manera muy clara que el ataque se ordenó sin la suficiente planificación, sin la menor comprensión del contexto político, y sin haber preparado a la prensa para lo que se pretendía llevar a cabo. El número creciente de víctimas civiles hizo que el Consejo

de Gobierno iraquí aumentara su presión sobre Estados Unidos, y el 9 de abril se anunció un alto el fuego unilateral. Los documentos filtrados por WikiLeaks demostraron, sin embargo, que los combates no cesaron después de esa fecha, que llamarlo alto el fuego era un grave error semántico, y revelaron además que aquella operación de venganza había sido montada sin ningún objetivo militar claro, sólo como un espectáculo a beneficio de los medios convencionales.

El documento que filtramos mostraba de manera clara que ese ataque se lanzó para complacer a Donald Rumsfeld, quien creía que Faluya había sido convertido por los iraquíes en un símbolo de la resistencia. En la zona objeto del ataque de represalia vivían muchos civiles, y los militares norteamericanos pasaron por alto este dato. Un periodista de Al Jazeera a quien yo conocía, Ahmed Mansour, se encontraba en la ciudad durante el asalto final, y él y un colega suyo trataron de contar la verdad acerca de esa batalla y de los métodos empleados por los atacantes. Según un informe que filtramos nosotros, «se lanzaron aproximadamente ciento cincuenta ataques aéreos que destruyeron setenta y cinco edificios, entre ellos dos mezquitas», y la operación norteamericana «provocó que toda la provincia de Al Anbar se convirtiese en un avispero de resistencia». Como parte del acuerdo de alto el fuego las autoridades norteamericanas exigieron que se obligase a estos dos periodistas a abandonar la ciudad. Y según afirmaba el documento que filtramos, «Al Jazeera informó de que los ataques norteamericanos causaron seiscientos muertos civiles entre los iraquíes. Las imágenes de niños muertos fueron mostradas repetidamente por cadenas de televisión en todo el mundo». Los cronistas lamentaron que en esa ocasión no hubiese ningún periodista occidental empotrado en las unidades atacantes, nadie que presentara el punto de vista de las autoridades militares que lanzaron el asalto.

En noviembre de ese mismo año los norteamericanos atacaron de nuevo Faluya. Más tarde acabó haciéndose famosa esta nueva batalla porque se convirtió en la más cruenta de toda la guerra. Como parte de su estrategia, los norteamericanos utilizaron en los ataques fósforo blanco. Puede que no fuese estrictamente ilegal, pero como mínimo era algo muy polémico. De hecho, los ataques con fósforo blanco lanzados por Saddam Hussein en contra de su propio pueblo en 1991 fueron calificados como crimen de guerra y utilizados como uno de los argumentos que se emplearon para justificar la invasión del país en 2003 por parte de los aliados. Entre la fecha de la primera operación contra Faluya y la segunda, saltó a los medios el escándalo de Abu Ghraib. Un cronista de los hechos, soslayando la responsabilidad norteamericana en este escándalo, se limitó a decir que «los insurgentes tuvieron suerte».

El trabajo era incesante, no se acababa nunca. Envié el documento filtrado sobre Faluya a tres mil personas y me dispuse a esperar que comenzaran a publicarse noticias. No pasó nada. Fue la situación más incomprensible a la que jamás me he

enfrentado. No hubo, sencillamente, ninguna reacción. La gente llevaba tres años escribiendo sobre Faluya; jamás en todo ese período los periodistas habían contado con ningún documento oficial como éste, algo que explicara las cosas desde dentro de los cerebros de los mandos militares norteamericanos. Y no se lanzaron a por el documento. Debo rectificar: no me costó comprender esa pasividad de mis colegas del periodismo oficial; me avergoncé de ellos. La superficialidad que demostraron en esta ocasión todos esos corresponsales y especialistas, pensándolo bien, resulta alucinante. Viendo el espectáculo te preguntas, o eso es al menos lo que me pregunté entonces, si el núcleo principal de periodistas de Occidente no está formado por una pandilla de —no hay palabra más adecuada— subnormales.

Con vistas a largo plazo, lo ocurrido entonces encerraba una lección. Y formaría parte de mis ideas cuando más adelante llegó el momento de filtrar los diarios de guerra de Afganistán. ¿Cuáles son los parámetros inconmovibles del periodismo moderno? Las ventas, el éxito y las exclusivas. Y yo debía conocer bien todos esos parámetros para conseguir que las historias que iba a filtrar posteriormente tuvieran la debida repercusión.

9

EL MUNDO QUE VINO DEL FRÍO

No mucho antes de que ocurriesen los incidentes a los que acabo de referirme, tomé la decisión de que sería importante viajar a África para tantear el terreno. Era en los comienzos de WikiLeaks y pensé que con ese viaje podíamos ampliar, por así decirlo, la mentalidad con la que iniciábamos el proyecto. Sabía que iba a celebrarse en Nairobi, en enero de 2007, el Foro Social Mundial. Un amigo de Melbourne, Matt Smith, estaba dispuesto a financiar parte del viaje y a acompañarme. El Foro había surgido como una alternativa al Foro Económico Mundial. Como se iba a celebrar en Kenia, imaginaba que atraería a muchas ONG y otros participantes afines a esas ideas, y eso lo convertía en el momento perfecto para dar una primera gran conferencia explicando qué era WikiLeaks. Supuse que serviría para que se presentasen voluntarios y establecer contactos. Ya habíamos publicado nuestras primeras filtraciones, pero las más importantes de la primera fase —Guantánamo y Faluya— no se habían producido aún. Yo estaba convencido de que abrir nuestra caseta en África marcaría el tono, explicaría de forma clara y desde el principio que no éramos una organización occidental sino global, y que ponía sus ojos en asuntos que pasaban en todas partes.

La conexión con África fue para mí instantánea. El aire que se respiraba era diferente, y durante el tiempo maravilloso que dedicamos a organizarlo todo ya había sentido la necesidad de un cambio de atmósfera, de notar aquella tonificante sensación de amplitud de espacio que parecía traer consigo el momento histórico. Isak Dinesen captó la brisa perfecta a la que estoy refiriéndome en *Memorias de África*, al escribir: «En mitad del día el aire que circulaba sobre la tierra estaba vivo como una llama ardiente; centelleaba, serpenteaba y brillaba como el agua de un río, reflejaba y duplicaba la imagen de todos los objetos... En ese aire respirabas fácilmente, y sentías que te daba una sensación vital de seguridad, y te aligeraba el corazón. En las tierras altas te despertabas por la mañana y pensabas: aquí estoy, donde debería estar».

Después de pagar 50 dólares por cada uno de nuestros visados, Matt y yo cogimos un coche en el aeropuerto y muy pronto vimos las jirafas trotando a lo lejos. Dicen que los primeros seres humanos aparecieron en el valle del Rift, en Kenia, y por eso, desde cierto punto de vista, viajar a ese país siempre equivale a regresar a Kenia: vuelves al lugar esperado por tu biología, a ciertos grados de luminosidad, humedad y temperatura. Tal vez sea por esta razón por lo que la gente suele decir que en ese país se encuentran como en casa. Lo dijo Isak Dinesen y lo decimos todos cuando llegamos a Kenia. La gente es amistosa. Para alguien como yo, que se ha

pasado la vida en la carretera, aquella sensación de generosidad y de satisfacción general que noté enseguida me decía que ahí era donde debía vivir. Los índices de delincuencia y la incidencia del sida son, por supuesto, muy elevados, pero cuando avanzábamos hacia Kisumu y el estadio de los Juegos de la Commonwealth, la única tensión que noté se debía a que estaba convencido de que esa visita iba a ser crucial para el desarrollo de WikiLeaks.

«Piensa globalmente, actúa localmente» llevaba tiempo siendo un artículo de fe para la gente de izquierdas, que constituían la mayor parte de los asistentes al Foro Social Mundial. Yo prefería ver las cosas de una manera ligeramente distinta. Cuando el mundo sólo incluía las aldeas, colinas y montañas que rodeaban el lugar donde tú habías nacido y vivías, y más allá de ese perímetro reinaba la leyenda, salvar el mundo era una posibilidad que parecía estar a tu alcance, y una forma de actividad normal para todos los que tuvieran un carácter independiente. Pero en el mundo moderno necesitas unos mínimos de formación y cierto acceso a los medios para darte cuenta de lo enorme que es la Tierra. Y eso es algo que desmoraliza a cualquiera. No ves en modo alguno que tus acciones puedan tener alcance suficiente, que logren cambiar las cosas. Para que tu interacción con el mundo tenga sentido, o bien has de constreñir tu imaginación y encoger artificialmente el mundo; o bien has de encontrar la manera de implicarte de verdad con el mundo entero tal como actualmente lo percibimos, con su sobrecarga informativa y todo lo demás. Poco a poco adquirí la convicción de que esta segunda actitud era el único modo factible de provocar cambios verdaderos, e ir a África significaba en cierto sentido un intento de poner a prueba esa convicción, ver si WikiLeaks podía convertirse en una organización capaz de «pensar globalmente y actuar globalmente».

Nairobi era en cierto sentido una ciudad alocada. Vivíamos en tiendas, en tres tiendas de hecho, instaladas la una dentro de la otra para alejar a los mosquitos (un asunto difícil), y muy pronto nos pusimos a ayudar a organizar la grabación, traducción y archivo de las actividades del foro. Hubo un momento en que tuve que ir al salón presidencial del estadio. Parecía un lugar adecuado desde el que tratar de coordinar todas las actividades. Había una gran mesa de despacho, muebles baratos de estilo georgiano por todas partes y retratos del ex presidente Daniel Arap Moi que te miraban desde unas paredes deslucidas por el intenso sol. En los pasillos pululaba una gran cantidad de agentes femeninos de seguridad, que iban armadas con porras de madera. Uno de esos días se produjo en uno de los pasillos una auténtica conmoción y de repente, como surgidos por arte de ensalmo, aparecieron muchísimos miembros del Partido Comunista de Kenia que empujaron a la gente y a las agentes de seguridad hacia los lados y contra las paredes y lograron de esta manera abrirse paso hasta nuestras improvisadas oficinas. Les acompañaba un grupo muy numeroso de periodistas, gente con cámaras de vídeo y blocs de notas. Una mujer negra muy

alta se lanzó hacia la gran mesa de escritorio, se subió a ella y desde allí erguida empezó a pegar berridos, primero en swahili y luego en inglés, exigiendo que se abaratara el precio de entrada en el foro a fin de permitir el acceso a los kenianos que vivían en condiciones paupérrimas en los peores barrios de Kabira. Tras haber dado a gritos una conferencia de prensa desde lo alto de la mesa, desapareció y se llevó consigo a la muchedumbre. Me parece que sí, pensé, «éste es un país en el que podré trabajar».

Después de veinticinco años de desgobierno, Daniel Arap Moi perdió el poder en las elecciones de 2002. Le reemplazó Mwai Kibaki, líder de la Coalición Arcoíris, que fue votado sobre todo porque en su campaña prometió actuar en contra de la corrupción; pero cuando alcanzó el poder su actitud comenzó a cambiar. Aunque el nuevo gobierno había conseguido mucho apoyo por parte del movimiento que pedía reformar la Constitución, enseguida pudimos comprobar que no era muy distinto de Moi, y que se lanzó a una nueva campaña de injusticias y a oprimir a la población. De hecho, el propio Kibaki no era el nuevo dirigente que prometió ser; en realidad, provenía del régimen anterior y demostró una asombrosa capacidad para impedir la práctica de la libertad de expresión. La policía había entrado en la redacción del diario *The Standard* seis meses antes de nuestra llegada a Nairobi, y su equipo editorial pasó un día entero en la cárcel. Las cámaras de seguridad de *The Standard* captaron la actuación de la policía y gracias a eso pudimos dar una información completa sobre todo lo ocurrido, lo cual fue para nosotros muy emocionante. Tras aquellos acontecimientos siguió viviéndose en Kenia una atmósfera de intimidación, y quedó claro que la prensa vivía bajo la amenaza del gobierno, lo cual nos animó a tratar de echarles una mano.

El régimen de Kibaki encargó a Kroll Associates, una empresa dedicada a la investigación interna de negocios y grupos financieros, que estudiaba sus cuentas y sus sistemas de seguridad, que averiguase a dónde había ido a parar el dinero amasado por el ex presidente Moi. Parecía que Kibaki quería embolsarse parte de esas sumas, y además, como es lógico, pretendía utilizar esa información para chantajear a Moi y forzarle así a que diera su bendición al nuevo régimen político. Esto era importante porque Moi, incluso tras perder las elecciones, seguía siendo una figura con notable influencia política. El informe reveló que Moi había desviado a cuentas situadas en bancos extranjeros cerca de mil millones de libras esterlinas. Participaron con Moi en la operación sus hijos y sus amigos, a través de una larga serie de empresas y bancos. Era un informe explosivo, entre otras cosas porque citaba los nombres de los bancos de Zurich y Londres a donde había ido a parar el dinero, y mencionaba con detalle otras propiedades e intereses económicos de Moi y los suyos tanto en Estados Unidos como en Kenia. El equipo investigador de la empresa Kroll no tuvo contemplaciones. Véase por ejemplo este párrafo que habla de un socio de

Moi al que se acusa de ser uno de los principales prestamistas de Ginebra:

> Katri organizó un sistema muy complejo. En lugar de enviar remesas del dinero obtenido por la corrupción directamente a bancos extranjeros, utilizaba bancos de Kenia como el Trans National Bank, propiedad de la familia Moi, y de los clanes Biwott y Kulei, para colocar cantidades muy elevadas en las cuentas Nostro —que son las cuentas extranjeras pertenecientes a los servicios de la sociedad financiera sueca Forex—, y al cabo de meses/años enviaban remesas de dinero que se iban colocando en diversas cuentas de bancos fuera del país, tales como la UBP suiza y otros... En 2001 Katri desapareció del mapa a partir del momento en que una investigación suiza trató de averiguar sus movimientos en Kenia. Se supone que reside en Montecarlo. Se le ha vinculado al escándalo Halliburton en Nigeria, a través de Jeffrey Tessler, que cinco años atrás le ayudó a abrir una cuenta en la UBP. Tessler, un abogado sin escrúpulos con bufete en un barrio del norte de Londres, obtenía comisiones relacionadas con los sobornos pagados por Halliburton. Existen nuevas pruebas que muestran que sigue cobrando comisiones.

Hay incluso enormes corporaciones globales como los bancos Barclays y HSBC cuyos nombres aparecen relacionados con este caso, y si bien el informe no dice que ninguno de estos bancos estuviese haciendo nada ilegal, sí mostraba como mínimo que todo el sistema financiero internacional estaba manchado por aquel enorme monto de dinero sucio. Estudiando el informe también era factible ver de qué manera esas sumas habían sido desviadas a través de otras instancias, con un disfraz nuevo en cada etapa, para acabar yendo unas veces a paraísos fiscales y otras a lugares fiscalmente opacos. Ésta era exactamente la clase de corrupción que WikiLeaks pretendía denunciar desde su fundación. En el futuro, uno de nuestros hobbies sería tratar de poner patas arriba los paraísos fiscales.

Conseguí hacerme con este informe y, después de salir de África, fue una de nuestras filtraciones más importantes. Se lo pasamos todo a Xan Rice, periodista de *The Guardian*, que lo publicó en portada el 31 de agosto de 2007, con el siguiente titular: «El saqueo de Kenia». La información estaba muy bien elaborada, pero el resto de los diarios británicos apenas se hicieron eco de ella. La reacción en Kenia fue gigantesca: siguieron la línea trazada por *The Guardian*, aunque presentaron la información de manera más cautelosa. Dieron importancia a los desmentidos del gobierno de Kibaki, pero nos sentimos satisfechos puesto que no sólo se había desvelado el secreto, sino que los efectos a largo plazo de aquellas revelaciones iban a ser notables. Quedaba claro que Kibaki, que había obtenido el apoyo de Moi —tal

vez como consecuencia del peso que obtuvo el nuevo presidente por haber sido quien encargó el informe sobre su antecesor—, se encontraba ahora en una posición comprometida, y eso ya era un gran logro a favor de la justicia. Un ex alto comisionado británico de Kenia lo vio con claridad cuando dijo que en ese informe había pruebas suficientes para «hacer volar por los aires no sólo a los Moi sino a la mayor parte de los miembros del *establishment* keniano».

Desde nuestro punto de vista, esta filtración venía a apoyar la idea de que los medios convencionales podían verse repentinamente liberados de la opresión si una información que les parecía importante, pero que no se atrevían a revelar por su cuenta, obtenía la legitimación y el oxígeno proporcionados por su publicación en algún medio extranjero. WikiLeaks era el editor de último recurso, pero también una plataforma intocable: lo habíamos demostrado, y además habíamos establecido el modus operandi con el que trabajaríamos en el futuro.

En Kenia teníamos otras cosas que hacer, que culminaron con la publicación en noviembre de 2008 de un documento donde contábamos en detalle casos en donde, tratando de hacer frente a la organización criminal conocida como los Mungiki, la policía de Kenia había actuado sin la menor consideración por los principios esenciales de las pruebas, las garantías procesales o la justicia, y había asesinado a cientos de personas por vías extrajudiciales. Publicamos esta información en forma de una crónica conmovedora que apareció bajo el título de «El grito de la sangre», donde quedaban documentadas las historias de algunos de los desaparecidos —«un mecánico de veintiséis años», «un jornalero agrícola de Kanunga», «un taxista de Eastleigh», «un vendedor ambulante de Baba Dogo»—, así como fotografías de algunas de las víctimas y de los lugares donde habían tirado sus cadáveres. La policía había exigido a veces grandes cantidades de dinero a los parientes de los hombres que habían detenido, y a cambio de estos sobornos los habían dejado con vida.

Era una historia escandalosa y tremenda, y nos ayudaron a publicarla dos activistas a favor de los derechos humanos, Oscar Kungara y Paul Ulu, a los que posteriormente la policía localizó, siguió y terminó matando a balazos en pleno centro de Nairobi. En WikiLeaks lo publicamos en portada y subrayamos que los documentos que habíamos visto permitían pensar que fuerzas descontroladas de la policía habían llegado a asesinar al menos a 349 personas. Nuestro comentario editorial señalaba que estas atrocidades eran comparables a lo que había ocurrido en Chile tras el golpe de Pinochet. Y estas cosas no estaban ocurriendo en el Congo, ni en el vecino Sudán, sino en Kenia, un territorio en el que los negocios han alcanzado un desarrollo muy notable y que mantiene unas relaciones bastante fluidas con los países de Occidente.

Luego seguimos con la tarea y difundimos materiales que la prensa africana no se atrevía a publicar por miedo, y al cabo de un tiempo Philip Alston, un australiano que

desempeñaba el cargo de ponente especial de Naciones Unidas sobre los casos de matanzas extrajudiciales, se desplazó a Nairobi para documentar durante una semana lo que había ocurrido allí y lo que nosotros habíamos revelado. A esas alturas el asunto ya era conocido por la ciudadanía y desde entonces nadie ha podido volver a ocultarlo. Trabajamos en todo esto sin respiro al mismo tiempo que peleábamos por lograr que WikiLeaks cobrara vida. Kenia nos ofrecía un lugar donde poner a prueba nuestras ideas y nuestros métodos. Nos entregamos a la tarea con todas nuestras fuerzas, y el trabajo realizado comenzó a cambiar la situación. Queríamos hacer más cosas y hacerlas mejor, pero nos sentimos muy felices cuando ganamos el Premio Amnistía Internacional al Mejor Trabajo Periodístico por nuestra cobertura de los casos ocurridos en aquel país.

Las cosas, sin embargo, sólo son fáciles de una en una y durante apenas un minuto. Desde un buen principio, WikiLeaks se vio sometido a fuego hostil, tanto desde la izquierda como desde la derecha. Trabajas pensando que tienes unos aliados naturales, pero en cuanto te pones a manejar materiales altamente sensibles, y con periodistas sometidos a presiones económicas y que viven en una cultura de la desconfianza, compruebas que por todos lados aparece siempre un dedo acusador que te señala a ti. No pasa nada, hasta cierto punto, y seguro que es parte del trabajo, pero resulta vejatorio encontrarte en conflicto con personas que uno creía que estaban del mismo lado que tú. Durante nuestra campaña en Kenia, conocimos un importante libro de Michaela Wrong titulado *Ahora comemos nosotros* (Fundación Intermón Oxfam, 2011). Trata con hondura y detalle de los métodos utilizados en Kenia por la corrupción, y había sido prohibido en ese país. La prohibición consistía en que no hubo modo de encontrar quien lo distribuyera allí, ni tampoco ningún librero que lo vendiera. Con objeto de denunciar lo inmoral que era esa forma de prohibición, y para asegurarnos de que en Kenia la gente pudiese tener acceso al texto a pesar de la actividad desarrollada en contra de su difusión por el gobierno del país, le ganamos la partida al censor filtrando el PDF de imprenta del libro a través de una web. En cambio, no conseguimos ganarle la partida al concepto que la autora tenía del copyright, que nos pilló completamente desprevenidos. Michaela Wrong se enfureció. Creyó que no sólo le estábamos robando sus royalties sino también, en cierto sentido, el mérito de haber realizado aquel trabajo.

Creo que fui capaz de explicar de forma convincente que un libro como el suyo, un libro excelente, podía haber sido originalmente hijo de ella, pero que en ese momento ya caminaba solo por el mundo, y había logrado captar la atención y la imaginación del pueblo de Kenia, y que por tanto se había convertido en algo mucho más grande que ella misma. Entendí su argumentación respecto a que nuestra difusión podía mermar las ventas del libro en países de Occidente, y por eso la puse en contacto con nuestro amigo Mwalimu Mati, que había trabajado con nosotros en

Kenia, y sugerimos que él podía comprarle los derechos de distribución del libro en ese país tanto en la edición en papel como en la electrónica. Pero la autora se había sentido ofendida y seguía estándolo. Nosotros tratábamos de provocar reformas en Kenia, intentábamos crear elementos de disuasión en ese país, y de repente había personas, personas muy inteligentes, que nos atacaban por no haber respetado la democracia debido a que habíamos violado las leyes del copyright. Todo aquel incidente me dejó boquiabierto, y fue además otra temprana lección acerca de los embrollos en los que uno se mete cuando está comprometido políticamente. No todas las personas tienen, por supuesto, las mismas prioridades, y sería un error dar por sentado que quienes manifiestan actitudes críticas en relación con las autoridades son inmunes a las críticas de otros. La izquierda ha sido siempre provinciana en este sentido, y yo imaginé, equivocándome, que nosotros pensábamos en cuestiones mucho más importantes. Pero no hay manera de predecir qué cosas fastidiarán a las personas: allí donde una alcanza cumbres de grandeza, otra tiene su punto de debilidad. En nuestro caso concreto enseguida fue evidente que muchos nos veían como unos inconformistas muy capaces de pisar a los demás. Podríamos haber sido más sensibles a esta clase de asuntos, no cabe duda, pero a mí me pareció que los temas en cuestión eran demasiado graves como para andarse con exquisiteces sociales o profesionales y supuse, equivocándome de medio a medio, que Ms. Wrong estaría encantada de saber que la gente valoraba tantísimo su libro. Puede que yo actuase con excesivo apasionamiento, pero cuando las apuestas son tan altas y la situación tan desesperada, uno tiende a ver las cosas así.

Teníamos que aprender a hacer frente a la resistencia. Otra persona a la que habíamos admirado, un activista a favor de la transparencia llamado Steven Aftergood, director del proyecto sobre secretos gubernamentales de la Federación de Científicos Norteamericanos, a quien quise incorporar inicialmente al grupo de asesores de WikiLeaks, también se convirtió en alguien de nuestro mismo bando que se dedicaba a atacarnos. En todas las cuestiones relativas a la corrupción gubernamental, pensábamos que íbamos a convertirnos en los defensores silenciosos del pueblo. Pero a menudo nos encontramos con que entre los miembros de la acusación había gente que nosotros habíamos creído previamente que nos iban a prestar su consejo, su ayuda, su estímulo, o al menos su tolerancia. Aftergood atacó nuestros criterios editoriales, pues opinaba que algunos de los objetivos contra los que lanzábamos nuestras filtraciones no merecían ser sometidos a este escrutinio. Por ejemplo, se refirió a nuestras revelaciones contra la Iglesia de la Cienciología, o no le pareció bien que difundiésemos el manual de uso de las bombas guiadas norteamericanas. De otras actividades nuestras se limitó a decir que le parecían «irresponsables».

Jamás tuve la intención de actuar de forma responsable en el sentido que le da a

esta palabra Mr. Aftergood. Nosotros no somos un partido ni un gobierno. No tenemos competencias corporativas ni estatales. Y no apoyamos a un grupo más que a otro. A diferencia de lo que ocurre con muchas empresas de medios convencionales, carecemos de *parti pris*. Proyectamos una luz lo más intensa posible hacia los rincones más apestosos. Cuando Aftergood aludía al concepto de responsabilidad, utilizaba un término inadecuado. Porque él se refería, lo viese así o no, a la idea de que algunos secretos deben seguir siendo secretos sólo porque algún grupo interesado y poderoso dice que deben permanecer así. Nosotros no podemos aceptar este punto de partida, y él conoce demasiado bien la tendencia de los gobiernos contemporáneos a estar al servicio sobre todo de su propia supervivencia, como para imaginar que pensábamos como él en este sentido. Tampoco él debería aceptar ciertas cosas. La cuestión era que nuestra organización había empezado a adoptar posiciones muy duras. Invadir la privacidad de las personas, como él lo llamó en aquel momento, no era un delito grave según mi criterio: no lo era si los delitos y crímenes de las personas cuya intimidad estábamos invadiendo eran tan tremendos y permanecían tan ocultos como ocurría en los casos que estábamos tratando. A Mr. Aftergood le disgustaban algunas de las mismas cosas que eran objeto de nuestros ataques, pero no estaba dispuesto a atacarlas. La suya era una actitud tímida. Y al igual que otros muchos, probablemente se sintió fastidiado al comprobar que sus métodos cautelosos quedaban ensombrecidos por los métodos implacables de trabajo que utilizábamos nosotros.

Para la gente que nos lanzó esas primeras críticas, éramos una pandilla de primitivos. Tal como yo lo veía, sin embargo, no éramos suficientemente primitivos. Es necesario superar esa necesidad tan humana de sentirse seguro, y resistirse a aceptar una vida en la zona de confort que te ofrece el hecho de no hacer sino lo mismo que otros han hecho antes o están haciendo a tu alrededor. Con estas actitudes, la innovación no funciona. Sin duda que íbamos a cometer errores, pero incluso esos errores serían honestos si éramos capaces de resistir la tentación de atemorizarnos ante el peligro. Desde mi punto de vista, muchos de los que trabajan a favor de las causas liberales no son únicamente tímidos, sino que rozan la frontera de la connivencia. Quieren que los cambios se produzcan sin roces, y de esta forma no hay cambios. Quieren que salga a la luz lo honesto pero que eso ocurra sin que nadie sufra o sin que nadie pase por situaciones embarazosas, y así no hay cambios. Y sobre todo, quieren conceder el beneficio de la duda a muchos de los enemigos de una forma de gobierno abierta y honrada, y yo no quiero concedérselo. No es sólo una diferencia de método. Hay un cisma total que se abre entre nuestras respectivas filosofías. No puedes andar por ahí dedicándote a sacar a la luz los trapos sucios y esperar que eso no le estropee la digestión a nadie.

Mis viajes africanos me condujeron también a El Cairo. Un contacto

norteamericano que establecimos en Kenia nos invitó a compartir con ella el sitio donde vivía, una casa perteneciente a una ex Miss Egipto. Era una casa grande y magnífica, con varios retratos de Miss Egipto en las paredes, y resultó un lugar surrealista donde era divertido alojarse. Pero se encontraba al lado mismo de la embajada norteamericana —había de forma permanente una furgoneta llena de soldados estacionada delante de la puerta de nuestra casa—, y pensé que sería más fácil mantener un perfil bajo si me iba a vivir a otro lado. Junto con una chica coreana que también conocí en Kenia, me fui a un apartamento situado cerca del Nilo. Estaba en un edificio alto y enorme, y vivíamos en uno de los pisos más elevados; a veces, cuando la niebla de contaminación típica de El Cairo no lo impedía, alcanzábamos a ver las pirámides desde nuestras ventanas.

Era muy fácil palpar la tensión que se vivía en el país por debajo de la superficie. En las calles había siempre mucha policía y se notaba que vivíamos en un estado de confrontación controlada, sobre todo en el centro y en las proximidades de los edificios gubernamentales. Pero los cambios que hemos visto ocurrir recientemente estaban aún a cuatro años de distancia, y ni yo ni la mayoría de la gente intuyó que se acercaban. El Cairo tuvo en mí una fuerte influencia por aspectos emocionales. Mientras residía en aquella metrópolis atestada de gente en un mundo que se estaba desarrollando rápidamente, se reafirmó mi intuición de que, para tener un impacto auténtico, WikiLeaks debía ser una organización capaz de lograr un alcance global.

Le tomé enseguida mucho cariño a la ciudad. Disfruté del ajetreo y la actividad incesante de sus calles, de sus cafés, de la pipa de agua de los atardeceres. En la azotea de un edificio de apartamentos no muy alejado del mío, había una familia que tenía una pequeña granja urbana. Cada mañana la hija salía a dar pienso y de beber al pequeño grupo de corderos, mientras su hermano abría las jaulas de las palomas y las soltaba para que volasen por la ciudad en busca de alimento. Las palomas habían aprendido a seguir las indicaciones que el chico les daba con una gran bandera arlequinada, y me encantaba verle agitar esa bandera contra el cielo como si estuviera dando la salida a una carrera de Fórmula 1, al tiempo que desde el minarete de las mezquitas se elevaba la llamada a la oración y el sol empezaba a lucir y convertir en un horno la ciudad entera.

A la altura de las Navidades de 2007 habíamos tenido unos cuantos éxitos —o más bien algún *succès de scandale*—. Faluya y Guantánamo nos habían proporcionado un grado bastante menor de atención habida cuenta de la magnitud de las filtraciones, pero luego pudimos añadir las revelaciones sobre los asuntos de Kenia. Participé en el 24.º Congreso de Comunicación Caótica en Berlín, donde pude conocer personalmente a algunas de las personas con las que había estado chateando o con las que traté de diversos asuntos online. Entre esas personas quiero destacar a un animoso fan de nuestro trabajo, Daniel Domscheit-Berg, empleado de una

empresa de sistemas que demostró ser muy útil en una amplia serie de tareas. Desde el comienzo, Daniel Schmitt, como le llamábamos entonces, fue un activista muy curioso. No sabía picar código, pero era muy diligente en todo lo referido a nuestra, cada vez más grande, organización. En aquel momento no podíamos adivinar hasta qué punto iba a convertirse en alguien muy ambicioso o peligroso. Pero cuando se trata de reclutar voluntarios la necesidad te hace cerrar los ojos, y precisábamos toda la ayuda que se nos ofreciese, y más.

El Club del Caos Informático, que organizaba la convención de Berlín justo al final de 2007, es famoso por muy buenos motivos y también por otros muy malos. Es una organización de hackers que fue fundada en 1981 para hacer campaña en defensa del progreso tecnológico, de los sistemas abiertos, la libertad de información y del acceso gratuito y libre de la gente a la tecnología. Fue creciendo de forma rápida a partir de sus orígenes en Berlín, y se ha convertido hoy en día en una organización poderosa, internacional, que mantiene la vigilancia más estrecha sobre la tecnología de la información y el uso y abuso que se hace de ella en las sociedades contemporáneas. Este grupo ha organizado protestas en contra de las pruebas nucleares francesas y en contra del uso de datos biométricos en los pasaportes. Pero hay otros miembros del mismo grupo que, bajo el liderazgo de Karl Koch, fueron detenidos bajo la acusación de ciberespionaje a finales de los años ochenta, pues se habían llevado material procedente de ordenadores empresariales y gubernamentales de Estados Unidos, y se los habían pasado al KGB.

Ésa no era nuestra manera de trabajar. Admirábamos la potencia de los cerebros agrupados allí, y apoyábamos sus esfuerzos por cuestionar el modo en que se utilizaba la información. Pero WikiLeaks no fue nunca una organización dispuesta a hacer campaña a favor de una ideología en particular ni tampoco partidaria de ayudar a un país en su enfrentamiento contra otros. Nuestra organización tiene unas miras muy amplias y nuestros enemigos son, en todos los casos, y en todas partes, los enemigos de la verdad. Nunca actuábamos de manera compasiva cuando nos enfrentábamos a la obra de los servicios de seguridad y a los gobiernos (hecho que provocó mucha hostilidad contra nosotros por nuestra negativa a alterar los documentos que filtrábamos); pensábamos sencillamente que era la historia la que juzgaría qué cosa estaba a favor del «interés público» y qué no lo estaba. Teníamos intención de seguir utilizando nuestros criterios editoriales, pero no deseábamos hacer como la mayoría de las organizaciones mediáticas: ser los censores de los contenidos en nombre de los gobiernos y los intereses económicos. Era nuestra voluntad seguir revelando aquello que en nuestra opinión jamás debería haber sido mantenido en secreto; era tarea de otros sacar las consecuencias. Casi siempre, nuestros esfuerzos iban a conducirnos a meter la cabeza en la boca de lobo de los intereses personales de unos u otros.

Y, ahora que viene a cuento, me referiré a lo que pasó con el asunto del grupo bancario suizo Julius Baer. Incluso en plena época de crisis del sistema bancario, esta institución financiera fue acusada de malas prácticas gracias a que en enero de 2008 difundimos importantes revelaciones sobre sus actividades. Julius Baer es el mayor de los bancos suizos, y tiene fondos de inversión domiciliados en las Islas Caimán. Nos facilitaron pruebas que demostraban que esos fondos eran utilizados para ocultar activos y minimizar el pago de impuestos, incluso para casos de evasión fiscal. Parecía ser una información de interés público y decidimos revelar qué hacía ese banco y en qué medida estaba haciéndolo. Justo en el momento en que íbamos a publicar ese material nos llegó un aviso legal remitido por unos abogados que ni siquiera quisieron decir quiénes eran sus clientes, aunque en potencia parecía tratarse de la banca Julius Baer. Este bufete de abogados, la firma Ludley & Sanger, tiene sede en Hollywood y representa a gente como Céline Dion y Arnold Schwarzenegger, y se especializa en evitar que se publique cualquier tipo de información crítica. Son muy agresivos y su actitud era muy dura. Lanzaron diversas amenazas contra nosotros, nos recordaron la existencia de leyes de secreto bancario en las Islas Caimán y en Suiza; en general, todo eran bobadas, pero nuestro abogado nos dijo que esa gente era demasiado poderosa para meterse con ellos, que estaban demasiado bien relacionados, que eran demasiado ricos, que no se detendrían ante nada, que todo aquel asunto era excesivamente tenebroso. Respondí a nuestro asesor que seguiríamos adelante con nuestros planes de publicación, que habíamos establecido ciertos principios en relación con la censura, y que pensábamos atenernos a ellos. Habíamos prometido que si nos llegaban buenos materiales de cualesquiera fuentes, los íbamos a publicar, y que no seríamos nosotros los censores, ni aceptaríamos censura de nadie. Eso era lo que nos dictaba nuestra tecnología, y, de hecho, también era lo que nos dictaba nuestra ética. Nuestro lema no decía que no aceptábamos la censura excepto si quien pretendía censurarnos era una persona muy rica que nos daba miedo. Yo sabía que, desde un punto de vista táctico, aquel enfrentamiento era muy complicado y potencialmente ruinoso, pero nuestros principios estaban claramente establecidos, y punto final.

Como en otros casos, aprendimos una lección enorme en tiempo real. Una red potentísima e implacable comenzó a presionarnos brutalmente. En este caso se trataba de dos ramas al unísono: Julius Baer por un lado, y los abogados norteamericanos por otro. El banco protegía una fortuna; y la firma de abogados estaba tratando de ganar otra fortuna, y unos y otros estaban dispuestos a proteger todo eso a costa de lo que fuera, pese a nuestra vulnerabilidad y a nuestra insolencia. De forma inmediata presentaron alegaciones contra nosotros ante un tribunal de San Francisco, y lo primero que hizo el juez fue revocar nuestro nombre de dominio, WikiLeaks.org, y exigió que se le informara de quién lo había registrado y desde qué

dirección. El servidor, Dinadot, se arrugó enseguida y cerró la web. Pero habíamos tendido una trampa desde hacía tiempo a nuestros potenciales enemigos cuando decidimos, como he mencionado antes, registrar el dominio en San Francisco, que es el centro de gravedad de la cultura ciberpunk, y una de las sedes principales del instinto californiano a favor del inconformismo y la libertad de expresión. Hubiesen podido demandarnos en Suiza, en Londres, pero como lo hicieron en San Francisco tuvieron que enfrentarse inmediatamente a la ira de la Unión Americana por las Libertades Civiles (la ACLU[4]), el Comité para la Defensa de la Libertad de Prensa y otras muchas organizaciones. Cuando tuvimos que presentarnos de nuevo ante los tribunales, nos acompañaban y luchaban a nuestro favor veintidós organizaciones y todo un batallón de abogados, y *The New York Times* publicaba crónicas sobre el caso a favor nuestro, y la CBS hizo público el número de IP de nuestro dominio (ya que el nombre había sido prohibido por el juez) para que la gente pudiera ponerse en contacto con nosotros («El número de la libertad de expresión», decían). En cualquier caso, ya habíamos establecido otras formas de acceder a nuestra web, por medio de links secretos y webs-espejo que creamos en su momento, a sabiendas de que podían sernos útiles en el futuro. Hay que recordar que cuando creamos nuestra web lo hicimos con la seguridad de que, tarde o temprano, nos enfrentaríamos contra las autoridades chinas y sus múltiples cortafuegos.

Ganamos por completo el caso de las alegaciones lanzadas contra nosotros por el banco Julius Baer, y esta sentencia fue vista como una victoria crucial no sólo para nosotros, sino también para todos los grupos en defensa de la Primera Enmienda en Estados Unidos. Justo antes de la apertura del caso judicial, el banco suizo tenía previsto iniciar su establecimiento con sucursales en Estados Unidos, y luego decidieron aplazar sus planes. Fue una victoria importante en la medida en que mostraba que WikiLeaks no iba a dejar a nadie a la intemperie, y no se dejaría aplastar de forma inmediata por los que tenían fondos suficientes para pagar el tipo de abogados que están dispuestos a colaborar en el aplastamiento de gente como nosotros. En ese momento la crisis de las hipotecas basura norteamericanas ya estaba en su apogeo, y Northern Rock, la institución crediticia británica, ya había quebrado. No parecía, pues, el mejor momento para que un banco privado pudiera ir a los tribunales a fin de utilizarlos para poner con el culo al aire a un grupo sin ánimo de lucro que se dedicaba a la denuncia de irregularidades.

La verdadera tragedia provocada por este incidente fue que supuso el final del trabajo que Daniel Mathews había hecho para WikiLeaks. El nombre de Dan aparecía en un montón de papeles diversos, y Julius Baer andaba en pos de cualquier persona a la que poder llevar a los tribunales. Una tarde, cuando trabajaba en su despacho de la Universidad de Stanford, corrigiendo trabajos de sus alumnos, un tipo se coló allí con una montaña de papeles y la depositó sobre la mesa. Dan me dijo luego que en un

primer momento pensó que jamás había visto un trabajo estudiantil tan voluminoso, pero en realidad se trataba de una citación judicial. Dan se asustó mucho, y terminó decidiendo que lo mejor sería centrarse en su carrera como profesor universitario. Actualmente trabaja como adjunto a la cátedra de otra universidad de Estados Unidos, pero es un hombre magnífico y siempre tendré un enorme aprecio por su amistad y su apoyo.

El tipo que nos proporcionó los materiales sobre Julius Baer, Rudolf Elmer, pretendía que le despidiesen, y fue objeto de una multa de 7.500 euros. Luego dijo que quería convocar una rueda de prensa en la que me entregaría personalmente, y a la vista de todos, un par de CD llenos de datos sobre el banco. Hicimos esa rueda de prensa, y parecía que aquello sólo iba a causarle más problemas, pero ¿quién puede decir qué era lo que contenían esos dos CD? No se puede juzgar a nadie por entregar a otra persona un par de CD sin grabar. Para eso se necesitaría demostrar cuál era su contenido. Denegabilidad es algo más que una simple palabra; para nosotros es una forma de vida y un programa de acción. Ya nos habían amenazado antes muy seriamente; por ejemplo, la Iglesia de la Cienciología. Y siempre tratamos de premiar a quienes nos torturan, haciendo nuevas revelaciones sobre ellos.

Los abogados tienden con frecuencia a comportarse como ladrones, sobre todo los buenos. Y emprender acciones legales contra nosotros es utilizado por muchos como objeto contundente con el que hacernos la disección. Dicen que somos una hidra de mil cabezas: le cortas una, y en otro lado aparece otra cabeza. Lo cual no hace más que mostrar el carácter irreprimible del ansia de verdad que tiene mucha gente, y lo mucho que me gusta meterme en líos. Con el paso del tiempo nos enfrentaríamos a litigios que me parecieron terriblemente siniestros; pleitos tengas y los ganes, como suele decirse, pero quienes trataron de conseguir una prohibición legal que impidiera que WikiLeaks siguiese actuando se encontraron en la misma situación que el rey Canuto, que promulgó una ley que ordenaba al oleaje que se retirase de la costa, y al final las olas no le hicieron ningún caso y terminaron mojándole los pies.

En ocasiones, no obstante, hemos visto casos en los que la interposición de acciones legales ha acabado enloqueciendo a quienes actuaban animados por una buena causa ética, y provocando tal miedo que al primer envite la gente se rendía. A finales de 2008 nos dimos cuenta de que las webs de *The Guardian* y del *Observer* habían retirado ocho crónicas que hablaban de Nadhmi Auchi, un multimillonario iraquí-británico cuyo banco, el BNP-Paribas, era la única institución que recibía miles de millones de dólares del programa «petróleo por alimentos» creado durante el régimen de Saddam Hussein. En 2004 Auchi fue objeto de un informe del inspector general del Pentágono sobre licencias para explotación de telecomunicaciones. Y antes incluso, en 2003, fue extraditado de Gran Bretaña a Francia y condenado por el

pago de sobornos multimillonarios al gobierno de Kuwait a cuenta de la venta de activos. Un periodista del *New Statesman*, Martin Bright, denunció en 2008 que la web de los periódicos *The Guardian/Observer* había cedido ante la fuerza de la presión legal ejercida por Auchi. Según informó este periodista, «se vieron obligados a retirar seis artículos que hablaban de Nadhmi Auchi, el negociante iraquí condenado en Francia por fraude en el año 2003. Auchi está en pie de guerra desde que su nombre se relacionó con el de Tony Rezko, un administrador de fondos con sede en Illinois que actualmente está siendo juzgado en Estados Unidos, y que fue uno de los primeros que contribuyó con dinero en la campaña presidencial de Barack Obama. En el Reino Unido, *The Times* sigue esta historia con notable tenacidad». La primera vez que Bright escribió estas palabras en su blog, enumeró los seis textos periodísticos que habían sido suprimidos por la censura y retirados de la web de *The Guardian/Observer* como consecuencia de los esfuerzos legales llevados a cabo por los abogados de Auchi. En ese momento, dando un nuevo giro kafkiano a todo este asunto, el blog de Bright en la web del *New Statesman* fue a su vez víctima del largo brazo judicial de Auchi, que consiguió que Bright eliminara los títulos de los artículos censurados y tuviera que corregir su propio texto. Toda esta historia pone de relieve la naturaleza barroca del miedo que siente la prensa convencional frente a los poderosos. Cuando WikiLeaks publicó una información completa sobre todo este asunto, y el *New Statesman* quiso poner un link a nuestra crónica, la firma de abogados Carter-Ruck remitió una carta a la revista británica.

A finales de 2008 estábamos sumergidos bajo una oleada de documentos filtrados que nos enviaban desde todos los rincones del mundo. Nos llegaban nuevos materiales todos los días, y en buena parte nos obligaban a realizar investigaciones y a escribir comentarios acerca de ellos, antes de proceder a su publicación. Si hubiésemos sido un diario o una radio o televisión, habríamos necesitado del equipo de investigación más atareado del mundo, y no hubiésemos parado de publicar montones de historias exclusivas. Pero WikiLeaks no ha sido nunca ni el propietario de nada ni un motor mercantil. Debo admitir, sin embargo, que con frecuencia el interés publicitario parece ser la única vara de medir del interés que tiene la publicación de una historia. Nosotros no pretendíamos ganar dinero, sino que queríamos tender lazos con las organizaciones mediáticas capaces de someter las historias que publicábamos al escrutinio de un equipo de periodistas y a una red de difusión. Y estas organizaciones mediáticas entendieron su tarea en términos comerciales, horas de cierre y exclusivas. En esa época nosotros estábamos tratando de aprender a trabajar con esas realidades sin permitir que nuestra web dejara de ser fiel a sí misma.

Nos llegaba, como he dicho, un auténtico aluvión de historias por todas partes. A finales de 2008 difundimos la lista de miembros del National Party británico, una

organización neofascista que defiende la idea de que Gran Bretaña debe ser sólo para los blancos. Pese a tener esta clase de ideas, entre sus miembros había policías, militares y empleados del gobierno; gente cuyo deber moral y profesional consiste en estar al servicio de todos los ciudadanos británicos, sea cual sea su raza. Luego, en diciembre, sacamos un informe suscrito por la autoridad de la Comisión Sudafricana para la Competencia, que denunciaba actuaciones propias de un cártel entre los grandes bancos de la república. En el informe se habían eliminado algunas de las principales secciones, supuestamente con la intención de proteger datos sensibles desde un punto de vista comercial; nosotros publicamos el informe completo. Veamos un ejemplo de esas informaciones «sensibles desde un punto de vista comercial»: «Resulta evidente que ABSA no trasladó a sus clientes, en forma de reducción de precios, estos ahorros de coste unitario, o no lo hizo de forma significativa. En lugar de hacerlo, prefirió quedarse la mayor parte de esos ahorros para convertirlos en beneficios». Dos meses más tarde dimos a la luz pública 6.700 informes escritos por congresistas norteamericanos de forma privada en los que cada uno de ellos mostraba de forma clara cuáles eran sus auténticas preocupaciones y cuáles sus fuentes de información. No son textos clasificados, pero sólo son accesibles para los propios congresistas, los cuales deciden difundirlos sólo si sirven a sus propios fines políticos, en lugar de hacerlo cuando la información que contienen resulta embarazosa o dañina para el gobierno, aunque sea de gran utilidad pública. Al difundirlos, quisimos que los votantes norteamericanos tuvieran la oportunidad de valorar la actuación de sus representantes electos contrastándola con la información de la que disponen. No nos guiaba ninguna clase de cálculo político, sino el interés público de los documentos. En una serie de posts, publicamos los e-mails de Sarah Palin, a fin de subrayar el hecho de que se dedicaba a realizar actividades políticas a través de una dirección privada de correo electrónico, evidentemente para no tener que cumplir con la regla que obliga a los representantes del pueblo a guardar copias de sus mensajes en un registro público. Paralelamente, durante todos estos meses participamos en numerosas conferencias mundiales sobre la libertad de expresión en relación con el trabajo informativo, tratando así de difundir nuestras ideas y conseguir apoyos.

Para entonces yo vivía siempre de prestado en la habitación para invitados de muy diversas viviendas. No tenía coche ni casa propios. Apenas veía a mi familia. No tenía dinero y poseía sólo un par de zapatos. Todo lo cual me parecía la mar de bien y no era tema de discusión. Poseía unos cuantos libros, una maquinilla de afeitar y un par de portátiles. Me cortaban el pelo los amigos, muchas veces mientras yo seguía trabajando, y por fortuna, en todo lo relativo al equipo y los costes generales, siempre aparecía alguien dispuesto a sacar su tarjeta de crédito y emplearla a favor de los asuntos que le apasionaban. Desde su primer día de existencia, WikiLeaks ha vivido

en la precariedad, y seguramente así seguirá siempre; funciona a partir del principio de que es una organización sin ánimo de lucro, y, francamente, el trabajo es obsesivo, y lo fue en cuanto vimos cuánta gente tenía montones de cosas que denunciar.

Supuse que el año 2009 sería el principio de una serie de años de gran actividad. Mejorábamos cada día nuestra técnica de trabajo, y ahora el mundo se había puesto a escuchar todo cuanto pudiéramos difundir. Íbamos refinando poco a poco nuestros métodos, provocando el cabreo de gigantes cada vez más enormes y temibles, así que empecé a pensar que sería fantástico encontrar un refugio seguro donde establecernos y trabajar tranquilos. Por fuerza tenía que haber en el mundo un lugar aislado donde reinara la libertad de expresión, un lugar que, dentro del mundo en general, fuese un país opuesto a la censura. Durante una primera época creímos que lo mejor sería establecer esa base en África, pero resultaba complicado en exceso, y desde un punto de vista práctico era obvio que allí la temperatura era demasiado elevada para albergar adecuadamente los servidores. Entonces, ¿qué tal la idea de sitios como Suecia, Islandia, Irlanda, o algún otro país que fuera un nuevo Xanadú de la verdad? Tal vez no era muy buena idea seguir siendo un sempiterno mochilero. O tal vez sí fuera eso lo mejor, lo necesario, dado que nuestra organización a la hora de trabajar se basaba en una jerarquía de carencias. En esa misma línea de pensamiento, al comienzo de este período sísmico, me estaba convirtiendo en mi propio fantasma, un autor responsable de escribir la verdad acerca de mí mismo, al tiempo que el mundo andaba ocupadísimo en la tarea de convertirme en algo que yo no era.

10

ISLANDIA

La historia del periodismo es la historia de las filtraciones. Sólo en la ficción ocurre que todo lo que pasa tiene un testigo que lo ve, el protagonista mismo de esa historia. En el mundo del periodismo es frecuente que el testigo esté ausente, de modo que tenemos que basarnos en las crónicas de la verdad que utilizan las declaraciones de los testigos como parte de la escena. En muchos casos, el buen periodismo se basa en testimonios de quienes no estaban allí donde las cosas sucedían pero que, de forma anónima o dando su nombre, filtran lo que saben. A menudo olvidamos que el periodismo corriente trabaja sobre la base de las filtraciones, y en un grado extraordinario. «De acuerdo con documentación a la que ha tenido acceso *The Washington Post*...» «Según declaraciones hechas ayer por un alto funcionario que prefirió ocultar su nombre...» «Fuentes próximas a esa personalidad afirman...» «Informaciones recibidas por *The Daily Telegraph* indican...» La verdad no llega de la mano de un único espía que nos la cuenta a nosotros, sino que con frecuencia aparece de la forma más intempestiva, o encubierta, o a través de una fuente ciega, y siempre ha sido así en la historia del periodismo. Recopilamos aquello que vemos nosotros mismos, pero también todo aquello que han visto otros y que se encuentra más allá del alcance de nuestros ojos.

De la mano de un colega de confianza, Ron Gonggrijp —fundador de una de las primeras empresas de proveedores de servicios de internet de los Países Bajos, y organizador de una veterana conferencia sobre hackers que se celebra en Amsterdam —, acepté la invitación a participar en la conferencia organizada por la asociación Hack in the Box (HITB) sobre la seguridad de los hackers que debía celebrarse en Malasia en octubre de 2009. Muchos de los participantes eran gente politizada y colaboraban activamente en los movimientos que exigían reformas en ese país. El gobierno de Mahathir, el líder del partido Barisan Nasional, llevaba un tiempo viéndose acosado por la oposición y la exigencia de cambios bajo la dirección de Anuar Ibrahim, del partido de la Justicia Popular. Como ministro de Hacienda, este mismo Ibrahim había conseguido sacar a Malasia de la anterior crisis financiera, y la revista *Newsweek* le había elegido «Asiático del Año» en 1998. Cuando nosotros llegamos a Kuala Lumpur, las cosas habían cambiado mucho para este líder político. Criticó duramente al primer ministro y fue condenado a seis años de cárcel, acusado de corrupción, y había una campaña de difamación constante que le acusaba de implicación en asuntos sexuales. Cuando salió de la cárcel, Ibrahim fue durante un tiempo asesor del Banco Mundial y catedrático del St. Anthony’s College de la Universidad de Oxford, y en la universidad norteamericana Johns Hopkins, entre

otras instituciones. Después de ese período regresó a Malasia y ganó por aclamación las elecciones parlamentarias de 2008.

El discurso que pronuncié en la conferencia de Hack in the Box se centró en la historia de las filtraciones no autorizadas en los medios de comunicación. Como decía al principio, creo que esto constituye la columna vertebral del periodismo. Siempre me sorprende que quienes critican a WikiLeaks afirmen que nosotros no estamos al servicio de los intereses periodísticos. Y me sorprende porque, sea lo que sea lo que pueda decirse acerca de nuestro trabajo, en gran parte lo que hacemos es en cierto sentido muy obvio, algo que está dentro de la tradición de este oficio. Lo que tratamos de hacer es sencillamente sacar a la luz asuntos que ciertos poderes preferirían que permaneciesen en la sombra. Es el lema que hubiese suscrito el diario *The Times* cuando realizó su cobertura de la guerra de Crimea. Fue el lema silencioso de *The Washington Post* durante el caso Watergate. Además, siempre he defendido que WikiLeaks debería ser una organización que trabajara asociada con los periódicos y medios establecidos, y no con intención de reemplazarlos o volverles la espalda. En esa conferencia a la que estoy refiriéndome señalé que en algún momento del futuro podía llegar a producirse la aparición de un «botón WikiLeaks» en todas las webs de las principales organizaciones de noticias, para que fuera empleado por personas en posesión de algún tipo de información. Nosotros podíamos hacernos responsables de la carga que supone la protección de las fuentes y de su defensa ante toda clase de imputaciones legales —nuestras especialidades, por así decirlo—, mientras que la organización informativa se responsabilizaba de escribir las historias y los comentarios generados por cada filtración. Ésta fue siempre nuestra idea rectora, y aunque en los años que siguieron nuestra organización acabó convirtiéndose en el blanco de muchas actitudes histéricas, volveremos a nuestros orígenes y lo haremos a pesar de que hayan aparecido otras organizaciones que, trabajando a partir de nuestras ideas, digan que lo que ellas hacen es una novedad. OpenLeaks.org utiliza ahora este concepto con el propósito de darle un golpe bajo a WikiLeaks, con lo que ha generado un desdichado jueguecito infantil que no beneficia a nadie. Permítaseme decirlo aquí de forma bien clara: en 2009, en la conferencia que di en Malasia, ya expuse la idea de la cooperación con los medios.

Era interesante ver de qué manera combinaban sus fuerzas estas dos culturas parciales en la vida moderna. Así como el mundo de los hackers en Europa o en Australia lo constituyen los hijos de las clases media y trabajadora, en Asia es más frecuente que quienes se dedican a estas actividades formen parte de alguna élite social. Pero en Malasia los grupos reformistas desean el progreso para su país, quieren que se fomente la diversidad lingüística y étnica en los niveles principales de su sociedad, rompiendo de esta manera el rígido reparto racial de la política nacional. Justo antes de nuestra llegada parecía estar produciéndose en Malasia un nuevo

fenómeno: el apoyo que tenía el antiguo régimen comenzaba a menguar. En las elecciones de 2008 los antiguos partidos obtuvieron menos de la mayoría de dos tercios exigida por la ley para que puedan hacerse enmiendas a la Constitución, y eso era algo que no ocurría desde 1969. Las elecciones parciales que se celebrarían a lo largo de 2009 podían servir para iniciar un cambio de tendencia radical para el futuro del país. Una de esas elecciones parciales se celebraba, en el momento de nuestra llegada a la capital, en Bagan Pinang, una circunscripción situada noventa kilómetros al sur de Kuala Lumpur. Cuando terminó la conferencia, y como miembros de WikiLeaks, visitamos diversos lugares para dar charlas y mantener encuentros con políticos. Uno de los pocos parlamentarios de raza hindú integrado en el partido de Acción Democrática, formado en su gran mayoría por gente de origen chino-malasio, nos llevó a una plantación de caucho abandonada. Allí conocimos a trabajadores de origen hindú que habían nacido, crecido y trabajado en esa zona desde hacía tres generaciones. Ellos nos mostraron los panfletos que les habían distribuido representantes del partido en el gobierno, junto con dinero de soborno con el que suponían que iban a comprarles el voto. A pesar de esta prueba evidente de la corrupción endémica en el sistema político de Malasia, y pese a que el partido gobernante no tenía la menor intención de ayudarles a mejorar sus condiciones de vida, aquella gente no tenía actitudes morosas, fatalistas ni derrotadas de antemano.

Conocí personalmente a Anuar Ibrahim, y Ron y yo nos vimos inmersos enseguida en la dinámica de la política de Malasia. Daba vértigo comprobar con qué rapidez se escurría bajo nuestros pies la arena que pisábamos... Era en cierto modo un anticipo de lo que apenas dos años más tarde veríamos ocurrir en Egipto, Túnez y Libia, pero ya llegaremos a eso un poco más adelante. Ibrahim parecía capaz de tener el dedo apoyado en el punto donde latía el pulso del cambio, y sin embargo necesitaba apoyo, información, y alguien que le asesorase sobre cómo difundir sus ideas y sus actividades. WikiLeaks había ayudado a difundir con amplitud un documento muy sensible acerca de la muerte de Altantuya Shaariibuu, una mujer de Mongolia que fue víctima de una explosión ocurrida cerca de Kuala Lumpur en 2006. El documento contenía acusaciones muy graves acerca de las circunstancias de su muerte.

De hecho, el documento era una declaración jurada, firmada por Raja Petra, el director de *Malaysia Today*, una web de la oposición política.

Petra había recibido de las autoridades amenazas tan serias que, tras librarse de dos órdenes de detención, la web tuvo que trasladar su sede a Singapur y Estados Unidos. Entretanto, el asunto de la muerte de Shaariibuu era un asunto que quemaba tanto al gobierno que prácticamente no se podía ni hablar de él en Malasia. Cualquier mención del caso en un mitin provocaba que la policía entrara sin contemplaciones en donde se estaba produciendo la reunión. Es un hecho que me gusta mencionar a

quienes piensan que la mera difusión de un solo documento no puede producir ninguna clase de influencia.

Le dije a Ibrahim que esa filtración era un arma potente. La manera en que el gobierno estaba reaccionando demostraba que las autoridades tenían un talón de Aquiles: su miedo infinito a las reformas, y el hecho paralelo de que no sabían cómo resistirse a la presión de los reformistas. Este movimiento lanzaba campañas de prensa que eran meramente una reacción frente a los abusos del gobierno, y nosotros les aconsejamos que se lanzaran al ataque sin esperar nada. Les dijimos que se adelantaran a la línea de propaganda emprendida desde los medios gubernamentales, ya que estaba claro que el gobierno tenía una voz muy fuerte pero un alma muy débil. Entonces les proporcionamos materiales para permitirles tomar la iniciativa. Ibrahim, por cierto, representaba una llamada al cambio hacia un sistema político realmente laico. Su partido estaba recibiendo el apoyo de Estados Unidos, lo cual nos posibilitaría tapar la boca de quienes decían que WikiLeaks siempre mantiene una línea antinorteamericana. Al igual que en algunos de los levantamientos que iban a tener lugar en países de Oriente Próximo, en el caso de Malasia se trataba de un enfrentamiento limpio, y en él la administración americana apoyaba al caballo adecuado, sin haber tonteado previamente con el régimen sometido a críticas, a diferencia de lo que se hizo con Mubarak, por ejemplo. Además, Ibrahim proyectaba una imagen simpática. Entre otras cosas, se había pasado los seis años de cárcel leyendo a Shakespeare. Si sabes que alguien ha estudiado todos los días de un número tan prolongado de años a Julio César y a Otelo, puedes confiar en que se trata de una persona que conoce a fondo la naturaleza humana. Dedicamos muchas horas de esos días a discutir ideas con los reformistas y escribiendo algunos informes. Era una tarea peligrosa. Una noche habíamos salido de la sede central del partido reformista y paseábamos por una calle secundaria llena de comercios y cafés, cuando de repente saltó sobre nosotros un tipo que nos mostró un carnet. Al principio pensé que se trataba de un vendedor ambulante o algo así, pero era un miembro de la policía secreta. Me pidió que le mostrara mi documentación, le dije que tenía que ir a buscarla al coche, y mientras nos dirigíamos hacia allí conseguí enviar un mensaje a nuestros amigos de la oposición. Al policía le había dicho que yo era periodista y que eso era todo lo que pensaba decirle. En pocos minutos llegaron nuestros amigos, y me libraron del policía.

Finalmente, el partido gubernamental logró conservar el escaño de Bagan Pinang, pero los opositores estaban seguros de que esa batalla no era importante, sino sólo una parte de una guerra a largo plazo que el partido Barisan Nasional terminaría perdiendo. Desde luego, nuestros amigos de *Malaysia Today* no se agobiaron por la derrota en esa circunscripción, sino que miraban hacia el horizonte futuro: «Desde que se celebraron las duodécimas elecciones generales, con su carácter épico, hemos

visto que comenzaba a producirse una recomposición del paisaje político. En Malasia, la apatía política del ciudadano medio, provocada por la tediosa regularidad de las victorias con que el Barisan Nasional arrasaba normalmente, se está viendo reemplazada por una actitud de interés por las elecciones, y sobre todo con la mira puesta en las próximas elecciones generales».

Hacíamos tal cantidad de trabajos diferentes, y los llevábamos a cabo con recursos tan escasos, que comencé a pensar que se hacía necesario consolidar la organización, darle una sede establecida. Cuando se trata de WikiLeaks, eso de una sede establecida no es nada fácil de montar: tenemos servidores activos que operan desde localizaciones secretas en todo el mundo; tenemos una red de personal y de contactos, gente que en su mayoría prefiere permanecer en el anonimato, y a los que jamás se debería poder encontrar en el mismo sitio al mismo tiempo. WikiLeaks era muy diferente de todas las demás organizaciones mediáticas: nunca tendríamos una sala para recibir visitas con su máquina de café incluida; nunca tendríamos vacaciones pagadas ni equipo de investigación. La gente a veces parece pensar que vivo con la mochila a cuestas porque soy un tío raro. De hecho, es la naturaleza misma del trabajo y la realidad de la organización lo que me obliga a esta forma de vida nómada y agotadora. Hemos ido de acá para allá para librarnos de las restricciones legales que se pretendían imponer a nuestra actividad, y buscando lugares desde los que poder trabajar. El lector debe creerme si afirmo que no hay nada más agradable que disponer de un juego de toallas limpias y de una mesa pertrechada con buena comida y con un montón de amigos para compartirla. Lo de las máquinas de café me encanta. Pero si pretendíamos seguir haciendo correctamente nuestro trabajo, y plantarles cara a los poderosos que al verse amenazados se lanzan a perseguirnos, todas esas cosas tan agradables no estaban a nuestro alcance de manera estable. Nuestra única esperanza era la de encontrar un sitio, algún día, en algún lugar, en donde no hubiese la tendencia a lanzarse a la caza de las personas cuyo trabajo consiste en conquistar la justicia.

En mi opinión, cada aspecto de nuestro trabajo está íntimamente vinculado a todos los demás, y para nosotros es lo mismo poner al descubierto a una empresa que esconde dinero o activos que denunciar al gobierno que oculta a personas en Guantánamo. Quienes perpetran estos dos tipos de actos son unos delincuentes que a menudo actúan con el consentimiento de las autoridades, tanto si esconden dinero como si esconden a personas y lo hacen fuera del marco legal, por lo general en jurisdicciones secretas. Podemos llegar a la extenuación, y con frecuencia es así, revelando pruebas de esta clase de actividades; pero en ocasiones tratamos de mostrar, llegados a cierto punto, que es el conjunto de actividades y la propia jurisdicción lo que resulta corrupto de manera intrínseca. Lo cual equivale a decir que, por ejemplo, las Islas Caimán deberían ser sometidas a una intensa investigación

de sus actividades bancarias basadas en la extraterritorialidad, y lo mismo para todo el montaje de la prisión de la bahía de Guantánamo como refugio que permite que se abuse a mansalva de los derechos humanos tal como los entienden las sociedades civilizadas.

Veamos qué ocurriría si invirtiéramos esta manera de pensar. ¿Y si tomáramos la decisión de crear en el mundo lugares que fuesen un refugio para las actividades que tratan de poner al descubierto tanto secretismo? En todos los países donde hemos trabajado hemos comprobado la existencia de personas y organismos que viven sometidos a la amenaza permanente, legal o física, por parte de los poderosos. Tanto si hablamos de Raja Petra, el editor de Malasia, que tuvo que huir de las autoridades de su país, como de la Asociación Norteamericana de Propietarios de Hogares, que tuvo que buscar el refugio que le proporcionó una ISP de Suecia para sobrevivir a las actuaciones judiciales lanzadas en su contra por los promotores de viviendas, o si hablamos de los grupos reformistas que actúan en Rusia, o del enorme número de individuos que están siendo perseguidos con saña por la capacidad de la Iglesia de la Cienciología de lanzar en todas partes litigios contra ellos… todos encontrarían la paz, o al menos un juicio justo, si existiera un refugio dedicado a la transparencia y al juego limpio. Tal como yo lo veo, en el mundo moderno hay una nueva clase de refugiado: a veces una persona, otras un grupo, que tienen que huir de los ricos o de las autoridades, poderosos de diversos tipos que estaban dispuestos a destruirles por haberse atrevido a contar la verdad. Sabemos, gracias a la actividad de Amnistía Internacional o del PEN Club, que con frecuencia estas personas son escritores, periodistas, editores. Pero también son a veces grupos que defienden los derechos humanos, abogados, librepensadores, o sencillamente personas corrientes, nuestros vecinos. Empecé a pensar entonces, y con la máxima seriedad, que la respuesta a esta clase de situaciones y necesidades sería la creación de un lugar que sirviese no de refugio de los secretos, sino de la transparencia.

Ese lugar sería también un refugio para el periodismo, un sitio en donde poder proteger a las fuentes como parte del funcionamiento del propio sistema judicial. En un lugar así la libertad de prensa debía formar parte de la tradición y la esencia de su política. Las libertades necesarias e implícitas en internet formarían parte del éter, y la norma debería ser la libertad frente a toda clase de persecuciones legales. Comencé a tener una visión de ese refugio: una zona políticamente independiente, un lugar donde poder dejar de huir, un sitio donde los que denuncian la corrupción y las injusticias no fuesen vistos como enemigos de la sociedad, sino como héroes, en donde hubiese asesores legales gratuitos y numerosos, y donde hubiese un acceso universal a internet. Era como un nirvana, y llegó un momento en que me di cuenta de que su nombre no era ése. Ese sitio existía y se llamaba Islandia.

En verano de 2009 filtramos una copia de la cartera crediticia del banco

Kaupthing. Ese documento revelaba los detalles de todos y cada uno de los préstamos por cantidades superiores a los 45 millones de euros que este banco islandés había realizado. Kaupthing era el mayor banco de Islandia y con la crisis financiera de finales de 2008 cayó en picado hasta el punto de que al final resultó ser insolvente. «Piensa más allá» era el lema del banco y, al parecer, muchos prestatarios se lo habían tomado al pie de la letra. Muchos de esos prestatarios eran gente de la misma organización y, aunque los préstamos concedidos eran de cantidades astronómicas, en su mayor parte carecían de garantías. Kaupthing prestó 791,2 millones de euros a Exista HF, una empresa que era la propietaria del propio banco Kaupthing. De acuerdo con el documento que filtramos, «la mayor parte de los préstamos concedidos [a Exista HF] no estaban asegurados ni tenían garantías». También este mismo banco hizo un préstamo a su cuarto principal accionista, a fin de que con esa suma pudiese comprar más acciones de Kaupthing, ¡y la única garantía que se le exigió fue que pusiese sus acciones en esa misma entidad como respaldo para el préstamo! Un número muy pequeño de individuos se enriqueció con estos préstamos, aunque se trataba siempre de dinero que sólo existía sobre el papel, y sería el pueblo de Islandia el que finalmente tendría que pagar todo el pato. Los hermanos Ágúst y Lýd¯ur Gud¯mundsson, y empresas propiedad de ambos, recibieron préstamos que sumaban en total 300.000 millones de coronas islandesas, el equivalente de 1.600 millones de euros. Robert Tchenguiz, miembro del consejo de Exista HF, recibió préstamos por valor de 330.000 millones de coronas. No le sorprenderá al lector saber que, en Islandia y otros países, han sido detenidos algunos de los dirigentes del banco tras el hundimiento de todo el sistema bancario de ese país.

Veinticuatro horas después de haber difundido este documento, WikiLeaks ya había sido objeto de una amenaza legal por parte de los abogados del banco Kaupthing. Decían que nosotros, y nuestra fuente, podíamos enfrentarnos a un año de prisión en aplicación de las leyes islandesas de secreto bancario. La radiotelevisión pública de Islandia, RUV, había preparado, para el telediario de las siete que iba a emitirse esa misma noche, una información de cabecera del programa en donde iban a hacer referencia a nuestra filtración. Pero a las 18.55, como si fuese una película de Hollywood, la emisora estatal recibió una orden judicial conminatoria. Jamás en toda la historia de la RUV se había recibido nada parecido justo en el último momento antes de una emisión. El conductor del telediario reaccionó fríamente. Acababan de quedarse sin su principal historia de la noche, y ante la cámara en directo explicó que no iban a poder ofrecer a sus espectadores todas las noticias, y añadió que un amplio documento que mostraba la inmensa cartera crediticia del banco Kaupthing había sido objeto de una filtración. Siguió diciendo que aquel listado había sido preparado apenas tres semanas antes de que el banco quebrara. No les podemos contar esta historia, dijo, pero hay una organización que sí ha podido hacerlo. En ese momento

apareció, a toda pantalla, el logo de WikiLeaks, y allí siguió durante varios minutos, todos los que aquel telediario había pensado dedicar a la información que no podía dar por culpa de la orden judicial.

A partir de ese momento muchísimos ciudadanos de Islandia entraron en WikiLeaks. Pudieron enterarse de todo a través de nosotros, e hicieron lo que hay que hacer en mi opinión en todos estos casos: estimulados por la información que estábamos dando, muchos de ellos se convirtieron en periodistas de investigación, completando detalles y comprobándolos de manera personal. Habíamos contribuido a que Islandia viera con sus propios ojos una parte de las actuaciones corruptas que habían conducido al hundimiento de su economía, y aprovecharon la oportunidad que les habíamos ofrecido. A menudo somos arrogantes; y a menudo dicen de mí que soy arrogante: será que lo soy. Había que ser arrogante para resistirse a tantas flechas y pedradas como estaban lanzándome, incluso en ocasiones en las que no me había hecho merecedor de tales ataques. En cualquier caso, el tipo de trabajo al que nos dedicamos no ofrece muchas oportunidades para la petulancia. Tan pronto como has revelado una pequeña historia de corrupción, atacado a un banco o servido en bandeja a un dictador para que le ataquen y critiquen sus víctimas, todo el peso del poder recae sobre ti. Sin embargo, el caso de Islandia sí nos ofreció un momento excepcional en el que pudimos presumir de lo que habíamos hecho. Los ciudadanos odiaban a todos esos banqueros corruptos, tenían ganas de tirarles huevos podridos a la cabeza. En la prensa se había podido leer que el pueblo islandés se había mostrado históricamente como un pueblo muy pasivo, que carecían de rebeliones en su historia, pero que tal vez había llegado la hora de levantarse por vez primera contra lo que un comentarista calificó de «amiguismo y nepotismo».

En diciembre de 2009 se celebraba en ese país una conferencia en torno al tema de la libertad digital, y me habían invitado a dar una charla. A partir del momento en que me llegó la invitación comencé a darle vueltas a la idea de que debíamos hacer lo que fuese para animar a los islandeses a convertir su país en el refugio de la libertad de expresión que tantísimo necesitaba el mundo entero. Las condiciones que Islandia ofrecía eran casi perfectas: era un país que estaba a punto de forzar el cambio, tras haber emergido después de una crisis bancaria devastadora; tenía una fuerza de trabajo muy formada; su ciudadanía era la más conectada a través de internet de todo el mundo occidental; se encontraba en un lugar equidistante entre Europa y Estados Unidos; disponía de la energía más barata de toda Europa (geotérmica e hidroeléctrica, completamente verde), circunstancia especialmente importante cuando tienes que tener en funcionamiento cientos de ordenadores; y era un país de bajas temperaturas ambientales, cosa muy notable para los sistema de aire acondicionado que permiten a los servidores trabajar tranquilamente. Poseía, además, una notable tradición de libertad de expresión y, hasta el momento en que estalló la burbuja

financiera, la organización Reporteros sin Fronteras le había dado la máxima calificación en su índice del grado de libertad, junto con Luxemburgo y Noruega. Islandia también resultaba un país estimulante para mi sentido del humor: como si se tratara de una extravagante parodia de los paraísos fiscales, estaba lejos del Caribe, y era una isla helada situada en el Atlántico Norte. Durante la charla mencioné todas estas circunstancias que permitían pensar en la posibilidad de que Islandia se convirtiera en el mayor refugio mundial para la libertad de expresión, el lugar natural de residencia para los editores.

Coincidí en la conferencia con Daniel Domscheit-Berg y con algunos miembros de la Asociación Islandesa en Defensa de la Libertad Digital. Se presentó un grupo de parlamentarios, entre los que se encontraba la diputada Birgitta Jonsdottir, una mujer inteligente y cordial. Desde el primer instante me pareció que ella compartía nuestro espíritu, y se mostró interesada por la idea de crear ese refugio para la libertad de expresión. Había sido elegida diputada a comienzos de 2008, y en cuanto empecé a tratar con ella comprendí que era una aliada en potencia. Podía trabajar en el mismo Parlamento a favor de nuestro proyecto del refugio para la libertad de expresión y ayudarnos a aprovechar las nuevas actitudes de los islandeses para dar impulso a ese proyecto. Hacía mucho tiempo que era una activista y era además poeta, trabajaba con músicos, tenía unos cuarenta y dos años, y su familia era famosa por ser una larga saga de trovadores en su tierra.

Ya habíamos plantado la semilla, que comenzó a desarrollarse en las mentes de los participantes en la conferencia y que captó pronto la simpatía de otros ciudadanos que apoyaban el plan. El año 2009 terminaba encontrándome muy ocupado. El 27 de diciembre me desplacé a Berlín para participar en el nuevo Congreso de Comunicación Caótica, pero tenía muchas ganas de volver cuanto antes a Islandia. Y de hecho, el 5 de enero de 2010 ya estábamos de regreso, siempre con la idea de contribuir a crear ese refugio. Trabajábamos en el proyecto trece personas: Rop Gonggrijp, Jacob Appelbaum, Daniel Domscheit-Berg, Smári McCarthy, Kristinn Hrafnsson, Birgitta y otros diputados, periodistas, activistas y universitarios que nos ofrecieron sus consejos y su experiencia online, desde los Países Bajos, Bélgica, Alemania, Hong Kong y Estados Unidos. Teníamos varias tareas por delante. Preparábamos una propuesta legislativa, y pudimos instalarnos en la llamada Casa de las Ideas, una especie de incubadora de proyectos de todo tipo, con gente con ideas y sin dinero. Trabajábamos a horas intempestivas porque había que hacer de todo: investigar, presionar personalmente a muchos diputados, tenerlo todo a punto para que, en cuanto surgiese la oportunidad, se pudiera lanzar el proyecto con grandes probabilidades de que fuese convertido en una ley sancionada por el Parlamento. Birgitta Jonsdottir hizo horas extra para sumar votos entre los diputados, y organizó reuniones con algunos de los parlamentarios más conservadores en las que hacíamos

una presentación especial del proyecto. Dar un paso así en esa clase de instancias resultaba mucho más complejo de lo que yo había imaginado originalmente, ya que suponía la modificación de no menos de trece importantes leyes islandesas. Sin embargo, a estas alturas el Parlamento de ese país ya ha votado a favor de que un equipo de funcionarios trabaje con vistas a preparar estas modificaciones legislativas, y el proceso sigue en marcha hoy en día. Tras el colapso bancario, los islandeses veían una oportunidad de recobrar la dignidad. Muchos ciudadanos y políticos pensaban sobre todo, cosa más que comprensible, en la conmoción que había sacudido al país. Muchos, precisamente por esta razón, opinaban que la creación de un refugio para los defensores y practicantes de la libertad de expresión produciría un efecto beneficioso para Islandia en el sentido de que impediría que en el futuro se reprodujese una corrupción generalizada no sólo entre los banqueros, sino también en todas las demás áreas de la vida. Confío además en que muchos comprendan que, de paso, podría tener otro efecto beneficioso para la propia estructura industrial de su país. Una de las cosas más peculiares que ocurrieron en este proceso fue que, a pesar de lo mucho que tratamos de convencerles, fueron los periodistas quienes se opusieron con mayor firmeza al proyecto. Temían que los cambios legislativos alejaran el interés general de la mala situación que ellos estaban pasando, pues la industria mediática estaba inmersa en muchos recortes de plantilla. En mi opinión, la suya era una actitud miope, aunque supongo que no debemos reprochar a la gente que no tengan en todo momento actitudes idealistas.

La idea del nacimiento de Islandia como una jurisdicción de la libertad es bellísima. Mejorará en gran medida la reputación de ese país y dará a los islandeses conciencia de su valía en el contexto mundial. Tal vez sería una buena idea que Islandia crease un premio a la libertad de expresión, que podría dar a ese país una proyección semejante a la que los premios Nobel han dado a Suecia. Con un premio así, y en el contexto de una sociedad capaz de vivir de una forma que estuviese a la altura de ese premio, los islandeses estarían ofreciendo un ejemplo para los países del mundo entero, y haría que se fijasen en Islandia las miradas internacionales. Seguimos trabajando duro con los abogados parlamentarios y con los redactores de los borradores. Este avance en el camino hacia el periodismo científico permitiría desbrozar el camino hacia la justicia, ya que gracias a él todos los aspectos de la circulación de información que conducen a desvelar la verdad podrían ser respetados y protegidos. En el mundo entero tendría efectos poderosos, supondría haber establecido un nuevo estándar, levantar una bandera que significaría que no se puede perseguir a las personas por tratar de contar la verdad. Se puede criticar, discutir lo que dicen quienes buscan la verdad, pero no deberían ser convertidos por esta razón en delincuentes ni perseguidos como tales. Espero que este proyecto se convierta en realidad antes de que transcurra mucho tiempo.

En verano de 2010 surgió otro asunto que parecía más urgente incluso, al menos en aquel momento. El sistema bancario islandés se desintegró en la primavera de 2008, cuando los excesos en los préstamos concedidos superó el monto de sus reservas. Landsbanki se hundió en octubre, y eso supuso una amenaza fatal para los ahorros por valor de seis mil millones de euros que habían sido depositados en el banco a través de Icesave, un banco online en el que habían abierto cuentas muchos ciudadanos de Gran Bretaña y los Países Bajos. El Estado islandés respondió diciendo que ese problema no era responsabilidad suya, y que los representantes de aquel Estado diminuto y ahora en bancarrota no tenían la obligación de pagar las deudas contraídas ante ciudadanos extranjeros por bancos del sector privado cuyo comportamiento no había sido nada escrupuloso. La reacción de los británicos y los holandeses fue brutal. El canciller británico, Alistair Darling, utilizó algunos artículos de la ley de Antiterrorismo, Delitos y Seguridad para congelar los activos de Landsbanki y los del Banco Central islandés, así como los del gobierno de Islandia relacionados con Landsbanki. Aunque la finalidad de esta ley era evitar que los terroristas tuvieran acceso a sus fondos, el gobierno británico la utilizó en contra de otro Estado europeo. Aquello era escandaloso. Los británicos desplegaron una gran actividad diplomática entre bastidores, utilizando mano dura sin miramientos, y se vio cómo funcionaba todavía el instinto depredador del viejo imperio. Cuando están en juego ciertas cosas, cuando la opinión pública británica siente una tremenda pasión por el asunto, tal como ocurre cuando se produce una debacle bancaria, los británicos siguen siendo muy capaces de emplear el poder puro y duro para salirse con la suya. Y en este caso recurrieron a él. Declararon públicamente que harían campaña en contra del ingreso de Islandia en la Unión Europea a no ser que se pagara a los clientes de la banca islandesa, y que presionarían al FMI para que se denegase a Islandia todo crédito que solicitara a esa institución. El Parlamento islandés trató de crear un plan de devolución de los depósitos, pero, ante la presión de la opinión pública islandesa, el presidente se negó a firmar la ley, lo cual provocó que hubiese que convocar un referéndum, de acuerdo con lo previsto por la Constitución del país. Mientras que algunos de los miembros del *establishment* político islandés pugnaban frenéticamente por llegar a alguna clase de pacto que satisficiese a los británicos, nosotros comenzamos a filtrar documentos tales como la «oferta final» que hicieron conjuntamente los gobiernos británico y neerlandés, y el que contenía la contrapropuesta islandesa. Hablé en un mitin celebrado en Reikiavik, y concentramos nuestros esfuerzos en proporcionar a la ciudadanía de Islandia la información necesaria para que todo el mundo tomase una decisión fundamentada. Al final, un 95% de los votantes decidieron que su país no debía doblegarse ante las presiones británicas, y ése fue un momento histórico, pues Islandia celebró entonces su primer referéndum desde 1944. Nuestra capacidad para actuar de forma estratégica cuando

tiene lugar un asunto tan dinámico como éste es parte de la importancia de WikiLeaks, pues podemos contribuir a forzar a los que ocupan el poder a que hagan frente a la verdad justo en el instante en que se están produciendo los acontecimientos. En aquel momento logramos publicar varios cables que demostraban que el Reino Unido había presionado a una organización llamada el Club de París —un cártel de crédito al que pertenecen las principales fuentes crediticias de los países occidentales—, a la que los británicos exigían que no proporcionara más ayuda a Islandia.

Durante 2010 tuvimos unas cuantas actuaciones muy serias en relación con Islandia, pero ese importantísimo año de 2009, el año en que comenzamos a creer posible que ese país se convirtiera el primer refugio mundial de la libertad de expresión, concluyó con un curioso recordatorio de hasta qué punto WikiLeaks se había entrelazado con el tejido mismo de la conciencia política islandesa. Se celebraba una fiesta en la embajada norteamericana de Reikiavik. A estas fiestas, los norteamericanos solían invitar a la élite política, y me colé diciendo que era el acompañante de Birgitta, quien, por cierto, no acudió al acto. Así que fui completamente solo. Esa noche me sentía de un humor excelente. Había logrado obtener una serie de documentos que revelaban que el comportamiento de Landsbanki en Rusia en los años noventa y la primera década del siglo XXI había sido bastante turbio. En el período en que se habían realizado las transacciones de las que hablaba la documentación, tres personas habían muerto; además, altos funcionarios del régimen de Putin parecían haber estado implicados en el registro de varias compañías creadas en esa época. Daba por tanto la sensación de que estábamos cada vez más cerca del momento en el que íbamos a poder forzar que se produjera una transparencia completa en todo el complejo entramado de las relaciones entre la gente de dinero y el gobierno. Una de las primeras personas que conocí en la fiesta era el ex consejero delegado del banco Kaupthing, precisamente el que me había amenazado con una condena de un año de prisión por haber difundido su registro de préstamos. No fueron unos momentos precisamente sencillos. Después hablé con el *chargé d'affaires*, al que rodeaban tres gorilas que parecían recién contratados a través de una agencia de casting. Viendo su catadura, uno no podía por menos de preguntarse qué debían de haber hecho aquellos tipos en El Salvador para terminar siendo abandonados en Islandia, en donde se pasaban el día vigilando la embajada de China. Más tarde mostré algunos de los documentos sobre el banco Landsbanki a las otras personas con las que hablé —¿por qué no?, ¿no estábamos hablando de transparencia?— y enseguida notabas que se les ponían los ojos como platos y que sus manos tan diplomáticas salían disparadas como si un resorte las obligase a arrebatarme aquellos documentos. Resulta pasmoso comprobar lo indigesta que resulta esta clase de gente, y qué poco saben del mundo con el que han de

relacionarse a fin de justificar sus salarios. Al cabo de unos meses publiqué un cable remitido por ese mismo encargado de negocios con el que estuve charlando esa noche, y se pusieron como locos, convencidos de que me las había apañado durante la fiesta para hacerme con aquel documento.

La experiencia que supuso nuestro trabajo con vistas a crear el refugio nos enseñó muchas cosas acerca del modo de promover el espíritu de WikiLeaks en la esfera pública. Si avanzamos en ese camino no fue, como han dicho algunos, por ambición, sino porque se trata de avanzar por la vía natural de quien trabaja diciéndole la verdad a los poderosos. Con el tiempo, sería muy bonito, pensamos, encontrar para nuestro proyecto una base compartida con otros, y llegar a proporcionarle el apoyo que pueden ofrecerle las estructuras de los estados libres. Internet es, en cierto sentido, una nación, pero se trata de una nación de la imaginación, un lugar al que puedes entrar y del que puedes salir sin necesidad de pasaporte. Sin embargo, tiene algunos aspectos primitivos. Si bien todo el mundo es libre de publicar en internet lo que sea, en cambio no te ofrece protección: de hecho, si tienes un mal día, internet es la herramienta de espionaje más poderosa del mundo. Fomenta la libertad de prensa, pero brinda a los que detestan esa misma libertad de prensa la misma clase de libertad para atacar a los primeros. Es una ironía implícita en las nuevas tecnologías, y nosotros teníamos que encontrar la manera de sortear ese obstáculo, y el modo de conseguirlo era dando apoyo legislativo en tierra firme a nuestra idea de justicia. De modo que aprendimos mucho, conocimos a mucha gente, entre ellos al ya mencionado Kristinn Hrafnsson, periodista y activista islandés que se ha convertido ahora en un importante miembro del personal fijo de WikiLeaks.

Resultó tonificante caminar por las calles de Reikiavik y comprobar que la gente te dirigía sonrisas, te saludaba, te decía que apoyaban nuestro trabajo. Al propio tiempo, me sentía cansado; llevaba sobre mis espaldas demasiados viajes, demasiadas informaciones importantes ya publicadas, demasiados cambios que, si bien estaban sirviendo para fomentar el progreso, habían dejado mi cuerpo maltrecho. La preparación de los cambios legislativos iba despacio, y empecé a sentirme agotado. Se trataba de un simple infortunio parlamentario, apenas uno más, pero personalmente tuve la sensación de que de nuevo me veía condenado a vivir como un fugitivo. De manera bastante evidente, he vivido toda la vida perseguido por algún oscuro personaje desde que era un crío y mi madre me llevaba de un extremo al otro de nuestro país tratando de eludir a su perseguidor. En Islandia no hay forma de distinguir el día de la noche, y me di cuenta de que, desde mis trece años, yo había vivido siempre en esa misma situación. Viviendo allí, seguía pasándome la noche en vela delante del ordenador, y durante el día trataba de huir en busca de toda clase de nuevas posibilidades. Pero mis baterías se agotan poco antes de que, como por arte de magia, resulte que están otra vez completamente cargadas.

Alguien había depositado un vídeo en nuestro buzón. En él aparecían unas imágenes con mucho grano que mostraban a unos hombres caminando por una calle de Irak. Dos de esos hombres eran periodistas. Minutos después de que se grabaran las imágenes, todos ellos habían muerto, sus cuerpos destrozados por los disparos de un helicóptero norteamericano de combate. Estuve viendo aquel vídeo una y otra vez, y lo hice a sabiendas de que estábamos a punto de salir bajo los focos de la luz pública debido a un asunto absolutamente nuevo.

11

EL VÍDEO «COLLATERAL MURDER»

Tras un breve período de viajes, entre los cuales quiero destacar una visita a Oslo para pronunciar una conferencia, en marzo de 2010 regresamos a Islandia y alquilamos allí una casa. Quienes nos la arrendaron creían que habíamos ido a la isla para ver los volcanes: era nuestra tapadera, y permitía explicar fácilmente que lleváramos encima tantos ordenadores y equipo de vídeo. El motivo real, sin embargo, era aquel vídeo de Bagdad. Habíamos llegado a la conclusión de que era la filtración más importante de la historia de WikiLeaks hasta esa fecha, y era necesario someterlo a un riguroso análisis, entenderlo bien y dejarlo listo para su difusión. Yo quería que lo viese el mundo entero. Porque era importantísimo, tanto para nuestra comprensión de aquella guerra en general como para que todos pudiésemos captar desde el punto de vista ético en qué se había convertido la guerra de Irak, y qué impacto estaba teniendo en la vida cotidiana de la gente.

La casa alquilada se convirtió en una guarida. Estaba llena de tazas de café, cables de ordenador, tabletas de chocolate, los escombros de unas vidas agitadas. Vino a vernos un periodista que había recibido un encargo de*The New York Times* para escribir una crónica, y supo captar muy bien el caos y la falta de sueño. Durante semanas no dejé de trabajar con el ordenador casi ni un momento. Pedí que alguien me cortara el cabello mientras yo seguía trabajando en mi terminal, siempre contrarreloj, avanzando en la edición de aquel vídeo en el que debíamos hacer lo posible por reducir al mínimo el ruido estático, los zumbidos, a fin de que la versión final fuera lo más nítida posible. Entraba y salía gente de la habitación, todo el mundo dando ideas, soltando exclamaciones, llorando. Nada de lo que habíamos hecho anteriormente en diversos lugares del mundo, por enloquecido que fuese el ritmo, podía compararse con la preparación del vídeo «Collateral Murder», que es el título que le pusimos finalmente. Mi reputación como adicto al trabajo poco partidario de pasar con frecuencia por la ducha debió de comenzar en ese momento; era inevitable, había muchísimo que hacer, y teníamos la impresión de que esta nueva filtración serviría, más que ninguna otra, para que los ciudadanos de todo el mundo captaran la realidad de esa guerra terrible, y de este modo podía contribuir a precipitar el final de esa invasión espantosa.

El vídeo ha sido visto hasta la fecha más de once millones de veces en YouTube, y por muchos más millones de personas a través de la televisión. Se ha convertido en uno de los documentos más famosos de nuestro tiempo. Pero cuando vi esas imágenes por vez primera no estaba del todo claro qué era lo que mostraban. La imagen estaba llena de imperfecciones, la secuencia carecía de tensión narrativa y no

producía suficiente impacto, y ello a pesar de que lo que mostraba era verdaderamente desolador. Investigué a fondo mientras avanzaba en el trabajo, averigüé quiénes eran las personas que aparecían en el vídeo, cuándo fue grabado, desde que ángulos, y cómo había conseguido reconstruir la historia de ese asesinato múltiple a plena luz del día. Dividimos el vídeo en tres partes para comprender mejor la secuencia de los hechos. Fue un trabajo que había que ir haciendo muy despacio, pero que al propio tiempo resultaba hipnótico y aleccionador. Cuando terminamos del todo, el vídeo mostraba, más allá de toda duda, a doce hombres —dos de los cuales eran periodistas de la Reuters, y que no hacían más que cumplir con su trabajo, como todos los demás— que eran acribillados y hechos picadillo por las ráfagas de balas de 35 mm disparadas por un helicóptero Apache de Estados Unidos. Me costó bastante tiempo averiguar quiénes eran los implicados en la matanza inicial, y después comprobar que los dos que habían sobrevivido a ese primer ataque, aunque sólo para ser después asesinados individualmente, eran dos periodistas de Reuters. Mi colega Ingi Ragnar Ingason fue quien, al inspeccionar más detenidamente las imágenes, se dio cuenta de que en la furgoneta que se acerca tras el primer ataque a recoger a uno de los heridos, y que acaba siendo volada en pedazos por otra ráfaga del helicóptero, había dos niños. Imágenes grabadas posteriormente muestran a tropas de la infantería norteamericana llevándose de allí a los dos niños.

Un equipo completo estuvo trabajando en este material. Kristinn Hrafnsson se encargó de la investigación y trató de averiguar qué les había pasado a esos dos niños que salían al final del vídeo. Birgitta estuvo a nuestro lado de principio a fin, asesorándonos y actuando como caja de resonancia de todo cuanto iba apareciendo con claridad en nuestro montaje del vídeo. Ingi hizo la edición de las imágenes, y su trabajo consistió en quitar del montaje definitivo lo que parecía carente de interés o de calidad irrecuperable, mientras que Gudmundur Gudmudsson trabajó en la edición del sonido. El productor ejecutivo fue Rop Gonggrijp, que se encargó de los gastos e hizo posible todo ese trabajo, mientras que Smári McCarthy organizó todos los materiales basados en la web. Daniel Domscheit-Berg, aunque seguramente él no se diera cuenta al principio, comenzó a quedarse al margen y en cierto modo ponía trabas a nuestros esfuerzos. Supongo que es inevitable que, en un grupo numeroso de personas que son esencialmente voluntarios, surjan problemas derivados de la ambición y la motivación. A Domscheit-Berg los árboles no le permitieron ver el bosque y su comportamiento fue haciéndose cada vez más intolerante. Estábamos metidos en un asunto muy importante y peligroso, y la mala voluntad que demostraba se hizo agotadora.

Una de las cosas que nos impulsaba a trabajar era nuestro conocimiento de lo poco fiables que habían sido las informaciones difundidas sobre este incidente en el momento en que se produjo. Era una buena muestra del modo en que se suele

manipular la historia de acuerdo con motivaciones políticas. Hubo periodistas que, en algunas crónicas, llegaron incluso a insinuar que la furgoneta había sido destrozada por proyectiles disparados por los insurgentes. Sin embargo, el vídeo muestra de forma clara quién da la orden y cómo se produce la matanza. Hubo otros reporteros que contaron que hubo combates entre insurgentes y fuerzas aliadas, y que los periodistas de Reuters fueron víctimas del fuego cruzado. Todo eran mentiras. Pusimos al vídeo una cita de George Orwell —«el lenguaje político está diseñado de forma que haga que las mentiras parezcan verdades y los crímenes parezcan respetables, y para dar apariencia de solidez a lo que no es más que viento»— a fin de demostrar de qué manera se usa el lenguaje político para justificar un caso de asesinatos que son consecuencia de la falta de escrúpulos. Los hechos no se podían calificar de otra manera, y aunque sabíamos que iba a provocar una gran polémica, decidimos titular el vídeo con las palabras «Collateral Murder», porque eran fieles a las pruebas presentadas.

La tormenta mediática que estalló por culpa del título me pareció sorprendente y deprimente, aun a sabiendas de que gran parte de los medios occidentales tienden a aceptar la línea informativa oficial del gobierno de Estados Unidos. Esos medios suelen hincharse tanto considerando lo importantísimos que son, que en el caso del vídeo creyeron oportuno no discutir su contenido sino enzarzarse en una polémica en torno al título. Una gran parte de los medios de comunicación convencionales cree que para mantener una actitud «equilibrada» hay que poner en el mismo nivel la verdad por un lado, y las mentiras oficiales por otro, y confunden la actitud solemne con la que un portavoz se dirige a una cámara de televisión con los imperativos morales que deberían gobernar la información. En cierta ocasión Paul Krugman bromeó diciendo que si un partido declarase que la Tierra es plana, el titular de la prensa diría: «Contraste de opiniones sobre la forma del planeta». A fin de dar una impresión más cruda de lo que ocurrió en Irak, nuestra versión «editada» del vídeo mostraba los primeros once minutos sin ninguna clase de trabajo de edición. Subimos a la web collateralmurder.net la versión editada al lado mismo de la versión completa, que duraba cuarenta minutos. Y bien, queridos colegas de la CNN, ¿qué pasa con vosotros? ¿Tendríamos que haberlo titulado «Encubrimiento colateral» y os hubierais quedado más tranquilos?

He visto ese vídeo cientos de veces y, sin embargo, cada vez que lo veo de nuevo se me altera la sangre al contemplar los disparos contra esos críos. Cualquier poder no sometido a ningún control es una encarnación del mal, y por eso he sentido siempre la responsabilidad moral de poner al descubierto a los cabrones que cometen toda clase de tropelías. En cierto sentido, los cabrones no eran sólo, en este caso, los militares norteamericanos que lanzaron ese ataque, sino también los periodistas a los que les pareció oportuno trabajar codo a codo con ellos para encubrirlo. Puede que

los jóvenes que iban en aquel helicóptero también sean víctimas; víctimas de una cultura militar descontrolada; y de hecho notas en sus voces el «ansia» de matar. Era efectivamente cierto que una de las que pronto serían sus víctimas llevaba un RPG (un lanzagranadas), pero en sus prisas por construir la idea de que estaban siendo víctimas de graves amenazas, los militares del helicóptero confundieron la cámara del fotógrafo de Reuters con otro lanzagranadas. La precipitación con la que juzgan la realidad estos soldados es obscena en sí misma, sobre todo cuando escuchas la voz frenética y suplicante del artillero, que no es capaz de entender por qué razón, en una situación así, habría que tomar ninguna clase de precauciones antes de disparar. «Venga, tío, lo único que has de hacer es coger un arma», les dicen a los civiles que caminan por la calle. «Dame una excusa», insisten. Y de esta forma, en cuestión de minutos, pasamos de una situación de amenaza de bajo nivel a una verdadera matanza. El vídeo proporciona una muestra al desnudo de la necesidad irreprimible de «contacto» que las guerras provocan en sus protagonistas. Las imágenes y los sonidos se parecen mucho a los de un videojuego, y eso se debe a que ésta es la forma en que se ha configurado la moral de los soldados atacantes. Que se comportan como si disparasen contra unos facinerosos digitales.

Decidimos lanzar la filtración del vídeo en una rueda de prensa que iba a celebrarse en Washington el 5 de abril de 2010. Eso nos daba otros diez días para que Kristinn e Ingi fueran a Bagdad y localizaran allí a las familias de las víctimas. En ocasiones, a altas horas de la noche, salíamos de la casa islandesa para respirar hondo el aire frío, para inspirar profundamente el aroma a azufre que flota en la atmósfera de Islandia, y en esos momentos relajados me preguntaba cómo diablos íbamos a ser capaces de tenerlo todo a punto en tan poquísimo tiempo. Me separaban muchas campañas y muchos kilómetros, y también muchos años de aquel chico que se quedaba la noche entera despierto colándose en los sistemas informáticos de todo el mundo. Con la punzada de hielo del aire, y la fecha límite de Washington pisándonos los talones, parecía que, al mismo tiempo, todo hubiese cambiado, y todo fuese igual que en aquel entonces. En el último instante Kristinn logró la ayuda del Ministerio de Asuntos Exteriores islandés, y de repente salieron rumbo a Bagdad. Un contacto que consiguieron a través de Reuters les permitió llegar al barrio de Al Amin, la zona de la ciudad donde se había producido la matanza, y que era un barrio controlado por el ejército de Mahdi. El mismo día en que yo tenía que tomar el avión que me llevaría a Washington nos llegó la noticia desde Irak: Ingi y Kristinn habían logrado encontrar a los niños y al viudo de una mujer que murió cuando el helicóptero lanzó los misiles Hellfire contra un bloque de pisos, justo después de haber disparado y provocado la masacre en la calle.

Llegamos por los pelos a Estados Unidos y al Club de Prensa de Washington. Era media mañana y la sala de prensa se encontraba atestada de periodistas. Les

proyectamos el vídeo, y el efecto fue inmediato. Algunos de los presentes lloraban al terminar. No se trataba, evidentemente, de una revelación cualquiera. Los presentes eran gente endurecida por la vida y su trabajo, pero incluso así se emocionaron al ver esas imágenes de la brutalidad sancionada por la guerra que hasta ese momento habían sido mantenidas en secreto. De todos modos, cuando llegaron las preguntas fueron por desgracia lo de siempre: decepcionantes. Muchas de las personas que cubren los temas internacionales en Washington son, por decirlo pronto y mal, unos necios. A menudo no saben absolutamente nada de los asuntos ni de las culturas acerca de las cuales informan. Los más veteranos acostumbran a hacerse los enterados, fingen ser unos tipos que ya han visto demasiado para que nada pueda sorprenderlos. Son gente por lo general muy pesimista, y probablemente deberían avergonzarse de la tremenda ignorancia y la horrible condescendencia con que hablan de lo que ocurre en el mundo. Pero las cosas son así. Todos le tienen tal miedo al corporativismo de la prensa norteamericana, que tirar de la alfombra que pisan los periodistas y su maldita negligencia parece una empresa imposible. No escuchan a nadie y se sentirían ofendidos si alguien sometiera a escrutinio sus prejuicios. No pienso quitarle hierro a este asunto: el vídeo les conmovió, pero casi ninguno de ellos sabía cómo obedecer a su instinto, sumando su voz al coro escandalizado que había provocado la visión de estas imágenes. Los noticiarios de la noche dieron informaciones que me parecieron inmorales. Wolf Blitzer habló en la CNN con una presentadora que se limitó a afirmar que la guerra era peligrosa, y nada más. Mostraron la primera parte del vídeo y después de los disparos cortaron la emisión, por respeto a las familias, según dijeron. Genial. Les daba vergüenza que lo viesen las familias iraquíes. El telediario de la Fox, por supuesto, lo presentó todo de forma que pareciese que los militares norteamericanos merecían que se les pidieran disculpas.

A lo largo del siguiente año tuvimos nuestros encuentros y desencuentros con los medios norteamericanos, en especial, naturalmente, con *The New York Times*, y tanto entonces como ahora fue siempre difícil no pensar que en su gran mayoría esos medios se ven a sí mismos como portadores de la antorcha de lo que ellos creen que son los intereses de su país. Maldicen el sufrimiento de los pueblos de las demás naciones, como si los extranjeros no tuviesen derecho a esperar que los americanos sintieran ninguna clase de simpatía por ellos cada vez que sufren malos momentos. La prensa norteamericana es capaz de hacer grandes manipulaciones a la hora de interpretar cuál es su propio papel en todas estas cuestiones, de manera que los medios convencionales consiguen siempre proyectar la idea de que están del lado del bien, y de que son siempre fieles a la bandera. No siento antipatía por Estados Unidos. Siento antipatía por lo que la actual generación de las élites política y mediática norteamericanas están haciendo, y que representa un insulto a los mejores principios y a la magnífica Constitución de ese país, y nuestro objetivo será, al igual

que ocurre en relación con otros países que compiten con Estados Unidos en lo peor de esa nación, tratar de conseguir que todos ellos tengan que retirarse.

Al día siguiente de haber mostrado el vídeo «Collateral Murder» en Washington, el contraataque podía escucharse por todas partes. Y no nos fustigaban únicamente desde el Pentágono. Lo hacían desde las cloacas de San Antonio hasta los ex soñadores de la Casa Blanca. Los analistas políticos de derechas y de izquierdas se lanzaron a crucificarnos por haber mostrado al mundo entero un vídeo, un pedazo de grabación militar que hubiese hecho que cualquier país con un mínimo de orgullo hubiese sencillamente manifestado dolor ante las cosas espantosas que podían llegar a hacerse bajo su bandera. Pero no hubo humildad, nadie pidió perdón, nadie dio siquiera explicaciones. Sólo hubo ira por parte de quienes imaginan que quienes se atreven a revelar la verdad ante esta clase de situaciones deben ser considerados enemigos del Estado. Fue una respuesta paupérrima y muy primitiva ante la eclosión de la verdad periodística, y una reacción vergonzosa que traicionaba los principios fundadores que, según ellos dicen, están dispuestos a defender en cualquier rincón del mundo. Nos acusaron, por supuesto, de haber manipulado el vídeo. De haberlo editado con malicia. De haber borrado la imagen de hombres armados que supuestamente aparecían en la grabación, a fin de que todo pareciese peor de lo que en realidad fue. Era surrealista contemplar cómo la gente decía semejantes barbaridades con tanto aplomo. En realidad, lo que nos habían facilitado era un vídeo militar. Todos los ángulos de cada toma pertenecían a las posiciones de los soldados norteamericanos, toda la producción, incluidos sus valores, les pertenecía a ellos, y también eran suyos los actos cometidos, y no comprendo que pudiesen dormir por la noche tras haber negado lo ocurrido.

Hay ciertos rasgos de carácter que no resultan nada útiles para quienes nos dedicamos a este trabajo: ser hipersensible a las críticas, sin duda lo es; y la tendencia a sentir compasión de uno mismo tampoco ayuda nada; yo he tenido que luchar conmigo mismo para no sucumbir a estas tendencias. Tengo un notable control de mí mismo, pero me saca de mis casillas que el mundo se niegue a escuchar, y espero ir mejorando poco a poco e ir aprendiendo a corregir mis errores. Somos una organización aún joven, y el tipo de trabajo que hemos llevado a cabo ha hecho que los focos se proyectaran sobre nosotros de manera muy rápida. Personalmente, he tenido que aprender sobre la marcha, y me siento orgulloso de haber sido capaz de realizar ese esfuerzo. Si somos un equipo de investigación al servicio del pueblo, no debemos pensar más que en el pueblo, y entonces no importará que la reacción a la derecha y la izquierda sea tan hostil. Hacer público el vídeo de Irak era lo correcto, y no sólo era coherente con nuestra idea de cuál era nuestra misión, sino el núcleo mismo de nuestra actitud moral. Millones de personas de Irak y Afganistán han convivido durante años con esta clase de ataques aéreos, y lo que a nosotros nos

parecía imperativo ante estas situaciones era que los mismos soldados, y todos los civiles, tuvieran conciencia de que todo puede salir mal. Siempre habrá gente que alzará la voz para decir: «No es más que un episodio de la guerra, las zonas bélicas no son patios de colegio, siempre acaban muriendo personas inocentes», y cosas así. Pero no es correcto que se fuerce a la gente a aceptar por las buenas esta clase de juicios. En el caso registrado por este vídeo, hubo una operación de encubrimiento y, tanto si quien la dictó fue un general de cuatro estrellas, como si se trató de un presentador de *Fox News*, hay que ser muy despreciable para ordenar que estos hechos sean ocultados a los ciudadanos. La guerra siempre es manipulación, y la manipulación no le hace ningún favor al pueblo del país en el que se libran las batallas; ni sirve tampoco, a los intereses de la paz a largo plazo, el hecho de que quienes ponen en marcha esa guerra estén dispuestos a librarla utilizando toda su mala fe. Llamamos la atención a Estados Unidos respecto a eso, e igual habríamos hecho con cualquier otro país, y no lo hicimos para conseguir que nuestras vidas fuesen más plácidas —de hecho, ahí comenzó un espantoso período de repercusión pública para mi persona—, sino con la idea de seguir los dictados de unos ideales de transparencia informativa y de responsabilidad sin los cuales no hay en el mundo ninguna democracia que pueda funcionar como tal. Que las fuerzas armadas de Estados Unidos se negaran a abrir una investigación oficial resulta vergonzoso desde el punto de vista de la responsabilidad moral. Pero el vídeo, al igual que sucedió con las fotos de la cárcel de Abu Ghraib, fue una pieza esencial en el puzle de la realidad de esa guerra. Y fueron esta clase de imágenes lo que finalmente hizo que la guerra terminase.

En 2008 habíamos publicado las «Normas de combate de Irak», y en aquel momento posterior reunimos estos documentos para ponerlos a disposición de quienes visitaran la web collateralmurder.net, creada inicialmente sólo para albergar el vídeo, y animamos a la gente a que además de verlo leyesen también esas normas. Los comportamientos que aconseja llevar a cabo ese documento resultan una prueba de que lo que hicieron quienes iban en el*Crazy Horse*, el helicóptero Apache que con tantas ganas se lanzó a segar las vidas de doce hombres y herir a dos niños; era una transgresión de esas mismas normas. «Permiso para atacar» era lo que aquellos jóvenes soldados norteamericanos trataban de conseguir fuera como fuese, y con el mismo ahínco que buscaban esa autorización se les concedió lo que pedían; sin embargo, con posterioridad a los acontecimientos los mandos militares alteraron la cronología a fin de presentar como justificable el hecho de que se iniciara el tiroteo. Los mandos dijeron que todo el problema consistió en que el fotógrafo de Reuters, Noor Aldin, se agachó en una esquina y apuntó su cámara al helicóptero para sacar una foto, y que los militares creyeron que la cámara era un lanzagranadas. Sin embargo, viendo el vídeo te das cuenta de que se pidió el permiso para disparar, y que

este permiso fue concedido antes de que el fotógrafo se agache y alce la cámara para sacar la foto. De hecho, todo eso pasa cuando todavía el grupo va caminando por la calle, y la voz que pide autorización habla en un tono muy agitado. El mando militar lo tergiversó todo, y no hubo un solo periodista de televisión, radio o prensa escrita en Estados Unidos que hiciera la pregunta más sencilla: «¿Por qué?». En un escenario bélico como el de Irak, ¿por qué se precipitan a disparar sus armas estos jóvenes uniformados? ¿Qué elemento del conflicto de Irak en particular provocó que los pilotos tuviesen tantas ganas de saltarse las reglas que autorizan a abrir fuego? ¿Por qué dispararon sin hacer el menor caso de las normas de combate, de las reglas que rigen el comportamiento de los seres humanos en cualquier clase de situaciones, de las reglas que dictan actuar siempre con prudencia, y que en esta ocasión fueron ignoradas, con el resultado del asesinato de inocentes? Un programa tras otro de televisión se ocupó del asunto, y en ellos todos aquellos presentadores carentes de principios éticos y con ojos inexpresivos se negaron a cuestionar la opinión de los militares cuya voz querían presentar a los espectadores. Ni uno solo de ellos quiso comportarse como se supone que debe hacerlo un periodista.

Más adelante, cuando publicamos los diarios de guerra de Afganistán, pudimos comprobar hasta qué punto los directores de los medios norteamericanos están enganchados a la verdad oficial que emite el gobierno. Se hacen los buenos chicos y fingen lanzarse a ocupar posiciones de riesgo, alardeando de que son gente muy responsable, de que son muy honestos y de que mantienen una actitud coherente, pero de hecho comprometen su independencia periodística a cada paso. Ya llegaremos a ese momento. Entretanto, los directores de los diarios y sus periodistas especializados no hicieron nada, en este momento crucial, para comprometer la buena acogida que esperaban de la Casa Blanca la noche de la cena oficial en que el gobierno invita a los periodistas que cubren la información de la administración norteamericana. Así que se tomaron sus cócteles con los jefes de prensa del gobierno mientras madres e hijas continuaban llorando en Irak. Esta ceguera generalizada ante la verdad de lo que los militares estaban haciendo se extendió como una epidemia, como si la bondad inherente de los norteamericanos no pudiera ser puesta en duda. Y sin embargo el vídeo la pone en duda, lo hace en tiempo real y a través de lo que vieron las cámaras de las fuerzas armadas de su propio país. Los periodistas y los jefes de prensa de las diversas secretarías pasaron por una puerta giratoria empujándose unos a otros por ser los primeros en llegar a los grandes salones donde iba a celebrarse la fiesta, pero todo el que haya visto sin prejuicios el vídeo «Collateral Murder» sabe muy bien lo que esas imágenes dicen.

Los que no entienden nuestro trabajo, los que no quieren entenderlo, se precipitan a afirmar que con él podríamos poner algunas vidas en peligro. Cuando en realidad lo que nos impulsa es fundamentalmente la idea de salvar vidas. Contribuyendo, en pro

del interés de los pueblos, a que las guerras terminen, proporcionando a los periodistas los medios que les permiten controlar los excesos del poder, pretendemos limitar la sed de matanzas, los deseos de lanzar escaramuzas e invasiones, y también contrarrestar las mentiras con que esas operaciones suelen defenderse ante la luz pública. En el caso de la banca, nuestro trabajo logró poner al descubierto sus peores prácticas, y de esa manera cambió de forma notable su idea de la posibilidad de que se les haga públicamente responsables de sus actividades. Y lo mismo ha ocurrido con las organizaciones militares de lugares tan alejados entre sí como Kenia y el Pentágono. Estas organizaciones necesitan confiar en la posibilidad de llevar a cabo actuaciones encubiertas que les permitan desatar toda su violencia. Nosotros, por nuestra parte, nos limitamos a difundir esas actuaciones, y luchamos constantemente por denunciar sus mentiras, para poner fin a las conspiraciones, para defender los derechos humanos y salvar vidas.

Como ejemplo de lo que antecede, hablemos de Irán. Hace ya algún tiempo que ciertos elementos neoconservadores de Washington, y sus aliados en Israel, arden en deseos de instigar una guerra contra Irán. No se trata de ningún misterio. Ha sido bien documentado por Seymour Hersh y otros periodistas a partir de fuentes fiables. Dado que muchos conflictos militares empiezan como disputas fronterizas, decidimos vigilar de cerca todo el tráfico de información que se producía allí, y nos dimos cuenta de que los buques de las armadas británica y norteamericana navegaban, literalmente, muy cerca de las aguas territoriales de Irán en toda la zona del golfo Pérsico. Las fuerzas iraníes capturaron a unos cuantos militares británicos, y la armada iraní se aproximó mucho a la flota norteamericana que patrulla esa zona. Fue algo que supimos en fechas muy tempranas, y me puse en contacto con Eric Schmitt, redactor de *The New York Times*, a quien hice notar que la actividad de las fuerzas armadas norteamericanas debería estar sometida a las normas de combate que nosotros habíamos filtrado. «En un capítulo centrado en el tema de las fronteras internacionales —escribió Schmitt, en un artículo que publicó su diario y que tuvo una amplia repercusión— ese documento dice que es necesario obtener la autorización del secretario norteamericano de Defensa para que las fuerzas armadas norteamericanas puedan sobrevolar o penetrar en territorio iraní o sirio. Acciones de este tipo, según ese mismo documento deja sobrentender, también requerirían probablemente la autorización del presidente George W. Bush. Ahora bien, ese mismo documento asegura que en algunos casos no hace falta esa autorización: aquellos casos en los que las fuerzas norteamericanas estuvieran persiguiendo a antiguos miembros del gobierno de Saddam o terroristas.»

El gobierno de Irán respondió al artículo diciendo lo siguiente: «Las fuerzas norteamericanas en Irak no tienen derecho a perseguir a ningún sospechoso dentro del territorio iraní. Cualquier entrada en tierra iraní por parte de cualquier clase de

fuerzas militares norteamericanas en persecución de sospechosos contravendría la legislación internacional y podría ser perseguida legalmente». Y subrayaba que Irán daría «respuesta adecuada a cualquier paso dado en esta dirección, a fin de defender su seguridad y su soberanía nacional». Si el lector repasa las nuevas normas publicadas tras este intercambio, comprobará que los funcionarios del Pentágono han modificado el texto a fin de hacer más improbable esta clase de polémicas. Es un sencillo ejemplo de cómo la filtración de un pequeño documento puede contribuir a cambiar las directrices políticas, y ese cambio en ocasiones puede provocar transformaciones enormes en el desarrollo de los acontecimientos. No estoy diciendo que nosotros logramos impedir que estallara una guerra con Irán, lo cual habría salvado innumerables vidas, sino que estábamos trabajando en esa dirección y que conseguimos al menos alcanzar un objetivo modesto. No ha habido una guerra contra Irán, y en parte eso se debe a que las operaciones militares encubiertas en esa zona se han interrumpido, y se han evitado ciertas incursiones peligrosísimas en el territorio iraní. Y me atrevo a decir que hemos contribuido a que haya sido así. No queremos el mérito; sólo queremos el resultado. Pero parece adecuado señalar que ninguna organización mediática del mundo entero, ninguna de las televisiones que aúllan pidiendo nuestra sangre, jamás ha prestado atención a esta clase de trabajo, que es lo que nosotros llevamos a cabo todos los días.

El vídeo de Irak estableció la pauta para muchos observadores que sólo pretendían vernos de una forma determinada, en especial entre los miembros del *establishment* norteamericano. Para nosotros, y seguramente para toda una nueva generación, era evidente que ese *establishment* atacaba a WikiLeaks y de hecho atacaba también a las nuevas tecnologías. Poco es lo que nosotros podíamos hacer en ese sentido: no somos precisamente una empresa dedicada a las relaciones públicas, y en ese campo somos bastante malos. Pero nuestro trabajo ha sido muy variado, muy coherente, sin intereses partidarios y sin apoyo de ningún gobierno, y siempre será así. Publicamos el vídeo y al día siguiente nos convertimos en gentuza, en unos tipos infames, a pesar de que la infamia no nos gusta en absoluto. Resulta más bien extraño que vivamos en un mundo en el que los intentos para garantizar la justicia y la libertad de prensa puedan ser el motivo de que se nos mire como al enemigo. Nos fuimos de Washington, pese a todos los pesares, con la sensación de haber hecho nuestro trabajo. Nada más que eso. Sin triunfalismos ni sensación de haber salido derrotados, y eso que ambas cosas eran perfectamente posibles, dado el primer impacto de nuestro vídeo y las calumnias contra nosotros que provocó su difusión.

En cualquier caso, todo aquello fue para nosotros un acicate. Resultó maravilloso ir a Berkeley (California), en donde ya no vemos a los universitarios metiendo el tallo de una flor en el cañón del arma de los militares, pero en donde ha seguido habiendo un sentimiento de cambio, de progreso, que domina toda la zona. Recordé mi infancia

al notar el calor de los movimientos de amable protesta, y tuvimos la sensación de que allí sí que hablábamos ante un público que no era cautivo de nadie, sino completamente libre. Lo notamos cuando participaron conmigo en la tribuna Birgitta y Gavin MacFadyen, del Centro de Periodismo de Investigación, y hablamos de la situación de la libertad de prensa en Estados Unidos y en el mundo. Poco después nos fuimos al Foro para la Paz de Oslo, donde tras la presentación del vídeo me sentí muy reconfortado y con la sensación de ver el horizonte más despejado. «Nuestro objetivo consiste en lograr que domine en el mundo la causa de la justicia, y por eso nuestro mensaje es la defensa de la transparencia.» En el contexto de los ataques que se estaban lanzando contra nosotros, y de los que se veían venir en el futuro, quise subrayar ante este auditorio que nuestro compromiso nos llevaba a funcionar al margen de las ideologías. Por eso les dije: «No somos de derechas ni de izquierdas», y lo dije muy en serio. Esta definición de nuestro trabajo, lo sabíamos, podía provocar quejas en un lado y en el otro del espectro político, pero nosotros nos salimos de los viejos esquemas, y jamás nos hemos sentido obligados a obtener los favores de ninguno de los dos lados. La historia nos enseña que ha habido operaciones de encubrimiento y de brutalidad en ambos bandos, que los han cometido tanto China y Rusia y la Libia de Gadafi como Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Sin embargo, hay ciertas culturas políticas que creen estar por encima de todo escrutinio. Algún día se comprenderá la razón por la cual esas culturas se sentían tan completamente inmunes a cualquier investigación legal.

Aquel viaje fue el último que hice a Estados Unidos. Comprendí sin asomo de duda que el Pentágono trataba de determinar en todo momento mi paradero, de modo que no tuve más remedio que suspender varias apariciones públicas ya concertadas en ese país. Los motivos de esta persecución de mi persona eran consecuencia de una visión estrecha de miras y paranoide de nuestro trabajo. Hasta que, justo entonces, el 26 de mayo de 2010, un soldado norteamericano perteneciente a las fuerzas norteamericanas en Irak, el soldado Bradley Manning, fue detenido como sospechoso de haber filtrado información secreta. Nuestras estructuras de denegación, que habíamos inventado unos años atrás en Australia, no permiten en absoluto saber si Manning era la fuente de alguno de los materiales que habíamos difundido. Nuestros servidores no proporcionan esta clase de información, ni siquiera yo podría obtenerla. Ahora bien, yo estaba seguro de algo: si ese soldado nos había transmitido esas informaciones, debía ser tratado como un héroe de la democracia y de la justicia, alguien que había desempeñado un papel en la salvación de vidas humanas. Aquella noche me acosté deseando que el mundo occidental no le maltratara.

12

TODOS LOS HOMBRES DEL DIRECTOR

La vanidad en un periodista es como el perfume en una prostituta: sirve para encubrir el hecho de que son seres que apestan. Lo digo como un editor que está enamorado del trabajo de los buenos periodistas. Pero estaría faltando a la verdad de lo que estoy contando en este libro si no diese testimonio, por doloroso que sea a veces, del amor por WikiLeaks que mostró al principio la prensa occidental en lengua inglesa, pero que luego se convirtió de forma casi inmediata en una andanada incesante de ataques contra nuestro trabajo, a lo que siguieron montones de artículos y libros justificando ese cambio tan radical de actitud, y que sólo deberían servir para que esos mismos periodistas se sintieran bastante ridículos. No les guardo rencor, sino que lamento mucho que se haya producido este cambio, y lloro, como deberían hacer ellos, por el hecho de que la llama de sus principios se apagase en su postrer intento por brillar.

A todos los que defienden las causas justas les gusta *The Guardian*, y lo mismo me ocurre a mí, y siempre me ha parecido que este diario británico, sobre todo desde que incrementó su presencia global con su edición online, se comporta muchas veces como un faro. Tras los acontecimientos del 11 de septiembre, *The Guardian* fue el único periódico anglosajón fiel a la verdad que podía leerse en Estados Unidos, y siempre he sentido admiración por su esfuerzo por dirigir su mirada hacia el mundo, en lugar de tratar de ver su propio papel en él, cosa que no siempre debemos dar por sentada en la prensa. *The Guardian* persiguió a los políticos corruptos, e informó acerca de los horrores de la guerra, y lo hizo con una coherencia que no ha disminuido a pesar de la venalidad infame con la que me ha tratado a mí. *The Guardian* me recuerda a los doce hombres sin piedad de la película, y funciona siempre bien y de acuerdo con principios morales, excepto cuando, de repente, actúa de manera egoísta y espantosa. Esto no es ningún misterio, y siempre he admirado lo que este diario es capaz de hacer en sus mejores momentos. Parecía ser un aliado natural de nuestro trabajo pero, parafraseando a Shakespeare, podríamos decir que no hay en la naturaleza enemistad comparable a la que pueden sentir por ti quienes son en apariencia tus aliados.

Hubo un gran jaleo cuando nos asociamos con *The Guardian* en 2010 para difundir los diarios de la guerra de Afganistán, pero en realidad ya habíamos trabajado juntos en 2007, cuando proporcioné a este periódico una filtración sobre la corrupción de Daniel Arap Moi en Kenia. Aquel año *The Guardian* publicó esa información dándole categoría de titulares de primera página a finales de agosto y comienzos de septiembre, lo cual produjo un enorme efecto en Nairobi, pues este ejemplo permitió allí que la prensa local se sintiera con libertad para informar de lo

que estaba ocurriendo delante de sus narices.

Tras la detención del soldado Manning resultó evidente que, incluso sin tener pruebas de que hubiese alguna clase de relación entre ese soldado y WikiLeaks, las autoridades norteamericanas actuaban como si hubiesen podido probarla, y fui puesto bajo vigilancia por parte de Washington. Con esta nueva situación, comprendí que no debía permanecer en Australia, que es a donde me había dirigido en ese momento. Mi prioridad, debo admitirlo, no era mi propia seguridad personal, ya que siempre habría determinadas fuerzas que seguirían persiguiéndome, y ya entonces supe que tarde o temprano acabarían tendiéndome una trampa. Lo que más me preocupaba, por tanto, era que WikiLeaks pudiera seguir dedicándose a la misma tarea que habíamos llevado a cabo hasta ese momento. De hecho, estábamos preparando entonces unas cuantas filtraciones importantes, y temía que nos estuviéramos encaminando a una situación en la que no habría más alternativa que «publicar o morir». En WikiLeaks siempre hemos tenido preparado un mecanismo que nos garantiza que, en caso de no poder continuar con nuestro trabajo, todos los materiales que tuviésemos serían publicados de golpe. Pero esto es algo que yo quería evitar: el conjunto de documentos que obran en nuestro poder es enorme, y todos ellos merecen ser analizados uno por uno y ser publicados con la debida seriedad y atención, de manera que lo que yo pretendía era ir publicándolos todos pero poco a poco y con la atención que cada caso requería.

Era obvio que debía regresar a Europa, de forma que organicé las cosas para que me invitasen a dar una conferencia sobre censura ante el Parlamento Europeo, y preparé el viaje vía Hong Kong, evitando así pasar por Singapur o Tailandia, países mucho más dispuestos a aceptar cualquier solicitud norteamericana de que me detuvieran y entregaran. (Con el tiempo he llegado a descubrir que lo mejor es viajar consiguiendo de antemano una invitación de carácter político, ya que eso garantiza que se produciría un escándalo en caso de que no llegues a tu destino.) En el Parlamento Europeo iban a intervenir también algunos diputados y unos cuantos amigos islandeses para hablar de la Iniciativa Islandesa sobre Medios Modernos, que es el nombre del movimiento que organizaba nuestro intento de lograr que Islandia se convierta en un refugio para la transparencia. Hablé ante los diputados europeos del fenómeno consistente en que los periódicos retirasen cada vez con mayor frecuencia toda clase de materiales de sus archivos online, que aceptaran las presiones de quienes trataban de amordazarles, y asuntos similares. Tropecé allí con el corresponsal en Bruselas de *The Guardian*, un tipo muy receptivo y que coincidía con mis opiniones. Le dije que estábamos preparando un número amplio de nuevas filtraciones que podían resultar de interés para su periódico. Tras despedirse de mí este corresponsal, se puso muy pronto en contacto conmigo un miembro del equipo de investigación del diario, y quien me dijo que querían que me desplazase a Londres para celebrar un encuentro con ellos en donde hablaríamos de nuestras nuevas

propuestas.

Nosotros siempre habíamos pensado que los materiales sobre Afganistán e Irak debían ser difundidos a través de varias publicaciones reconocidas. Nos parecía la manera adecuada de hacerlo. En este caso no se trataba de un solo documento y una sola historia, sino de un montón de historias y de cientos de miles de documentos. Habíamos llegado a la conclusión de que esos materiales sólo iban a tener el impacto necesario si eran publicados de manera ambiciosa, y que esta difusión debían hacerla medios de comunicación convencionales que dispusieran de sus propios equipos de investigación y de sus propios redactores, de manera que todos esos materiales adquiriesen un sentido y fueran clarificados. Jamás pretendimos ser capaces de comprender, y ni siquiera nos creímos con capacidad para llegar a leer, todos y cada uno de los documentos contenidos en esos enormes alijos, y es por esta razón por lo que necesitábamos a los periódicos establecidos. Nosotros solos nos veríamos excedidos por el volumen de todos esos materiales, ya que estábamos hablando de unos 90.000 diarios de guerra de Afganistán, y de 400.000 documentos de Irak. Hasta entonces siempre habíamos analizado nosotros mismos los documentos que filtrábamos, y al publicarlos los acompañábamos de nuestros propios comentarios. Luego, le pasábamos a un único periodista de prensa escrita o televisión ese material analizado y comentado por nosotros mismos. Pero en esta ocasión las cosas eras muy diferentes. Hablé con el miembro del equipo de investigación de *The Guardian* de la necesidad de hacer un trabajo que estuviese a la altura de la importancia de esos materiales, y de garantizar la seguridad de la fuente, de cómo creíamos que había que empaquetarlo todo de la manera adecuada y difundirlo de forma global, tal como nos habíamos comprometido a hacerlo como uno de nuestros principios al aceptar el envío de filtraciones. En ese momento yo había hablado ya con un redactor de *The New York Times* y estaba además en contacto con periodistas de *Der Spiegel*.

Hablé con el periodista de *The Guardian* durante unas seis horas. Parecía un tipo muy profesional, bastante osado, aunque lo vi algo cansado. Yo también me sentía cansado, desde luego, pero al menos me dio la sensación de que estábamos de acuerdo en la importancia de los documentos, y en la idea de que sería bueno que se sumaran otros medios periodísticos internacionales de prestigio. En ningún momento pretendí sobrevalorar nuestro papel, aunque en todo momento me mostré firme a la hora de, tal vez, sobreproteger nuestros materiales, y además le hice notar que ya tenía mucha experiencia tanto en la relación con aquella clase de fuentes como con el tipo de vigilancia al que estábamos siendo sometidos. Así que cuando más tarde fui tratado como si yo no fuese más que otra fuente, me pareció absurdo. Al fin y al cabo, yo era el artífice del plan, y lo era por un buen motivo: de todos los participantes yo era el único que sabía de qué forma estaba almacenado el material y cómo podía ser difundido. También fui yo quien planificó de principio a fin cómo

debía filtrarse todo aquello, tanto para protegerlo como para darle la máxima repercusión, y aunque eso podía tal vez ser entendido como una ofensa para la vanidad de los medios con los que iba a colaborar, ellos tenían la libertad de tomarlo o dejarlo. Ni les estaba pidiendo dinero ni tampoco quería quedarme con toda la gloria: exigía que se concediera a WikiLeaks el mérito debido, a fin de permitir que siguiéramos realizando la tarea que era nuestro objetivo, y pedía el compromiso pleno de todos los medios con nuestro plan, para garantizar que funcionara, y con el propósito de que los lectores pudiesen comprobar en el material en bruto que las historias eran ciertas. Lo que ocurrió, por supuesto, fue que cada uno de los medios actuó como si lo que pedíamos fuese una obviedad. Sólo más tarde, cuando cada uno de ellos obtuvo lo que quería, desmontaron nuestra relación con ellos y la mostraron de forma que su propio papel adquiriese una importancia grandiosa, y la nuestra quedara reducida a mínimos, utilizando un viejo truco muy corriente por parte de los gobiernos, y que yo hubiese debido ser capaz de prever.

El miembro del equipo de investigación de *The Guardian* me dijo que hablaría con el director, Alan Rusbridger, quien a su vez hablaría con Bill Keller, el director de *The New York Times*. Acordado esto, escribí en una servilleta de papel un código y se lo entregué al periodista. Todo esto había ocurrido en un bar. La idea consistía en que ellos utilizarían esa clave para tener acceso a una versión encriptada del material, que remitiríamos a través de un canal público. A partir de ese momento, él ya disponía de la contraseña y debía iniciar una falsa correspondencia conmigo, donde debía decir algo así como «Celebro haberle conocido, y siento mucho que al final no pudiésemos hacer un trato». Con eso, podíamos despistar cualquier tipo de vigilancia que hubiese sobre nuestras actividades, ya que íbamos a fingir que no iba a producirse a continuación ninguna clase de transferencia del material sobre Afganistán. Al periodista que habló conmigo no le importaba que no se tratara de una exclusiva mundial, pero por motivos lógicos sabía que sus jefes sí iban a desear obtenerla. Acordamos controlar la fecha del acceso al material y que nos aseguraríamos, tanto por motivos legales como comerciales, de que los documentos aparecerían de forma simultánea en los diversos medios. También acordamos que cada uno de esos medios tendría el control editorial sobre los materiales que difundiera. Cabía la posibilidad de que una televisión participara en el último momento, pero no antes, ya que por su propia naturaleza técnica las televisiones no iban a permitir que se mantuviera el secreto de las inminentes filtraciones durante mucho tiempo. Sobre ninguno de estos puntos hubo discusión alguna: mi plan era el que le había explicado, y él fue diciendo que sí, emocionadísimo, conforme yo se lo exponía todo. Hay que decir que la actitud de este periodista tiene mucho mérito por el modo en que reaccionó en este momento: la suya fue la actitud normal en un auténtico activista, alguien que sigue estando cerca de sus raíces y que está dispuesto

a encontrar la mejor estrategia para que este material llegue a las plataformas que mejor pueden difundirlo.

Mi primera intención fue que el equipo de producción de WikiLeaks que iba a realizar esta operación se estableciera en Estocolmo. A esas alturas resultó que no iba a ser nada sencillo hacerlo así, pues, tras la filtración del vídeo «Colateral Murder», el grado de atención que se centraba en mi persona como principal rostro de WikiLeaks se iba intensificando cada vez más, y algunos colaboradores prefirieron evitar los riesgos. Sin embargo, el periodista del equipo de investigación de *The Guardian* y yo nos reunimos de nuevo, esta vez en Estocolmo, y continuamos hablando del plan. Entonces apareció en escena otro periodista del mismo diario. Ya nos habíamos conocido previamente en Oslo, me parece; fue allí donde este nuevo redactor había visto el vídeo de Bagdad en forma poco refinada todavía, aunque eso le bastó para tratar de adquirirlo para su periódico. Al final no hubo transacción porque nos estaban controlando de cerca, pero seguramente fue este hecho lo que hizo que yo empezara a ver a *The Guardian* como un colaborador natural de WikiLeaks para cuando llegara el momento adecuado. De repente, este mismo periodista, que era un redactor del periódico y no pertenecía al equipo de investigación, asumió la representación de su medio, le transferimos a él los materiales de Afganistán, y él procedió a compartirlos con *The New York Times*, tal como su compañero y yo habíamos acordado.

Le pido al lector que haga un esfuerzo por imaginar cómo eran estos materiales en bruto. Había cerca de 90.000 entradas distintas en los diarios de campaña afganos (al final, filtramos unas 75.000), y se trataba de cosas escritas sobre la marcha, tras una escaramuza, una batalla, la explosión de diversos tipos de explosivos improvisados (IED). Estaban repletos de acrónimos y jerga militar. Una entrada, que elijo puramente al azar, dice literalmente: «(M) KAF PRT informa haber localizado emplazamiento PRT de lanzamiento de cohetes IVO KAF». *The New York Times*, impulsado por su impaciencia y su tendencia a la literalidad, no entendió la verdadera historia que narraban estos documentos. Tardó un tiempo en comprender cabalmente las fuerzas contenidas en estos materiales, la brutal magnitud estadística y humana que representaban, y al principio se mostró decepcionado porque sus redactores no eran capaces de ver las «historias». Fue en este punto cuando el periodista de la sección informativa de *The Guardian*, un profesional veterano que tenía un cargo importante en la jerarquía del diario, mostró por vez primera su tendencia a la manipulación. Dijo que, a fin de seguir en la operación, *The New York Times* necesitaba algo que «endulzara» aquella píldora amarga; y que lo mismo le ocurría a *The Guardian*. Dijo que le parecía «comprensible que ninguno de los dos periódicos encontrara verdaderamente interesantes esos materiales, y que era natural que ambos desearan algo que lo «endulzara» un poco. Dicho con otras palabras, lo que pretendía

era que a los dos diarios se les facilitara, además, todo el alijo de documentos de Irak. Yo hubiese tenido que echarme atrás en ese momento, y darme cuenta de lo que empezaba a ser evidente: que no eran unos caballeros, y que no sabían dar el valor adecuado a los importantes documentos que se les facilitaban, ni entendían la complejidad humana de esos textos. Debería haber captado el brillo de egoísmo profesional que centelleaba en los ojos de este periodista; captarlo y, acto seguido, largarme. El mundo estaba repleto de organizaciones mediáticas capaces de mover montañas para unir sus fuerzas con nosotros y colaborar en nuestra tarea. Pero estos dos diarios, incluso en un momento tan temprano como aquél, habían emprendido una misión cuyo objetivo era buscarle tres pies al gato, y sólo pretendían explotar a WikiLeaks lo más posible. Estaba claro que este periodista de *The Guardian* no trabajaba impulsado por sus principios, sino por la posibilidad que le brindaba este trabajo de ganarse el aplauso de sus jefes, por la idea de conseguir un último *scoop* antes de retirarse.

Pese a todo, seguimos adelante. Seguía gustándome *The Guardian* y estaba dispuesto a creer que todo acabaría bien. Yo sí estaba seguro de la importancia de las filtraciones y no veía que fuese un problema lo de endulzar un poco la píldora, aunque no me había gustado la manera en que me lo habían pedido. Fuera como fuese, les proporcioné a ellos y a *The New York Times* todos los papeles de Irak. Yo les decía a mis colaboradores que todo era por el buen fin de la empresa, que no nos habíamos metido en todo ese jaleo para lograr que esa gente se mostrara agradecida. Si estos dos periódicos ponían todos sus recursos a trabajar con ambos grupos de documentos, habríamos prestado un buen servicio a la causa de la transparencia y a la de la libertad de prensa. Mi única tarea era ahora seguir trabajando con ellos a fin de que sacaran el mejor partido posible de todos esos materiales. Bien, no era la única tarea que me quedaba por realizar: también debía vigilar que su tratamiento de los materiales fuese honesto, y pronto resultó que esto último era un trabajo a jornada completa. La historia no es agradable, y hubiese preferido no tener que contarla, pero lo cierto es que ellos esgrimieron toda suerte de argumentos de tipo muy personal, y las cosas salieron como salieron y nosotros debíamos seguir a lo nuestro. Puedo decir a mis lectores que en esos días me vi sometido a presión en un grado mayor que en todo el resto de mi vida. Me vigilaban; vivía con lo que cabía en mi mochila; si encontraba tiempo para dormir, y pocas veces ocurría, tenía que hacerlo tendido en un sofá; empezaron a detener a gente sin que mis posibilidades de control de la situación pudieran impedirlo; y tenía que debatirme constantemente por mantener bajo control aquel enorme acorazado de guerra, tratando de evitar que perdiese el rumbo. Me sentía agotado. No siempre supe mostrarme complaciente. No siempre fui convencional. Ni amable. Pero yo creía que estaba tratando con hombres de acción, y con gente de bien, en lugar de estar liado con unos timoratos medio chiflados. No me

resultó fácil darme cuenta de lo que escondía todo aquel danzar de puntillas a mi alrededor, todas aquellas actitudes ofendidas, como si no estuviese prestándoles suficiente atención o no estuviera echando de verdad el resto.

Lo eché, sobre todo procurando que el trabajo se hiciera bien. En realidad, gracias a nosotros y a que les ofrecimos asociarse a WikiLeaks en esta tarea descomunal, estábamos brindándoles los mejores *scoops* sobre dos guerras, la de Afganistán y la de Irak. Y debíamos dar por supuesto que hubo gente que había arriesgado su vida para lograr que estas noticias fueran conocidas en todo el mundo. En Londres me pasé horas y horas en la redacción de *The Guardian*, en King's Cross. En cierto momento todo funcionaba bien: trabajábamos en una especie de búnker y parecía reinar entre todos nosotros el necesario espíritu de cooperación, aunque yo lo veía como bastante estéril si lo comparaba con el ambiente de trabajo de la época en que editamos el vídeo de Bagdad. Probablemente algunos periodistas de *The Guardian* y *The New York Times* pensaban que mis métodos eran algo extraños, pero nos pusimos a la tarea y les enseñé a entender esos materiales y a limpiar los textos, y trabajé codo con codo con la gente de los dos diarios, que estaban allí todos los días, y con algunos redactores de *Der Spiegel*que venían a veces a vernos. Algunos días viví en las casas particulares de los dos periodistas de *The Guardian*. Yo estaba muy tenso y no podía estarme quieto. Pero íbamos avanzando, me preocupaba muy poco por las relaciones personales (la única relación importante era la que tenía con esos materiales), y durante un tiempo predominó por encima de todo la idea de compartir y explorar.

Desde el principio pensé que lo lógico sería que cada uno de los periódicos compartiera con el otro el trabajo de investigación y edición, y así fue. Por ejemplo, una de las primeras historias importantes que localicé fue la de la Task Force 373, una unidad de las fuerzas especiales de Estados Unidos que trabajaba a partir de una lista de dos mil personas a las que tenía órdenes de asesinar. Para gente que ha visto la serie *Generation Kill* puede parecer incluso sensato que alguien idee un plan de esta naturaleza, pero eso de hacer una lista de personas a las que hay que ir y matar en cuanto llegues al país invadido resulta una auténtica pesadilla y una barbaridad de carácter totalmente extrajudicial. En nuestros materiales se podía ver de qué manera se añadían personas a esa lista, sin ningún tipo de control judicial, sin nada. Si no le caías bien a un gobernador de Afganistán, te nominaba para formar parte del listado, y al cabo de un minuto esa persona oía el zumbido del motor de un helicóptero y su casa era bombardeada. A base de mucha paciencia y trabajando con mucho cuidado, en los diarios se podían seguir las repercusiones de las actividades de la Task Force 373. El 2 de mayo de 2007 había una entrada que se refería a un encuentro con el vicegobernador, que debía celebrarse al día siguiente. El primer punto de la agenda para esa reunión hablaba de «comentar las repercusiones de las operaciones recientes

de la TF 373 y resolver las quejas de los aldeanos», mientras que el segundo punto consistía en «proporcionar ayuda al distrito y a la escuela que fue bombardeada». La Task Force 373 era una unidad anónima hasta que nosotros la identificamos, y la historia de sus actividades fue portada en *Der Spiegel*. Resulta interesante señalar que la información sobre la TF 373 que fue publicada por *The Guardian* había sido parcialmente redactada por Eric Schmitt, periodista de *The New York Times*. Al parecer el diario estadounidense no tuvo arrestos suficientes para publicarla.

Al igual que los demás, yo deseaba que la publicación de las noticias fuese simultánea, pero no me importaba, sino todo lo contrario, que *The New York Times* se adelantara a veces. Creíamos que esto serviría para proteger a nuestras fuentes: era menos probable que el gobierno norteamericano atacara a *The New York Times*, y este diario podía utilizar su prestigio de forma eficaz al servicio de nuestros objetivos periodísticos, y que lo hiciera en defensa de todos sus colegas. Pero, como era de temer, de nuevo apareció un brillo especial en la pupila de nuestros colaboradores. Resultó que *The New York Times* anunció que prefería que nosotros fuésemos por delante con la publicación de las historias. Esto no era más que una muestra de cobardía estratégica por parte del diario norteamericano, una mera herramienta táctica profundamente arraigada en la tendencia a la autoprotección por parte de ese medio, tan arraigada que ni siquiera ellos mismos son capaces de entender que es así. Lo disfrazaron de cautela y espíritu de responsabilidad: querían las historias, llevaban semanas trabajando en su elaboración, pero les faltaban agallas para publicarlas antes que nadie. Querían que WikiLeaks fuese la primera fuente en difundirlas, y ahora sabemos que esto formaba parte de su estrategia. La idea era esconderse detrás de nuestra organización de «disidentes», para que pareciese que ellos se limitaban a «reproducirlas». Bill Keller, el director, podía estar hinchado de tan convencido como estaba de su propia importancia, pero de hecho no tuvo el valor necesario para actuar de acuerdo con sus convicciones periodísticas, temía la reacción del Pentágono, y se comportó de una manera que hubiese avergonzado incluso a una criatura timorata de seis años que se esconde detrás del niño malo del curso para devorar a sus espaldas el botín de caramelos que acaban de robar en la tienda de chuches. Resultó muy doloroso ver su comportamiento, una vez publicados los materiales, saliendo por piernas, cualquier cosa menos plantarse y declarar abiertamente qué papel habían desempeñado ellos al asociarse y trabajar con nosotros. El gallo cantó tres veces, y Bill Keller tuvo la desvergüenza de negarnos otras tantas, y de paso aprovechó la circunstancia para cubrirnos de escarnio a fin de salir él libre de toda culpa.

Repugnante. Cualquier tío un poco más experto que yo en tratar con los medios convencionales lo hubiese visto venir desde muy lejos. En periodismo, ser el primero lo es todo. Y sin embargo, ahí teníamos al periódico más importante del mundo que nos pedía a bocajarro que le dejáramos ser el segundo. La cobardía de Keller será su

principal legado: porque estos cables revelan que en Afganistán ocurrieron cosas terribles, y un hombre más entero, alguien que hubiese sido mejor periodista que él, se habría lanzado sobre estas revelaciones para sellar con la garantía de su diario la verdad que revelaban. En lugar de eso, prefirió jugar sobre seguro y que nosotros fuésemos los que sufriésemos las consecuencias más graves del atrevimiento que supuso la publicación de estas historias, dando la cara por todos y recibiendo los tortazos de lleno, cosa que por lo demás siempre hemos estado dispuestos a soportar. Pero a esas alturas yo me había convertido para ellos en una de esas ancianas sin techo que rondan las calles cargadas con una bolsa que contiene todas sus pertenencias y, según él, en un chiflado que olía mal, mientras que él era Bill Keller, el director más cobarde de toda la historia de *The New York Times*, un hombre preocupado sobre todo por protegerse a sí mismo. La infamia se presenta oculta tras toda clase de disfraces y a veces incluso lo hace con chaqueta de sport y corbata de universidad de lujo, y pidiendo perdón por comportarse así, afirmando que sólo lo hace en nombre de los buenos modales. Si lo comparamos con Ben Bradlee, que dio la cara por sus dos redactores durante el caso Watergate, o con Robert West y Gobin Stair, los editores de Beacon Press, que fueron llamados a declarar ante los tribunales y que hubiesen preferido ir a la cárcel antes que vender a Daniel Ellsberg cuando publicó los papeles del Pentágono, Bill Keller tiene la estatura moral de un pigmeo y su tendencia a encontrar justificaciones exteriores para las cosas que hace es tan enorme como la falla de San Andrés. WikiLeaks, una web start-up, pequeña y sin ánimo de lucro, no tuvo más remedio que ser la última en permanecer en pie sin abandonar su puesto ni achicarse cuando llegó el momento de tocar a retirada.

Fuese o no coincidencia, todos los patos que estuvimos adiestrando a lo largo de varios meses comenzaron a graznar de forma interesada en cuanto llegó la hora. Treinta y seis horas antes de la fecha acordada para iniciar la publicación, acepté que el informativo *Channel Four News* enviase a un equipo para entrevistar a redactores de *The Guardian*, con la idea de que saliera en directo en su web a las nueve y media de la noche anunciando la noticia. En televisión, la daría el mismo canal en su último informativo, a las diez y media de esa noche. Sin embargo, a estas alturas también *The Guardian* había empezado a entonar su canción, que no consistía en pensar que la difusión a través de este canal de televisión iba a contribuir a dar importancia a la noticia, sino que se quejó de que ellos tenían la exclusiva en el Reino Unido, y que aquello les restaba mérito. Los de la televisión no eran unos reporteros cualquiera precisamente. Stephen Grey, un periodista con enorme experiencia en este campo, autor de un libro sobre Afganistán que tuvo buenísimas críticas, y que el propio *The Guardian* trató de conseguir que escribiera en sus páginas, dirigía el equipo del Channel Four. Grey estuvo desde el principio en la periferia de nuestros planes, aunque después *The Guardian* llegó a acusarnos de haber recurrido a él para hacerles

la competencia. Una auténtica tontería, pero por algún motivo eso enfureció a *The Guardian*. Al final lo que más les preocupaba era el mérito que se les iba a atribuir, el tamaño del pedazo del pastel que iba a corresponderles, lo cual no sólo estaba fuera de lugar sino que resultaba preocupante dado que toda mi relación con el redactor al que ese periódico encargó de realizar el trabajo de investigación estaba basada en la idea de que también él trabajaba sobre todo al servicio de la causa, porque se trataba de un auténtico activista. Pero en ese momento *The Guardian* comenzó a quejarse de que yo era una persona difícil, que les ponía trabas, aunque eso no fue más que una manifestación del carácter refunfuñante y quejica que también forma parte del importantísimo periódico liberal británico que todos conocemos y adoramos.

A pesar de todo, los resultados fueron impresionantes. Diecisiete páginas en *Der Spiegel*, unas trece en *The Guardian*, y ocho en *The New York Times*. La reacción fue instantánea y masiva. Por vez primera en mucho tiempo, esos tres periódicos se vieron situados en primera línea del debate generado en torno a la verdadera naturaleza de la guerra moderna. Yo me vi arrojado al torbellino de la notoriedad y atendí lo mejor que pude a los medios interesados, de acuerdo con nuestro plan inicial, citando los materiales filtrados, y subrayando en todo momento que había un asunto de mayor calado, el de la libertad de prensa. Pero cuando trabajas con gente para la cual hay algo más importante que la defensa de ciertos principios, siempre hay problemas. Los redactores de *The Guardian* no fueron capaces de mantener la boca cerrada y alardeaban sin medida en las fiestas y cenas con sus colegas, y sobre todo el periodista veterano fue incapaz de ser discreto y se pasaba el día contando a voz en grito «cómo lo hicimos», atribuyéndose más méritos de la cuenta. Creo que no llegó nunca a comprender cabalmente las implicaciones de seguridad que estaban en juego, y siempre trataba de demostrar su grandiosa estatura delante de sus colegas, lo cual fue seguramente la causa de que se pusiera a largar ante periodistas de *The New York Times* que nosotros nos habíamos guardado algunos de los cables. Parte de su exhibicionismo consistió en alardear de que yo me había alojado en su casa y en la del otro redactor de *The Guardian*, a pesar de que revelar este hecho era francamente peligroso.

En cuanto esos medios vieron que ya tenían lo que querían, la luz del sol dejó de iluminar nuestro pedacito de tierra. En un primer momento se contuvieron bastante, pero cuando comprendieron que les interesaba tener todos los cables, largaron más de la cuenta. Orwell hubiese comprendido perfectamente lo que pasó, pues estas cosas se manifiestan en la clase de vocabulario utilizado por unos y otros. Tanto *The Guardian* como *The New York Times* deseaban proyectar cada vez con mayor insistencia una imagen de mí como un hacker, como un tipo inestable, pero con esta actitud no hacían más que poner al descubierto la ansiedad que toda esa situación les provocaba. Normalmente suele ser mejor no cuestionar las motivaciones de los otros,

porque lo que suele pasar es que desvelas cuáles son las tuyas. Y esta forma de apartarnos a mí y a WikiLeaks de la publicación de esos documentos no fue más que el modo que usaron ambas organizaciones mediáticas para perseguir dos objetivos: apropiarse de todo el mérito y protegerse contra las acciones judiciales. Incluso los niños tienen más encanto cuando se ven sometidos a situaciones de tensión, y si bien es probable que, en mi obsesión por proteger las fuentes y mantenerme al timón de todo el proceso, me mostrara a menudo prepotente, seguramente parte del trabajo de esos periodistas consistía en comprender que ocurriera. En lugar de mostrarse comprensivos, lo que hicieron fue entablar una batalla contra mí, y olvidaron por completo quién era el verdadero enemigo.

Hubo también elementos muy personales. El periodista del equipo de investigación y yo nos llevamos bien mientras todo se redujo a nosotros dos. En Bruselas y Estocolmo, e inicialmente en Londres, nos hicimos amigos, y me dio la impresión de que él me veía como una versión más joven de lo que él mismo había sido en el mundo del periodismo. Le sedujo en cierto modo mi idealismo, si se me permite decirlo así, y antes de que me diera cuenta este periodista comenzó a comportarse de manera errática y mostrando una gran dependencia, como si se hubiese enamorado a la manera bobalicona de un adolescente, y atribuyéndose al propio tiempo todo el mérito, como si todo aquello se le hubiera ocurrido a él. Por emplear esa combinación de metáforas que caracteriza el estilo de los periodistas de *The Guardian*, podría decir que aquel hombre quiso convertirse en la gran estrella que había sido capaz de llevar el pez más gordo a su casa. Era como si para él fuese una cuestión de honor que debía exhibir ante sus colegas. A mí tampoco me importaba mucho quién se colgase la medalla, pero los doce hombres sin piedad no iban a fijarse en las pruebas. Se fijaban sólo en sí mismos, en las posiciones que ocupaban, en su trayectoria profesional, y aunque todo esto sea muy humano, acabó por interponerse en nuestra tarea.

La auténtica prueba de fuego para el temple periodístico sólo llega cuando comienza el contraataque. Desde el primer momento sabes que va a producirse. La noche de la gran filtración la gente sólo quería brindar con champán, pero entretanto yo pensaba: «No corramos a descorchar botellas. La Casa Blanca y el Pentágono van a venir a por nosotros, y esto se va a poner bastante feo». Lo primero que hicieron nuestros críticos fue decir que los materiales no eran importantes. «No hay apenas novedades para quienes han seguido de cerca los acontecimientos», dijo una primera «fuente-de-pago», cuyo nombre no se mencionaba, y que hizo esta declaración a *The Washington Post* a toda prisa. Todo un clásico. La siguiente andanada, liderada por el diario rival de *The Guardian* en Gran Bretaña, *The Times*, propiedad de Rupert Murdock, insinuó que los materiales que habíamos filtrado ya habían provocado la muerte de un desertor talibán. Resultó que esa persona cuyo nombre publicaron había

sido asesinada dos años atrás. Pero en cuanto surgieron las primeras críticas, los periodistas de *The Guardian* fueron presas del pánico.

Volviendo la vista atrás, debo decir que los periodistas de este diario hicieron un magnífico trabajo a la hora de preparar los documentos, y en eso no hay nada que reprocharles. Realizaron un trabajo excelente, en la mejor tradición de ese diario, y tuve la sensación de que algunos de ellos —el subdirector, Ian Katz; y el editor de sistemas, Harold Frayman— aportaron a lo largo de todo el proceso cierto grado de normalidad y una capacidad de trabajo impresionante. El redactor veterano, por supuesto, estropeó parte de ese ambiente laboral tranquilo diciéndome en un aparte que algunos de los redactores implicados habían pedido que se les pagara un «plus de peligrosidad» porque habían notado que les seguían por la calle. A lo largo de tantos años, he trabajado con periodistas de muchas partes del mundo, pero jamás me he encontrado en ningún lado con un grado de miedo frente a las posibles amenazas como el que vi en Londres, una escasez tan marcada de confianza en la forma de trabajar en equipo con personas que no eran exactamente iguales que ellos, ni tampoco unas carencias tan notables y una falta tan grande de experiencia a la hora de adoptar las precauciones de seguridad adecuadas a un trabajo de estas características. Cuando Alan Rusbridger llamó a Bill Keller para preguntarle si sabía cómo montar una línea telefónica segura, el neoyorquino respondió que no tenía ni la menor idea. Y a pesar de que parte de ambas redacciones hizo todo lo posible por disfrutar de aquel momento y conseguir que la colaboración funcionase bien costara lo que costase, hubo otros, los doce hombres sin piedad, que montaban toda clase de embrollos a cuenta de su futuro profesional, y todo eso, como es natural, acabó cayendo sobre mis hombros, por el hecho de ser la cabeza visible de toda la operación.

Mi estrategia estaba bien definida desde buen principio, y yo quería empezar por los diarios de Afganistán y seguir luego con los de Irak. El material de Afganistán era menos voluminoso, y quería comprobar si todos nosotros —WikiLeaks en colaboración con los periódicos asociados—, trabajando en equipo, éramos capaces de establecer sistemas informáticos y periodísticos que nos permitieran leer y publicar los datos; si podíamos adiestrar a los redactores, y a los equipos de infografía de las redacciones, a realizar estas tareas, antes de que todos tuviésemos que enfrentarnos a un asunto mucho más complicado como era el de los cientos de miles de documentos procedentes de Irak. Como he contado antes, los dos principales diarios habían pedido que les facilitara el material de Irak como algo que sirviera para «endulzar la píldora amarga». Habían tratado de conseguirlo demostrando en la tarea un exceso de celo casi siniestro, cosa que me indujo a pensar que, cuando tuvieran el botín, iban a hacer un despliegue espectacular. Acepto que tiendo a ser una persona de ideas fijas, y que sólo apunto hacia un único objetivo. En consecuencia, en ese

momento yo estaba seguro de que el gran empujón tendría lugar en las tres semanas siguientes. Lo que había sido incapaz de prever era que iba a producirse un alto grado de tedio periodístico: Irak no resultaba tan «sexy» como Afganistán, una guerra que aún se estaba librando y que tenía por tanto más actualidad. Yo había pensado siempre que las dos redacciones harían un trabajo mejor con el material de Irak, tras haber realizado la labor de aprendizaje del método con el otro material, pero cuando comenzaron a trabajar con el de Irak estaban todos quemados, y muchos de los periodistas se fueron inmediatamente de vacaciones. No se le puede echar la culpa a la gente por el hecho de que se sientan agotados, pero yo veía que se presentaba a continuación un trabajo todavía más importante, y en cambio la tensión necesaria para ello se había esfumado. El trabajo que estaban llevando a cabo con los nuevos materiales no era del todo bueno, y al mismo tiempo se negaban a pasárselo a otros periodistas dispuestos a continuar con más ganas. Estaban atascados.

Con el paso de los días nuestros desacuerdos comenzaron a teñirse de tonalidades más sombrías, sobre todo con *The New York Times*. Bill Keller estaba empeñado en decir que yo era una «fuente», lo cual, por cierto, no es demasiado buena señal para quienes en el futuro deseen convertirse en fuentes de los redactores de ese periódico. Antiguamente era considerado un honor, tanto en sentido periodístico como en sentido legal, que la prensa hiciera todo lo necesario no sólo por proteger a sus fuentes, sino también por cuidar de ellas: en este mismo momento, hay periodistas en todos los países del mundo que están dispuestos a ir a la cárcel con tal de proteger a sus fuentes. En cambio, la manera en que Bill Keller trató a esta «fuente» que les habla aquí careció de toda dignidad y fue tan agresiva que resulta tan vergonzoso para él como indigno de sus antecesores en el cargo. En este contexto podríamos preguntarnos si es correcto trabajar estrechamente con una «fuente», y permitir que esa misma «fuente» organice la colaboración internacional (de la que tu medio de comunicación forma parte) para la publicación de las noticias más importantes del año, y después ponerte a criticar gravemente a esa misma persona tan pronto como has publicado las noticias, y lanzar por escrito contra ella toda suerte de insultos personales: «Olía como si llevara días sin darse un baño». Correcto, no había pasado apenas tiempo ante el espejo esa semana, dado que estuve al final tres noches seguidas en vela, preparando el material que su periódico publicaría muy pronto de forma espectacular, y bajo el lema histórico de ese medio: «Todas las noticias que es apropiado publicar». Menos agradable incluso, por no decir completamente psicótica, fue la decisión que adoptó Keller de hablar de mí como si yo fuese un personaje salido de las páginas del *thriller* de Stieg Larsson, un tipo que es mitad hacker, mitad víctima de alguna teoría de la conspiración, «para el que la sexualidad es violación y pasatiempo a la vez».

Damas y caballeros, esta última afirmación podría ser objeto de una querella. Se

trata de una calumnia maliciosa que además pretende, por extraño que pueda parecer, infligir el mayor daño posible a una persona que en el momento en que fue escrita estaba siendo víctima de acusaciones sobre supuestos delitos sexuales. Cuando escribió y publicó esa frase, Keller sabía sin la menor duda que constituía el más odioso ataque contra mí, contra mi situación legal y contra mi reputación. Y sin embargo, la publicó. Jamás entenderé por qué lo hizo, y me niego a especular sobre sus motivos. Pero sí he querido poner este ejemplo al descubierto para que mis lectores sepan cómo actúan estos individuos, cómo funciona el sistema que hace que los mismos que proclamaban amar una cosa, al minuto siguiente estén deseando destruirla. La sórdida declaración de Keller contra mí es un texto muy extenso, de ocho mil palabras, y contiene muchas falacias. Que el siguiente párrafo sirva como respuesta para todas ellas: no pienso malgastar mi tiempo ni el de mis lectores, ni tampoco, si llegara el caso, el de los tribunales, tratando de responder una por una a todas ellas. No las escribió una persona sobria o responsable. Conocemos a tipejos así en las novelas: escrupulosos en la superficie, paralizados en las zonas medias, sociópatas en lo más profundo, son capaces de llegar a cualquier extremo a la hora de autoglorificarse ante un público que no recela de su palabra. ¿Qué clase de persona es capaz de un comportamiento así, podría preguntarse el lector? Alguien que es víctima de la desesperación, podríamos responder, alguien de muy escasa talla moral, o, por decirlo con palabras de Oscar Wilde, un arcediano que se ha pasado la noche por las calles «durmiendo al lado de las panteras», para llegar por la mañana a su despacho y lanzar contra esas mismas panteras la más brutal de las sentencias. Probablemente los redactores más jóvenes de su diario se habrán sonrojado viendo sus métodos, contemplando la rapidez con la que Mr. Keller fue capaz de pasar de ser un colaborador hambriento de las noticias que le proporcionaban a convertirse, en el tiempo que tardas en marcar el número de la Casa Blanca con la tecla de marcado rápido, en un ser ingrato y sediento de venganza.

Pero ya sabemos cómo son estas cosas: hay una parte de ti que detesta enfrentarse al hecho de que acabas de fastidiar una relación laboral prometedora. La has fastidiado; y, sin embargo, y aunque fuese de manera muy inexperta, en aquel momento yo trataba todavía de mantener unidos a todos los que habían participado en la colaboración periodística a fin de ponernos a trabajar juntos en otros documentos pendientes de publicación. De nuevo, yo sólo me centraba en el trabajo que nos quedaba por hacer. Me parecía imperativo sacar a la luz el resto de los materiales, ponerlos a disposición de los periodistas de investigación y de los lectores. Si había empezado a jugar este juego no era con la idea de amontonar papeles. Lo que yo quería era difundirlos, aunque fuese gradualmente, para que produjeran el impacto que por su naturaleza iban a producir. Al final seguimos adelante a pesar de los pesares, y pude al menos colaborar con algún canal de televisión y preparar con esa

nueva gente un par de documentales que iban a captar nuevo interés por parte de la opinión pública.

Las relaciones con los periódicos iban a hacerse más explosivas incluso en las siguientes semanas, pero eso lo contaré más adelante. Pero no perdamos de vista los materiales filtrados en medio de todo este embrollo. Si los sumamos, los diarios de las guerras de Afganistán y de Irak constituyen un importantísimo registro histórico, y ninguna pelea tribal borrará esto. En cierto sentido, fueron la culminación de años de preparación tanto por mi parte como por la de mis colegas, el lento aprendizaje del modo adecuado de poner al descubierto los mundos secretos que definen nuestras vidas y la política global. Para algunas personas puede que sólo fueran historias pasajeras. Pero permanecerán vivas mientras los seres humanos sigan estando interesados en las vicisitudes que traen consigo los conflictos armados. Entremos, pues, a leerlos y veamos qué nos cuentan, y más adelante regresaremos al folletín de los medios de comunicación de masas.

13

SANGRE

El 28 de julio de 2010, el general de división Campbell, uno de los comandantes de las fuerzas armadas norteamericanas en Afganistán, dijo que «cualquier clase de filtración de material clasificado que pueda producirse en cualquier momento puede en potencia causar daños a los militares que trabajan aquí cotidianamente». El general Campbell también reconoció que no había leído ninguno de los documentos que habíamos filtrado. Al día siguiente, en una rueda de prensa celebrada en el Pentágono, el secretario de Defensa Robert M. Gates y el almirante Mike Mullen lanzaron el siguiente infundio con la idea de conseguir que la gente se tragara este bulo: «Diga lo que diga Mr. Assange acerca del bien superior que él y su fuente pueden estar persiguiendo —afirmó Mullen—, la verdad es que a estas horas sus manos podrían estar ya manchadas de la sangre de algún joven soldado o de la de una familia afgana».

Uno de los periodistas presentes hizo la siguiente pregunta:

PERIODISTA: Almirante Mullen, ha dicho usted que el fundador de WikiLeaks podría tener ya las manos manchadas de sangre. ¿Tiene usted información sobre las personas que podrían haber muerto debido a la publicación de estas informaciones?

MULLEN: Todavía... Lo que me preocupa más de todo este asunto es que pienso que hay ciertos individuos no directamente implicados en esta clase de combates, y que revelan estas informaciones, que no deberían... desde mi punto de vista... que no están capacitados para valorar por qué razón esta clase de informaciones son introducidas rutinariamente en los canales clasificados que utilizamos de manera específica... Y si no se entiende esto y si no se sabe esto, resulta muy difícil comprender el impacto, y específicamente el potencial que todo... que tiene todo esto a la hora de arriesgar las vidas de nuestra infantería y de nuestros marines, y de nuestras fuerzas aéreas, las de los militares pertenecientes a la coalición, así como... así como las de los ciudadanos afganos. Y no me cabe la menor duda al respecto.

SECRETARIO DE DEFENSA GATES: Me gustaría añadir... Quiero añadir una cosa más. Lo que no debemos olvidar es que se trata de una enorme cantidad de datos no elaborados... No hay responsabilidad. No hay ningún sentido de la responsabilidad. Por así decirlo, lanzan todo eso por ahí, y al diablo con las consecuencias.

PERIODISTA: Con el debido respeto, no han respondido ustedes a mi pregunta.

Apenas unas horas después de estas declaraciones, la frase «Julian Assange tiene

las manos manchadas de sangre» había entrado a formar parte del vocabulario global. Si alguien googlea las palabras «Assange» y «sangre», comprobará, por el número de resultados obtenidos, que estas dos palabras juntas llevan a pensar que, al menos en términos mediáticos, se me relaciona con la idea de «manos manchadas de sangre» mucho más que a Richard Nixon, a Suharto y a Poncio Pilatos juntos. Así funciona el mundo de la comunicación moderna. Sin aportar ninguna clase de pruebas, sin absolutamente ni una sola prueba que demuestre que ha habido muertes relacionadas con nuestro intento de mostrar las cosas que de verdad ocurren en esa guerra, se ha dicho de mí que soy una persona que tiene «las manos manchadas de sangre». Se trata de una de esas frases que gustan mucho a la gente sin miramientos, y que se propagan velozmente, pese a no estar basadas en hechos. Lo más siniestro de todo es que con frecuencia la repiten muchos comentaristas no sólo como si fuese, en efecto, un hecho, sino como si se tratara de la reproducción fiel de lo que se dijo en realidad. Y no es ni una cosa ni la otra. Veamos de nuevo lo que dijo el almirante Mullen: «Sus manos podrían estar ya manchadas de sangre...». El plural, que se refiere a mí y a otros; y el condicional «podrían», son rápidamente cortados por los medios en general, y de repente ocurre que «Julian Assange tiene las manos manchadas de sangre». De esta manera, algo que ya no era cierto cuando se dijo se convierte en el origen de falsedades incluso mayores hasta que, al final, te ves encarnando no sólo una ficción, sino la ficcionalización de una ficción previa, y contra eso no puedes recurrir ante ninguna instancia.

Nos hemos ido acostumbrando de tal manera a que las cosas sucedan así que estamos empezando a pensar que son completamente normales. Pero en realidad lo que son es odiosas. A día de hoy podría dedicar todo mi tiempo, si me diese por ahí, a tratar de refutar las ficciones de enemigos y amigos, todos los cuales, por cierto, son igualmente poco inmunes a la fuerza contaminadora de la mentira. Naturalmente, no es un problema que me afecte sólo a mí, y siento compasión por todas las personas que hayan tenido un momento de estupidez o vanidad que les haya inducido a pensar que sería bueno vivir la vida de quienes están sometidos día y noche al escrutinio de la mirada pública. Es una batalla que nadie puede ganar. Te ves forzado a convertirte en una especie de cifra en la obra de Charles Dickens, y vivir inmerso en un interminable litigio legal como el de Jarndyce y Jarndyce en*Casa desolada*, en donde las pruebas sólo pueden acumularse, ensortijarse y generar más pruebas, sin que jamás llegue a existir siquiera la posibilidad de que se produzca, y sea respetado universalmente, un veredicto claro y justo. En eso se ha convertido mi vida actual, y lo expongo aquí sin llantinas ni fingiendo que me da igual. La única alternativa es decir las cosas como son cuando tienes la oportunidad de hacerlo, y olvidarte de ti mismo en nombre de causas mucho más trascendentes.

Una gran parte de mi trabajo, cuando no me dedico a hostigar a los bancos, ha

consistido en revelar con la máxima precisión en qué lugar y circunstancias han derramado sangre las guerras modernas y las invasiones lanzadas por los Estados modernos. Se trata de una labor gigantesca, y sólo el público en general puede completarla. No nos dedicamos a andar esparciendo noticias sin ton ni son. Difundimos informaciones, y luego les corresponde a los individuos, los investigadores, los periodistas y la gente de leyes la tarea —una tarea de años— de estudiar los datos y arrancarles su significado. Al trabajar con los periódicos pretendíamos encontrar un estímulo, ya que de esa manera los voluminosos materiales podían ser ofrecidos a los lectores de todo el mundo. Afirmar que somos nosotros, o la gente que se pregunta qué está pasando, los que tenemos las manos manchadas de sangre, en lugar de que esa acusación recaiga en los generales y gobernantes que declaran y libran esas guerras, me parece una abstracción propia de videntes o algo así. Me limitaré a afirmar que los diarios de guerra de Afganistán e Irak no pueden ser propiedad exclusiva ni de los ejércitos lanzados a la conquista de esos territorios, ni de los dictadores que los gobiernan. No son ellos sus propietarios; forman parte del tejido mismo de la realidad. Es posible que a Gates y a otros no les guste dejar de ser los propietarios exclusivos de esa realidad, pero el hecho es que no son sus únicos dueños, a no ser que tanto ellos como sus homólogos deseen merecer que les califiquemos como de Gran Hermano. Forzado a decir la verdad, en una carta dirigida al Senado dos semanas después, el 16 de agosto de 2010, el secretario de Defensa, Gates, informó a los miembros de esa cámara que «los análisis realizados hasta la fecha no han demostrado que, debido a estas revelaciones, hayan corrido riesgo alguno ni las fuentes de inteligencia ni los métodos empleados por ellas». La autoridad máxima en la materia, por lo tanto, ha declarado que es falso que haya ningún vínculo entre mi persona y quienquiera que tenga «las manos manchadas de sangre».

Dejando al margen las difamaciones y las pistas falsas, los diarios han contribuido de forma crucial a nuestra comprensión de esas guerras. Revelan de qué forma se produjeron los diversos incidentes sobre el terreno, y además sirven para poner al mundo en alerta respecto al modo en que las informaciones oficiales sobre los mismos tendían a quitarles hierro, tanto cuando esas informaciones procedían de las fuerzas armadas como cuando eran reproducidas por los medios de comunicación. Una y otra vez se minimiza o falsea el número de víctimas civiles. El deber moral, y es un deber que atañe a todo el mundo, nos obliga a analizar el informe escrito sobre el terreno y a compararlo con la información oficial que se difundió más tarde. Con demasiada frecuencia como para poder permanecer tranquilos al respecto, nos encontramos con que a menudo hubo víctimas civiles y no se admitió que fuera así. Por ejemplo, si las fuerzas armadas sospechaban que cierto edificio era el escondrijo de unos líderes talibanes, y era elegido como blanco y bombardeado, y después

resultaba que se trataba de una escuela en la que como consecuencia del ataque murió cierto número de niños, en los diarios de la guerra se encuentran indicios de qué fue lo que pasó en realidad. Y hasta el día en que me lleven a la tumba mantendré que estos datos son informaciones que deben ser divulgadas en interés de todo el mundo.

Permítame el lector que le ponga un ejemplo de Irak. En noviembre de 2005 los marines norteamericanos lanzaron la Operación Telón de Acero en la ciudad de Husaybah y sus alrededores, cerca de la frontera con Siria. Después de diecisiete días de combates, el Pentágono facilitó una nota de prensa titulada «Ha concluido la Operación Telón de Acero que se desarrolló en la frontera entre Irak y Siria». Todavía está colgada en la web de las fuerzas norteamericanas, sugiero al lector que vaya a echarle una ojeada. Tras un breve resumen de los objetivos de esa misión militar, el informe declara que «los oficiales informaron de la muerte de 10 marines durante Telón de Acero. En la operación cayeron muertos 139 terroristas en total, y 256 fueron arrestados». La nota oficial no mencionaba víctimas civiles. Está fechada el 22 de noviembre de 2005. Veamos ahora qué dice esta entrada de los diarios de Irak que logramos filtrar, y que lleva la fecha del 11 de noviembre de 2005: «[La patrulla] de apoyo de Telón de Acero informó haber encontrado cadáveres civiles enterrados en tres sitios diferentes de Husaybah. En [el primer sitio] fueron recuperados los cuerpos de 3 mujeres, 3 hombres y 1 niño. En [el segundo] se recuperaron 7 mujeres y 10 niños. En [el tercero] 1 niño no pudo ser recuperado... Todos los cadáveres fueron identificados sin lugar a dudas por los vecinos, y el padre del niño que no pudo ser recuperado lo identificó como hijo suyo. Todas las víctimas fueron recuperadas en zonas atacadas por los aviones de combate aliados el 7 de noviembre de 2005».

Era importante no introducir ninguna clase de prejuicios al presentar los datos: se trataba de dejar que hablaran ellos por sí solos. Eso era algo cada vez más complicado de hacer para los periodistas, y fue uno de los motivos por los cuales la forma de redactar las noticias acabó convirtiéndose en el origen de tensos debates. Debe recordar el lector que WikiLeaks estaba aprendiendo todavía a llevar a cabo su trabajo, y estoy seguro de que de entonces para acá hemos ido mejorando, sobre todo a la hora de enfocar mejor el modo de redactar las historias. Los datos eran tan increíblemente voluminosos que al principio no fuimos capaces de escribir de forma brillante. Pero eso no quita que la supuesta preocupación por la seguridad que dijo sentir el gobierno de Estados Unidos, y referida a unos riesgos que siguen siendo meramente hipotéticos y no han sido demostrados, sea en realidad un intento deshonesto de distraer la atención del mundo para evitar que se fije en la auténtica verdad acerca de la guerra que esos diarios revelaban.

En ese momento se lanzó otra información errónea según la cual yo había dicho que nosotros no éramos responsables de la vida de los informadores que nos habían filtrado los documentos y que además esas personas «merecen morir». Es

completamente absurdo que se me acusara de semejante barbaridad. Lo que dije es que había personas que eran de esa opinión, pero que lo que íbamos a seguir haciendo nosotros era editar los documentos de forma que conservaran su contenido esencial, sin causar el menor daño a nadie, si estaba en nuestras manos evitarlo.

Durante la publicación de los diarios, tuve cuidado de que la cuestión de cómo se redactaban las historias no se convirtiese en excusa para ningún tipo de censura. Tal como hemos visto en el caso del secretario Gates, y de las partes interesadas en la cuestión (con lo cual me refiero a los gobiernos occidentales), a menudo se utiliza el tema de la redacción de las historias —o la fraudulenta acusación de «las manos manchadas de sangre»— como medio para justificar que los documentos permanezcan en secreto. Contra la tendencia normal en nuestros tiempos, en esencia lo que hacen es pedir que estos documentos sean censurados por motivos políticos. Y mi negativa a participar en esa guerra de propaganda les permitió decir que yo estaba en contra de los periodistas que redactaron las historias. De hecho, estuvimos con los ojos abiertos hasta altas horas de la madrugada debatiendo sobre el tema de la forma de redactar las historias desde un buen principio. Naturalmente, no fuimos nunca tan remilgados como los gobiernos ni, si vamos a eso, como *The Guardian* o *The New York Times,* pero creo que nos mostramos siempre juiciosos, y hasta la fecha nadie ha sufrido daño alguno como consecuencia de lo que hemos publicado.

Aunque mi forma de ver todo esto no haya cambiado, antes de la divulgación de los diarios de Irak pude entender que la actitud implacable de WikiLeaks amenazaba con producir daños a nuestra organización y a nuestro futuro trabajo. Si pretendes hacer algo mínimamente significativo, en ocasiones no tienes que olvidarte de tus intereses, y fue así como decidí que la redacción de los diarios de Irak se hiciera mucho más a fondo que ninguna de nuestras anteriores filtraciones. Como no disponíamos de recursos para hacerlo de forma manual —sobre todo debido a que nuestros asociados de la prensa se negaban a echarnos una mano, pues tenían miedo de asumir esa responsabilidad—, escribimos un programa capaz de suprimir automáticamente de los documentos todos los nombres y todo el resto de los datos que pudieran ser empleados para identificar a personas. Sé que puede haber algún descerebrado que me condene por decir esto, pero de hecho creo que nuestra versión publicada de los diarios de Irak fue demasiado exhaustiva. Después de que los diarios revelasen la colusión de las tropas norteamericanas con las torturas infligidas a cientos de presos iraquíes por parte de las fuerzas locales, el Ministerio de Defensa danés puso en marcha una investigación para analizar el comportamiento de las tropas de su país en Irak. Al principio los investigadores pidieron al Pentágono que les facilitara la versión no editada de las partes de los diarios relativas a la actuación de las tropas danesas. El Pentágono se negó en redondo, de manera que los daneses nos pidieron esos materiales a nosotros, y se los facilitamos. Puede que haya quien se

niegue a aceptarlo, pero la transparencia gubernamental sólo se hace merecedora de ese nombre si se trata de un valor real y reconocido, y no es una mera etiqueta, y este hecho es algo que tengo muy en cuenta al analizar el trabajo de redacción a partir de los documentos.

Tras las consecuencias que tuvo la anterior filtración de los diarios de Afganistán, trabajamos en la preparación de los de Irak en un ambiente de nerviosismo histérico. Los periódicos asociados a nosotros trabajaban con un nivel de energía bastante bajo, tal como he contado antes, y se habían visto sometidos a fuertes sacudidas por la magnitud de las reacciones provocadas por la filtración del material afgano. No es la primera vez que encuentro esta actitud en los medios convencionales: quieren grandes titulares, pero son incapaces de digerir el alboroto que provoca su publicación. La mayoría de estos periodistas son gente de clase media que sólo desean llegar a casa y charlar con su esposa del colegio de los niños, pero de repente se encuentran sometidos a vigilancia, saben que se está procediendo a la presentación de querellas ante los tribunales, y en buena parte carecen del temple necesario para soportar estas tensiones. Ahora bien, los materiales de Irak tenían una importancia extraordinaria, y tuve que mantener serias discusiones, sobre todo después de que en Suecia lanzaran contra mí las acusaciones sobre mi vida sexual, para conseguir que los periódicos asociados fueran fieles a sus compromisos y a su honor. Empecé a percibir señales muy claras. WikiLeaks se dispuso a montar una rueda de prensa para anunciar las nuevas filtraciones. La Oficina de Periodismo de Investigación de Gran Bretaña, a la que también le había entrado el canguelo, tenía que participar en ella, junto con una organización llamada Iraq Body Count [Recuento de Víctimas de Irak], y otras, junto con nosotros y los periódicos asociados a WikiLeaks en la publicación de los diarios. Entonces sonó la campana de alarma en algún rincón de mi cabeza —porque la traición no es con frecuencia algo que te pilla por sorpresa, sino una cosa que reconoces porque siempre estaba ahí—; fue el día que el principal periodista de *The Guardian* vinculado a nuestro trabajo le dijo a Sarah Harrison, mi ayudante, que su diario no quería aparecer mencionado como medio asociado a nosotros. Dijo además que no quería que el logotipo con la cabecera de *The Guardian* apareciera en el cartel al lado del nuestro, y que su intervención en la rueda de prensa no sería en la mesa desde la que se anunciaría la noticia de las filtraciones, sino como uno de los periodistas invitados.

Ahí viene el tipo, tapándose las orejas y diciendo que sólo había subido a lo alto del campanario de la catedral para ver con más claridad a un señor que pasaba por la calle. Este periodista nos dijo que *The New York Times* y*Der Spiegel* eran de la misma opinión: nada de logotipos de sus cabeceras. Alquilamos una sala del Riverbank Hotel, cerca del Vauxhall Bridge de Londres, y hubo cientos de periodistas presentes en la rueda de prensa. Pedí a Daniel Ellsberg que viniera de Estados Unidos, y

aparecimos juntos en el estrado, desde donde dimos a conocer los datos; después concedimos montones de entrevistas. A pesar de que más tarde habría muchísimas reacciones irritadas parecidas a las que tuvieron los periódicos asociados con nosotros y otros medios decididos a explotar la noticia, nos habíamos preparado para comenzar la divulgación de los documentos de Irak con toda la precisión de la que WikiLeaks era capaz. Era importante tener a nuestro lado a una ONG, y desde el punto de vista ético teníamos ante nuestras mismas narices a Iraq Body Count, que estaba registrando de manera extraordinariamente precisa el número de víctimas civiles que se habían producido desde el comienzo de esa guerra. Ellos nos ayudaron a crear un sistema automático de redacción para los 400.000 documentos. También tenía sentido incorporar al diario *Le Monde*, y así lo hicimos. No en vano los franceses se habían opuesto a la guerra en 2003, y habían sufrido las consecuencias. El diario español *El País*[5] subió también a bordo. Trabajamos junto con la Oficina de Periodismo de Investigación, con sede en Londres, en la producción de documentales sobre los diarios de guerra para Channel Four y Al Jazeera. Tanto nosotros como los periódicos que se nos habían unido intuíamos que la publicación de los datos aumentaría (y añadiría detalles) a la idea de que la guerra de Irak era un fracaso y una amenaza contra la transparencia. Las tropas norteamericanas habían iniciado ya su retirada de Irak, y otros muchos países occidentales habían sacado sus tropas de allí hacía un año o más, y todo esto dejó abiertas muchas posibilidades para que algunas ONG como Reporteros sin Fronteras, Amnistía Internacional y Human Rights Watch analizaran los documentos y sacaran conclusiones.

Los documentos estaban constituidos por los informes que los soldados norteamericanos habían escrito dando cuenta de los incidentes que les habían parecido dignos de mención. En esos textos se podían leer todos los detalles: el lugar exacto, la hora y el día, las unidades militares implicadas, la cifra de muertos, heridos y arrestados, el estatus de las víctimas, si se trataba de norteamericanos, aliados, tropas iraquíes, insurgentes o civiles. Jamás en la historia se ha producido un registro comparable en sus detalles e información no ya de la guerra de Irak, sino de ninguna otra guerra.

Ahí figuraban todos los problemas propios de los conflictos bélicos, tanto en el nivel de los combates sobre el terreno anotados minuto a minuto, como el análisis de la globalidad de estas acciones desde una perspectiva más amplia. Al leer estos diarios junto con la gente de Iraq Body Count encontramos 15.000 víctimas civiles de las que hasta ese momento no se tenía noticia. Por mucho que el Pentágono se empeñe en convencernos de ello, la guerra moderna no se limita al fuego archipreciso que, como si de magia se tratara, permite la tecnología moderna. La guerra de hoy trae consigo los mismos desastres de sangre, tragedia e injusticia que desde siempre han supuesto las guerras. Un avión no tripulado puede localizar una vivienda

determinada con la máxima precisión, pero no es capaz de saber quién está dentro, o si un niño acaba de volver a casa después del colegio.

Los documentos de Irak (y hay muchos que siguen esperando a ser analizados) revelan el legado de abusos de los derechos humanos cometidos por los norteamericanos, y también cuál era la triste realidad de ese país durante la dictadura de Saddam. Algún día, los historiadores serán capaces de recomponer del todo el puzle del día a día de las hostilidades que forman el detalle de esa guerra, y estos diarios serán para ellos una fuente primordial que permitirá reconstruir la verdadera historia. Me sentía muy orgulloso del trabajo que habíamos llevado a cabo, así que llamé a mi madre, que seguía en Australia. Aunque hablábamos con cierta regularidad, me gustó restablecer en ese preciso instante la conexión con el lugar y las circunstancias personales donde se encontraban los orígenes de todo aquello.

Larry King quiso entrevistarnos a Daniel Ellsberg y a mí. Yo debía hablar sobre los diarios, y Dan iba a dar su perspectiva histórica. Teníamos que encontrarnos en los estudios de la CNN en Londres a las dos de la madrugada, para entrar en directo en el programa de Larry King que, naturalmente, saldría en directo desde Estados Unidos. Mientras esperábamos nuestra entrada en antena, estuvimos viendo su programa. Uno de los invitados era una ex novia del magistrado del Tribunal Supremo Clarence Thomas, y aquella mujer recordaba algunas cosas que no dejaban muy bien la reputación del juez. Lo que a ella le había parecido siempre más difícil de entender era la importancia extrema que para el juez Thomas tuvo siempre su ambición personal, su deseo de llegar a la cumbre de su carrera; según esa mujer le contó a King, el magistrado fue capaz de organizar en cierta ocasión una rueda de prensa a las dos de la madrugada. Dan y yo nos miramos el uno al otro, miramos luego el reloj y nos reímos.

Pero yo tenía una idea obsesiva en ese momento. Un hecho que ocupaba también los pensamientos de todos aquellos con los que habíamos estado trabajando. Y que en esos días se había convertido en mi principal preocupación. Aunque nosotros continuábamos desarrollando la misión que se ha impuesto WikiLeaks y aunque seguíamos y seguimos publicando muchas cosas, sin abandonar nuestra tarea ni un solo día, el asunto que había surgido en Suecia comenzaba a ser el aspecto que más interesaba a los medios en relación con nuestra actividad; aquello provocó un verdadero frenesí de especulaciones e inquietud respecto a mi persona, y terminaría llevándome a prisión. Hasta este mismo instante me he reservado mi opinión acerca de todo ese asunto. No es fácil contener la ira al contar lo ocurrido, debido a la enorme cantidad de malicia intencionada y oportunismo que han disparado las acusaciones vertidas contra mí, pero trataré de exponer aquí mis argumentos sobre todo este embrollo de la forma más ecuánime posible. Mis enemigos, cuyo número se ha multiplicado de repente, no han demostrado ecuanimidad precisamente, pero por

mucho que no pueda derrotarlos, me reservo el derecho de no sumarme a esa actitud.

En agosto de 2010 visité Suecia. Las palabras pronunciadas en el Pentágono todavía resonaban en mis oídos. Geoff Morell, secretario de prensa, había dejado entender en una sesión informativa que tanto WikiLeaks como yo teníamos motivos más que suficientes para empezar a estar preocupados. «Si a ellos no les parece que tener un buen comportamiento —dijo— es una motivación suficiente, seremos nosotros los que tendremos que pensar de qué alternativas disponemos para forzarles a comportarse bien. Y permítanme que no añada nada más.» Cuando se le preguntó, en esa misma comparecencia de prensa, si *The New York Times*, como socio nuestro, sería forzado también a comportarse, el secretario de prensa manifestó: «Me parece que *The New York Times* no se considera a sí mismo como socio de ellos... Me parece que ni *The New York Times* ni el resto de las publicaciones están en posesión de estos documentos». Esto significaba que el Pentágono y Bill Keller pensaban en términos semejantes: dejemos que WikiLeaks cargue con toda la culpa y que vaya a la hoguera, y que los periódicos que publicaron esos mismos materiales permanezcan en cierto sentido inmunes a estas leyes draconianas. A los partidarios acérrimos de la Primera Enmienda no les iba a gustar mucho, pero esas palabras de Morell demostraban que lo que se considera libertad de prensa para unos no lo es para otros. A diferencia de nuestros asociados, WikiLeaks no iba a ser tratado como un editor, sino como un espía, y esta distinción absurda se estaba planteando seriamente en forma de amenaza contra nuestra actividad.

Al mismo tiempo se dio a conocer que había un grupo especial de trabajo en el Pentágono, formado por noventa personas, y que más adelante aumentó hasta las ciento veinte, dedicado a WikiLeaks, veinticuatro horas diarias, siete días a la semana. El FBI y la Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa participaban en este grupo. El vaso de la paciencia de la administración norteamericana se había derramado, y algún político de ese país ya pedía que yo fuese asesinado. Sarah Palin dijo que había que perseguirme como a un perro, y un periódico norteamericano llegó a publicar una imagen mía con el dibujo de una diana pintado sobre mi rostro.

Entretanto, yo no había abandonado la idea de encontrar un refugio desde el que poder realizar en paz nuestro trabajo. Suecia parecía un lugar adecuado. Para todo el mundo, Suecia es un país independiente, tolerante, con una ley de Libertad de Información que se remonta al decenio de 1780, y provisto de una Constitución en la cual, de forma específica y detallada, se consagra la necesidad de proteger la libertad de prensa. Las fuentes están mejor protegidas en Suecia que en la mayor parte de los países del mundo. Existe allí el derecho al anonimato y hay penas en contra de los periodistas que, habiendo prometido protección a sus fuentes, no cumplan su palabra tras recibir información de fuentes privadas. Para poder obtener protección frente a

cualquier intento gubernamental de impedir la publicación de una noticia en Suecia es necesario contar con una certificación como editor, y además demostrar que trabajas para un editor que sea considerado responsable y que aparezca en las listas oficiales de editores. Me desplacé a Suecia pensando en todos estos aspectos de la cuestión, y con la idea de obtener el certificado y formar parte de la lista de editores de manera oficial. Para todo esto es necesario demostrar que tienes ingresos como periodista en la prensa local, y por eso acepté escribir columnas de opinión para el *Expressen*, el principal diario sueco.

Mi intención era crear en Estocolmo una oficina periodística de WikiLeaks, y comencé a dar los pasos necesarios para conseguirlo. De manera que en ese momento Suecia representaba para mí dos cosas importantes: un país donde trabajar en el futuro y un refugio seguro. Eso hace que resulte todavía más amargo lo que ocurrió después. Antes de viajar conseguí, como de costumbre, que me invitasen a pronunciar una conferencia. Esta vez el organizador era Hermandad, un partido político integrado en la socialdemocracia-cristiana sueca. Llegué el 11 de agosto. Y, justo a mi llegada, uno de nuestros contactos en una agencia occidental de espionaje me informó de que se había confirmado algo que anteriormente sólo había sido insinuado entre líneas por la oficina de prensa del Pentágono. A saber, que el gobierno norteamericano reconocía en privado que no iba a ser posible llevarme a los tribunales, pero, por decirlo con las palabras que usó mi fuente, que había empezado a hablar de «usar contigo métodos ilegales». La misma fuente concretó algo más estas palabras añadiendo que tratarían de obtener información precisa sobre qué documentos estaban en nuestro poder; buscarían de la manera que fuese el modo de establecer una conexión entre el soldado Manning y WikiLeaks; y, si fallaba todo lo demás, pondrían en marcha cualquier otra clase de «medios no legales», desde la colocación de pruebas falsas sobre tenencia de drogas, «descubrimiento» de pornografía infantil en mis ordenadores o intentos de comprometerme en acusaciones de conducta inmoral.

El mensaje añadía que no sería objeto de amenazas físicas. Le conté todo esto a Frank Rieger, un colaborador nuestro de Berlín que es el director tecnológico de Cryptophone, una empresa que fabrica teléfonos que permiten una comunicación encriptada que la hace segura, y me dijo que iba a preparar una nota de prensa para dar a conocer públicamente esta información. Así lo hizo, me la envió, y la tuve en mi PC mientras esperaba encontrar el momento adecuado para editarla. Tenía la intención de difundirla lo antes posible, pues hacer públicas estas cosas cuando el daño ya está hecho, o cuando ya te han colocado materiales incriminatorios, carece de utilidad. Todavía ahora lamento no haber difundido de manera inmediata esa comunicación. Aquel mismo día mi tarjeta del banco australiano donde tenía mi cuenta dejó repentinamente de funcionar. Siempre iba con muchísimo cuidado al usar

teléfonos móviles, los conectaba sólo para recibir mensajes, de modo que la situación era francamente caótica. Pero me olvidé de la difusión de esa nota de prensa y concentré mis esfuerzos en adelantar las tareas que debía llevar a cabo en Suecia a fin de poder establecerme oficialmente como periodista en ese país.

Una noche salí a cenar con un grupo de amigos y personas afines. Entre ellos se encontraban Donald Böstrom, periodista sueco de unos cincuenta años, amigo y hombre de gran experiencia en su oficio, y le acompañaban otro periodista sueco y uno norteamericano de investigación que iba con una amiga. Las conexiones del norteamericano puede que fueran bastante turbias, pero la chica era encantadora, y estuve hablando con ella, pero Donald, que estaba sentado delante de mí, parecía estar arrugando el ceño de forma ostensible. Más tarde Donald me dijo que debía andarme con cuidado: había altas probabilidades de que me estuvieran tendiendo una trampa en forma de mujer. Recuerdo que se refirió con mucho detalle a la técnica utilizada por el Mossad para capturar a Vanunu. Supongo que yo sentía esos días mucha necesidad de cariño, por decirlo finamente, así que no hice el menor caso a las advertencias de Donald. Le di a entender que sabía muy bien cómo cuidar de mí mismo y además mi mentalidad era tan ultraconsciente de los aspectos de seguridad que me parecía que el tipo de trampa al que se refería Donald sólo servía con personas muy ingenuas y carentes de tanta experiencia como yo. No hubo de transcurrir mucho tiempo para comprobar qué equivocación fenomenal iba a cometer por culpa de mi arrogancia.

El encargo parlamentario que me había permitido obtener un salvoconducto para llegar a Estocolmo suponía que iba a estar al cuidado de un grupo de socialdemócratas, muchos de los cuales tenían funciones que les relacionaban con gente de otros grupos políticos. Me dijeron que podía alojarme en el piso de un colaborador de esos grupos, una mujer llamada A., que en ese momento no estaba en el apartamento. Me dirigí a ese domicilio, y al cabo de unos días esa mujer regresó antes de lo previsto. La señorita A. era portavoz del partido político y había colaborado en la organización de la conferencia gracias a la cual pude ir a Estocolmo. No tenía motivos para desconfiar de ella, y ningún motivo para dudar de que, cuando ella me indicó que sólo había una cama y que por su parte no había problema para que la compartiéramos, solo lo dijo como prueba de amistad y absolutamente nada más. Fuera como fuese, le dije que muy bien, y esa noche compartimos la cama.

Esta clase de encargos políticos, como el de pronunciar una conferencia, trae consigo ciertos compromisos de los que no puedes librarte, y todo eso genera tensión, y, cuando se produjo la amable y sonriente invitación por parte de A., mi única reacción fue alegrarme. Resulta embarazoso, e incluso puede parecer una falta de caballerosidad, ponerse a contar o mencionar siquiera lo que pasó en la intimidad entre un hombre y una mujer, incluso cuando el hombre en cuestión, como ocurre en

mi caso, no tiene pareja. O contar lo que pasó entre ese hombre y no una sino dos mujeres. Pero la situación no me pareció rara en absoluto, y sólo pensé que era agradable y que contrastaba mucho con los tiempos más bien oscuros que estaba viviendo. El Pentágono estaba pidiendo mi cabeza y muchos de mis amigos, y posiblemente algunas fuentes, hasta donde yo sé, estaban pasando mucho miedo, o siendo sometidos a vigilancia. Yo quería por encima de todo protegerles a todos ellos, y confiaba en que Estocolmo acabara resultando ser ese refugio para nuestro trabajo que hacía tanto tiempo queríamos conseguir. Por decirlo con toda honestidad, debo decir que la señorita A. era algo neurótica. Pero la noche que pasamos juntos transcurrió sin incidentes. Tuvimos relaciones sexuales varias veces y al día siguiente daba la sensación de que entre nosotros todo era normal.

Al cabo de uno o dos días, A. estaba a cargo del micrófono en una conferencia de prensa, y luego había un almuerzo, y también participó en todas las actividades, junto con un grupo de periodistas y de otra mujer llamada W., que al parecer había asistido a la conferencia de prensa y que recuerdo que llevaba un suéter rosa muy bonito. En relación con estas dos mujeres, es evidente que no van a darme ningún premio como vidente del año ni tampoco como el hombre más caballeroso del siglo, pero todo parecía transcurrir de la forma más relajada, y yo no tenía conciencia de estar siendo víctima de ningún comportamiento amenazador ni de estar haciendo nada malo. W. dijo que trabajaba en el Museo de Historia Natural y se ofreció a mostrarme alguna de las salas accesibles sólo para invitados especiales. Acepté la invitación, y al terminar el almuerzo y después de haber ido a comprar algunas piezas de hardware que yo necesitaba, nos fuimos ella y yo al museo. Algunos de los miembros del personal de esa institución parecían conocerla. Dimos algunas vueltas por allí y vimos un documental sobre vida submarina, y después nos fuimos cada uno por su lado.

Esa misma noche A. había organizado una cena con cangrejos de río, que es tradicional por esas fechas en Suecia, y fui a reunirme con ella. Esto ocurrió al día siguiente de la noche en la que, según ella, yo la habría violado. A. estuvo participando como si tal cosa en la cena, parecía completamente feliz, rió y charló conmigo y con mis amigos y los suyos, y permaneció en la fiesta hasta muy tarde. Estábamos sentados fuera, y ella escribió en su Twitter que estaba «con la gente más fantástica del mundo». Era evidente que había contado a sus amigos que ella y yo nos habíamos acostado, y más tarde supe que me había sacado una foto mientras yo dormía en su cama y que la colgó en el muro de su página de Facebook. Se suponía que a partir de entonces yo tenía que irme a vivir a casa de otras personas, unos tipos pertenecientes al Partido Pirata, un partido sueco que hace campaña a favor de la reforma de las leyes de copyright, entre otros asuntos, pero A. insistió en que regresara a su apartamento y siguiera compartiéndolo con ella. El acuerdo inicial con

los organizadores de mi visita era que yo ocuparía el apartamento de A. hasta que ella regresara de su viaje, momento en el cual me iría a vivir a casa de esos otros anfitriones, pero ella insistió en que le parecía la mar de bien compartir su piso conmigo, así que continué con ella. Y así siguieron las cosas durante las cinco noches siguientes.

Pasé luego algunas otras noches con W. Pero A. seguía trabajando conmigo cuando yo tenía que participar en encuentros de tipo político; por ejemplo, cuando fuimos a cenar con Rick Falkvinge, el líder del Partido Pirata. Rick nos estaba ofreciendo alojar un servidor para uso de WikiLeaks, lo cual era interesantísimo ya que suponía tener para el servidor la protección política que significaba el hecho de trabajar bajo la custodia del Partido Pirata. Otra noche, tras una fiesta en la que se otorgaban unos premios, me encontré con W. y me fui con ella a su casa, que está en la población de Enkopping, a unos setenta kilómetros de Estocolmo. Mi comportamiento puede parecer frívolo, y lo era, sin duda, y un error por mi parte, pero no lo veo constitutivo de ningún delito. Ya había estado demasiados días en casa de A., y me daba cuenta de que sería una mala idea continuar allí más tiempo. Le pido al lector que recuerde que yo me sentía bastante paranoide, que no me gustaba permanecer demasiados días en un mismo sitio, que mi relación con A. estaba convirtiéndose en un hecho público, y que parecía que ella deseaba que fuera así.

La relación con W. no iba tampoco a ninguna parte. Su actitud era algo ambigua, pero la noche que estuvimos juntos en Enkopping fue divertida y a mí me pareció que nos los habíamos pasado perfectamente bien, aunque mi sensación era que aquello no iba a repetirse. A la mañana siguiente, cuando desayunamos y me llevó en su bicicleta a la estación de tren, ella no parecía especialmente preocupada. Tuvo la amabilidad de comprarme el billete —mi tarjeta bancaria seguía sin funcionar, aunque debo admitir que suelo estar siempre sin un céntimo—, y me dio un beso de despedida y me pidió que la telefoneara desde el tren. Esto último no lo hice, y ha resultado haberse convertido en la más cara de todas las llamadas que no he hecho en mi vida. Fui a una reunión del Sindicato de Periodistas para ver si era aceptada mi candidatura a formar parte del sindicato. Recuérdese que, a pesar de todas mis travesuras, yo estaba en Estocolmo porque pretendía obtener allí el mayor número de posibilidades de conseguir protección desde un punto de vista legal para que WikiLeaks pudiese desarrollar desde allí sus actividades y para lograr, además, quedarme a vivir en esa ciudad sin temor a ser extraditado a Estados Unidos.

Como ya he mencionado antes, no usaba nunca mis teléfonos móviles (aunque siempre llevo varios encima). En cierto momento tuve una breve conversación con W., porque ella me llamó, pero el móvil tenía poca batería y se quedó a cero sin que terminase la conversación. Yo vivía absorto por la situación internacional, y aunque había pasado algún tiempo con cada una de estas dos mujeres, no estaba prestándoles

demasiada atención a ellas, ni devolviéndoles sus llamadas, ni podía tampoco alejarme de aquella situación de riesgo que se produjo desde que habían empezado a sonar amenazas y declaraciones contra mí en Estados Unidos. Uno de mis errores fue creer que ellas entendían las circunstancias por las que yo atravesaba. Las dos estaban al tanto, habíamos hablado del problema durante aquellos días, sabían que se había mencionado la existencia de un grupo de ciento veinte personas del Pentágono que iban a por WikiLeaks. Yo no era un novio fiable, ni tampoco era un compañero de cama que pudiera mostrarse muy cortés. Y esto empezó a tener su importancia. A no ser, naturalmente, que todo lo que había estado ocurriendo hubiera sido un montaje desde el primer momento.

Una de las noches que pasé en casa de A. ella no vino a dormir, y luego me dijo que había dormido con un periodista que estaba escribiendo un artículo sobre mí. Me pareció que esto era bastante extraño. ¿Quién podía ser ese tipo? Por otro lado, yo no había sido precisamente un dechado de fidelidad, y toda nuestra relación era puramente circunstancial, aunque es verdad que el viernes por la mañana, cuando salí del apartamento, la noté un poco rara. Ese mismo día, más tarde, recibí una llamada de Donald Böstrom. Me dijo que acababa de hablar con A., la cual a su vez acababa de hablar con W., que le había dicho que se encontraba en un hospital. Debo reconocer que me quedé totalmente pasmado. ¿Cómo era que esas dos mujeres hablaban entre ellas, y a qué se debía que una de ellas estuviera en un hospital? Mis teléfonos no funcionaban, pero recibí en uno de ellos una llamada de Donald que volvía a citar palabras de A., la cual decía no sé qué sobre W. y sobre la policía y unas pruebas de ADN. ¿Qué demonios está ocurriendo?, me pregunté. De modo que llamé a W. y ella negó tajantemente que nada de eso fuera verdad, y añadió que si había mencionado a la policía tal vez fuera porque había pedido información acerca de las enfermedades de transmisión sexual.

W. dijo que quería que me reuniese con ella enseguida y que me hiciera una prueba de enfermedades de transmisión sexual. Le dije que ese mismo día no podría ser, que estaba metido en asuntos bastante complejos, pero que iría al día siguiente, y ella me dijo que le parecía bien. A continuación W. me preguntó si la había llamado por decisión propia o si era debido a que yo había estado hablando con A. En ese preciso instante la cosa me pareció soberanamente absurda. Donald me llamaba repetidas veces para decirme que A. trataba de ponerme sobreaviso en relación con la situación con W., y yo le respondí que no había ningún problema, que había hablado con W. y que había quedado en verme con ella al día siguiente. Todo el asunto se estaba convirtiendo en algo disparatado, como mínimo, y más sospechoso conforme avanzaban las horas y circulaban los rumores. Hablé con A. y le pregunté directamente que qué pasaba con todas esas tonterías acerca de la policía. Y ella me respondió que yo no tenía ni idea de cómo funcionaban estos asuntos con la policía

sueca. Que era la mar de normal que te pusieras en contacto con ellos para pedir información sobre enfermedades de transmisión sexual y cosas así. Que carecía de toda importancia y que no se trataba de presentar ninguna denuncia en serio. Seguramente, llegados a este punto, tendría que haber comenzado a albergar serias sospechas, y sin embargo, como no había hecho nada malo, por supuesto, no se me ocurría qué era lo que podía pasar a partir de entonces con la policía.

Quise asegurarme de que W. estaba tranquila y conecté uno de mis móviles y la llamé esa misma tarde varias veces, sin obtener nunca respuesta. Necesitaba tiempo y espacio para mí mismo, de manera que reservé una habitación de hotel para una noche, y allí empecé a escribir la que tenía que ser la primera de mis columnas en la prensa sueca. Acababa de escribir una frase donde decía que la verdad es la primera de las víctimas que causan las guerras cuando, alrededor de las seis y media, miré mi cuenta de Twitter y vi que estaba en busca y captura por una doble violación. Al principio pensé que debía tratarse de la típica basura que publica la prensa amarilla. Un invento. ¿Hasta qué grado de bajeza pueden llegar esos periódicos?, pensé. ¿Hasta qué extremos pueden llegar cuando pretenden difamar a una persona? Luego, en la página web de un diario más serio comprobé que el rumor acerca de la orden de detención que pesaba contra mí era correcto, y entonces todo mi sistema de creencias se colapsó de repente.

Al recuperarme, me acordé de que me había registrado en ese hotel con una tarjeta de crédito, y que me habían visto entrar varias personas. Tenía que largarme a la carrera, analizar adecuadamente la situación, comprender qué estaba sucediendo. No hay que olvidar lo paranoide que estaba yo llegados a ese punto, qué fuerte era la tentación de ver conspiraciones por todas partes. No era capaz de creer que A. y W. hubieran presentado denuncias ni se me ocurría, por mucho que me estrujara los sesos, cómo demonios estaba pasando aquello. De manera que me largué por piernas del hotel y me fui en tren a casa de un amigo que vivía en el norte de Suecia. Ir a la policía era una imprudencia, pues no estaba seguro de que no se hubiese puesto en marcha un plan para capturarme. Era absurdo en grado máximo, e inesperado. Y en ese momento todavía no era posible asegurar si todo lo que ocurría había sido un montaje muy bien organizado, o si las mujeres reaccionaban así por celos, pues, francamente, después de pararme a pensarlo y tras comentarlo con amigos, me parecía que ambas cosas eran posibles, aunque sí comprendí que tenía que ser cierta sólo una de las dos hipótesis.

No violé a ninguna de esas dos mujeres, y no se me ocurre pensar en nada que ocurriese entre ellas y yo que pudiera interpretarse como violación en ninguno de los dos casos, excepto que se tratara de una reacción maliciosa posterior a los hechos, un plan conjunto que tenía la intención de hacerme caer en una trampa, o un caso flagrante de falta de entendimiento entre ellas dos que mi presencia hubiese avivado.

Puede que yo sea un machista en mayor o menor grado, pero no soy un violador, y sólo una visión distorsionada de la política sexual podría tratar de convertirme en alguien capaz de cometer ese delito. Ambas tuvieron relaciones sexuales conmigo de manera voluntaria, y estuvieron encantadas de seguir viéndome después de irse a la cama conmigo. Y eso es todo.

Pero, en la Suecia contemporánea, eso no es todo. En cierto sentido puede afirmarse con justicia que Suecia es un país que permanece aislado del resto de Europa. Ha mantenido históricamente una tendencia a la neutralidad. Y ha sido en cierto modo un mundo cerrado, con una población inferior a los diez millones de personas que viven dominadas por un puñado de instituciones muy poderosas con sede en Estocolmo. Suecia tiene fama de ser un país con estabilidad política y facilidad para el consenso, debido en parte a que el partido socialdemócrata ha dominado la política nacional durante la mayor parte del siglo XX. Pero las cosas han ido cambiando, y no para mejor, o no muy claramente para mejor. En 2001, Suecia envió tropas a Afganistán con el poder en manos de un gobierno que pertenecía a la socialdemocracia, y eso fue un acontecimiento ya que era la primera vez en casi doscientos años que se producía un hecho así. Esto muestra que hay un giro político que desvía a este país de su anterior tradición de neutralidad en asuntos exteriores, y subraya que se está dando una tendencia al alineamiento con Estados Unidos. En el Cable 09-141, que posteriormente difundimos dentro de la filtración Cablegate, el embajador norteamericano en Estocolmo pone en negro sobre blanco la importancia de las presiones ejercidas por Estados Unidos, y la aceptación de esas presiones por parte de Suecia, en relación con los temas relativos a los ficheros compartidos por los ordenadores y el control gubernamental del tráfico por internet. Y lo que es peor, un informe de Human Rights Watch publicado en 2006 da detalles acerca de la complicidad de Suecia en la entrega incondicional a la CIA de dos personas que solicitaron asilo político en ese país. Probablemente no debería sorprenderme que, al día siguiente a mi detención en Londres en diciembre de 2010, el diario británico *The Independent* publicara que el gobierno sueco ya había participado en conversaciones informales con los norteamericanos acerca de la manera de extraditarme de Suecia a Estados Unidos.

Claes Borgström, el abogado de las dos mujeres, es portavoz del SDP en asuntos relativos a igualdad de género, y hay que señalar, incluso con la mejor intención del mundo, que Suecia es uno de los pocos países del mundo en los que el feminismo radical ha entrado en el *establishment*. En efecto, la decisión de participar militarmente en Afganistán se basó sobre todo en los principios feministas: a pesar de que las mujeres han estado tradicionalmente en contra de las guerras, deploraron, cosa fácil de comprender, el trato dado a las mujeres por los talibanes; y sancionaron, cosa mucho más difícil de comprender, los bombardeos como una forma adecuada de

luchar contra ese trato. Es frecuente escuchar a la generación más veterana de feministas suecas hablar del «feminismo de Estado», y recientemente, en febrero de 2011, la prensa de ese país ha empezado a analizar mi caso de una manera nueva, y este enfoque resulta revelador de cuál es el estado de las cosas en su sistema y cuáles las luchas sociales al respecto.

A. es una figura con aspiraciones políticas en su país, y lleva siéndolo desde hace algunos años, y eso hace que su caso provoque muchos titulares en la prensa. Se trata de alguien que posee buenas conexiones en el movimiento feminista, y también con la socialdemocracia, dentro de la cual ha sido una persona de cierta importancia en el seno de Broderskapsrorelsen, la organización que fue la anfitriona de mi viaje de agosto. Fuera cual fuese el fuego que fue atizado por todos estos acontecimientos, lo ocurrido después ha sido siniestro. Me han informado de que A. ha borrado tweets referidos a mi persona. En el último que hizo público, el 12 de diciembre de 2010, escribió:

> Estoy muy harta de todo lo que está pasando, ¿cuándo terminará? De todos modos quiero enviar un mensaje a los teóricos [de la conspiración] para decirles que la «otra» [W.] fue tan insistente [como A.].

El 10 de marzo de 2011 *Expressen* reveló que la agente de policía que entrevistó a W. la primera vez que ella fue a la comisaría era amiga de A. De hecho, el día después de que las dos mujeres acudieran a la policía, A. concedió una entrevista a ese mismo diario en la que afirmaba que no era cierto que ni ella ni W. hubiesen sentido miedo en mi presencia. En esa entrevista A. dijo que yo no había actuado de forma violenta y que, en ambos casos, hubo consentimiento mutuo para mantener relaciones sexuales. En un dossier de la policía se precisa que ninguna de las dos mujeres tuvo intención de presentar denuncia alguna, y que se limitaron a pedir información sobre enfermedades de transmisión sexual. Declararon ambas que, en el curso de conversaciones telefónicas conmigo, me habían amenazado con ir a la policía en caso de que no me dejara hacer la prueba de enfermedades de transmisión sexual. El abogado de las dos mujeres, Claes Borgström, dijo en un artículo publicado por el tabloide *Aftonbladet* que las mujeres no acudieron a la policía para denunciarme; sólo querían que me hiciera las pruebas.

Pero hay otros asuntos de por medio. En el año 2006, en una entrada de blog titulada «¿Violación?», A. presenta un guión de los hechos y termina formulando una pregunta: ¿existe algún caso en el que un hombre haya sido condenado por violación incluso cuando la mujer comenzó la relación sexual con él de manera voluntaria? En contra de lo que recomienda el protocolo oficial de actuación, ninguna de las dos conversaciones de estas mujeres con la policía fueron grabadas. Incluso la fiscal

Marianne Ny cree que deberían hacerse estas grabaciones, y así lo aseguró en sus comentarios ante las autoridades judiciales acerca de la ley de nuevos delitos sexuales. Según lo que dijo la policía a las amigas de W., ésta solo pretendía averiguar si yo podía ser obligado a hacerme una prueba del VIH. Según una de las testigos, la cual había estado todo el tiempo en contacto con W. mientras se preparaba la denuncia, W. tuvo siempre la sensación de que había otras personas que la empujaban a seguir adelante, y que actuaban de acuerdo con sus propios intereses. Esto entra en conflicto con la historia contada por A. en una crónica publicada el 21 de agosto de 2010 por *Expressen* en donde se citan palabras de A. según las cuales fue W. quien se puso en contacto con ella, porque W. deseaba interponer una denuncia por violación contra mí, y que A. le dio su apoyo porque ella había sufrido una experiencia similar. En un informe filtrado, y que no cuenta con la aprobación de W., la oficial de policía que la entrevistaba dice que tuvo que interrumpir la conversación porque W. no era ya capaz de concentrarse cuando supo que se había dictado una orden de detención contra mí, muy poco después de que comenzara esa entrevista. Según M.T., amiga de W., que también fue entrevistada por la policía en relación con este mismo caso, W. se sintió «atropellada» por la policía y por otras personas a su alrededor.

Podría continuar, pero no lo voy a hacer. No es éste el lugar en donde realizar un ensayo general de los argumentos de la defensa. Baste añadir que, desde mi punto de vista, las acusaciones eran tan ridículas como siniestras. He preparado un informe de 46 páginas sobre el caso, analizando declaraciones e incoherencias. Se trata de un ejercicio de periodismo científico en el que examino el modo en que toda una serie de no-verdades se van colando por un embudo de comunicación hasta fabricar una total falsedad que se convierte en una amenaza para un individuo.

Tal como he dicho antes, no pretendo que me otorguen ningún premio a la buena conducta durante la semana que pasé en Estocolmo, pero las acusaciones de violación representan una mancha que ya ha arruinado un año entero de mi vida, y le ha hecho un daño infinito a mi imagen pública. Dado que la tarea a la que me he dedicado y hacia la que me he encaminado a lo largo de toda mi vida tiene su fundamento en la honestidad y el activismo ético, esta campaña dirigida contra mí ha sido realmente muy provechosa para mis enemigos. En el momento de escribir este libro, vivo en casa de uno de los garantes de mi fianza, en un lugar de la campiña inglesa, sometido a toque de queda y con una pulsera electrónica en la pierna. La utilización de esta clase de controles electrónicos por parte del sistema legal se remonta a 1983, cuando un juez de Nuevo México llamado Jack Love leyó un cómic en el que un malvado le coloca a Spiderman un artilugio electrónico que permite seguir su rastro. Como la de Old Bluey, mi vida es más extraña que la ficción. No he sido acusado de ningún delito, pero como si fuese un eco de los efectos que tuvo la frase «tiene las manos

manchadas de sangre», si el lector pone las palabras «Julian Assange violación» en un motor de búsqueda, encontrará casi cuatro millones de entradas. Hubo una primera alegación de violación, luego fue retirada, y después fue interpuesta de nuevo, y debido a estas idas y venidas he sido convertido en un delincuente por el solo hecho horrendo de haber mantenido relaciones sexuales mutuamente consentidas con dos mujeres, en Estocolmo, en agosto de 2010.

Querían hacerme daño, y lo han conseguido. No voy a hurgar más en la herida ni dar aquí más detalles: el lector ya ha podido hacerse una idea. En términos autobiográficos, resulta extraño haber dedicado tanto tiempo a contar una historia tan rara. Todo esto ocurrió, y hay que hablar de ello aquí, pero esta historia no trata de mí. Podría haber sido un descarrilamiento de tren, una repentina conversión a la secta de los mormones, o cualquier otra cosa improbabilísima y gratuita que hubiese venido a secuestrar toda mi atención en mitad del mejor año de trabajo de toda mi vida; pero no fue eso, sino una doble acusación por violación, y he descrito los hechos lo mejor que he podido.

En otro terreno, las actividades normales de mi vida continuaron a pesar de todo. Permanecí en Suecia durante más de un mes después de que fuesen interpuestas las denuncias por vez primera, pero no pasaba nada, el fiscal no parecía tener necesidad alguna de hablar conmigo, de manera que tomé un vuelo rumbo a Inglaterra y me puse a trabajar de nuevo. Muy pronto se emitió una orden judicial europea de detención contra mí, pero había llegado el momento de preparar, junto con nuestro esquivo grupo de periódicos asociados, la operación Cablegate: la mayor filtración no autorizada de documentos secretos de toda la historia.

14

CABLEGATE

Divulgar informaciones clasificadas no es sólo una actividad: es un modo de vida. Desde mi punto de vista requiere a la vez sensatez y sensibilidad: eres lo que sabes, y ningún Estado tiene derecho a hacer que seas menos de lo que eres. Muchos Estados modernos olvidan que fueron creados sobre los cimientos de los principios de la Ilustración, que el conocimiento es el garante de la libertad, y que ningún Estado tiene derecho a dispensar justicia como si se tratara de un mero favor que el poder le hace a los ciudadanos. La justicia, en realidad, si es merecedora de tal nombre, permite ponerle freno al poder, y si un gobierno pretende cuidar de su pueblo deberá garantizar que la política no pueda tener jamás un control absoluto sobre la información.

Es de sentido común, es pura sensatez. Y antiguamente era el primero de los principios del periodismo en todos los países dotados de libertad de prensa. Internet ha hecho más sencillo censurar la escritura, borrar la verdad con el mero clic de un ratón (a Stalin le hubiese encantado) y someter a control los datos sobre las vidas privadas de las personas de formas que hubiesen hecho las delicias de los demoníacos manipuladores de documentos del Tercer Reich. A menudo el secreto es un privilegio del que sólo disfrutan los poderosos, y cualquiera que se atreva a decirlo hoy en día no únicamente ha de soportar que la gente niegue que se trate de una antigua premisa liberal, una de las bases de la democracia misma, sino que ha de aguantar también que digan de él que es un exótico anarquista que «pone en peligro la seguridad nacional». Los principios establecidos por la Constitución norteamericana, si se examinan a fondo, serían vistos como excesivamente radicales por un gran número de los ciudadanos actuales de ese país. Para ellos, Jefferson sería un enemigo del Estado, y Madison un guerrillero rojo. De la misma manera, en la China actual, Marx y Engels, aquellos antiguos estudiosos de la economía, serían contemplados como locos que apenas eran capaces de comprender el verdadero valor humanístico de un bolso de Gucci o del último modelo del iPad.

La información nos hace libres. Y lo consigue porque nos permite poner en tela de juicio las acciones de quienes preferirían que no tuviésemos modo de cuestionarlos, ningún derecho de réplica. A pesar de su modernidad y de su software, WikiLeaks es una fuerza que permite levantar la bandera de la libertad de un modo que les hubiese parecido muy tradicional y sensible para mentalidades tan del siglo XVIII como la de John Wilkes. Muy a menudo somos atacados por defender los mismos principios que se supone que deben defender muchos de los gobiernos que

elegimos con nuestros votos. Nosotros somos una oficina del pueblo que controla las acciones y los balances de los poderosos, que trabaja internacionalmente; nuestra tarea consiste en husmear qué es lo que hacen los gobiernos y los diplomáticos cuando se reúnen a puerta cerrada. La gente elige a esos gobernantes, y les paga el sueldo, confía en ellos, y son sus jefes. Pero muchos gobiernos se dan a sí mismos licencia para olvidar que tarde o temprano van a tener que escuchar las voces del pueblo en los chats, en los blogs, en los tweets y, finalmente, en todas las grandes plazas de sus ciudades, desde la plaza de Tiananmen hasta la de Tahrir, desde Trafalgar hasta Times Square, y así sucesivamente desde la primera hasta la última letra del alfabeto. Y los gobiernos que se niegan a aceptar esta verdad tienen su hora marcada.

Al comienzo de nuestras relaciones con los medios convencionales que se asociaron a nuestra tarea de difusión, supe que en un momento u otro llegaría a ofrecerles la posibilidad de publicar un gigantesco alijo de cables diplomáticos que nos habían hecho llegar hacía un tiempo, y a cuya preparación estábamos dedicando mucho esfuerzo. Preferí esperar un poco más, entre otras cosas, para permitir que los diarios de Afganistán e Irak fuesen viendo la luz de la forma más meticulosa y escalonada posible. Había muchísimos materiales, y hace falta mucho tiempo para ir leyéndolos y seleccionándolos, organizándolos y presentándolos, teniendo siempre en cuenta aspectos legales y de todo tipo a la hora de elegirlos. Nuestra principal preocupación siempre es la de cumplir la promesa que les hacemos a nuestras fuentes: si los materiales filtrados cumplen los requisitos de nuestra política editorial, si son importantes, nuevos, y están siendo sometidos a una forma u otra de censura, los difundiremos lo antes que podamos y lo haremos con todos los apoyos y el ruido que seamos capaces de organizar. Los cables del grupo al que ahora me refiero detallaban actividades llevadas a cabo por embajadas del mundo entero; levantaban la tapadera que ocultaba muchísimas operaciones secretas, ponían al descubierto prejuicios largamente sostenidos, mostraban casos embarazosos para los países y para las actividades de las personas, y lo hacían en todos los niveles de la actividad gubernamental. Al igual que las anteriores filtraciones, harían muy visibles y con todo detalle muchísimas cosas pese a los esfuerzos de unos y otros por conseguir que resultasen borrosas y confusas. Y por encima de todo, cambiarían nuestro modo de comprender qué hacen nuestros gobiernos y por qué.

Como consecuencia de la vigilancia a la que estábamos sometidos, y de la actitud agresiva del Pentágono contra mí, decidí sacar copias de los cables a fin de tener garantías de que estaban bien guardados. No me gustaba la manera en que se habían desarrollado las cosas en relación con *The Guardian*, y aunque la actitud de *The New York Times* era despreciable, en relación con el diario inglés mi criterio era lo de «más vale malo conocido». Sin embargo, *The New York Times* había demostrado con creces

su cobardía, y yo no estaba dispuesto a volver a trabajar con este medio. Por otro lado, temía que se produjese alguna clase de ataque de grandes proporciones en contra de nuestra organización, de manera que hice copias de los 250.000 documentos y los escondí en primer lugar utilizando mis contactos en Camboya y en Europa Oriental. También los metí de forma encriptada en un PC, que hice llegar a manos de Daniel Ellsberg, el héroe de los papeles del Pentágono. Para nosotros, entregar estos materiales a Dan poseía un valor simbólico. También sabíamos que, si se producía algún tipo de crisis grave, podíamos estar seguros de que él los publicaría.

Hay que comprender que esos materiales no sólo poseían un gran valor desde el punto de vista de la filosofía política. De haber querido hacerlo, probablemente hubiésemos podido vender esos cables por una suma de varios millones de dólares; de hecho, me han ofrecido dinero por ellos incluso después de haber empezado a publicarlos. Pero ésta no es nuestra forma de actuar. De todos modos, yo quería que los medios asociados a nosotros comprendieran el enorme valor que poseían esos materiales, y que así pudiesen entender de qué se estaba hablando cuando negociáramos con ellos las condiciones que íbamos a pedir a la hora de difundirlos. *The Guardian*seguía siendo el periódico adecuado para procesar estos materiales, y puse al margen mis prevenciones contra este medio. Pedí una carta firmada por Alan Rusbridger, el director del diario, en la que me garantizara que los materiales se mantendrían en la más absoluta confidencialidad, que ninguno de ellos sería publicado hasta que nosotros nos sintiéramos preparados para hacerlo, y que no iban a ser guardados en ningún ordenador que estuviese conectado a internet ni a ninguna red informática interna del diario. Rusbridger aceptó estas condiciones, y ambos firmamos la carta. A cambio de este compromiso, le entregué un disco encriptado con una clave de acceso, y a partir de ese momento ellos estuvieron en posesión de los materiales. Justo en ese momento el mismo periodista veterano de la otra vez se fue de vacaciones a Escocia, feliz y contento de la oportunidad, para dedicarse a leer los materiales y mantenerse en contacto con nosotros para concretar un plan de trabajo.

Debido a que a estas alturas el asunto sueco ya era conocido, había entre los medios asociados a nosotros una actitud propia de colegialas cotilleando. Me dejó bastante pasmado que fuese así, porque muchos de los periodistas implicados en nuestro trabajo son gente que se dedica a la investigación, y uno podía suponer que eran gente avezada en casos de difamación y actitudes histéricas en relación con los proscritos del mundo de la política. Un hombre que trabajaba en la Oficina de Periodismo de Investigación, por ejemplo, les dijo en cierto momento a sus compañeros que no tenía intención de «subir a ningún escenario al lado de un violador»; y el hecho de que los diarios se negaran a que el logotipo de su cabecera apareciese junto al nuestro en el cartel que iba a presidir la rueda de prensa olía a la

misma clase de recelos y credulidad. Algunos de estos periodistas tienen más cadáveres en sus armarios que el cementerio de Highgate, pero se lanzaron a bucear en mis problemas con inequívoco alborozo. Ninguno de ellos me preguntó qué había ocurrido, ni cómo me sentía yo, o si necesitaba alguna cosa: reaccionaron, sencillamente, como si aquellas acusaciones terribles fuesen un «humo» que sólo se podía haber producido, a pesar de toda la experiencia que todos ellos acumulaban, sin que de hecho existiera algún «fuego». Estos tipos se pasan la vida convencidos de que forman parte de un tribunal que puede juzgar a todo el mundo, confiando, pese a todo lo que han visto, que los focos no se centren jamás en su persona. Y por supuesto es muy poco probable que esto último ocurra, porque ellos son los medios, y no se ha dado jamás el caso de que el director de un diario de Fleet Street se haya metido con un colega suyo.

Después de persuadirnos y conseguir a través de nuestra organización un buen montón de *scoops*, dos de estos medios asociados comenzaron a comportarse como si yo representara para ellos algún tipo de riesgo moral. Nada había cambiado en los materiales, nada había cambiado en nuestra pasión por revelarlos, pero las falsas acusaciones que habían sido lanzadas contra mí hicieron que aquellos periodistas se comportaran francamente mal y me vieran con estereotipos que eran la pura locura. Yo pude tratar de salvar la situación, y de hecho intenté hacerlo, pero a partir de cierto punto se necesita poseer cierta clase de habilidades que yo no poseo si se pretende negociar con personas cuyo egoísmo alcanza niveles tan demenciales. Ellos iban a hacer lo que quisieran, y yo había cometido varios errores, y el último de todos ellos había sido darles una copia de los cables.

En aquellos cables había unas cuantas historias realmente increíbles: 25 millones de dólares en sobornos pagados a políticos en la India, sumas entregadas con el conocimiento de diplomáticos norteamericanos aparentemente encantados de consentir estas prácticas; señales de continuas interferencias norteamericanas en la política interna de Haití; revelaciones según las cuales un candidato presidencial peruano había aceptado dinero de una persona sospechosa de dedicarse al tráfico de drogas; niveles sin precedentes de presiones ejercidas por diplomáticos norteamericanos sobre políticos de países extranjeros a favor de empresas de Estados Unidos; pagos realizados por políticos lituanos a periodistas de su país a fin de lograr que dieran de ellos una imagen positiva; e incluso actos de espionaje llevados a cabo por diplomáticos norteamericanos sobre la actividad de sus colegas en Naciones Unidas.

La publicación de los cables causaría sensación, pero en ese preciso momento nosotros aún no estábamos del todo listos para empezar. Nuestros sistemas no habían terminado la presentación adecuada de los documentos, y no estaban preparados para digerir la enorme cantidad de tráfico que iba a provocar su publicación. Teníamos que

atender a ciertas consideraciones legales, y resolver aspectos importantes relativos a la protección de nuestras fuentes, fueran éstas cuales fuesen, y por esta razón yo había hecho una copia de todos los materiales para que nuestro socio periodístico dispusiera de ellos, pero pedí que se aceptara el compromiso de no difundir absolutamente nada hasta que nosotros diéramos la luz verde de forma clara y ostensible. Cualquier editor dotado de la más mínima decencia hubiera comprendido la necesidad de actuar así: que el material estuviese preparado y que la fuente estuviese protegida era, sin la menor duda, más importante que ningún *scoop*. Ésta era la principal prioridad. Pero no lo era para *The Guardian*. En cuanto el periodista veterano regresó a Londres tras sus vacaciones, comenzó a asediarme tratando de forzarme a que adelantase la fecha de publicación. Dijo que un periodista rival, una redactora de *The Independent*, tenía una copia de los cables y que eso era una clara amenaza para su derecho a la exclusiva.

Investigué esta posibilidad. Resultó que en efecto Smári McCarthy, nuestro colega islandés, había compartido los materiales con una periodista de *The Independent* en un momento en el que tuvo que soportar ciertas tensiones muy graves. Le habíamos pedido a McCarthy que trabajara durante un período breve con los cables, ayudándonos a darles forma, pero, víctima del exceso de trabajo, había cometido la imprudencia de compartirlos con ella a fin de obtener su ayuda para el trabajo que se le había asignado, aunque lo hizo imponiéndole a la redactora de *The Independent* ciertas condiciones muy estrictas. Luego penetró a distancia en el ordenador de ella y borró todos los cables, pero no quedaba claro si la periodista había sacado antes una copia. El periodista de *The Guardian* argumentaba que esa colega suya del otro diario andaba ofreciéndolos al mejor postor. Es imposible enumerar aquí la cantidad de veces en que nos hemos encontrado con gente, personas que dicen ser activistas, que se han comportado como fieras de los mercados bursátiles cuando tienen en sus manos una mercancía que puede servir a sus intereses. Se oye muy bien el ruido que hacen al tensar y luego soltar sobre el pecho sus elásticos rojos, preparados para el momento del disparo mortal. Incluso después de haber aclarado la posibilidad de que *The Independent* tuviera una copia, y convencidos de que no era así, el periodista de *The Guardian* sostuvo pese a todo que había mucho riesgo, y que cabía la posibilidad de que rondara por ahí una copia de los documentos. Por esta razón, afirmaba, había que apresurarse con la publicación. Le repetí que no estábamos preparados, y que habíamos firmado un acuerdo. El tipo se largó hecho un manojo de nervios y no volvimos a saber de él.

Más adelante vimos claramente que era él mismo quien había hecho una copia para *The New York Times*. Avanzaban hacia la publicación sin pararse a valorar las importantísimas consideraciones —consideraciones de vida o muerte— relativas a esos documentos. Como si se tratara de bandidos codiciosos, despiadados, pensando

simplemente que-se-jodan-todos-los-demás, se iban a lanzar adelante sin preocuparse por quienes pudieran resultar atropellados por su precipitación. El periodista de *The Guardian* se había comportado de forma cobarde e ilegal, y se mostró dispuesto a complacer a su diario, y a sus héroes del otro lado del Atlántico, lanzándose a la publicación sin previo aviso, y olvidando lo que podía caer sobre nuestras cabezas. Ningún joven estudiante de periodismo actuaría con semejante falta de principios, con semejante desprecio por las propias historias, o por las personas que se las habían proporcionado, a la hora de lanzar el ataque final basado en su sucio plan personal, que consistía sencillamente en asestarnos una puñalada por la espalda. Dada la manera lamentable en que *The New York Times* había apoyado las anteriores filtraciones, y dada la hostilidad de ese medio contra mí, no tenía ningún sentido que siguiéramos colaborando con aquel periódico. Finalmente, el trabajo era nuestro. Pero a *The Guardian* no le importaron lo más mínimo todas estas consideraciones. Lo que sí les interesaba era que *The New York Times* les ayudara a fortalecer sus propias defensas, y en cuanto a WikiLeaks, ya podía salir a buscar el primer árbol y colgarse de él.

Sólo necesitábamos un poco más de tiempo. El problema era más grave de lo que ninguno de nuestros socios parecía capaz de comprender, ya que lo único que les impulsaba eran las ansias juveniles de publicar el material lo antes posible, pero nosotros necesitábamos el tiempo adecuado para tenerlo todo perfectamente preparado. Telefoneé a Rusbridger y aceptó que pasara a verle y conversar. El hecho de que *The New York Times* estuviese implicado, lo cual era ilegal, recordémoslo, dado el acuerdo firmado con el director de *The Guardian*, no era algo que nadie quisiera reconocer todavía, pero cuando llegué a la redacción del periódico británico mi enfado era tremendo. Yo sabía que ellos nos estaban traicionando, y que ni siquiera tenían agallas para admitir lo que hacían a nuestras espaldas. Entré en el edificio acompañado de nuestro abogado, Mark Stephens, y el azar quiso que nos encontrásemos de frente con el periodista veterano justo al pie de la escalera.

—Hola —dije.

—Oh... oh —tartamudeó él. Parecía sorprendido.

—Después bajaremos e iremos a verle —dije—. Antes quiero aclarar algunas cuestiones con Alan Rusbridger.

Jamás en la vida había visto un rostro descomponerse como el de ese periodista en aquel momento. Se quedó blanco como la cera. Cuando nos íbamos, nuestros acompañantes dijeron que su cara parecía la de alguien que acababa de ser pillado in fraganti con el arma del crimen en las manos.

Subimos a ver a Alan Rusbridger. Entró también en su despacho el director de *Der Spiegel*. Yo hablé a gritos, sin duda, y le pregunté a bocajarro si le había dado el material a *The New York Times*. Rusbridger respondió con evasivas.

—Lo primero que hemos de hacer —dije— es determinar quién tiene una copia del material. Quién no la tiene y quién sí la tiene. Porque nosotros no estamos preparados para iniciar la publicación. —Rusbridger desvió los ojos y los paseó por todos los rincones del despacho. No sabía a dónde mirar—. ¿Le dio usted una copia de los cables a *The New York Times*?

Gracias a que lo sucedido con la periodista de *The Independent* les había proporcionado una excusa, trató de responder con evasivas, pero la historia no se sostenía. De modo que volví a presionarle:

—Tenemos que entender del todo con qué clase de personas estamos trabajando. ¿Trabajamos con personas de cuya palabra nos podemos fiar, o la palabra de ustedes no es digna de crédito? Porque si no tratamos con personas de cuya palabra escrita podemos fiarnos...

En ese momento las miradas de los dos directores de periódicos daban vueltas por todo el despacho. Era como una película de dibujos animados. Aquellos caballeros hechos y derechos se sentían incapaces de hacer frente a la verdad de los actos que habían cometido, y ni siquiera eran capaces de aportar alguna clase de argumento en defensa propia. Más tarde dijeron de mí que me comporté como una especie de chiflado por haberles gritado de aquel modo. Pero ¿cómo no iba a gritarles teniendo en cuenta la importancia de lo que estaba en juego? ¿Qué clase de persona no perdería los estribos delante de aquella pandilla de cobardes que trataban de refugiarse en sus despachos de paredes acristaladas? Pronto quedó muy claro para todos que la negativa a responder a mi pregunta por parte de Rusbridger equivalía a una admisión de culpa. No era sólo por motivos legales que no decía ni sí ni no. El respeto que yo había sentido por aquel hombre cayó por los suelos. Quiero decir que la situación era tremenda: aquel hombre, director de un diario importantísimo, toda una institución sin duda, un hombre mucho más maduro que yo y enfrentado a un asunto crucial, y lo único de lo que era capaz era de desviar la mirada y pasearla por todo su despacho como si se hubiese montado en el caballito de un tiovivo. Era absolutamente increíble, y no podía dar crédito a que yo estuviera siendo testigo de aquello.

Seguro que les solté una auténtica diatriba hablando del honor y demás. Es lo que hay que hacer en circunstancias como aquéllas. Finalmente, estuvimos discutiendo durante siete horas, y después volvimos a bajar. Teníamos un plan. *The Guardian* sabía desde un buen principio lo que tenía intención de hacer: querían lanzarse inmediatamente a la publicación. *Der Spiegel* pretendía no perder la buena relación con ninguno de los implicados. La verdad era que nosotros no estábamos todavía a punto, tal como he explicado, pero aquellas personas nos estaban forzando a cambiar de idea, esa gente llevaba semanas tomándonos el pelo, y ahora iban a darnos el golpe de gracia. Estaban tan concentrados en su propia vanidad, tan colosal y tan

manchada, que se habían olvidado de quiénes éramos nosotros y cómo habíamos empezado a tratar con ellos. Ahora preferían pensar que no éramos más que una banda de hackers y delincuentes sexuales. Pero nosotros conocíamos nuestros materiales y nuestra tecnología; aquellos tipos jugaban aplicando las más antiguas reglas del oficio. Les dejé entender que pensaba entregar todo el material a Associated Press, Al Jazeera y al grupo News Corp. No deseaba hacerlo, pero si ellos no aceptaban mis condiciones, les aseguré que lo haría.

A partir de ahí ellos se moderaron y comenzaron a hablar de manera más sensata sobre el modo de manejar la publicación. Yo continué con mi contraataque, y les dije que pensaba presentar una querella contra ellos por infracción de contrato. Mi organización era una entidad sin ánimo de lucro; para sufragar nuestros costes dependíamos de las donaciones, y el hecho de que nuestros sistemas no estuviesen preparados para la publicación cuando ellos lanzaran la noticia significaría un golpe duro para nuestros ingresos. Tenían que comprender el alcance de lo que nos estaban haciendo: no éramos un grupo teórico sino una organización de carne y hueso que llevaba muchos años trabajando para alcanzar grandes objetivos. Lo que pensaban llevar a cabo ellos constituía para nosotros una amenaza de destrucción, y por lo tanto yo iba a utilizar todos los instrumentos a mi alcance para impedirlo. De forma que comenzamos a negociar. Al principio no se apeaban de la idea de embarcarse en una publicación inmediata, pero al cabo de un rato aceptaron aplazar un mes el lanzamiento de la primera noticia, y nosotros a nuestra vez aceptamos que eso nos iba a permitir llegar por los pelos a estar adecuadamente preparados. Llegados a este punto insistí en que queríamos que *Le Monde* y *El País* fuesen incluidos en la expresión «periódicos asociados» que tan poco le había gustado a *The New York Times*. En ese momento ya sabíamos, más incluso que ellos, lo mugrienta que esa asociación podía resultar, y se me ocurrió sobre la marcha prepararme para un futuro a lo largo de cuyo desarrollo habría que seguir aprendiendo unas cuantas lecciones.

Les insistí en que la filtración en sí no era la noticia: lo importante eran las historias filtradas, y por lo tanto los focos no debían iluminarnos a nosotros sino al material mismo, debido a lo cual debíamos ir publicando las historias de una en una. Para empezar las historias más importantes, que no debían incluir ninguna sobre Israel ni sobre Cuba, para de esta manera evitar que la administración norteamericana tuviera una reacción exagerada contra Cablegate considerado en su conjunto. Debían publicar, tanto ellos como nosotros, una sola filtración cada vez. En esta negociación que pretendía establecer de nuevo el marco de nuestras relaciones, insistí en que era necesario que *The New York Times* abandonara su campaña vergonzosa consistente en publicar historias que nos difamaban tanto a mí como al soldado Bradley Manning, aquel joven del que habían llegado a decir en sus páginas que era un malvado, un chalado y un triste mariconcito. Procediendo de este modo, el diario norteamericano

se había librado de las presiones del Pentágono, pero resultaba una actitud vergonzosa desde cualquier otro punto de vista. Por fortuna, al día siguiente Keller manifestó estar de acuerdo en abandonar esta clase de ataques, y durante un tiempo no volvieron a repetirse.

A través de la gente de *Der Spiegel* supimos más tarde que *The Guardian* había estado dispuesto a jodernos vivos desde el primer día. El diario inglés trabajaba codo con codo con *The New York Times* y tenían pensado salir juntos con la noticia sin siquiera advertirnos de antemano ni darnos la oportunidad de preparar adecuadamente los datos ni disponernos a la defensa cuando se lanzaran ataques contra nosotros. Hasta ese punto le importaban a *The Guardian* los principios implícitos en toda la operación. ¿Transparencia? ¿Están ustedes de broma? ¿Una nueva generación de libertarios? A ellos les importaba un pepino. ¿Una nueva oleada de levantamientos populares en diversos países del mundo y un nuevo espíritu que estaba conduciendo a que los pueblos expresaran libremente lo que pensaban del poder? Por mucho que *The Guardian* —que no es el «guardián» de absolutamente nada— haya publicado una tras otra numerosas fotos de la plaza Tahrir, es un diario que ha estado dispuesto a vender todos los principios que defendía ese movimiento popular, mientras que nosotros estábamos a favor de defenderlo incluso corriendo riesgos por el pueblo que se manifestaba en la plaza. El intento del veterano miembro de la redacción de *The Guardian* por apuntarse un gran tanto periodístico justo antes de jubilarse había dejado a su diario sin oxígeno con el que alimentar sus principios liberales. Cuando la derecha norteamericana se puso a pedir que me asesinaran, *The Guardian* no publicó un solo artículo en mi defensa. En lugar de eso le pidieron a mi ex amigo, el periodista veterano, que escribiera sobre mí un sucio articulillo donde me atacaba.

A la mierda con todo eso, por decirlo con una vieja expresión de nuestra adolescencia. La vida era mucho más sencilla cuando mi problema eran las hormigas del azúcar que reptaban por mis piernas y trataban de matarme a mordiscos. En aquella época podía al menos contar con que el sol estaba a mi favor. Pero en el tipo de asuntos en el que me vi metido mucho más adelante, pronto me acostumbré a que la vieja guardia aprovechara la más mínima caída para tratar de rematarme a patadas. Dispusimos de un mes para ordenar los cables, y jamás en la vida he pasado treinta días más emocionantes que los que estuve dedicado a esta tarea. Los cables iban a mostrar al mundo moderno cuál era la opinión que tenía acerca de sí mismo, y trabajamos larguísimas noches en una casa situada en la campiña inglesa para llegar a tiempo para la fecha fijada. Había empezado a nevar y los campos y bosques de Norfolk estaban cubiertos de una capa blanca. En aquel momento no era posible todavía saber que esa casa iba a convertirse muy pronto en la prisión donde debería permanecer durante un tiempo indefinido.

EPÍLOGO

Aquí termina la autobiografía de Julian, pero la tarea de WikiLeaks continúa.

14 de enero de 2011. El presidente Zine el Abidine Ben Ali disuelve el gobierno tunecino y declara el estado de emergencia; después, huye hacia Arabia Saudí. En Libia, el coronel Gadafi pronuncia un discurso en el que condena el levantamiento popular de Túnez y afirma que los manifestantes fueron engañados por las revelaciones de WikiLeaks que daban detalles de la corrupción de Ben Ali, su familia y su gobierno.

22 de enero. El diario peruano *El Comercio* recibe una llamada telefónica de WikiLeaks en la que se le ofrecen alrededor de 4.000 cables de la embajada norteamericana en Lima. Se realizan tratos similares con periódicos de todo el mundo, y el Cablegate se hace global.

28 de enero. Mientras los manifestantes inician el día de la Ira en El Cairo, el gobierno de Mubarak, al sentirse asediado, corta en todo Egipto las conexiones por teléfono móvil, por satélite y de internet. Mientras WikiLeaks sigue filtrando cables originados en todo Oriente Próximo, los ojos del mundo permanecen atentos a los acontecimientos en esos países.

15 de febrero. En un discurso pronunciado en la Universidad George Washington, Hillary Clinton proclama que la libertad en internet es una «prioridad de la política exterior» de la administración Obama. Y añade que, «para que tenga todo su sentido, la libertad online debe trasladarse al activismo del mundo real». Ese mismo día el gobierno norteamericano acude a los tribunales en un intento de forzar a Twitter a revelar los detalles de las cuentas de tres empleados de WikiLeaks.

16 de febrero. Tras la dimisión de Mubarak el 11 de febrero, WikiLeaks continúa su campaña de apoyo a los manifestantes egipcios, y difunde en un solo día más de 450 cables procedentes de la embajada norteamericana de El Cairo.

25 de febrero. El ex presidente George W. Bush suspende su anunciada aparición en la Cumbre de Líderes Globales que se celebrará en Denver cuando se entera de que Julian Assange —«que ha causado voluntaria y repetidamente graves daños a los intereses de Estados Unidos»— participará en esa misma conferencia.

4 de marzo. La empleada de WikiLeaks Kristinn Hrafnsson gana el Premio al Mejor Periodista del año 2010 que se concede en Islandia.

15 de marzo. El diario *The Hindu* comienza a cubrir para la India las revelaciones de Cablegate. Durante varias semanas este diario revela historias de sobornos ocurridas entre miembros del Parlamento indio, la utilización de la venta de armas norteamericanas para el ejército local como forma de ganar influencia en la política del país, así como acusaciones sobre los presuntos vínculos de los servicios

secretos de Pakistán y los talibanes, entre otros muchos asuntos de interés en el subcontinente.

20 de marzo. Carlos Pascual, embajador de Estados Unidos en México, dimite tras un enfrentamiento con el presidente mexicano Felipe Calderón en torno a las críticas vertidas contra las fuerzas de seguridad mexicanas en los cables del embajador filtrados por WikiLeaks.

7 de abril. El diario israelí *Yediot* inicia la última serie de filtraciones de cables de forma escalonada. Estos documentos arrojan luz sobre temas como los estrechos vínculos entre la inteligencia israelí y la CIA, y sobre asuntos tan novedosos como la estrecha relación existente entre el Mossad y el rey de Bahrain, así como las negociaciones sobre contrabando de armas hacia el interior de Gaza llevadas a cabo por ex miembros del antiguo régimen egipcio.

8 de abril. WikiLeaks sigue filtrando más cables relacionados con la política de Oriente Próximo, mientras en gran parte de la zona continúan las protestas populares. Numerosos cables de 2009 y 2010 muestran que la embajada de Estados Unidos en Yemen fue informada repetidas veces por fuentes locales de la debilidad e impopularidad del presidente Saleh, aliado norteamericano que ahora se enfrenta a protestas masivas en las calles.

21 de abril. Un cable procedente de Dubai habla con detalle de acusaciones según las cuales el presidente iraní Mahmud Ahmadineyad prepara a su jefe de Estado Mayor, Rahim Mashaei, como futuro sucesor. Éste es visto como un rival por los iraníes de la línea política más dura, que son partidarios de una mayor implicación clerical en la política del país.

25 de abril. WikiLeaks y otras nueve organizaciones periodísticas empiezan a desvelar los documentos de Guantánamo, un dossier que contiene los «Informes de evaluación de los detenidos» elaborados por las Fuerzas Conjuntas de Guantánamo. Estos documentos se refieren a 765 de un total de 779 prisioneros, y revelan los registros de análisis médicos, la historia de la manera en que fueron detenidos, los motivos para mantenerlos retenidos durante todos esos años y las pruebas que hay contra cada uno de ellos.

Se comprueba así que son docenas, y quizá cientos, los detenidos que fueron capturados sobre la base de justificaciones en su mayor parte inconsistentes, y en ocasiones sin ninguna clase de pruebas. A un hombre le detienen por haber trabajado para el canal de noticias Al Jazeera, y porque debido a esto se supone que puede proporcionar mucha información valiosa acerca de esa cadena de televisión o acerca de personas pertenecientes a esa entidad y a las que puede haber conocido como parte de su trabajo. A otro hombre le capturan porque podría estar al corriente de actividades terroristas como consecuencia de que trabaja como taxista. Otras evaluaciones de varios detenidos se refieren a asuntos más serios de la estrategia

norteamericana: tener un vínculo con los servicios de inteligencia paquistaní es mencionado como uno de los «indicadores esenciales de que constituye una amenaza», a pesar de que Pakistán es un aliado clave norteamericano en la llamada «guerra contra el terror».

Tal como escribe el periodista norteamericano Glenn Greenwald: «Hasta qué punto es opresivo este sistema norteamericano de detención, hasta qué punto resultan endebles las pruebas en las que se basan las acusaciones... la idea de confiar en el criterio de un gobierno que es capaz de encarcelar de por vida a personas a las que se acusa sólo en secreto y sobre la base de pruebas no contrastadas y jamás aprobadas por ningún tribunal, debería resultar repulsiva para cualquier persona honesta o mínimamente racional, pero los documentos que ahora se han filtrado demuestran hasta qué punto es perversa esta política específica de detención indefinida».

11 de mayo. El gobierno de Estados Unidos inicia las sesiones de un Gran Jurado en Alexandria, Virginia. Las sesiones, que han de celebrarse en secreto, servirán para decidir si se tiene que juzgar a WikiLeaks.org y a su fundador sobre la base de acusaciones incluidas en la ley de Espionaje. Ese mismo día, ortorgan a Julian la medalla de oro de la Fundación por la Paz de Sidney por «la valentía excepcional que ha demostrado en la defensa de los derechos humanos».

13 de mayo. En su informe anual, Amnistía Internacional menciona específicamente a WikiLeaks y a los medios asociados, y los alaba como catalizadores de la serie de levantamientos contra los regímenes opresores del mundo árabe. «El año 2010 será recordado como un año de inflexión en el que activistas y periodistas utilizaron las nuevas tecnologías para decirle al poder la verdad y, gracias a ello, presionaron a esos poderes para que mostraran un mayor respeto por los derechos humanos.»

23 de mayo. El diario salvadoreño *El Faro* empieza a cubrir la filtración de cables diplomáticos, y de este modo arroja luz sobre las negociaciones preparatorias del Acuerdo de Libre Comercio Centroamericano, la deportación de emigrantes de El Salvador desde Estados Unidos, los intentos de la antigua guerrilla del FMLN por mejorar relaciones con Estados Unidos, así como las opiniones que merecen a los norteamericanos diversas personalidades políticas nacionales. Este despliegue de *El Faro* comienza con estas palabras: «En El Salvador hay docenas de misiones diplomáticas, pero sólo una embajada, o al menos sólo una cuyo nombre no merece la pena mencionar, y cuya bandera no vale la pena mencionar... Durante muchos años han visitado esa embajada importantes funcionarios públicos, líderes políticos y hombres de negocios para compartir con los diplomáticos norteamericanos sus preocupaciones y opiniones personales, sus estrategias políticas más secretas, todo lo que nunca quisieron contar públicamente a los ciudadanos de El Salvador».

31 de mayo. El *Irish Independent* comienza a difundir los cables relacionados

con Irlanda del Norte y la República de Irlanda. Varias historias relacionadas con el IRA, un cable fechado en Honduras donde se afirma que el IRA opera en ese país, y otro de Dublín en el que se cita el nombre de varios ex ministros irlandeses de Justicia que hablan de un político del Sinn Fein delatado como espía británico, y posteriormente asesinado probablemente como venganza, y que en realidad fue delatado por el gobierno británico. Otros cables cuentan detalles de la implicación de diplomáticos norteamericanos en la vigilancia de musulmanes de nacionalidad irlandesa, y dicen que Irlanda está siendo utilizada por la CIA para la entrega de sospechosos de terrorismo.

1 de junio. WikiLeaks sigue asociando medios convencionales al trabajo de difusión. Esta vez se establece un acuerdo con la revista norteamericana *The Nation* y el diario haitiano *Haïti Liberté* para la publicación de cables que tratan de las relaciones de Estados Unidos con este país caribeño. Los cables revelan que las élites acaudaladas de Haití fueron las responsables de armar y desplegar a la policía en barrios pro-Aristide tras el golpe de 2004, y de hecho emplearon a la policía como si fuese un ejército privado. Otro cable sugiere que los diplomáticos norteamericanos presionaron al gobierno a fin de que mantuviera el salario mínimo en el nivel más bajo posible, y se opusieron a que subiera a 5 dólares diarios; y otro confirma que tanto Estados Unidos como otros gobiernos occidentales eran perfectamente conscientes de que las elecciones de 2010 en Haití fueron fraudulentas.

2 de junio. Julian Assange obtiene el premio de periodismo Martha Gellhorn. Los miembros del jurado afirman que Assange ha sido «valiente, decidido, independiente: un verdadero agente del pueblo y no del poder... WikiLeaks es, como se ha dicho, un fenómeno de la era de la nueva tecnología. Pero es mucho más que eso. Su objetivo consiste en fomentar la justicia por medio de la transparencia, y en este sentido enlaza con las más antiguas tradiciones del periodismo. WikiLeaks ha proporcionado más exclusivas periodísticas de lo que ningún periodista puede imaginar: haciendo pública la verdad, ha entregado mucho poder al pueblo de países de todo el mundo».

21 de junio. Un cable de noviembre de 2002 fechado en el Vaticano indica que los obispos venezolanos de la Iglesia católica estuvieron implicados en abril de 2002 en el golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez, desafiando así al propio Papa, que había pedido a los obispos que pusieran freno a sus actividades políticas.

2 de julio. Julian aparece en público en Londres junto con el filósofo eslovaco Slavoj Žižek y la periodista norteamericana Amy Goodman. Žižek compara el Cablegate con el cuento del nuevo traje del emperador: la fuerza de las filtraciones no radica, o no sólo radica, en las informaciones que ponen al descubierto, sino también debido al hecho de que por vez primera la información viene confirmada de primera mano y por tanto no puede ser denegada. «Todos sabemos que el emperador está desnudo, pero en cuanto alguien dice que el emperador está desnudo, todo cambia.»

13 de julio. John Shipton, padre biológico de Julian, viaja a Londres para apoyar a su hijo en la nueva vista sobre su extradición. Dice de Julian que es «un gran disidente... Hay en el mundo muchas personas de gran inteligencia, pero la mayoría de esas personas parecen ser malvadas; en cambio, Julian parece tener la valentía moral y la capacidad personal para llevar a buen término sus visiones. Demuestra poseer un inmenso deseo de que el mundo sea más justo».

En el momento de llevar este texto a la imprenta en Londres, Julian permanecía sujeto a arresto domiciliario en Ellingham Hall, Norfolk. El lector puede seguir la obra de WikiLeaks en:

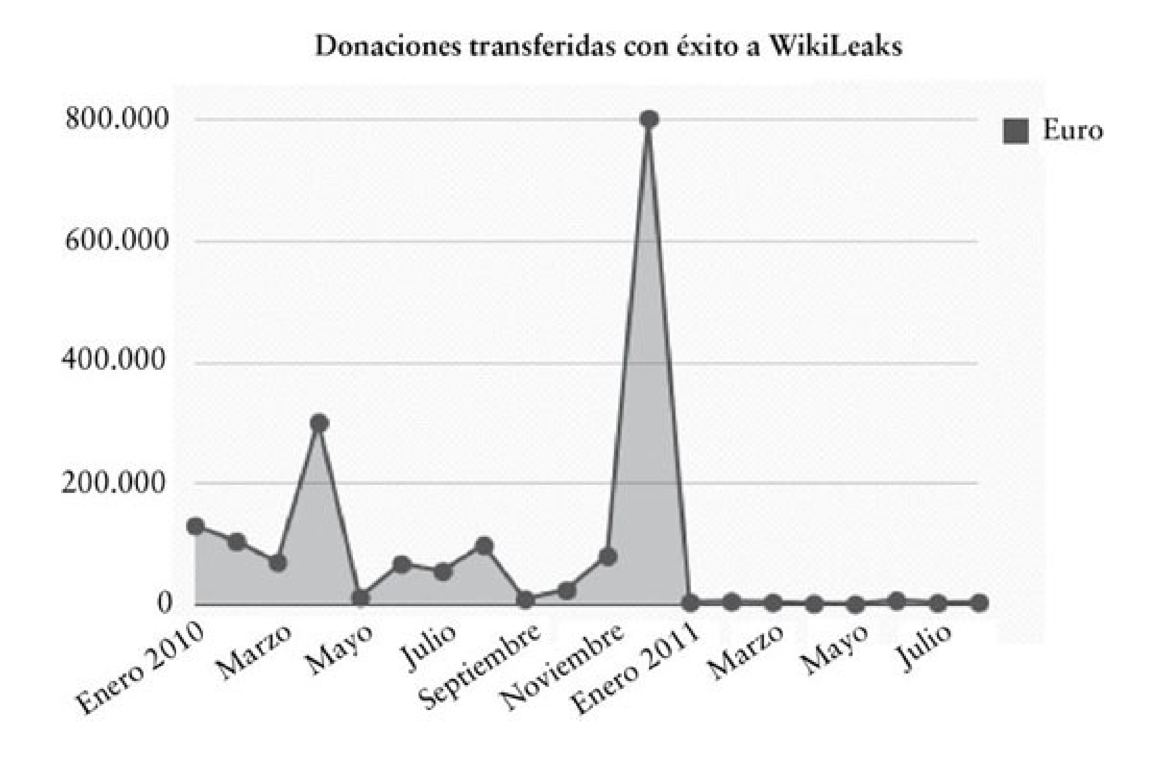
wikileaks.org

twitter.com/wikileaks

NOTA A LA EDICIÓN DE LOS LIBROS DEL LINCE

En los meses transcurridos desde que Canongate Books llevó su edición a la imprenta, se han producido unos cuantos hechos relevantes que consignamos aquí:

24 de octubre de 2011. Una nota oficial publicada en esa fecha en la web de WikiLeaks da cuenta de que, en represalia por sus actividades, el 7 de diciembre de 2010 comenzó un bloqueo financiero de la organización impuesto por Bank of America, VISA, MasterCard, PayPal y Western Union. Como consecuencia de esta obstrucción, se han perdido durante este año el 95% de las donaciones que solía ingresar WikiLeaks. El bloqueo se inició diez días después del lanzamiento de Cablegate.



La misma web adjunta a esa nota el gráfico anterior, que muestra las transferencias recibidas hasta el bloqueo por parte de esas instituciones financieras norteamericanas, y después de que éste se hiciera efectivo.

1 de diciembre de 2011. WikiLeaks empieza a filtrar los Spy Files (documentos sobre espionaje), que incluyen cientos de archivos pertenecientes a más de 160 empresas occidentales de inteligencia que se dedican a la venta de sistemas masivos de intercepción.

27 de febrero de 2012. A pesar de su estrangulamiento financiero, WikiLeaks inicia la filtración de los documentos del espionaje global, cinco millones de correos electrónicos de Startford, una empresa norteamericana que funciona como una agencia privada de espionaje, y entre cuyos clientes se encuentran los servicios secretos y los ministerios de Exteriores y Defensa de varias potencias mundiales, así como muchas corporaciones multinacionales.

Actualmente WikiLeaks ha tenido que colgar en su web el siguiente aviso:

Nos vemos forzados a suspender nuestras operaciones relacionadas con publicar material nuevo con tal de asegurar nuestra supervivencia económica. Desde hace casi un año luchamos en contra de un bloqueo financiero ilegal. No podemos dejar que las grandes corporaciones financieras en Estados Unidos decidan cómo y a quién decide el mundo entero apoyar con su billetera. Nuestras batallas son costosas. Necesitamos tu apoyo para seguir luchando. Por favor, dona ahora.

Si el lector desea realizar una donación, puede hacerlo en:

wikileaks.org/donate

Notas

[1] Famoso autor y dibujante norteamericano cuyos libros para niños, de tendencia ecologista, obtuvieron en 1984 una mención especial del Premio Pulitzer. *(N. del T.)*. <<

[2] Hay traducción en español: *Underground. Historias de hacking, locura y obsesión desde la frontera electrónica*, Seix Barral, Barcelona, 2010. *(N. del T.)*. <<

[3] Siglas de Internet Service Provider, proveedor de servicios en internet. *(N. del T.)*.
<<

[4] Siglas de American Civil Liberties Union. *(N. del T.)*. <<

[5] Cf. www.elpais.com/documentossecretos/ambito/domestico/ *(N. del E.)*. <<